

Muy lejos de aquí, contigo

Ana María
Draghia



Muy
lejos
de
aquí,
contigo

Ana María
Draghia

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.

Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Núñez de Balboa, 56

28001 Madrid

© 2019 Ana María Draghia

© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.

Muy lejos de aquí, contigo, n.º 258 - enero 2020

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1348-327-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Emma](#)

[Juliette](#)

[Tom](#)

[Juliette](#)

[Sam](#)

[Juliette](#)

[Emma](#)

[Tom](#)

[Juliette](#)

[Emma](#)

[Sam](#)

[Emma](#)

[Juliette](#)

[Tom](#)

[Juliette](#)

[Sam](#)

[Tom](#)

[Juliette](#)

[Emma](#)

[Juliette](#)

[Tom](#)

[Emma](#)

[Sam](#)

[Juliette](#)

[Tom](#)

[Emma](#)

[Juliette](#)

[Sam](#)

[Emma](#)

[Juliette](#)

[Tom](#)

[Sam](#)

[Emma](#)

[Juliette](#)

[Tom](#)

[Agradecimientos](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Para mis abuelos, María y Neculai.

*Para Ana y Silvia.
Escribí esta historia después del caos.
Gracias por hacerme sonreír siempre.
Sois únicas e irremplazables.*

*En el desierto, las aguas más amadas,
como el nombre de una amante,
cobran el color azul
en las manos que las recogen,
entran en la garganta.
Tragas ausencia.*

El paciente inglés, Michael Ondaatje

Prólogo

Siempre creí que esta historia empezaba con un hombre que se quería ahogar. Un hombre que mintió. Un hombre triste, lleno del dolor de incontables imágenes y pérdidas.

Me equivocaba. Nací mucho antes, a cientos de metros de altura, en el aire.

Ojalá comenzara con una calle llena de luz, del baile de risas de niños y enamorados. Pero no, lo hace con un salto. Uno que tenía de fondo, en un piso muy lejos de París, en Londres, *Can't Help Falling in Love* de Elvis Presley, mientras en otra casa de ventanales grandes y luminosos se esparcía el olor entre dulce y amargo del té recién hecho.

Y al fin, el salto. Justo en el momento en el que se acababa la canción y la bebida caliente se derramaba sobre la alfombra persa del salón. Ese fue el instante en el que todo, absolutamente todo, se quebró. Fue un chasquido amortiguado, como cuando te fracturas un hueso y la carne detiene el impacto. Un crac. Todo finaliza. Y después, nada. Solo un tocadiscos que se raya, una taza vacía, un hombre que miente, una mujer que lo cree.

Una canción de los sesenta, una taza de té que se cae, un hombre que salta, una mujer que lo salva.

Canción, taza, salto, hombre, mujer.

Canción, taza, salto, hombre, mujer.

Canción, taza, salto...

Y en medio de todo eso, a la deriva, estaba escrita mi historia. Yo era el crac, era el hueso roto sin posibilidad de poner en orden cómo habían sucedido las cosas.

Tardé bastante en averiguar que esta historia empezó mucho antes de que mi padre saltase desde aquel puente. Las primeras líneas se escribieron cuando los puentes eran bombardeados, como las ciudades donde morían hombres, mujeres y niños. Una pisada sobre cientos, miles de hormigas.

Cuando comprendí eso, supe que esta historia tenía demasiados nombres.

EMMA

Una ciudad de luces parpadeantes

Londres. Febrero, 2006

Stratford-upon-Avon se encuentra a más de dos horas de distancia de Londres, dos horas y diecisiete minutos en tren, para ser más precisos. Es tiempo suficiente para comerte dos *cupcakes*, beberte un refresco grande de uva, ir una media de dos veces al aseo —si es que se le puede llamar así a ese cubículo minúsculo en el que nunca sabes cómo se tira de la cadena—, leer por enésima vez tu curriculum e incluso, a veces, puede darte tiempo a enamorarte; pero, como era de esperar, aquella no fue una de esas veces.

Era la primera vez que viajaba a la capital inglesa. Me había criado en Stratford y estudiado en Birmingham, así que no había visto mundo, tal vez esa era la razón principal de que guardara un álbum lleno de recortes con destinos de ensueño.

Quizás porque estaba un poco desorientada en la vida, al bajarme en la estación londinense me sentí incluso más pequeña e insignificante. Iba a pasar una única noche en la ciudad porque a la mañana siguiente tenía una entrevista de trabajo, una demasiado importante: podría hacer que lograra escapar de ese pasado que me acechaba.

«Déjate de tanta filosofía y aclárate, que no sabes ni cómo llegar al hotel».

Salí de la estación como si alguien estuviera apuntándome con una pistola. Estoy convencida de que conocéis esa sensación en que la te obligas a seguir caminando pese a no tener muy claro hacia dónde vas.

«Esta jodida sensación».

Me aferré a mis pensamientos al igual que lo hice con la maleta de mano. No tenía nada de valor en ella; sin embargo, no dejaba de ser lo único conocido que había cerca de mí.

«Pues vaya mierda de situación, ¿no te parece?».

Le regalé un asentimiento a mi subconsciente que era —todo hay que decirlo— bastante más sincero que yo. En cualquier caso, no estaba allí para someterme a un polígrafo, sino para demostrar que merecía ese puesto de trabajo, aunque para eso aún quedasen unas horas.

«Será mejor que cojas un taxi».

Obedecí porque se estaba haciendo de noche.

Me había alojado en un hotel asequible para los pocos ahorros que tenía, se encontraba cerca del río Támesis. Eso era lo más reseñable de todo. Le pedí al taxista que me llevara hasta allí, me cobró riñón y medio, pero al final llegué y pude hacer la entrada al hotel. Llevé las cosas a una pequeña habitación: una para mí sola. Me quedé sentada en el borde de la cama durante media hora, con los dedos entrecruzados y una necesidad incontrolable de echarme a llorar.

«No me jodas, Emma. Ni de coña. Vas a levantarte de esta cama y vas a mover tu culo hasta la calle. Tendrás que comer algo antes de irte a dormir».

Me costó lo mío darme cuenta de que aquello era lo más conveniente en ese instante. No me sobraba el dinero, eso era cierto; no obstante, esperaba que me bastase para comprarme un sándwich en cualquier puesto ambulante. Digamos que no era difícil de contentar.

De nuevo en la calle, me encogí y caminé con la cabeza agachada durante un buen rato. Intentaba esquivar las miradas de la gente, como había hecho siempre. Unos diez minutos después, tras chocar con una farola, consideré que era un buen momento para dejar de preocuparme por lo demás. Ni siquiera tenían tiempo para darse cuenta de mi presencia. Iban frenéticos. Ese ritmo que solo se respira en las grandes ciudades, donde las personas tranquilas como yo no podrían encontrar su lugar ni aunque quisieran porque el ruido, el tráfico y las luces parpadeantes no duermen nunca.

«Bueno, aquí mismo, ¿para qué andar más?».

Se trataba de un pequeño puesto con la cocina al aire libre. A su alrededor había mesas de madera redondas y enjutas, al igual que las sillas, pero era suficiente para mí.

Pedí un bocadillo de pollo y una botella de agua. Busqué una mesa libre. Solo quedaba una. Me senté allí, envuelta en risas, pisadas, cláxones.

Comí en silencio durante unos pocos minutos. Intentaba calcular las posibilidades que tenía de que me cogieran en McEwan&Sons, para algo era contable. Se suponía que mis dotes para los números podrían darme alguna respuesta, pero no sabía qué valor otorgarle al factor humano. Solo tenía veintidós años y la experiencia que me había dado llevar la contabilidad de los negocios de mi ciudad. No era mucho en comparación con los candidatos que aspiraban al puesto, por no hablar de que no se trataba de cualquier empresa.

«Nunca tendrás una maldita oportunidad como esta, así que céntrate. Mañana tienes que venderte bien, empezarás por respirar hondo, porque no puedes volver a casa hecha mierda, imagínate lo que dirán...».

—Disculpa...

Levanté la vista de la botella de agua y me encontré con dos ojos azules; la sonrisa más tímida que había visto hasta ese día. Un chico alto, puede que un poco mayor que yo, se apoyaba en el respaldo de la silla que había libre frente a mí. Llevaba un jersey blanco de cuello, un poco ancho para su cuerpo —o tal vez se llevaban así, no sabía nada de moda— y unos vaqueros oscuros. El pelo rubio despeinado le caía sobre la frente.

«Despierta, idiota, te está hablando».

—Sí —murmuré.

—¿Sí? ¿No te importa?

Fruncí el ceño porque no había escuchado la pregunta anterior, estaba demasiado ocupada trazando las líneas de su cara con la mirada. Estaba afeitado, aunque la sombra rubia de una barba incipiente le salpicaba la palidez del rostro.

«Déjate de poesía, Emma. Atiende».

—Me siento entonces, es que no queda ningún hueco.

«Mierda».

Miré a un lado y a otro. Comprobé si decía la verdad. En efecto, no mentía.

—Es mi sitio favorito de la ciudad. La comida está riquísima, ¿no te parece?

Colocó su bandeja de cartón en el diminuto espacio que liberé.

—Sí —volví a decir.

—Perdona. —Inclinó la cabeza hacia delante, con el gesto contrariado y el bocadillo entre las manos, a punto de morderlo. Me fijé en su boca. ¡Maravillosa!—. ¿Hablas inglés?

«De puta madre, Emma. Ni se te ocurra decir sí otra vez. Serás capaz de encontrar una respuesta más ingeniosa, ¿no?».

—Sí. —Y sonreí.

Se rio tanto que se le achinaron los ojos y se le dibujaron incontables pliegues en las mejillas.

—¿Eres nueva en la ciudad? Por favor, no me digas que sí, soy un conversador nato —dijo antes de darle el primer mordisco a su bocadillo.

Yo había dejado de comer, estaba atónita. Nunca se me acercaba ningún hombre para hablar, ni para ninguna otra cosa, la verdad.

—Solo por una noche y un día. He venido a una entrevista de trabajo.

«Podría ser un psicópata, Emma. ¿Cómo le das tanta información?».

—¿Estás nerviosa?

—¿Cómo quieres que no te conteste con monosílabos si todas las preguntas me obligan a decir sí o no?

«Vaya, eso no ha estado mal del todo».

Se le dibujó en los labios una sonrisa ladeada muy dulce.

—*Touché*. Deduzco entonces que estás nerviosa.

Asentí para no volver a pronunciar un sí.

—¿Y a qué te dedicas?

—Soy contable —contesté sin mucho ánimo, no porque no me gustara lo que hacía, sino porque me sentía como en un interrogatorio.

Él pareció sorprendido.

—¿Y dónde vas a hacer esa entrevista?

Suspiré muy hondo. No estaba acostumbrada a hablar con la gente y menos aún con desconocidos, pero no había tenido una conversación en todo el día, pensé que la compañía me distraería un poco.

—En McEwan&Sons.

El chico masticó y asintió con cara de estar gratamente satisfecho con la respuesta.

—Dicen que es una buena empresa, no sé. ¡Joder, a ver si tienes suerte!

—Creo que necesitaré más que suerte. —Corté un trozo de pollo y me lo llevé a la boca—. Acabo de salir de la universidad, no creo que me cojan. Pero por lo menos lo habré intentado.

Él se quedó mirando un segundo hacia el cielo, hizo una mueca con la boca y después se apoyó contra el respaldo de la silla. Sopló una brisa con olor a chocolate y a coco que le arremolinó el pelo.

—¿Qué puedes aportar tú a esa empresa?

«Inseguridad, sobre todo».

—Si yo te hiciera la entrevista —continuó diciendo—, seguro te preguntaría eso. Piénsalo. Es una buena pregunta —comentó muy satisfecho de lo inteligente de su comentario.

—Es una pregunta muy buena y muy difícil de contestar.

—En eso radica la diferencia.

Me sonó el teléfono en el bolsillo cuando él le dio un trago a su refresco. Saqué muchas cosas del bolso, entre ellas un libro de Bradbury, *Crónicas marcianas*, un cuaderno, el monedero, unos caramelos y, al final, el móvil.

—Hola, papá —contesté después de ver el número en la diminuta pantalla.

El desconocido cogió el libro después de chuparse los dedos de las manos.

«Ahora dejará su impronta en las cubiertas. Genial».

—Sí, ya estoy instalada en el hotel. He llegado bien. No, ya sabes, un poco nerviosa. Sí, papá.
—Hinché las mejillas de aire para no explotar en aquel momento. Él levantó la cabeza de la solapa del ejemplar. Cerró los ojos un instante y sonrió—. Sí, te digo que sí. Sé que Stratford-upon-Avon siempre será mi casa pase lo que pase. Que sí. Sí. Mañana cuando salga de la empresa. Sí. La vuelta está prevista para la tarde. Sí, lo tengo. Sí. No sé, supongo que sí. Vale. Luego hablamos.

Puse fin a la llamada porque no estaba por la labor de aguantar a mi padre diciéndome que la situación económica en casa no estaba como para que yo la jodiera más aún.

—¿Tu palabra favorita es sí? —preguntó.

No me había devuelto el libro.

—No, mi palabra favorita es constelación.

—¿Por qué?

—Ni la más remota idea. Será porque me gustan las estrellas.

Se encogió de hombros y al fin me tendió el libro. Después en su cara apareció una sonrisa apaciguada, como si no hubiera nada que pudiera perturbarla. Envidié esa sonrisa con toda mi alma porque hubiera dado cualquier cosa por sentirme así, aunque fuera durante unos pocos segundos.

—Es uno de mis libros favoritos —explicó al tiempo que señalaba la obra con la barbilla—. Tu ejemplar está desgastado también.

—Bueno, es mi autor de cabecera.

—¿Crees en los marcianos?

—Digamos que no creo que seamos lo único que existe. No puede ser, ¿no?

«Eso, tú háblale de tus conspiraciones. Ya no sé si deberías estar preocupada porque él fuera un loco o él por la posibilidad de que tú estés pirada».

—Creo que existe algo mayor, sí. Llámalo energía, no lo sé —contestó pese a lo extraño de mi pregunta. Por lo menos había sido bastante educado como para no hacerme sentir ridícula.

—Ojalá, la tercera expedición —dijimos los dos a la vez después de permanecer medio minuto en silencio.

La tercera expedición formaba parte de las *Crónicas marcianas*. Un grupo de expedicionarios llega a Marte y allí encuentran réplicas de las casas, las personas y las vidas de su pasado en la Tierra, los momentos más felices.

—Allí todo sería fácil —susurré yo para no prestar más atención de la debida a lo extraña que había resultado aquella bonita casualidad en la que la literatura había formado un puente entre dos personas que no se conocían de nada.

—Pero lo bueno no puede ser para siempre. Al fin y al cabo, mira cómo acaba todo. —Le dio un trago a su bebida—. Estamos destinados a que nos hagan daño, una y otra vez.

«Este se cree Confucio».

—Pero también a que nos quieran —añadió al darse cuenta de lo pesimista que había sonado su reflexión.

—A algunos más que a otros —siseé yo.

Acababa de darme cuenta de que, a mis veintidós años, todavía no me había querido nadie de la manera en la que reflejaba por ejemplo Diana Gabaldon en *Forastera*: por encima del tiempo y del espacio, de esa manera sobrehumana que solo puede pertenecer a otra especie, o a otra energía, como había dicho el chico de los ojos azules.

—A los que nos quieren menos —dijo él—, nos hacen descuentos en helados y chocolates en el

supermercado.

—Eso será aquí en Londres porque de donde yo soy te cobran el doble, para que se te quede todavía más cara de gilipollas.

El chico, que estaba bebiendo en aquel momento, echó parte del refresco por la nariz y por la boca. Las personas que nos rodeaban nos miraron como si fuésemos dos desconsiderados sin pizca de educación. A mí no me importó. A él, menos.

—De Stratford-upon-Avon, me ha parecido escuchar que eras —habló cuando utilizó la mitad de las servilletas para limpiarse la cara y, después, la mesa.

—Está muy mal escuchar conversaciones ajenas, ¿sabes?

—¿Se puede denunciar a alguien por cotilla?

Levantó las manos en señal de que no podía hacer nada para que dejara de hacer preguntas.

—Sí, soy de allí.

—Nunca he estado.

—Mira, como yo en Londres.

—¿Es tu primera vez? —Puso los ojos como platos.

Yo pensé en otra cosa, como en que aún no me había tocado ningún hombre. Al paso que iba tampoco parecía que fuese a ser algo inminente. Es más, estaba segura de que se dilataría bastante en el tiempo, vistos mis antecedentes. En fin, esa es otra historia.

—Sí.

—¿Y qué te parece?

Cruzó los brazos sobre la mesa y me miró como nunca antes me habían mirado: como si me viera tal y como era. Yo misma, con todos mis defectos, con el pelo pelirrojo sin peinar, tal como me había bajado del tren, sin maquillar, escondida tras las grandes gafas de pasta de color castaño.

—No lo sé. No he querido ver demasiado.

Enarcó una ceja, negó con la cabeza y acompañó ese movimiento con una sonrisa confundida.

—A ver, eso es absurdo. La gente se muere por ver todo lo que puede cuando llega a un sitio nuevo.

—Ya. Pero yo no quiero.

—Si no te gusta Londres, ¿por qué vienes hasta aquí para hacer una entrevista de trabajo?

Agaché un poco la cabeza. Se me escapó una risa sarcástica.

«Él no sabe qué hay en tu cabeza ni en tu corazón, no juzgues su reacción».

—Vengo porque me encanta esta ciudad.

—Perdona, pero no entiendo nada de lo que me dices. —Levantó las manos y mostró las palmas expuestas. Era un gesto de rendición.

—No quiero ver nada porque sé que me encantará y no podré quedarme. —Me rasqué la frente, estaba poniéndome nerviosa—. Tú no lo entiendes. Llevo soñando con este viaje toda mi vida. Cuando entré en la universidad lo hice con el claro propósito de trabajar para McEwan&Sons. Y ahora aquí me tienes. Mañana estaré frente a un montón de gente importante, miraré a esas personas a los ojos y esperaré que sepan en qué estoy pensando.

—¿Y en qué estarás pensando?

Era la primera vez que no sonreía, parecía sereno, solo esperaba mi respuesta.

—En que a lo mejor no soy la persona más decidida del mundo, ni la más extrovertida, no tengo mucha experiencia y casi siempre estoy callada.

—No te vendes muy bien.

—Es que no soy un producto, soy una persona...

Vi cómo tragaba saliva. Cerró las manos sobre la mesa.

— ... Y las personas tienen defectos. Pero nunca, jamás, me equivoco en los cálculos. Los números son perfectos. Así que no importa que mi despacho esté en el sótano o que de vez en cuando me tropiece por las escaleras porque... ¿sabes qué puedo aportar a esa empresa y no lo puede hacer nadie más?

«¡Joder, cómo te estás creciendo! Para un poco. Frena».

No le hice caso a mi subconsciente, estaba cogiendo fuerzas para enfrentar el día siguiente. Sería más fácil si practicaba con ese chico que parecía dispuesto a escucharme.

—Tú dirás.

—Verdad —solté—. Si algo sale mal, lo diré. Si me he equivocado, lo diré.

—Si el jefe va hecho un cuadro y es un imbécil, lo dirás.

—Bueno...

Soltó un par de carcajadas que me hicieron reír también.

—A ver, lo que quiero decir es que los números hablan por sí solos y allí estará el reflejo de si las cosas van bien o no en la empresa.

—Entonces das por hecho que los demás candidatos no saben sumar.

«Vaya, no te lo está poniendo fácil. Pensabas que decir una palabra que sonaba tan bien valdría para sacarte las castañas del fuego, pero mira, hubieses jodido bien la entrevista».

—Por supuesto que saben y seguramente se visten mejor que yo, conocen la ciudad, y son unas personas maravillosas.

—¿Pero...?

—Pero yo vengo de un sitio en el que la gente siempre me ha dicho que no podría lograr nada. Que tendría que vivir con mis padres mientras le llevaba las cuentas a Herbert, el frutero del barrio. Que quizás me casaría de penalti con algún hombre de la zona y me dedicaría a cuidar de mi familia y de mi casa. Vengo de un sitio —dije mirándolo directamente a los ojos— en el que ni siquiera la inteligencia me ha valido para huir de las críticas.

Se quedó sopesando, durante un instante, lo que le había dicho.

—Quizás la gente que vaya a esa entrevista haya vivido lo mismo que tú.

—Es posible, pero ni esa gente ni yo diremos nada.

—¿Por qué?

—Porque queremos encajar. Las personas fingen sin parar ser lo que no son.

—¿Y tú vas a fingir?

—No puedo. —Sonreí un poco entristecida.

—¿Y eso? —inquirió él, tan apagado como yo.

—No sé mentir, soy transparente. Voy por ahí contando mi vida a completos desconocidos.

—Verdad. —Sonrió él al fin.

—Verdad, supongo. —Dejé salir el aire que había acumulado en mi pecho.

El chico me observó con detenimiento, era como si estuviera sopesando algo que yo no alcanzaba a imaginar.

—Ha sido un placer —dijo de pronto, mucho menos tenso que antes, de nuevo con los codos apoyados sobre la mesa—. Nos vemos mañana, señorita Jones.

Me eché hacia atrás en el asiento, tanto que me puse rígida de pies a cabeza.

—¿Cómo...?

Negó con la cabeza, sonriendo sin interrupción. Se puso de pie y volvió a apoyarse en el

respaldo de la silla, tal y como había hecho pocos minutos antes, al llegar.

—Mira, Emma, ¿me permites un consejo?

Miré hacia todas partes por si aquello era una broma con cámara oculta. ¿Cómo sabía aquel chico mi nombre?

—No te tropieces por ninguna escalera hoy.

—Pero ¿qué...?

Me tendió la mano.

—Sam McEwan. Me disculparás, no sabía que eras tú cuando me he sentado, pero ya he estudiado a los candidatos lo suficiente para saber de dónde venís, quiénes sois.

«Mierda, Emma, ¡mierda! Es el hijo del jefe. Joder, Emma, ¡joder! Estréchale la mano y cierra la boca. Literalmente, cierra la boca, boba».

—Mucho gusto —logré decir.

—Igualmente —aseguró—. ¿Me permites otro consejo?

Asentí como una estúpida.

—Pase lo que pase mañana —dijo mientras se me encogía el pecho porque eso solo podía significar una cosa: no tenía ninguna posibilidad—, no te irás de Londres sin verla; y sobre todo, no te casarás de penalti con nadie, a ver si infartan los idiotas de tu ciudad, ¿eh? —Agachó la cabeza al decirlo y me miró a los ojos.

Sonreí porque eso hizo que me sintiera un poco mejor, algo más tranquila.

—Haré lo que pueda.

—Bien.

—Hasta mañana.

—Hasta mañana, Em.

«Ahora vuelve a respirar, por favor».

Pero no pude hacerlo de verdad hasta el día siguiente, cuando no me quedó más remedio que subirme de nuevo en el tren y regresar a Stratford-upon-Avon.

JULIETTE

Todos nos ahogamos

París. Enero, 2019

Algunos países europeos habían cerrado sus puertos a los migrantes en un momento de inquietud internacional que se palpaba en los silencios y también en la cotidianidad con la que todos seguíamos llevando a cabo nuestras vidas. Sin embargo, cuando tenía que colocarme ante la cámara, grabar, retransmitir e informar, me molestaba que el resto del mundo hiciera cosas tan banales como la compra o eligiera unas lámparas nuevas para el dormitorio o tuviera citas con desconocidos vía aplicaciones de ligue, porque cuando todo se apagaba era yo la que tenía que continuar con las miradas tristes de todas aquellas decenas de personas que tocaban, al fin, tierra firme. Una, sin el ruido al que estaban acostumbrados, pero que les provocaba el mismo miedo y un similar regusto a hierro, el que deja la sangre en la boca.

Niños llorando. Niños que ya no lloraban porque se habían secado como sus pieles al sol. Esos eran los que más me dolían, pero no podía girarme. Me quedaba muy quieta, viéndolos llevar esas mantas plateadas que parecían aislarles del frío y de los recuerdos. No obstante, todos sabíamos que la guerra no se iría del cuerpo nunca. O, por lo menos, lo intuíamos porque no la habíamos vivido como ellos.

Las personas se morían. Las mataban.

Francia acababa de acoger a unos pocos refugiados y yo había viajado desde Londres para cubrir mi primera noticia internacional. Me había trasladado aquella misma mañana hasta la capital parisina para acudir a la rueda de prensa del presidente Macron. Otras tantas palabras que se llevaba el aire. Me había supuesto la enhorabuena vehemente del productor del noticiero y una llamada de mi abuelo. Poco o nada quería pensar en él. Todo el mundo seguía creyendo que era una cara bonita de la televisión y la nieta enchufada y privilegiada de Michael Samuels.

En todas estas cosas pensaba mientras iba en dirección al puente Alejandro III. Tenía que cruzarlo para llegar al hotel, subir a mi habitación, caerme en la cama y fingir que era feliz.

Estaba a punto de girar a la derecha para atravesar el puente bajo la luz de las farolas y la noche, cuando creí que el juego de sombras y luces me traicionaba. Di tres pasos atrás, aún con las manos en los bolsillos y el abrigo bien apretado alrededor del cuerpo.

Entrecerré los ojos e hice un esfuerzo por enfocar lo que tenía delante. No fueron ni las rocambolescas farolas ni las estatuas doradas que coronaban los pilares las que llamaron mi atención, sino la persona que en un margen del puente se había sentado sobre la barandilla y se estaba desatando los zapatos con calma.

Se me tensó el cuerpo en una clara advertencia. Los músculos lo saben, toda la columna vertebral detecta el peligro, nos agazapamos por dentro como animales, como esos antepasados que corrían con los lobos para sobrevivir. Eso fue lo que hice, dar dos zancadas hacia mi propia

línea de paso. Estaba abajo y desde allí el puente parecía encontrarse muy arriba en el cielo, muy lejos de mí.

La sombra, hombre o mujer, no lo supe, se quitó el segundo zapato. No quería ponerme en la peor de las situaciones, pero todo indicaba que iba a saltar al Sena y eso, con la profundidad y el frío, solo desembocaría en una cosa.

—¡Eh! —grité cuando vi que se inclinaba hacia delante. La farola lo enfocó y vi que era un hombre—. *Monsieur!*

No miró en mi dirección. Eché un vistazo a un lado y a otro. Nadie en la calle. Era tarde. Ojalá hubiese venido conmigo el cámara, mi compañero, pero le gustaban demasiado las mujeres y el restaurante donde habíamos cenado era un buen sitio para ligar, para mi desgracia.

—*Attendez, s'il vous plaît!*

No me oía, o lo hacía pensando que, tal vez, yo era una alucinación.

Apoyó los pies cerca de la barandilla, se agarró con fuerza. Me fijé en su perfil. Miraba a la luna y el reflejo caía en forma de velo sobre su cara.

Yo también estaba agarrotada en la baranda de abajo, con el cuerpo hacia delante.

Volví a gritarle con toda la fuerza:

—*Monsieur! En bas ici!*

«Aquí abajo, gírese. A lo mejor necesito, más que usted, ser salvada».

El teléfono me vibró en el bolsillo del abrigo; sin embargo, mis manos estaban ocupadas en moverse a gran velocidad para que me divisara en la oscuridad. Alguien seguía insistiendo al otro lado de línea. Hubiese arrojado el móvil al río con tal de quitarme esa molesta sensación de encima.

Soltó una mano y yo temblé.

—¡Joder! —grité con rabia. Ese hombre estaba a punto de poner fin a su vida y a mí no me daba la voz ni para agarrarlo en la distancia—. ¡No salte! —grité en inglés sin prestar ya atención ni al idioma.

Entonces se giró hacia un lado. Buscaba el origen del que habían procedido esas palabras. Me vio. Por fin me vio y yo agité los brazos.

—¡No salte, espere! No salte.

Su mirada, que estaba muy cerca pese a lo lejos que nos encontrábamos, me examinó como si supiese exactamente quién era, dónde estábamos y el pánico que sentía en aquel momento. Me di cuenta de que las piernas me fallaban y tuve que aferrarme con mayor ímpetu para no caer al suelo. Él inclinó la cabeza hacia un lado. Juro que sonrió. Después se soltó.

—¡No! —vociferé mientras caía.

Fue el segundo más largo de mi vida, a cámara lenta, lleno de una agitación horrible que era más mía que suya, aunque no entendía por qué.

Sin previo aviso mi cuerpo reaccionó. Eché a correr hacia las escaleras laterales mientras me desabrochaba el abrigo y me sacaba los botines con las puntas de los pies.

—¡Maldita sea!

Siempre que iba a París algo en mí se rompía. Lo que no sabía era que esa vez, sin duda, sería la más dolorosa de todas.

Arrojé el abrigo, el gorro, la bufanda. Bajé las escaleras tan rápido como mis torpes pies me permitieron y, cuando llegué al último peldaño, salté. No había visto al hombre salir a la superficie. Ni siquiera tuve tiempo para darme cuenta de que saltando, tal vez, yo misma moriría.

El agua estaba helada, pero no podía pensar. Nadé hacia donde le había visto caer. Había

corriente, aunque no tan fuerte como para no luchar contra ella y aguantar. Miré a todas partes, me sumergí pero no se veía nada. Oscuridad. El agua, además, estaba turbia.

—¡Por favor, por favor, por favor! —rogué mientras me castañeaban los dientes.

Sentí algo cerca de la pierna. En un primer momento me asusté. Volví a darme la vuelta al notar un roce cerca de la cintura, después en el vientre y finalmente algo emergió. Alguien. Cerca de mi cara, a escasos centímetros, los ojos marrones más vivos que había visto nunca.

Dos manos me tenían cogida por la cadera.

—¡Salgamos! —me dijo con un tono fuerte. Ya no sonreía, se le veía serio y preocupado.

Eché a nadar. Se giró un par de veces para comprobar que yo iba detrás. El suicida estaba vivo y yo ya no tenía tan claro cuánto tenía de suicida y cuánto de imprudente.

Nadé confundida y seguí el camino que abría su cuerpo atlético en el agua.

Llegamos a los escalones un minuto después. Él salió de un impulso y se agachó para tenderme sus manos. Me sorprendió lo caliente que estaba su piel pese a la temperatura del agua. Me agarró por los antebrazos, me impulsé hacia delante y me sostuvo por la cintura con una fuerza que no hubiera sospechado. Me pegó a la humedad de su cuerpo hasta que ya no supe si le estaba tocando la piel o la ropa.

Sus labios entreabiertos me llenaban la boca del vaho que desprendían. Tardé unos segundos más en darme cuenta de que no estaba tocando el suelo y que me tenía tan cogida que parecía pertenecerle. Por un momento pensé que habíamos muerto los dos y que esa levedad de silencio, jadeo y ojos turbados, era la prueba de ello. Pero la forma en la que me latía el corazón me hizo recordar que estaba viva y que había puesto en riesgo todo lo que me quedaba por vivir para salvar a ese grandísimo idiota que...

Le di dos golpes en el pecho.

—¡Suéltame!

Cuando me enfadaba no podía hablar en ninguno de los otros tres idiomas que conocía. Tenía que ser inglés.

—Tranquila —me contestó él.

Me soltó poco a poco mientras yo me agitaba como un pescado recién sacado a la superficie.

—¡Casi muero!

—Eso te pasa por tirarte al Sena a las tres de la madrugada.

Corrí a por mi abrigo y el resto de mis prendas y me lo puse todo por encima.

—¿Perdona? Eres tú quien te has lanzado.

—Así es.

Se estaba estrujando el jersey de cuello color camel y los pantalones. Estaba descalzo. Ni siquiera llevaba calcetines.

—¡Estás loco! Podrías haber muerto.

—Corremos ese riesgo todos los días.

Su profundo acento inglés me reveló que no podía ser de otro sitio que no fuera Inglaterra.

—¿Qué hacías allí arriba? —pregunté gesticulando tanto que creí que me dislocaría ambos hombros.

—Saltar. No sé qué hacías tú.

—¿Te estás quedando conmigo o qué?

Estuve a punto de volver a empujarlo.

—No, es como el *bungee jumping*, pero sin cuerda ni grúa.

Sabía lo que era el *bungee jumping*, había cubierto una noticia sobre ese deporte de riesgo

pero, en este caso, había estado a punto de perder la vida y aún podía coger una hipotermia porque a él le gustaba saltar desde grandes alturas.

—Deberías tener más cuidado.

Me miró con tanta profundidad que tuve que apoyarme en el muro cuando pasó por mi lado escaleras arriba. No tiritaba, caminaba con calma y puso rumbo hacia el puente.

—¿Yo? —me salió la voz tan aguda que me llevé una mano a la garganta—. No irás a saltar otra vez, ¿no?

—Puede. Alguien me ha frustrado el primer salto.

—¿Perdona?

—Perdonada, pero me has distraído y he caído mal. Podría haberme hecho mucho daño.

Era la hostia. Había saltado para salvarlo y encima tenía la desfachatez de hacerme sentir como una imbécil.

Me abrigué bien y comencé a caminar tan rápido que pronto pasé por su lado.

—Debería llamar a la policía —dije mientras me abrazaba a mí misma intentando calmar la tiritona.

—Hazlo. Tú también te has mojado.

—¡Por tu culpa! —Me giré indignada.

—Me suena tu cara. —Me escudriñó con una calma exasperante, así que me di la vuelta de nuevo y seguí andando—. ¿Eres cantante o algo?

—Sí, de folk alemán.

Pasé junto a sus zapatos. Él se detuvo. Allí había más cosas: una mochila, un abrigo, una bufanda enorme como la que una vez había llevado Lenny Kravitz —puede que no tanto— y un gorro.

—¿Estarás bien? —pregunté.

Se estaba vistiendo cuando se lo pregunté.

—Lo estaba hace unos pocos minutos.

Maldito creído. Tenía que irme, llegar al hotel y darme una ducha caliente. No podía aguantar más el frío. Solo me faltaban cinco minutos y pensaba recorrerlos sola.

—Adiós —siseé.

—¿Adónde vas? —añadió él.

—Al hotel. —Seguí caminando y sentí que él me alcanzaba.

—¿A qué hotel?

—Al mío.

Volvió a sonreír como había hecho desde lo alto del puente. Le miré los labios más tiempo del que hubiese deseado.

—Te acompaño. Es tarde.

—¿Para ir al hotel es tarde, pero para tirarse al Sena no?

Me pasó un brazo alrededor de los hombros.

—¿Qué haces?

—Hace frío —explicó con toda la calma del mundo.

—Mira...

—Tom.

—Mira, Tom —dije intentando zafarme de su abrazo—, si eres un exhibicionista o un secuestrador, olvídate de intentarlo. Soy cinturón negro de karate desde que tengo uso de razón.

No apartó el brazo, aunque no me retenía con fuerza, solo me tenía allí, cerca de su pecho, del

que emanaba un extraño calor que no había sentido nunca en contacto con ningún otro cuerpo. Era como si me sostuviera el aliento. Mi boca decía que me sentía incómoda en brazos de un extraño chiflado, sin embargo, mi cuerpo era más sincero y albergaba una sensación que quería aferrarse a ese chico llamado Tom o correr a saltar del puente. Otra vez.

—Correré el riesgo. Creo que será mejor que morirnos de frío.

—¿Te funciona esto alguna vez?

De nuevo esos ojos achinados bajo una sonrisa de espectáculo, de esas que te abren la boca del estómago y te hacen gritar hacia dentro. Y allí era todo eco. Puro eco de frenesí y de adrenalina. Yo era adrenalina aquella noche. Tanto que coloqué mi mano alrededor de su muñeca y en menos de lo que dura un parpadeo le hice una llave que lo dejó en el suelo.

Tardó unos segundos en reaccionar. Allí tumbado me miraba incrédulo sobre el asfalto. Se apoyó sobre los codos y echó la cabeza hacia atrás. Se rio tan fuerte y de manera tan sincera que el cuerpo se me relajó un poco. Le tendí una mano.

—No sé si fiarme —razonó al tiempo que contemplaba mis dedos seguros y largos—. ¿Volverás a atacarme?

—No, si no me tocas.

—Vale. —Levantó las manos en señal de paz y, refiriéndose a ellas, dijo—: Las mantendré lejos de ti, pero acepto que me abracés tú, yo tengo frío.

—También tienes una cara que te la pisas.

Aceptó mi mano y tiré de él pero, por cómo se le marcaban los bíceps y el torso bajo el jersey, dudaba que necesitase mi ayuda para ponerse en pie. Aunque no pareció molesto porque se la ofreciese.

Después de que se pusiera en pie, no sé por qué lo hice, pero guardé las manos en los bolsillos tras ver un pequeño destello. Era absurdo.

—No hace falta que me acompañes, Tom.

—No lo hago, mi hotel también está en esa dirección.

—¿A cuál vas?

Los periodistas siempre tenían que comprobar la información que les hacían llegar.

—Al Châtillon.

No era el mío, pero estaba a una calle. No podría librarme de él tan fácilmente.

—¿Cómo te llamas?

—No es importante.

—Ah, vale. —Aceptó con una sonrisa tan divertida que me contagié, pero no podía permitirme sonreír—. Pues te llamaré... Ojos verdes. O la loca del río. Chica karate.

Puse los ojos en blanco, miré hacia otro lado y se me escapó una sonrisa.

Todo aquello era surrealista.

—Juliette. Se detuvo en medio del puente.

—Juliette.

Mi nombre de pronto pareció tierno en su boca. Nadie lo había pronunciado así en toda mi vida. Me rompió las costuras de la piel, porque me estremecí.

—Es bonito. Juliette. —Esta vez puso acento francés—. Juliette —repitió—. Me gusta, te llena la boca.

Volvió a reírse. No sabía si ofenderme, asustarme o sentir, de pronto, ese hormigueo en el vientre que no sabía qué podía significar. Esperaba que me hubiese sentado mal el humus de garbanzos y no fuese deseo. A lo mejor al meterme en el agua me había dado un corte de digestión.

Anduve más rápido después de ese momento.

—Eres muy rara, ¿sabes?

—Y tú eres súper normal, ¿no te jode?

La noche helaba cada parte de mi cuerpo. Ojalá volviera a acercarme a él, pero ya no podía. Lo había aplacado. Lo cual, por otra parte, era más que lícito. ¿A qué venían tantas confianzas?

Ignoró lo que le dije y siguió.

—¿Qué hace una inglesa en París?

—¿Y un inglés?

—Trabajar.

—Lo mismo, me temo.

—¿A qué te dedicas? ¡Espera, no me lo digas! —Ni siquiera me interrumpió, porque no había intentado contestar—. Tienes cara de profesora.

Negué con la cabeza. Ya habíamos dejado el puente atrás y no quedaba mucho para librarme de él y de toda la tensión que había acumulado.

—¿Ingeniera de puentes?

—Sí, y de cerebros para idiotas.

—¡Ala! —Se fingió ofendido, pero en el fondo parecía divertirse—. Qué boquita, Juliette.

—¿Es que una mujer no puede decir nada sin que sea juzgada por ello? No os llevéis las manos a la cabeza tan rápido.

—No, si no lo decía por lo que has dicho, sino más bien porque te estaba mirando la boca.

Me puse roja desde las puntas de los dedos de los pies hasta la frente. Sentí que el pelo me pesaba sobre la cara, así que lo aparté detrás de las orejas.

—Me encanta que las mujeres digan todo lo que piensan y sienten. Ojalá todos escuchásemos más a menudo.

Me gustó la reflexión. Pensé, no obstante, que lo decía porque era lo que yo quería escuchar.

—Entonces solo me queda que seas famosa.

—No lo soy.

—Pues me suena tu cara y tengo una memoria fotográfica inigualable. —Levantó una ceja y me desafió con ella.

Hice una mueca con los labios y fruncí la nariz.

—No debe de ser tan buena si no sabes de qué me conoces.

—Eres dura, ¿eh? —De pronto sus dedos me acariciaron la mejilla y ese simple gesto de complicidad hizo que me parara en medio del paso de peatones como si fuesen a inmortalizar otra foto de los Beatles—. Perdona. No quería asustarte. Pensé que a estas horas no habría nadie en la calle, por eso me tiré. Lo hago siempre que vengo a París. No pensaba saltar cuando te he visto —aclaró con una tranquilidad y ternura desmedida—, pero no calculé bien, me giré y acabé resbalando.

Intenté apartar la mirada. El semáforo parpadeaba en ámbar. Mi corazón parpadeaba también. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué se supone que estaba haciendo?

No me dejó librarme del contacto de sus dedos. Su otra mano se apoderó de la mejilla derecha, desnuda, sonrosada en la oscuridad. Agachó un poco la cabeza y no sé por qué tuve entre miedo y ganas de que sus labios, finos, rosados y un poco húmedos, me besaran como si fuese a extinguirse la humanidad.

No lo hizo. En su lugar apareció la sonrisa más bonita que había visto en toda mi vida. Y no podía pensar eso. No quería hacerlo. Pero todo en mí lo decía.

Me sorprendió dándome un beso en la punta de la nariz y se apartó prematuramente. Me pareció un momento más íntimo que cualquier beso en la boca, aunque no lo comprendí. No llegué a entender que él tuviese la necesidad de hacer eso y yo lo aceptase como normal. Aunque, ¿qué es normal? Eso creo que no. Nos conocíamos desde hacía menos de veinte minutos, contando desde que lo había avistado en el puente.

Veinte minutos y Tom, al que de algún modo no quería ponerle nombre para que no se volviese tan real, parecía haber caminado a mi lado siempre.

—¿Qué? ¿Y esa cara?

—¿Y ese beso?

—Para que me perdones.

—Cuando te lances desde un puente por mí, igual me lo pienso, Tom...

Me tendió la mano, quería un apretón.

—Tom Rogers.

Me sonaba su nombre, pero no logré advertir por qué.

—Pues piénsatelo, Juliette...

—Samuels.

—Piénsatelo, Juliette Samuels, porque si te tengo que volver a besar la nariz... —dijo poniendo cara de circunstancia y de querer echar a correr.

—¿Qué le pasa a mi nariz?

—Que ahora mismo está llena de gérmenes del Sena y han pasado a mi boca... —Se lamió los labios. Tragó saliva—. Y ahora a mi cuerpo y podría morir.

Debió de ser la tensión, pero se me escapó la risa.

—¿Te acabas de reír?

—¿Cómo no hacerlo? Así que mi nariz es un mar de gérmenes y podrías morir, pero toda el agua que has podido tragar no podría matarte.

—Podría —reconoció—, pero no tanto como tu sarcasmo.

Solté un bufido de exasperación. No había conocido a nadie que me pusiera tan nerviosa como lo hizo Tom Rogers aquella noche. Tampoco llegué a saber cómo influiría en mi vida lo que viví con él entonces porque después de él nunca...

—¿Me escuchas?

—¿Qué? —contesté.

—¿En qué trabajas, pues? —inquirió con los hombros encogidos.

—¿Y tú?

Pensé que me contraatacaría con: «Yo he preguntado primero».

—Búscame en Google.

Vi el rótulo de mi hotel. Ya estaba a unos pocos pasos y no me sentí aliviada.

—¿Y bien? —insistió.

—Soy periodista.

Abrió los ojos tanto que creí que también abriría la boca por la sorpresa. Solo era una profesión como cualquier otra.

—Juliette Samuels —susurró mi nombre como si de pronto hubiese caído en quién era—, la reportera.

—Bueno, una reportera de tantas.

—Te he visto en las noticias algunas veces —aseguró. Le había cambiado mucho el semblante. No entendí por qué se había puesto tan serio de pronto.

—De allí te sonaba, creo.

—Sí, no cabe duda. —Apartó los ojos—. ¿Es este tu hotel?

Asentí un poco más tímida por ese silencio incómodo que había surgido entre los dos después de que supiera quién era, aunque ni yo lo sabía. Fue en ese segundo cuando me di cuenta de que su ceja derecha estaba un poco despeinada, levanté la mano sin darme cuenta e intenté colocarle los pelillos en su sitio. Se dejó acariciar.

—No lo intentes. —Sonrió. Adoré un microsegundo las bonitas arrugas que se le dibujaban alrededor de los ojos—. Siempre está así.

Dejé caer la mano.

—Bueno, pues creo que me quedo aquí.

De repente el mundo me pesaba un poco más.

—Ya estás a salvo, J.

—Gracias, ¿T?

Cuando se rio de nuevo se me calmaron los nervios que habían aparecido con la revelación de mi identidad.

—Te veré por la tele —añadió antes de alejarse. «¿Eso sería todo? ¿Ya está?»—. Enhorabuena, por cierto.

Pensé que se refería al reportaje que había hecho hacía un par de semanas o a la información retransmitida esos días. Pero me equivocaba.

—Supongo que estarás muy feliz con el compromiso.

Noté el anillo aferrándose a mi dedo con fuerza. Me sentí impotente y vacía de pronto, justo como estaba antes de lanzarme al Sena, antes de ser libre durante unos minutos.

—Buenas noches, Juliette.

No llegué a darle las buenas noches porque giró la esquina y Tom Rogers desapareció de mi vida igual que apareció en ella: dando un salto al vacío y ese vacío estaba muy lejos de mí. O mucho más cerca de lo que pensaba, justo al doblar la esquina.

Después de él nunca volví a sentirme libre.

TOM

Atado a tu cuerpo desnudo

Bibury. Julio, 2019

En el mundo hay dos clases de personas: las que sufren y las que fingen que no lo hacen. Yo era del segundo tipo, como buen heredero de mi abuelo Steve, que sonreía siempre, aunque le doliera el alma mucho más de lo que pudiera reconocer. En aquella época pasaba mucho tiempo con él, será porque echaba de menos sus consejos o porque me sentía desprotegido ante todo lo que había visto y vivido en Siria. O puede que simplemente estuviera un poco más triste después de haber perdido la esperanza de reencontrarme con la chica de París. Que ella no me cogiera las llamadas me dolía más de lo que habría alcanzado a imaginar.

El abuelo conocía parte de la historia, pero no toda. Nadie sabe todos los secretos a no ser que la otra persona así lo desee. Al final, acabamos contando pedacitos de nosotros hasta que los extraños nos construyen de cero. Somos una fotografía borrosa. Cuando nos contemplamos en ella no nos reconocemos porque son solo una ilusión vana que se diluye hasta desaparecer.

—Tom, hijo, estás muy despistado, de verdad.

—Es el trabajo, abuelo. Tengo que irme en pocas semanas y me veo con menos fuerzas que antes.

Hacía tiempo que no me sinceraba como lo hice entonces ante la mirada vidriosa de aquel anciano de noventa y cuatro años, de sonrisa amable, como en los retratos de su juventud. Él tenía algo, ese algo del que solo la bondad puede congratular a un rostro y hacerlo bello con o sin arrugas, con o sin sufrimiento.

—Quédate un tiempo.

—El tiempo es relativo. —Sonreí mientras me ajustaba las gafas—. ¿Cuánto es un tiempo?

El abuelo se acomodó en su sillón. Se lo regalamos todos sus nietos hacía diez años. Habíamos tenido que tapizarlo por el desgaste, ya que se negaba a sentarse en cualquier otro sitio que no fuera aquel. Se estaba preparando para uno de sus largos soliloquios, a los que me tenía más que acostumbrado.

—Verás, Tom. —Y allí estaba aquel tono de persona que ha vivido más de lo que cualquiera pudiera imaginarse y que venía a darme una lección que, por otra parte, me hacía mucha falta—. El tiempo, como tú bien dices, es relativo, pero sí que se puede medir. —Levanté una ceja irónica. Parecía que el abuelo acabase de descubrir algo tan básico como la medida de los años—. Podemos medirlo en sentimientos: cuando nos sentimos bien y cuando no.

—Eso es absurdo. —Seguí leyendo el periódico en silencio.

—Absurdo es ignorar que no estás bien. Siempre haces lo mismo, vienes aquí a refugiarte como si tuvieras doce años y tus padres acabaran de morir. Pero ya no tienes doce años, Tom, y hace mucho que tus padres murieron.

Puede que ya no fuera un niño; sin embargo, aquel comentario me destrozó como si lo fuera. Parecía que acabase de averiguar que la muerte existía y que acababa de quedarse con lo que más quería en la vida. Supongo que da igual los años que uno tenga, porque esa certeza siempre, sin excepción, es igual de dolorosa.

—Es el único sitio donde me gusta estar cuando tengo vacaciones.

—Tú no sabes lo que son unas vacaciones, Thomas.

Cuando dejaba de llamarme Tom, aventuraba la abertura de una brecha de confesiones para las que yo no estaba preparado. El abuelo Steve había sido como un padre para mí, tal vez porque me había quedado sin el mío muy pronto. Ahora, con treinta años, tenía más recuerdos con mi segundo padre que con el primero, aunque seguía muy presente lo vivido en mi infancia, mucho más que ese momento en el que la galaxia conspiraba contra mí y contra mis sentimientos.

—No te permites descansar. Vas de un lado a otro como un autómatas, sufriendo por todo, intentando arreglar el mundo. —Me froté los ojos por debajo de las gafas—. Pero el mundo no puede arreglarlo una sola persona, hijo. El mundo está hecho para recorrerlo con el firme deseo de aportar algo, siempre que eso te haga mejor persona, mejor hombre. Siempre que te haga feliz.

—Soy feliz —me limité a decir, acompañando mi voz del crujido rasgado del papel de periódico.

—Vagar de aquí para allá con una cámara fotográfica no es ser feliz.

—Luchar por aquello en lo que creo sí que lo es, abuelo. Tú estuviste en la guerra, la sentiste, formaste parte de ella. Luchabas por tu país, como muchos hombres hacían, han hecho y, desgraciadamente, harán. Pero yo no estoy allí por la gente que lucha por sus países, estoy allí por los niños, mujeres y hombres que mueren solos, atemorizados, sin fe en nada ni en nadie. Así que, sí, puede que no conozca lo que son unas vacaciones, carecen de importancia ahora mismo.

El abuelo negó con la cabeza, estaba alicaído por mi tozudez o, a lo mejor, porque veía algo más que yo, por aquel entonces, no era capaz de entender.

—No puedes abarcar todo ese sufrimiento, Tom. Acabará destrozándote.

—Estoy bien, abuelo.

—El día que reconozcas que no lo estás, el día que no te escondas, será cuando realmente puedas empezar a tomar los caminos que te alejen de todo eso que guardas dentro de ti. Toda esa oscuridad que te obliga a poner tu vida en riesgo.

Asentí solo para darle el gusto, porque no compartía su postura con respecto a la manera que tenía de vivir mi vida. Me levanté del sofá y le di un beso en la frente, como hacía siempre.

—Voy a ver a unos amigos, ¿vale?

—Vale, ve. Te hará bien salir de estas cuatro paredes en lugar de estar todo el día encerrado en tu habitación viendo las noticias.

Tenía que verlas en el ordenador porque el abuelo se había negado a tener una televisión en su casa. Decía que no le reportaba nada bueno, prefería salir a pasear por Bilbury, un pueblo precioso a un par de horas de Londres, donde se había ido a vivir cuando la abuela y él se habían separado hacía muchos años, mucho antes de que yo naciese. No los había conocido juntos y a la abuela la veía poco porque ella había regresado a Estados Unidos, donde se encontraba casi toda su familia.

El tiempo que viví en Nueva York la visitaba mucho, era una mujer maravillosa a la que era sencillo querer. Aunque muchas veces les había preguntado a ambos qué les había llevado a divorciarse, ninguno contestaba de manera directa; eso sí, yo imaginaba que algo tendría que ver con el amor. La abuela había rehecho su vida. Tenía todo el derecho del mundo a encontrar la

felicidad en otra persona. El abuelo jamás le reprochó nada, papá solía decir que incluso estaba feliz.

No alcanzaba a comprender cómo se puede dejar marchar a alguien a quien has amado, ya sea durante mucho tiempo o poco.

Salí de la casa y paseé por las calles de piedra del pueblo.

Olía a esa lluvia veraniega que se respira mejor a través de la tierra mojada, los bosques que rodeaban las casas y la gente que sonreía y avanzaba a mi lado como si no estuviera allí. Me perdí durante la caminata en ese abismo al que me asomaba cada poco tiempo. Puede que el abuelo no se equivocara tanto como yo creía y una especie de oscuridad creciera dentro de mí sin darme cuenta de que no podía seguir viviendo con ella, ni siquiera de día. Por aquellos días las pesadillas nocturnas no me dejaban dormir, llenas del pitido infernal que dejan las explosiones en los oídos y del llanto desconsolado de un niño que se esconde o de una mujer que sostiene en brazos a su hija muerta.

Atravesé el puente con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha. De haberme visto desde fuera habría percibido la gravedad de mi mirada. También me habría llamado la atención la forma en la que arrastraba los pies y hundía los hombros. Me habría dado cuenta de que hacía mucho que no era la persona que juré que sería, no solo por mí, sino por las personas que quería y que ya no estaban a mi lado, aunque las sintiera presentes a cada momento. Vigilaban, esperaban a que cometiera un error del que no habría forma de salvarme. Vivía una vida que ya no me parecía mía, quizás porque sentía que ya no pertenecía a ninguna parte.

Atravesé el pueblo ampliando mis zancadas hasta que vi a Benji al otro lado de la calle, apoyado sobre la fachada de una de las casas. Parecía despreocupado, como la mayoría de las veces. Nos habíamos conocido unos años atrás por esas casualidades de amigos y quedadas continuas. Nos habíamos hecho buenos amigos. Aunque no nos veíamos tanto como cabría esperar, lo hacíamos siempre que podíamos. No contaba con muchas amistades, así que me esforzaba en conservar cerca de mí a las personas que me habían ayudado y acompañado en momentos difíciles.

Me dio un abrazo en cuanto me vio.

—¡Qué cara traes, parece que acabes de ver un fantasma! —exclamó palmeándome la espalda con fuerza.

—Bueno, te he visto a ti, lo que es bastante parecido.

Me tachó de gilipollas entre dientes y luego me pasó un brazo alrededor de los hombros.

—No, hombre, en serio te veo pálido. ¿Te encuentras bien?

Era médico, ¿qué podía decirme? Cualquier síntoma que se reflejara en mi físico suponía que podría tener algún tipo de enfermedad; sin embargo, lo que a mí me dolía no era el cuerpo, se trataba de otra cosa que no lograba averiguar por más que me esforzaba.

—Cansancio acumulado. No duermo muy bien, la verdad.

La cara de Benji fue la viva imagen del médico que no está para nada de acuerdo con el ritmo de vida de su paciente. Tampoco es que pudiera hacer nada para dormir.

—¿Quieres que te recete unas pastillas?

—Sé qué me deseas desde el primer momento, pero no voy a dejar que me drogues para poseer mi cuerpo —contesté mientras nos dirigíamos al interior del local.

—Como si fueses a decirme que no si te propusiera algo.

Me reí de verdad por primera vez en muchos días. Él también lo hizo. Benji era una buena persona. Quien no lo conocía podía pensar que a veces era distante. Lo cierto es que se

preocupaba más de lo que cualquiera pudiera imaginarse.

—Estás más delgado —apuntó también—. ¿Comes?

Comía, por supuesto, aunque no porque tuviera hambre. A veces se me cerraba el estómago y podía estar dos o tres días bebiendo agua y masticando chicles. Me hubiera caído una buena de haber contestado la verdad, así que asentí con suma tranquilidad.

Cuando nos acercamos a la mesa del fondo, vi una figura sentada. La reconocí al momento, igual que ella a mí cuando se fijó en que dos sombras se acercaban en su dirección. Rose se puso en pie, tropezó con sus propios pies y no cayó de bruces porque la sostuve. Puso cara de circunstancia, miró a Benji y este, con los ojos en blanco, soltó un suspiro. Era de alivio, pero perfectamente podría haberse interpretado como exasperación.

—Tan ágil como siempre —le susurré cuando me dio un abrazo fugaz.

—No hay que perder las buenas costumbres —afirmó a continuación—. Qué delgado estás.

—Eso mismo le he dicho yo —la apoyó Benji, al que me hubiera gustado darle una guantada para que se callara.

—Estoy bien, venga, sentaos.

Por lo menos quisieron hacerme caso en eso, porque ambos siguieron durante un buen rato interrogándome sobre mi deplorable aspecto físico. Me había dejado crecer una barba descuidada que me hacía parecer mayor de lo que en realidad era, por no hablar de que había perdido del todo mi elegancia a la hora de vestir. Me conformaba con ponerme una camisa de cuadros y unos viejos vaqueros ceñidos, que ya no eran tal, me venían holgados por haber adelgazado seis kilos, aunque a nadie le había dado la cifra exacta de esa desnutrición que Ben advertía con sus ojos inquisitoriales.

Pude reconducir la conversación hacia ellos. Les pregunté por cómo estaban. «Estupendamente», me dijeron. Muy felices. Se habían ido a vivir juntos. Sentí cierta envidia. Yo era dos años mayor que Benji y Rose tenía veintidós; no obstante, tenían las cosas mucho más claras que yo. No dejaban de sorprenderme como pareja porque, aunque no paraban de meterse el uno con el otro, había una confianza única entre ellos.

Fue bonito mientras duró. Tras un largo rato de detalles sobre Oxford, sus trabajos, sobre cualquier nimio detalle que los apartara de mi coartada, la que ocultaba el temblor de mis manos y de mi sonrisa ladeada que, en otra época, hubiese sido no solo creíble sino también conquistadora, volvieron a centrar su atención en mí. Rose parecía empeñada en sonsacarme a fuerza de insistencia y de bromas aquello que pugnaba por salir desde el fondo de mi garganta. La chica apuntaba con bala y, una vez esquivadas unas cuantas, no muy dotadas de puntería, decidí acorralarme.

—¿Quién es ella?

En ese momento podría haberme ido por la tangente. Me consideraba un hombre bastante inteligente como para salir airoso de un interrogatorio como aquel, era periodista, sabía hacer preguntas y contestar con medias verdades. Sin embargo, algo dentro de mí me hizo una advertencia. Me amenazó con su nombre, con el sabor de su boca, con el reguero de lunares que le atravesaba las costillas y el vientre. Me amenazó con regresar a mí una y otra vez si no hablaba de ella con mis amigos. Así que no pude contenerme cuando contesté:

—Es Juliette.

Rose asintió satisfecha por haber encontrado una rendija que explicaba mucho más de lo que cualquier diagnóstico médico pudiera. Ben cruzó los brazos sobre el pecho y esperó a que hablara. No podía pensar que con eso tuvieran suficiente. No eran de esa clase de amigos que dan

por bueno lo poco que quieras contarles, no, ellos lo querían todo y, lo que más me sorprendía, es que yo necesitaba contárselos. Contarles que había cometido una locura, un pecado mortal, que había conocido a alguien y que había roto mi promesa más grande.

—La conocí en París, en enero.

—¿Es francesa?

Benji no habló durante los siguientes quince minutos, en los que yo, con toda la calma del mundo, me bebí mi botellín de cerveza y relaté esa historia, la mía. Mi amigo era silencioso, pero confiaba en que, al final, diría algo inteligente. Omití muchos detalles, ahora bien, no me dejé lo esencial, lo que me hacía dudar. Las llamadas a las que no había contestado, el compromiso de ella, la boda. Todo. Eso tuve que contarle.

—Pero, Tom, ¿casada?

Rose no parecía aprobar mi insistencia con una chica que ya estaba comprometida la noche que nos conocimos.

—Tal vez para ella solo fue una aventura antes de casarse.

No podía esperar otra cosa de Rose: era la sinceridad personificada. Lo dijo, además, con cuidado de no herir mi sensibilidad. Yo también había pensado en esa opción. No podía ignorarla como si nada. Cabía esa posibilidad.

—Le di un nombre falso —añadí porque me lo había callado para no parecer un auténtico capullo.

Mi amigo echó la cabeza hacia atrás, soltó un gruñido y se quedó mirando el techo durante varios segundos. Rose pasó por alto ese detalle o, tal vez, no le prestó tanta atención porque ella lo comprendió desde el principio.

—Y eso, ¿por qué?

—No sé. No me apetecía que supiera quién era, creo.

—Ya. Vamos, que no querías que te llamara después.

—Le pedí el número —me defendí.

—Pero no le diste el tuyo.

Y allí se acababa toda la defensa posible.

—A lo mejor se ha enterado de que le mentiste y no quiere saber nada de ti.

—Ya da igual, se ha casado con otro —le recordé a mi amiga, porque ella parecía dejar de lado esa cuestión.

—No parece que te haya importado hasta ahora. Pasasteis varios días juntos y has estado llamándola y escribiéndole mensajes a los que ella no ha contestado. Estarás de acuerdo conmigo en que pareces un acosador, ¿no?

—Joder, Rose, es que... ¿qué puedo hacer?

Levantó las manos como si fuera evidente y yo no quisiera darme cuenta de una puñetera vez de que ya había rozado límites infranqueables. ¿Hasta cuándo estaba dispuesto a seguir lastimándome por algo que no podría tener nunca? No sentiría ni recuperaría lo que ella y yo vivimos una vez. Lo sabía; sin embargo, me negaba a aceptarlo.

—Hombre, Tom, seguir con tu vida sería una opción. No es sano ni bueno esto que te estás haciendo. —Dudó si decir algo más o no. Acabó haciéndolo—. Tampoco se lo estás poniendo fácil a esa chica. Haya sido o no importante para ella, te ha dejado claro con su silencio que no quiere saber nada de ti.

—No lo ha dicho. En ningún momento me ha escrito para decirme que la deje en paz. Si lo hiciera, lo haría. Me dolería, pero renunciaría a cualquier posibilidad de hablar con ella. Se lo he

pedido incluso: dime que no te escriba más.

—A lo mejor es que es igual de masoquista que tú.

Nos miramos un segundo. Yo ya no sabía qué más decir ni cómo enfrentarme a aquello sin parecer un acosador de mierda. Los mensajes eran sencillos. Muy de vez en cuando le preguntaba si podíamos hablar o le decía que a tal hora de tal día estaría en tal sitio. Nunca venía, pero yo siempre estaba allí, deseando que ocurriera el milagro de toparme con sus ojos verdes, envueltos en esas tupidas pestañas negras que creaban vendavales.

—Tom, tienes que parar.

Miré en dirección a Benji; tanto Rose como yo lo hicimos. Llevaba rato sin decir ni esta boca es mía, así que me sorprendió que finalmente diera señales de haber estado escuchando.

—No puedes seguir haciendo esto. Si ella hubiera querido verte, hablar contigo, arreglar esto de cualquier manera o iniciar cualquier tipo de relación, lo habría hecho. Debes aceptar que esto no está bien. Tienes que parar.

Fue duro cuando lo dijo. No dulcificó la verdad, por eso mismo necesitaba verlo, tanto a él como a ella. Porque era conveniente que alguien me recordara que no me estaba comportando como alguien coherente y sensato. Posiblemente estaba agobiándola, me entrometía en su vida como un vil ladrón, como un mendicante que necesitaba un poco más, que requería su atención para poder seguir. Lo hacía para que no me hiriera tanto haberme enamorado del baile que había dejado su risa en mi vida.

—Tienes razón —declaré.

—Lo siento. —Tendió el brazo hacia mí y me estrechó el hombro—. Y tienes que prometerme que te vas a cuidar. Come más. Deberías probar algún remedio natural para dormir. Tómate unas vacaciones. —Otra vez las putas vacaciones—. Y, por Dios, aféitate esa horrible barba. Te queda fatal.

Eso me hizo sonreír. Ya sabía que no me favorecía, pero me daba igual. Entonces todo me daba igual. Todo menos ella mirándome desde la mecedora del hotel, toda ella desnuda, cubierta por sus rizos castaños cayéndole sobre la piel y la mirada. Ella sonriendo para mi cámara hasta enredarme en su cuerpo, que me llevaba detrás de ella y hacía que me preguntara cómo era posible sentir que me había roto y que no quedaba nada del antiguo Tom.

JULIETTE

Todos los que dicen quién soy

Londres. Septiembre, 2019

—Al final me vas a quitar el puesto, ¿eh?

Escuché su voz al otro lado del teléfono como si procediera de una órbita distinta, no la misma en la que se movía la Tierra.

Ava Green Johnson era la presentadora de las noticias de la noche en el canal 8 desde hacía cinco años y todos sabíamos que acabaría jubilándose allí, detrás de la pequeña pantalla, mientras leía el teleprónter y jugaba a ser una diosa que dibuja las desgracias ajenas con su peculiar timbre de voz. No me caía mal y, si era objetiva, hacía su trabajo tan bien que a veces cambiaba de cadena y ponía otra diferente a la nuestra; me resultaba tediosa tanta perfección. Sin embargo, hacía ya una semana que Ava Green Johnson —que diga su nombre entero no es baladí, ella misma lo decía siempre: «Hola, soy Ava Green Johnson»— no presentaba las noticias. Una servidora se había hecho cargo de su puesto, sin pretenderlo en absoluto, mientras se recuperaba. ¿Quién habría imaginado que las periodistas como ella también se rompían las piernas esquiando?

—Volveré pronto —me recordó como si a mí me importase que lo hiciera o no. Mi vida estaba en la calle—. Así que no lo hagas tan bien.

Ese último comentario me molestó en un primer momento. Solo había una persona que se empeñaba en darme órdenes: el productor ejecutivo de la cadena. Ella no tenía ese derecho, yo no se lo había dado ni tenía intención de hacerlo nunca. Después caí en que, a lo mejor, sí que lo estaba haciendo bien, tanto como para que mi compañera sintiera peligrar su trabajo. Eso me hizo sonreír, no porque tuviera ganas de sustituirla, sino porque, tal vez, Ava Green Johnson tuviera miedo, como el resto de los mortales.

—En nada estarás de vuelta —susurré para aquietar las aguas mientras Jeff, el chico de sonido, me quitaba el micrófono y la petaca.

—Estás ridícula —me dijo entre dientes.

Lo estaba. Eso de ir tan maquillada, peinada y arreglada, me tenía ya harta. Por eso, aunque había tenido que echar mano de algunos vestidos formales de mi armario, no me rendía y seguía poniéndome los vaqueros por debajo, al fin y al cabo solo se me veía de cintura para arriba.

Le di un empujón a Jeff y este se rio. Por poco había olvidado que había alguien al otro lado que parloteaba sin fin.

—Estoy mejorando, pero esto de la escayola es incómodo y a veces me olvido y apoyo el pie y no veas el dolor porque, claro, imagínate, yo soy una persona...

Dejé el móvil sobre la mesa del plató mientras me sacaba el vestido por la cabeza y cogía en el aire la camiseta que me lanzaba Jeff. Me la puse y volví a coger el teléfono justo a tiempo para asentir a la perorata de la presentadora.

Sam se había acercado por detrás con sigilo, como hacía siempre que estábamos en casa, y me dio un beso en la coronilla. No me sorprendía que estuviera allí, pese a que poco o nada tuviera que ver él con el periodismo. Era un hombre de negocios que provenía de una familia que, desde que la Tierra era redonda, se dedicaba al comercio en expansión. Creo que comercializaron con la primera rueda de piedra.

—No pienses en eso, ahora cuídate —dije aun sin saber muy bien qué había dicho la chica desde el otro lado.

—Tienes razón —afirmó.

No entendía por qué tenía que llamarme todos los días. Solo se me ocurría que quería o necesitaba sentir que ejercía algún tipo de control sobre mí. No lo lograba. Solo había aumentado mis ganas de dejar de contestarle. Era pesimista a rabiar y yo, pese a no destacar por mi optimismo ni buen humor, era bastante más alegre y entusiasta con las cosas que de verdad me importaban.

—Te dejo, Ava, tengo que arreglar algunas cosas en la redacción antes de marcharme a casa.

—Claro, claro, Juliette, perdona, ¿eh? No quería molestarte.

«Comienzo a creer que eso es precisamente lo que pretendes».

—No hay problema. Hablamos cuando quieras.

«Es que no quiero».

Sam seguía haciéndome carantoñas. Se había sentado en la que hacía unos minutos había sido mi silla y daba vueltas sin parar.

Colgué sin dilatar más la llamada y me acerqué a él.

—¿Me visita de nuevo, señor McEwan?

—Siempre que puedo, señora McEwan.

No me había cambiado el apellido al casarnos. Prefería conservar el mío. Poco o nada bueno me había aportado; sin embargo, no quería renunciar a lo que me pertenecía, a quien había sido hasta antes de Sam. Me convencía a mí misma de que ese pensamiento era injusto, porque yo tenía más personalidad que cualquier convención social y que podría vivir con ese cambio en apariencia imperceptible, pero acto seguido volvía a sentirme presionada y renunciaba al cambio. No obstante, dejaba que Sam se divirtiera con aquellos pequeños juegos en los que él fingía ser el cortés señor Darcy y yo una Elizabeth Bennet más tozuda, si cabe. Quizás por eso, al ver que fruncía el ceño, rectificó:

—Señora Samuels, cada día lo hace usted mejor —cambió de tercio.

—Eso mismo parece preocuparle a Ava Green Johnson.

Soltó tal risotada que Jeff nos miró desde la cabina, pensando, tal vez, que éramos un par de locos que siempre andaban haciendo cosas que los jefazos no verían con muy buenos ojos.

Cogí la goma de pelo que tenía en el bolsillo trasero del pantalón y me recogí los rizos. El pelo afro era mi toque personal. Lo había heredado de mi abuela y después de mi padre, como mi piel mulata. Nadie sabía de quién eran los ojos. Tan verdes, tan brillantes.

Me senté sobre las rodillas de mi marido. Qué raro se me hacía todavía dirigirme a él de ese modo. Ni siquiera sabía cuándo había pasado, aunque tenía muy presente cómo: nuestras familias. Había sido tan sencillo para ellos que, sin darnos la menor cuenta, también nos vimos arrastrados por todo el encanto de querernos para siempre. A decir verdad, cuando conocí a Sam, ni siquiera pensé que se pudiera querer a alguien toda una vida. En ese momento, sentada sobre sus piernas, con las manos alrededor de mi cintura y sus ojos azules buscándome los labios, me di cuenta de que seguía sin estar convencida de esa premisa que es el amor por encima de todo, incluso del

tiempo y de los contratiempos.

Preferí no pensarlo más. Cada pocas semanas me invadía esa duda y una presión pequeña, al principio imperceptible, se me instalaba entre el esófago y la caja torácica. Mi médico de cabecera lo llamaba estrés. Mi mejor amiga, que era psiquiatra, me dijo que tenía pinta de ligera e incipiente tristeza, algo que había que arrancar de raíz como un tumor porque degeneraría en algún tipo de depresión. Le hice caso, cambié algunas cosas y acepté como mantra seguir siendo yo, tomar mis decisiones, vivir conforme a lo que había planeado hacía algunos años. Durante un tiempo funcionó. Incluso esos ventanales kilométricos de nuestra casa me parecieron más luminosos mientras me autoconvencía de que tenía todo lo que cualquier otra persona en mi lugar querría.

Ya no pensaba en nada que me asustase. Ya no pensaba en París. Hasta que una noche, un mes atrás, en plena cena familiar, reunidos sus parientes y los míos, salió el tema. No tenía nada que ver con París, pero todo el salón me olió de pronto a aquel enero pasado por agua.

—¿Cómo está la feliz pareja?

Quien habló fue su padre mientras yo me preguntaba, para mis adentros, por qué debíamos ser así y tener la friolera de tres tenedores por persona sobre la mesa.

—Estupendamente.

Sam había buscado mi mano sobre la mesa y yo se la tendí enseguida. Tan rápido que a punto estuve de volcar el vaso de agua.

Mis padres y los suyos se miraron sonrientes. Presentían más de lo que nosotros estábamos preparados para compartir, tal vez porque ni siquiera habíamos pensado en ello hasta ese momento.

—Nos hemos dado cuenta de que solo has bebido agua, Juliette. ¿Hay algo que queráis decirnos?

Sam se giró hacia mí. Parecía confuso, como si él no hubiese deducido aquello. Como si yo, siendo él mi pareja, no se lo hubiese dicho antes que a nadie de haber sido cierto lo que sugerían.

—No estoy embarazada —expliqué.

Me demolió la vergüenza que sentí al decirlo, parecía estar rompiendo las ilusiones de dos familias. Quizá sea un buen momento para aclarar que yo aún era joven. Tenía veintiséis años. Sam, unos cuantos más que yo: le quedaban pocos meses para los cuarenta. Pero habíamos funcionado bien, sin presiones, sin marcar los ritmos del otro, hasta entonces, claro. Sin más, se había abierto una brecha: ¿Por qué no? En esa brecha se planteaba que la maternidad ya no era una opción, era un derecho a ejercer, era la manera de demostrar que éramos felices. Pero ¿lo éramos?

Desde esa noche en la que todo me olió a ropa mojada en el Sena, se truncó algo entre nosotros, porque de pronto todo su mundo giraba en torno a mirar parejas con bebés en cualquier sitio y el mío en recuperar el frenesí de experimentar las noticias en vivo, de ir más allá, de seguir siendo Juliette, ni esposa, ni madre.

—Solo digo que yo ya no soy tan joven —solía repetirme.

—Nunca habíamos hablado de esto, Sam. Tú sabías que yo no quería hijos a corto plazo. Te lo dije nada más conocernos.

—¡Claro que lo hiciste! —Me sonreía a continuación—. Y claro que lo entendí, pero eso fue hace tres años.

—No sabía que ahora hubiese plazos exactos en los que una persona tiene que tomar las decisiones más importantes de su vida.

Él se exasperaba cuando intentaba hacerle entender lo que sentía y yo cuando él no se daba

cuenta de lo mucho que me dolía que de pronto solo fuese para él alguien que le negaba ser padre.

Aquel día, en el plató, el tema de conversación fue dirigido hacia nuestro gran problema.

—¿Te lo has pensado ya?

Lo que tenía que pensarme era si finalmente dejaríamos de tomar precauciones y nos acostaríamos con el propósito insalvable de engendrar un bebé.

Le aparté las manos de mi cintura y me levanté. Eché a andar hacia la salida y él me siguió.

—Venga, Julie, espérame.

Empujé la puerta con todas mis fuerzas y salí al pasillo.

«No, por favor, ese olor de nuevo no».

—Sam, ¿otra vez? —pregunté. Me costaba respirar. No había día que me diese un descanso. Merecía ese momento de paz en el que no me sintiera como un útero andante—. Necesito que aparcemos este tema durante un tiempo.

Me paré en una esquina donde no había nadie y suspiré con las manos en las caderas al tiempo que miraba hacia el suelo. Él se acercó a mí y colocó sus manos sobre mis mejillas. Ni de lejos se comparaba a... Tragué saliva. No se comparaba porque no había a qué compararlo, porque Sam era todo mi pequeño universo. Era quien estaba allí cuando llegaba tarde de trabajar, cuando me encontraba mal, cuando caía. Allí estaba él y no merecía que ningún recuerdo fugaz eclipsase la pequeña burbuja que había construido con mi nombre.

—Perdona, Julie, lo siento mucho, no quiero que estés así.

—Es que no...

Cogí aire porque me daba miedo decirlo, sin embargo, debía hacerlo.

—No quiero tener hijos por ahora, Sam. No sabría ser madre y hay tantas cosas que quiero hacer antes...

Se acercó un poco más y me atrajo hacia sus brazos. Me encantaba acariciarle los antebrazos con ese fino vello rubio que se los cubría, tan suave.

—No me preocupa que no quieras tener hijos ahora. —Recalcó esta última palabra—. Lo que me asusta es que nunca acabes de hacer todas esas cosas que están en tu lista para que puedas considerarlo siquiera.

Hablaba de una lista hipotética, pero de un miedo real. Yo tampoco podía garantizarle que cambiase de idea alguna vez o que las cosas que me hacían feliz desaparecieran de pronto. Solo sabía que él se encontraba entre mis prioridades y que eso no cambiaría. En ese momento lo tenía muy claro.

—¿Te veo luego en casa? —le pregunté mientras me apartaba aún compungida.

—Claro, cariño.

Me dio un beso en los labios, tan imperceptible como su presencia en el estudio al cabo de cinco minutos y se marchó.

Estuve apoyada en aquella pared muy poco tiempo hasta que Cat, de recursos humanos, apareció ante mí como el vendaval que era: habló a gran velocidad y me distrajo con sus rápidos e inquietos movimientos de brazos.

—El jefe te busca.

Definitivamente, solo me faltaba eso para rematar la mañana.

—Y felicidades, Juliette.

Alcé las cejas sin comprender.

—Los índices de audiencia han mejorado mucho desde que presentas el informativo. —Señaló hacia el techo—. Arriba están contentos.

—Menuda mierda.

Cat se quedó con la boca abierta, a medio camino de decir algo, hasta que al final sonrió con cierta empatía, colocó su mano sobre mi hombro a modo de consuelo y susurró:

—Sé que para ti no son buenas noticias.

Pues claro que no lo eran. A mí me gustaba patear las calles, no ser el recipiente que lee desde la distancia. No quería ser la cara, quería correr detrás de ese caos social, económico y político en el que vivíamos.

—Gracias, Cat.

Frunció la boca. Quería hacer alguna cosa más por mí, pero no tenía ni idea de qué, así que me despedí con la mano y me encaminé hacia el ascensor. Si el jefe me quería ver solo podía significar que saldría de allí llorando. Parecía estar viviendo una película que se ralentizaba. Eso sí, estaba preparada para aguantar lo que me echasen; no obstante, en los últimos tiempos vivir enfrentada a quienes me importaban me hería demasiado.

Llegué al despacho arrastrando los pies sobre la moqueta color burdeos. Nunca me había gustado. Me recordaba a un prostíbulo en el que había entrado hacía dos años para dar una noticia de tráfico de blancas. No tenía el mismo olor que aquella. La del club hedía a vómito de gato y a todo tipo de fluidos corporales que invadían el recinto.

Llamé a la puerta sin muchas ganas y me llegó la contestación al momento. Rápido, directo: «Pasa». Obedecí. Por la cuenta que me traía más me valía. Al otro lado, un hombre ya muy mayor, de pelo cano, de metro noventa y piel paliducha y arrugada, me miraba con los dedos entrelazados sobre el escritorio de madera maciza. Quizás era el más caro de todo Londres. Otro capricho innecesario, prueba de que el dinero da poder. El semblante adusto me hizo dudar al principio. Hubiese querido salir corriendo. No lo hice. Cerré la puerta, solté un bufido muy profundo y me senté en uno de los dos sillones orejeros, color gris perla.

—¿Has visto las audiencias?

Ni un saludo, por supuesto. ¿Para qué andarse con tonterías? Su tiempo valía un dinero cuya pérdida no suplían las personas. Ni siquiera yo.

—Sí, han sido buenas.

—No —me interrumpió—, han sido muy buenas. Vamos a hacer algunos cambios.

Cuerpo en alerta. Peligro. Piel erizada, bilis en la boca. Salto al vacío.

—Nos gustaría que ocupases el puesto de Ava mientras vuelve, pero también en el futuro. Es importante para la cadena, nos ha reportado muchos beneficios que estés presentando. Le gustas a la gente. Las redes sociales arden cuando empieza tu hora. ¿Te das cuenta? Quieren que presentes las noticias. Hemos mantenido el público de siempre y ganado en gente joven y extranjeros.

Lo había escuchado sin pestañear. Se supone que solo los psicópatas no pestañean, o eso había escuchado alguna vez.

—Te lo agradezco, pero prefiero volver a recuperar mi puesto de reportera.

Se le ensombrecieron tanto los ojos que me agarré a los apoyabrazos del sillón.

—No te he preguntado. Es lo que harás.

Mi cuerpo se impulsó hacia arriba. A la defensiva, como un boxeador preparado para el ataque, llené los pulmones de aire para sentirme más valiente.

—¡Pero no quiero!

Se puso de pronto en pie y dio un manotazo sobre el escritorio. Se cayó la foto. No una cualquiera, sino la foto. Cerró los ojos, apretó la mandíbula y con sumo cuidado la colocó de nuevo en su sitio. Yo había apartado la mirada hacia las persianas, llenas de un polvo que no

habían limpiado en tiempo. Apretaba los puños.

—Abuelo, por favor... —supliqué.

—¡Juliette! —gritó él con toda su energía. Le quedaba mucha, por cierto, para los años que contaba—. No te quiero escuchar rechistar. Pareces una niña consentida. ¿Te das cuenta de la oportunidad que se te está dando?

—¿Y tú? ¿Te das cuenta de que no la quiero y de lo que dirá la gente? La nieta del jefe le ha quitado el puesto a Ava Green Johnson. ¿Sabes lo que me ha costado que me respetasen por mi trabajo y no por mi apellido?

—¿Ahora resulta que te avergüenza tu familia?

Di un paso hacia él, llena de impotencia y pena.

—Abuelo, no. Claro que no.

—Porque esta familia lo ha dado todo por ti. ¿Eres consciente de la suerte que has tenido? Este apellido te ha pagado las mejores universidades, los viajes al extranjero para aprender todos esos idiomas que hablas y cualquier cosa que hayas necesitado o querido. No se te ha negado nada. Jamás. Porque eso es lo que hace la familia, ¿entiendes?

Fingía estar dolido. Si no lo hubiese conocido habría jurado que así era. Pero sabía muy bien quién era Michael Samuels y de lo que era capaz para hacerte sentir tan mal como para que le dieras lo que él quisiera. Conmigo lo había conseguido toda la vida. ¿Hasta cuándo seguiría teniendo ese poder sobre mí? ¿Cuánto tiempo más le dejaría hacerme sentir insignificante?

—¿Y yo te he negado algo alguna vez? —le eché en cara—. Estudié lo que quisiste, aunque no negaré que me encanta, proyecté mi carrera hacia tus planes, acepté venir a trabajar aquí cuando bien sabes que me habían ofrecido un puesto en el canal siete y que era mi sueño desde pequeña, y, ¡joder!, me casé con el hombre que tú querías. ¿Qué te he negado yo, abuelo? Solo quiero poder elegir esto. ¿Puedo?

—¡No, por allí no! —Empezó a mover el brazo de manera muy rítmica. Parecía un coronel. En parte creo que nació con el espíritu de uno—. Te casaste con Sam porque os queréis. Los dos. Es un hombre excelente, trabajador, pudiente, nunca te faltará nada con él.

Puse los ojos en blanco mientras me mordía la lengua. Podría haberme envenenado.

—Soy independiente, no necesito a un hombre, ni rico ni pobre, que intente mantenerme.

Hizo un gesto que venía a significar que eso no era importante. Pero lo era. Mucho. Para mí y para cualquier mujer u hombre. O por lo menos eso creía yo.

—Es lo mejor que podrías tener. Y deberías hacerlo feliz como él lo intenta contigo, porque no se lo estás poniendo nada fácil. Trabajar en el informativo te facilitaría pasar más tiempo en casa —siguió explicando como si a mí me importase lo que pudiera decirme. Tenía muy claro que aquella conversación iba a terminar tan mal que los dos lo lamentaríamos durante mucho tiempo—. Sería un padre estupendo, Juliette.

—No soy una moneda de intercambio. No me cediste a un hombre como si estuviéramos en el siglo XVIII y mi único cometido en el mundo fuera tener hijos, abuelo. No puedo tenerlos ahora y no quiero presentar el maldito informativo.

Se puso rojo como imaginaba que estaría el mismísimo Satanás en el caldeado infierno. Y precisamente un infierno era lo que el abuelo quería hacerme pasar. No entendía esa fijación por mí. Sí, era su única nieta. Mi tía no había tenido hijos, pero ese no fue ni de lejos el único motivo por el que dejó de hablar con ella. Había más, como que se casara y divorciara la friolera de cuatro veces. Pues bien por tía Emilia. Ojalá yo pudiera tener las agallas de lanzarme al universo.

—No me hables así, jovencita. No he comerciado contigo. Siempre he procurado lo mejor para

ti, ¿comprendes? ¿Es que no quieres tener una familia? Sam ya no es ningún chaval.

—Ya tengo mi familia.

—No sé por cuanto tiempo. ¿Cuánto crees que puede aguantar un hombre al que le niegas ser padre por simple capricho?

Eso ya me rozó la fibra más sensible que tenía: mi dignidad como persona libre y como mujer con derecho a decidir sobre mi cuerpo, mi vida y los tiempos en los que quería vivir cada cosa.

—Jamás vuelvas a insinuar siquiera qué debo hacer con mi cuerpo.

Fui tan rotunda que se quedó un momento aturdido. Creo que esa era una frase que me hubiese gustado dirigir a más de una persona.

—Sustituiré a Ava Green Johnson hasta que se recupere y después volveré a mi puesto de reportera.

Abrió la boca para objetar; sin embargo, no se lo permití. Me dirigí a la puerta, la abrí y le dije:

—Aquí o en otro sitio.

Di un portazo y me fui.

La presión en el pecho se desvaneció un poco. No obstante, París regresó con más fuerza, con la intensidad de lanzarse en plena noche a un río helado.

SAM

El ruido que se queda cuando te has marchado

Quería a Juliette por encima de todo; del bien y del mal. Habría hecho cualquier cosa para que estuviera bien, incluso renunciar a aquello que pensaba que me haría feliz, a aquello que necesitaba porque, más allá de todas las pequeñas cosas con las que había soñado desde hacía años, estaba la manera en la que se acurrucaba a mi lado por las noches, la sinceridad de su mirada, el cariño infinito con el que me empujaba a ser mejor persona. Por eso no insistí más en el tema del bebé. Estaba convencido de que si no era con ella, no querría ser padre.

Volví al despacho después de visitarla, a ella y a su abuelo, que me tenía mucho más aprecio del que llegué a imaginar que pudiera sentir un hombre tan serio como él. Yo había vivido con uno. Mi padre era estricto a rabiar. Me había moldeado a su antojo, por lo menos de cara a la gente, por dentro había logrado construir una mejor versión de mí mismo. O eso intentaba día tras día. No era sencillo alimentar a dos versiones distintas de mí mismo. Me sentía como un impostor y, más aún, desde que sentía que algo no iba bien. No sabía de qué se trataba, si de mi falta de personalidad, que con casi cuarenta años era un problema, o de la manera que teníamos de querernos Julie y yo, que ya no era la de antes.

Me ajusté la corbata cuando entré en la oficina y le pedí a mi secretario un café fuerte para aguantar un par de horas más. Aún tenía que revisar algunos documentos que la abogada principal de la empresa, Mina Holland, me había hecho llegar aquella mañana. Aunque podría haberme quedado trabajando, desestimé la idea con tal de pasar unos pocos minutos con mi pareja, que andaba agobiada por la presión de su abuelo. Ella quería volver a realizar su trabajo de siempre, pero en su mundo, como en el mío, tampoco bastaba con desear algo, ya que eso implicaba enfrentarse a muchas personas. Comprendí eso nada más conocerla, y como yo había tenido que hacer frente a situaciones parecidas, sentí la necesidad de protegerla de todas las cosas que pudieran dañarla.

—Sam, perdona que te moleste.

Emma entró con un fajo de carpetas sujetas a su costado. Era la contable de McEwan&Sons, la mejor de todas. Una mujer de estatura media, que llevaba unas enormes gafas que le escondían los ojos, aunque podías apreciar lo negros que eran. El pelo siempre lo llevaba recogido en una coleta alta. Era largo y de un pelirrojo intenso, como en aquellas series ambientadas en Escocia que a Julie le gustaban tanto. Las faldas le llegaban por debajo de las rodillas. Solían ser de un ocre oscuro que no me gustaba nada, al igual que esos jerséis de cuadros amarillos y azules. Sus zapatos planos siempre me llamaban la atención, porque se compraba el mismo modelo, pero de colores diferentes. Zapatos de uniforme de colegio, no sabría llamarlos de otra manera.

Emma me causaba mucha ternura, quizás por lo torpe que era en la vida y lo profesional en los negocios. A sus treintaicinco años tenía cara de veinteañera. Era como si no hubiesen pasado los

años por ella desde que había llegado a Londres. Creo que influía lo dulce de su voz y su sonrisa. Más de una década después de conocernos seguía siendo la misma. Esa chica callada bajo la luz suave de las bombillas de mi restaurante favorito. De vez en cuando, me reía recordando la extraña conversación que nos había llevado a trabajar juntos. La casualidad de sentarnos juntos sin saber quiénes éramos.

—Dime, Emma. Pasa, anda, siéntate. ¿Te traigo un café?

—No, jefe, gracias.

Tomó asiento y colocó las carpetas sobre la mesa con cuidado. Extrajo los contratos que yo tenía que revisar o firmar.

—¿Estás bien, Em? —le pregunté.

Dudó. Me pareció que no sabía si contestar o no, le costaba abrirse a los demás. Había aprendido a conocerla, aunque a veces echaba en falta que fuera un poco más comunicativa y no se callara tantas cosas. Supongo que formaba parte de su personalidad, aunque en algunas ocasiones tenía mis dudas.

—Mi madre está enferma. Tengo la cabeza en otra parte, perdona.

Me miró a los ojos durante una milésima de segundo. Lo suficiente para que le sostuviera la mirada y me sintiera terrible, muy mal. Me hubiese gustado saberlo de antemano, haberle ofrecido algún tipo de apoyo.

—No te disculpes. ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Sé que es una época de mucho trabajo, quería dejar todo esto arreglado antes de pedirte un permiso. No he cogido vacaciones en los últimos tres años, espero que no te moleste que me tome un par de semanas ahora.

—Por supuesto que no, Emma, por Dios, qué cosas tienes. Lo que necesites, de verdad. Espero que tu madre se ponga bien.

Intentó sonreír en vano. Me di cuenta de que su madre debía de estar mucho más grave de lo que yo había imaginado.

—Yo también lo espero, jefe. Ya veremos, el médico no tenía muy buenas noticias. —Su comentario confirmó mis sospechas.

Desvió la mirada. Que Emma hablase de su vida privada en aquel momento solo podía ser porque realmente necesitaba contarle a alguien cómo se sentía. Debía sentirme contento de que tuviera esa confianza conmigo. No lo estaba, sin embargo, porque me daba cuenta de lo triste que se sentía en realidad.

Me levanté de la silla de cuero y di la vuelta al escritorio. Me acuclillé frente a ella y coloqué mis manos sobre las suyas. Eran pequeñas, pero muy cálidas. Cogí un pañuelo de la caja que había sobre el escritorio y se lo tendí para que se secara las lágrimas, aunque no pude evitar regalarle una caricia y también una sonrisa.

—No te preocupes, ¿sí? Ve tranquila, y cualquier cosa que te haga falta, llámame.

No sé por qué tuve que decir eso último. Por supuesto que le daría los días libres que necesitara, semanas y meses si era necesario; sin embargo, que me llamara tal vez resultaba desmedido para una relación profesional como era la nuestra. No me importó.

Ella no declinó mi oferta, sino que la aceptó con un asentimiento leve de cabeza y con un brillo en la mirada. Tenía los ojos húmedos de nostalgia y, para qué engañarnos, de algo que me recordó bastante a mí cuando era más joven. Emma tenía soledad en el negro del iris.

—Entonces me iré hoy mismo.

—Claro, ¿necesitas que le pida a mi secretario que te saque los billetes de tren o de avión?

—No, Sam, gracias, yo lo haré. Siempre eres demasiado amable, por eso la gente te quiere tanto. —Retomó su trabajo al tiempo que lo decía.

—Algunos supongo que sí, otros me odian. Ojalá pudiera contentar a todo el mundo, ¿verdad? Ella asintió.

Continuaba poniendo sobre la mesa las carpetas que había traído consigo e iba guardándolo todo a medida que yo asentía o negaba al contenido que me presentaba de manera concisa. Sabía lo que hacía, por eso no tuve ninguna duda en contratarla años atrás, pese a las advertencias de mi padre: la inexperiencia de la juventud, decía él. No estaba de acuerdo. Aquella chica tenía una capacidad increíble para organizar cualquier cosa que tuviera que ver con los números.

—He visto a Juliette en las noticias. Es una presentadora estupenda —dijo de pronto.

—Lo es, aunque a ella no le gusta demasiado. Prefería su trabajo anterior, es un alma libre, ¿qué le vamos a hacer?

—Se le nota. Tiene mucha seguridad en sí misma, la admiro de verdad. Ojalá pudiera ser un poco más como ella.

—Eres estupenda siendo tú misma, Emma, no tienes que ser como nadie —comenté sin pensar mientras garabateaba mi firma en la parte inferior de una contratación. Me di cuenta de que lo pensaba de verdad, aunque me pareció fuera de lugar decírselo. Ella se ruborizó mínimamente y después sonrió de nuevo.

—No es eso lo que me dice mi novio. —Se encogió un poco de hombros—. Pero qué le vamos a hacer. —Se rio al decirlo, pero prometo que no era porque le apeteciera, solo se trataba de un intento de disimular la verdad.

He de reconocer que no había imaginado que tuviera novio. Se quedaba hasta las tantas de la noche trabajando, como yo, y siempre llegaba la primera. Al mismo tiempo que entraba por la puerta lo hacía ella, a veces estaba en la oficina incluso antes de que yo lo hiciera. Su vida parecía estar dedicada por entero al trabajo. Así que no es de extrañar que me causara sorpresa esa noticia.

Emma se dio cuenta. Eso sí, malinterpretó la expresión de mi cara.

—Soy un poco tímida, y sí, reconozco que no soy demasiado moderna, pero tampoco es tan raro que una chica como yo tenga novio, ¿no, jefe?

Balbué algo incomprensible. En cuestión de mujeres nunca sabía qué era lo correcto. Creo que por esa falta de decisión no me había percatado de lo mal que estaban en realidad mis anteriores relaciones. Siempre pensaba que se podía arreglar todo con una palabra amable. Y a veces, simplemente, era imposible.

—No quería insinuar eso ni muchísimo menos. Es que como siempre estás trabajando, no imaginé que tuvieras tiempo —aclaré porque me sentí en la obligación moral de hacerlo. Emma no merecía sentirse mal por mis absurdos comentarios.

—No nos vemos mucho porque él vive en Stratford-upon-Avon, por eso puedo trabajar tanto. Voy algunos fines de semana y él viene a Londres de vez en cuando. En fin, una relación a distancia en toda regla.

Eso, si cabe, me descolocó todavía más. Vaya con Emma, detrás de esa falda de los años setenta había una chica moderna dispuesta a llevar una relación a distancia. Yo no habría podido. Echaba demasiado de menos el contacto con las personas que quería.

No pude callarme y seguí inmiscuyéndome en su vida. No parecía molesta con mi atrevimiento.

—¿Hace mucho que estáis juntos?

—Desde hace diez años. Lo conocí después de empezar a trabajar en la empresa.

—¡No me digas! Una década de amor, ¡vaya! Eres una caja de sorpresas, Em.

Se rio ante mi comentario y el silbido que dejé escapar. Solo mi segunda relación había durado casi tanto como la suya. Después nos dimos cuenta de que el amor significaba más que las apariencias, significaba muchísimo más que comer los domingos con nuestras familias y vestirnos de gala, como los ricos que éramos, aunque por dentro nos sintiésemos extremadamente pobres.

—Una década de muchos problemas, Sam.

—¿Y eso?

Emma dudó.

Apoyé los codos sobre la mesa, entrelacé los dedos de las manos y me incliné un poco hacia delante. Un mechón de pelo le cubría parte de la cara. Sentí la necesidad de apartárselo. También me hubiese gustado quitarle las gafas. Sobra decir que no lo hice. Solo se quedó en un absurdo pensamiento que no sé de dónde surgió. En cambio, me quité la chaqueta y me desanudé la corbata. Estaba cansado.

—A veces querer a alguien no basta.

Fue tan sencillo lo que dijo que tardé en darme cuenta de la complejidad que escondían esas palabras.

—Mírame —siguió hablando de pronto. Me pilló desprevenido, estaba demasiado ocupado analizando su comentario—, tengo treintaicinco años y tenía planes. Pero ninguno de ellos cuenta ya.

¿Qué planes podría haber tenido? ¿Qué cosas le preocupaban? Ojalá pudiera averiguarlo. Sin embargo, Emma no parecía dispuesta a seguir con nuestras mutuas confesiones, más tuyas que mías. En cuanto acabamos de revisarlo todo, recogió las carpetas, me dio las gracias una vez más por los días libres y se fue dejándome un poco descolocado.

No pude dejar de pensar en sus palabras en lo que restó de tarde.

Yo también había tenido planes alguna vez y tampoco se estaban cumpliendo.

Me quedé en el asiento, como si ella siguiera allí, frente a mí, y sé que en un momento dado, repasando la extraña conversación que habíamos tenido, me armé de valor en mi cabeza y le pregunté sobre muchas cosas, como la enfermedad de su madre o esos propósitos que había dejado atrás. Le pregunté sin prejuicio alguno, al igual que aquella noche en la que fuimos solo dos desconocidos que no necesitaban mantener las apariencias.

JULIETTE

Una casa de esquinas calladas

El recibidor de casa tenía fotografías de toda la gente que quería. Creo que era la única esquina de aquella mansión que sentía mía. Me había criado en una muy parecida, junto a mis padres y abuelos, pero a Sam y a mí todo ese derroche de habitaciones y baños se nos quedaba grande. Tal vez más a mí que a él.

Sam tenía mucho dinero y no le importaba gastarlo en propiedades y en cualquier cosa que creyera que yo podía querer. Vivíamos en el norte de la ciudad, en Courtenay Avenue, y lo que más me gustaba del sitio eran las zonas verdes que lo rodeaban. Nuestra casa, de ladrillo anaranjado con los pilares y los marcos blancos de las ventanas, era preciosa. Sin embargo, a veces me sentaba en las escaleras de la entrada, miraba a mi alrededor y me preguntaba si realmente necesitaba todo aquello para ser feliz.

La respuesta hacía que temblara el suelo.

—¿Otra vez mirando la foto de tu abuela?

Sam acababa de salir de la ducha. Al llegar del trabajo me había detenido, como de costumbre, frente a las fotografías que los diseñadores de interior habían colocado estratégicamente. Los había contratado su madre. En realidad, nuestras familias se habían encargado de amueblarnos la vida desde el principio.

—La echo de menos —siseé y me tragué el nudo que se me había enredado en la garganta.

La abuela Louisa había sido la mujer más importante de mi vida. Preciosa, dulce, amable y noble. No encontré nunca un defecto en ella, salvo la opresión. La sentía más libre y suya de lo que el abuelo pudiese llegar a apreciar nunca. Ella con sus ojos negros bajo unas pestañas que abanicaban hasta los malos augurios cuando parpadeaba. Ella con su pelo oscuro, rizado en zigzag magnético, africano, que había heredado mi padre y después yo. Ella riendo en el jardín bajo el sol del verano, cantaba con las chicharras mientras la luz resbalaba por su piel color bronce. Ella, un misterio, una historia que me hubiese gustado tener la oportunidad de conocer a fondo.

La abuela había muerto el verano que cumplí quince años. Ni siquiera me encontraba en Londres. Había viajado con amigos y compañeros a París. Pasaríamos unos días de julio allí y aprovecharíamos para ver el eclipse solar más largo del siglo XXI, el 22 de julio. Y con suerte, pensé entonces para mis adentros, el escocés de intercambio que había llegado ese año al *college*, Evan Matheson, se daría cuenta de que se había enamorado de mí, me besaría y, tal vez, me regalaría mis primeras caricias.

Aunque la cosa parecía que estaba ocurriendo como yo había pretendido en un primer momento, el final de mi ensoñación se precipitó cuando la tía Emilia me llamó para decirme que la abuela nos había dejado después de muchos meses de agonizar, de sufrir y de arrastrar un cáncer de pulmón que se había llevado su preciosa voz y su risa. Incluso las chicharras estuvieron en

silencio aquel verano de 2009, cuando me di cuenta de que ninguna de las cosas que poseía era tan importante como lo había sido darme cuenta de que nunca más podría hablar con la abuela Louisa.

Sam me dio un beso en la sien y me envolvió entre sus brazos. Instantes como aquel habían hecho que sintiera que la vida a su lado sería buena.

Me apoyé en él. Colocó su barbilla en el hueco que había entre mi clavícula y el hombro y se quedó mirando la fotografía de la abuela como si también hubiese llegado a conocerla y la echase de menos.

—¿Has estado llorando? —me preguntó sin mirarme a la cara.

Nunca llegué a entender cómo había aprendido a hacer eso. Daba igual que estuviéramos a oscuras o en silencio porque él, sin esfuerzo alguno, averiguaba cómo me sentía.

—Charla con Michael.

Bastaron tres palabras para que mi esposo, mi guapo y tierno esposo, supiera que peligraban los cimientos de la casa. Solo llamaba por su nombre al abuelo cuando la cosa era grave. Aunque no siempre lograba turbarme con sus broncas y amonestaciones, aquel día había conseguido sembrar una duda que no podría arrancar tan fácilmente y sabía que al final acabaría echando raíz si no hacía algo para remediarlo.

—Sam, ¿tú eres feliz conmigo?

Me soltó poco a poco, contrariado por la pregunta. Siempre se le nublaba la mirada. Fruncía el ceño con tanta delicadeza que me hacía sentir culpable por mostrar algún tipo de duda hacia lo que había entre los dos. No sé si era porque él estaba convencido por completo o porque también tenía esa misma duda y necesitaba disimularlo.

—Pues claro que lo soy.

Me apartó con delicadeza el pelo de la cara y colocó los mechones detrás de las orejas. Era un gesto aprendido a base de repetirlo de manera ininterrumpida durante los últimos tres años.

La primera vez que lo hizo estábamos en el club de golf del que eran socios nuestros padres. Nos habían presentado con entusiasmo. Parecía mucho más joven de lo que después averigüé que era. Nunca me importó la edad, en ningún momento supuse que podría suponer un contratiempo.

Aguantamos el chaparrón de aquel día echando mano de sonrisas y respuestas políticamente correctas. Nuestros padres nos habían hecho una encerrona en toda regla, y lo sabía porque mamá siempre andaba diciendo que le apetecía mucho que conociera al hijo de unos amigos. Y allí estábamos los seis, bebiendo unas limonadas con las gorras de golf en las cabezas y los carritos aparcados a veinte pasos de nuestra mesa. Era tan ridículo que tuve que esforzarme por aparentar cortesía y no la desazón interior que me embriagaba por sentirme en medio de un trato, de un trueque de hijos solteros con el fin de conseguir un matrimonio de conveniencia y dar lugar a una saga de hijos que heredarían los apellidos y las riquezas.

Era ridículo.

Sam estaba muy tranquilo. Sonreía con una elegancia propia de cualquier inglés de clase alta que se precie y tenía el semblante relajado. No parecía darse cuenta de lo preocupante que era la escena. Parecía una caricatura de apariencias que me hizo recordar el teatro del absurdo que había estudiado en el *college*. De haber estado vivo Bertolt Brecht, se habría inspirado en aquella tarde frente a los campos de golf. O puede que lo hubiese hecho Woody Allen.

Se me escapó media carcajada al pensar en un título para aquella película y todos me miraron desconcertados. Ni siquiera sabía de qué estaban hablando, hacía rato que ya no me interesaba la conversación. ¿Se suponía que debía disculparme?

Sam me salvó haciendo un comentario muy inteligente sobre el referéndum que se había llevado

a cabo en Inglaterra para dejar de formar parte de la Unión Europea. Corrían tiempos difíciles, lo había interiorizado cada mañana, tarde y noche que me quedaba en la redacción o que acampaba de manera literal y figurada ante el Parlamento para estar al pie del cañón cuando amaneciéramos en medio de una tragedia o de unas declaraciones que podrían marcar un antes y un después en nuestra economía y en nuestra sociedad. Por aquel entonces pasaba más tiempo atenta a las declaraciones de David Cameron, al que le quedaba poco tiempo como primer ministro, que haciendo lo que hubiese hecho cualquier otra persona de veintitrés años.

Durante ese lapso de tiempo uno de los chicos del club se acercó con una enorme jarra de limonada para servirnos otra ronda. Creo que eso había sido lo mejor del día, así que no pensaba rechazarlo. Levanté el brazo sin darme cuenta de que en ese preciso momento pasaba por detrás de mí, le di un golpe fuerte a la jarra y parte del líquido acabó cayendo sobre mi polo blanco.

—Discúlpeme, señorita —se apresuró a decir el camarero. Era joven, no debía tener más de dieciséis años y ese debía de ser el trabajo de verano con el que se ganaba unas pocas libras para salir con sus amigos e impresionar a la chica que le gustaba. Eso o yo había visto muchas películas de Hollywood y me olvidaba de que, tal vez, estaba trabajando por el hecho indiscutible de que le hacía falta el dinero para vivir o para ayudar a su familia.

—No es nada. Ahora huelo a limón, así disimulo el sudor —dije mientras sonreía y me olvidaba de donde estaba y con quien.

El ceño fruncido de mi madre me advirtió que tendríamos una conversación después.

—Esto es intolerable —sentenció el padre de Sam.

Me quedé muy quieta al principio. Era un señor de facciones duras y en apariencia muy poco compasivo, así que tuve miedo de lo que pudiera hacer contra el pobre chico.

—Ha sido culpa mía, señor McEwan. Si no hubiese levantado el brazo no habría pasado esto. De todos modos, no importa, guardo una muda en la taquilla.

No sabía si esa muda aún me venía, porque la había dejado allí en el verano de 2010, cuando el abuelo se empeñó en llevarme al club todos los días para no pensar en que la abuela Louisa ya no estaba.

—Quiero hablar con su supervisor, joven —se dirigió, no obstante, a él.

Mi padre miraba hacia otro lado. Había heredado algo de la abuela que le impedía hablar ante situaciones injustas como aquella. El chico no tenía culpa de nada y, aunque así hubiera sido, solo era un poco de limonada. Nada más. Había cosas mucho más importantes que solucionar fuera de esos metros cuadrados de césped, palos de golf y gente con las carteras llenas, como nosotros.

—Yo iré a hablar con él.

Sam se puso en pie tan rápido que no me dio tiempo ni a reaccionar. Su padre asintió satisfecho, con una sonrisa amplia de poderío en la boca. Me dio grima. Por aquel entonces ni siquiera alcanzaba a imaginar que algún día sería mi suegro.

—Vamos —le dijo Sam al chico. Este agachó la cabeza.

—Yo iré a cambiarme. —Se me atropellaron las palabras en la boca, pero tenía que ir detrás de ellos como fuera—. Discúlpeme. —Sonrisa amplia, educada. Madre feliz—. Vuelvo enseguida.

Cuando entré en el club, Sam estaba con el camarero en una esquina y apoyaba una mano sobre su hombro, como después haría conmigo. Me acerqué porque necesitaba escuchar lo que le estaba diciendo. También quería comprobar si había llamado ya al supervisor. Si era así, al pobre lo despedirían de inmediato. Las torpezas no eran bienvenidas en nuestras patéticas vidas de estirados.

—Sam, perdona —lo interrumpí—. De verdad creo que esto es innecesario. Ha sido culpa mía.

—Pues claro que ha sido culpa tuya —contestó con calma y una sonrisa tan amplia y honesta que lo hubiese abrazado en aquel mismo momento—. Estábamos viendo qué podíamos hacer para contentar a los dictadores.

Aquel comentario me atenazó los nervios y respiré aliviada.

—Yo llevaré la jarra de limonada de vuelta, no te preocupes. Diremos que te han encomendado otro trabajo como castigo.

El chico sonrió con lágrimas en los ojos y le dio las gracias tantas veces que me dio pena. Después se fue y me miró con cara de: «Este hombre es una buena persona». Por eso creo que el día que me casé con Sam recordé aquel momento.

—Muchas gracias —susurré.

—No hay por qué darlas. Deberías ir a cambiarte.

Fue en ese momento cuando colocó las manos por primera vez sobre mis mejillas y toda la galaxia se mudó a mi estómago. Nada de mariposas. Allí había millones de estrellas refulgentes.

—Siento este mal trago, pero no nos habrían dejado en paz si no hubiésemos aceptado venir hasta aquí. Teníamos que conocernos.

Estaba tan petrificada que al principio no dije nada.

Habíamos intercambiado apenas diez palabras en toda la mañana. Parecía un hombre sensato, con esos ojos tan claros, la barba y el pelo rubios sobre piel traslúcida. Era una mezcla de fantasma e inglés, y todos sabemos que esas dos cosas siempre han casado muy bien.

Me di cuenta en aquel momento de lo guapo que era Sam McEwan, aunque no imaginé que nos volveríamos a ver por propia voluntad.

—Por lo menos al bebérselo no nos hemos atragantado. Por lo del mal trago, digo —acabé comentando.

—Somos buenos bebedores, entonces.

—Por supuesto, viviendo situaciones como esta, más nos vale estar borrachos para aguantarlas bien.

Fue la primera vez que lo escuché reír. Tenía una risa gloriosa, te hacía cosquillas en todo el cuerpo porque se expandía como una vibración desde su cuerpo al mío. Sonreí también. Es curioso que ese fuese el momento que nos empujaría a querer vernos de nuevo, pero ya sin las carabinas que eran nuestros padres y sus estúpidas normas sociales.

Con el tiempo descubrí que Sam sabía adaptarse muy bien a ellas; sin embargo, las detestaba tanto como yo. En público éramos unos señores y, a las dos horas, de vuelta en el coche, nos reíamos de cada palabra que había salido de nuestras bocas.

—¿Estás aquí?

Seguíamos en el recibidor de nuestra casa. Él con sus manos alrededor de mis mejillas, como aquella primera vez. Era curioso que ya no sintiera lo mismo que entonces. Había un tatuaje invisible donde él ponía ahora las manos y ni siquiera sabía cómo se llamaba la persona que lo había grabado a fuego, porque cuando busqué en Google a Tom Rogers, descubrí que no existía y que solo era el nombre de un dibujo animado. Y, pese a todo, seguía reviviendo cada segundo de aquella madrugada en París. Como siempre París, que se llevaba instantes de mi vida, los embargaba y no podía recuperarlos.

—Sí, estaba recordando aquel día en el club de golf.

Sam me ofreció su mejor sonrisa, esa que decía «por cosas como estas te quiero» y yo me abracé a él con tanta fuerza que lo oí quejarse un poco cuando le aplasté las costillas.

—Te prepararé un baño. Creo que todos te hemos hecho el día muy difícil.

Era cierto, pero negué con la cabeza. Mentí porque el hombre que me apoyaba, que se enorgullecía de mí y de mi trabajo, que me abrazaba cuando tenía miedo, que daba su brazo a torcer en los momentos en los que mi tozudez nos sobrepasaba a ambos, ese hombre merecía que yo también fuese esa mujer para él. Y no sabía cómo.

—Gracias. —Lo besé en la boca. Uno de esos besos largos que dicen más que cualquier palabra—. Voy a ir al despacho a acabar una cosa para el informativo de mañana.

—Muy bien, Ava Green Johnson.

Le di un empujón y él me respondió con otro.

—Sabes que no me gusta esto.

—Lo sé, por eso me divierte decírtelo. —Se dirigió hacia las escaleras—. Estoy convencido de que volverás a tu puesto pronto. No te agobies, por favor.

Me agobiaba, pues claro que lo hacía. No le había dicho a Sam lo que el abuelo había insinuado y ordenado aquella tarde. Cuando lo hiciera tal vez comprendería que mi margen de elección no era tan amplio como él creía. Si mi única salida era presentar el noticiero y no regresar jamás al vagabundeo de la calle, donde estaban los olores y los ruidos, no sé cómo me sentiría.

EMMA

La vorágine de tu nombre

Stratford-upon-Avon. Septiembre, 2019

«Vale, mantén la calma. Eres una mujer hecha y derecha. Haz el favor de calmarte, Emma Gregoria Jones. ¿No? Pues a ver cómo aguantas dos semanas en el pueblo si no levantas un poco más la cabeza. Te acaba de mirar ese señor. Saluda, imbécil, es el hijo de los Wilson. Qué viejo está. Se está quedando calvo. Sonríele y, si te entretiene, recuerda lo que te dijiste. Recuérdalo ahora que se acerca».

—Pero si es la pequeña y regordeta Emma Jones.

«Regordeta tu pu... ¡Eh! Venga. A ver, no seas borde. Pero si he estado a dieta los últimos tres meses, joder. He adelgazado cinco kilos. ¿Alguna vez dejaré de ser la regordeta Emma? Vivo en Londres, trabajo en una empresa de éxito. Soy una mujer hecha y derecha y...».

—Hombre, ¡Ted! ¿Ted Wilson?

—¡El mismo! —asintió muy satisfecho.

Volver al pueblo para mí siempre era un suplicio. Todo lo que pensaba tenía que callarlo, aunque siempre acababa refugiándome en esas palabras que se quedaban a medio camino entre la realidad y el completo desconocimiento de las otras personas.

—Perdona, Ted, es que ni te había reconocido. Estás diferente.

«Pero tranquilo, que eres igual de gilipollas que siempre».

—Sí, estoy yendo al gimnasio.

«Ah, bueno. Ahora lo entiendo todo. Por eso pareces un cruasán con patas».

—Ya se nota, ya.

—Te puedo pasar una tabla de ejercicios, así cogerás un poco de tono muscular.

Me cogió de la carne que habitualmente me colgaba en los brazos. Le hubiese pegado tal hostia que habría salido volando. Me contuve y dibujé la sonrisa más falsa que se ha visto jamás. Un ignorante es lo que era, por eso no merecía más tiempo por mi parte.

«¡Que te jodan, Ted Wilson! Me dejaste colgada en el baile de otoño después de decirles a todos que había perdido la virginidad contigo. ¡Más hubieses querido!».

—Ted, perdona, pero tengo prisa, aún me quedan algunos recados por hacer y mi madre me necesita, así que, ya nos vemos, ¿eh?

«Venga, desaparece de mi vista».

—Claro, pobre señora Jones. Dale saludos de mi parte y a Ethan, claro. Está muy muy triste sin ti. —Aprecié el sarcasmo inmediatamente—. Ni sale a la calle. A veces, claro, viéndolo sus colegas tan mal, se lo han tenido que llevar por allí, tú ya sabes. —Me dio un codazo en apariencia de complicidad—. Aquí todo se sabe, Emma.

«No dejes de sonreír. Dale un golpe de remo, por capullo».

—Por supuesto, siempre le he dicho que se dé una alegría al cuerpo.

Se quedó con cara de pelele, lo que era por otro lado. Di un paso al frente y el siguiente, muy a propósito —he de reconocerlo ante la ley y ante las fuerzas del universo—, cayó sobre su pie izquierdo con todo mi peso de regordeta Emma.

Soltó un gritito agudo.

—Oh, perdona, Ted, que tengas un bonito día.

«Y que cojas una venérea. Buda, perdóname. Es que no puedo. Odio volver a casa, por eso no he cogido vacaciones estos años. Me apetece ver a mi familia. A ratos. Me machacan desde que tengo uso de razón. Pero Ethan. Oh, joder, me cago en todo, ojalá pudiera mandarlo todo a la mierda. Me ha tenido esperando años. Él no quiere marcharse de aquí y a mí me gusta demasiado Londres. Allí no ando con preocupaciones de este tipo, ni tengo que escuchar insinuaciones de ningún Wilson sobre que mi novio pasa más tiempo en otras camas que en la mía».

Mientras pensaba en todo esto, acabé de comprar un par de cosas que me faltaban de la farmacia, unos dulces que le gustaban a mi madre y un frasco de paciencia de la botica más cercana. Ah, no, espera, que de eso no había. Pues solo me quedaba comprarme un par de libros de la librería para sobrevivir al hastío que me provocaban los cotilleos de los vecinos y la presencia de Ethan a mi alrededor. Compré un par de novelas que estaban en mi lista desde hacía tiempo: *Moby Dick* de Herman Melville y *Mujercitas* de Louisa May Alcott.

Una vez que acabé las cosas que tenía que hacer, cogí el camino de vuelta casa.

«Ahora a escuchar el discurso de papá. Que he gastado mucho dinero, que a ver si me creo que las libras crecen en los limoneros del jardín. ¡Siempre lo mismo! Desde que tengo uso de razón contando cada penique».

Ni siquiera era su dinero, pero, ¡eh!, para qué nos vamos a engañar, venía de una familia de clase media y éramos seis hermanos. Cuatro chicas y dos chicos. De las chicas yo era la pequeña, no cabe decir que heredé toda la ropa de mis hermanas. A excepción de las bragas, toda mi ropa de la infancia y la adolescencia había pertenecido antes a otras personas. A los veintidós años, cuando me presenté en la empresa de los McEwan, llevaba un pantalón de pana de mi madre y un jersey de cuello alto de mi hermana Vivi. Estuve una noche entera quitándole las bolitas de lana que se le habían formado con los años. A los pocos meses de empezar a trabajar en la oficina, decidí comprarme por primera vez algo nuevo, pero me dio tanta vergüenza ir de compras, que acabé comprándolo todo en una pequeña tienda *vintage* que había en la calle en la que vivía. Si hubiese tenido alguna amiga tal vez todo hubiese sido diferente. Ojalá me hubiese parecido un poco más a Juliette Samuels, era tan guapa y siempre llevaba una ropa tan bonita... Todo le quedaba bien. Incluso la sonrisa de Sam le quedaba bien.

«Ni se te ocurra pensar en él aquí. Te ha costado Dios y ayuda, o Buda y ayuda, aguantar estos meses después de la boda. Tienes que aprovechar este viaje para poner tu vida en orden, así que céntrate de una maldita vez».

Mi subconsciente tenía más razón que un santo o que un fuego fatuo. Era bastante polifacética en eso de la religión. Creía en todo. Aunque, sobre todo, practicaba el budismo, siempre que mi madre estuviera a más de doscientos kilómetros de mí, porque era muy católica. Nos había educado en el catolicismo, pese a que mi padre pertenecía a la iglesia protestante. Sí, mi casa era de locos.

—Hombre, ¡por fin! —gritó papá cuando entré por la puerta—. Me cago en mi vida, Emma, tengo que volver al trabajo, no puedo dejar a tu madre sola, ¡no pierdas el tiempo en la calle!

De él había heredado lo malhablada que era, aunque solo me permitía serlo en mi casa, donde

adquiría el tono propio de una persona carente de modales y de educación.

—Joder, papá, ¿te crees que tengo propulsores por pies? ¿Por qué no te jubilas ya?

—¿Qué te crees, que el dinero crece en los limoneros?

«Acabáramos».

Que conste que quería a toda mi familia, pese a todo, con todas las dificultades, pero a veces, muchas veces, tenían la horrible manía de hacerme sentir estúpida. Cuando llegaba al pueblo, como muy bien había dejado entrever Ted Wilson, volvía a ser la Emma de antes, nada había cambiado, solo que ahora aspiraba a llevar una vida digna en Londres y a ser feliz como buenamente pudiera.

—Voy a ver a mamá.

—Eso, ve a verla, hoy se encuentra un poco mejor.

Sabíamos ya que no duraría para siempre. Cáncer de colón en estado avanzado. No le habían dado mucho tiempo y todos queríamos aprovecharlo, exprimirlo hasta que solo quedara lo bueno de la vida. Tanto mis hermanos como yo estábamos sacando ratos libres de todas partes para pasarlos con ella.

—Hola, mamá. —La besé en la mejilla y ella sonrió con la poca dulzura que se había quedado en su desgastado y escuálido cuerpo.

—Mi pequeña Emma, quítate esas gafas para que te vea los ojos.

Me las quité, pero hacerlo implicaba no ver nada. No les había dicho que a finales de octubre me operaría de la vista. Había preferido guardar el secreto. Se habrían puesto nerviosos y habrían empezado a gritar que me quedaría ciega.

—Qué ojos más claros y bonitos tienes.

En realidad era verdad. Me encantaban mis ojos, aunque no pudiera verlos nadie detrás de esas enormes gafas de miope que me los achicaba. Esa era la razón de que quisiera operarme. Por eso y porque no veía una mierda.

—Te he traído esos pastelitos que te gustan tanto.

Me di la vuelta y me tropecé con la mesa que había a mi izquierda. Cómo iba a saber que estaba allí. Tanteé la cama de mamá y alcancé las gafas. Me las puse y... ¡Hágase el milagro!

—No tengo hambre, cielo.

—Pero, mamá, ¡son tus favoritos!

Hacía tiempo que eso ya no funcionaba. No podía comer casi nada. La alimentábamos con una sonda. Se me encogía el corazón cada vez que la veía tumbada en el salón, en esa cama de hospital, frente a la luz de la ventana. Siempre demasiada luz que la desvestía y la volvía traslúcida. A veces me quedaba mirando hacia allí y por un segundo dejaba de verla. No quería imaginarme la vida sin mi madre, porque ella, en todo el ruido de mi infancia, en todas las vejaciones de mi adolescencia, siempre me había regalado una palabra bonita para hacerme valer, para quererme, para aspirar a marcharme del pueblo que me había hecho tan desgraciada.

—¿Vendrá Ethan a cenar esta noche?

«Espero que no. Lo último que me apetece es tener que sostenerle la mirada y recordar al verlo que he desperdiciado los mejores años de mi vida con él. ¿Una década de amor, Sam? No, una década pensando que no merecía nada mejor que alguien que me aceptara como era, pero que no deseaba compartir su vida conmigo, que no pretendía renunciar a nada por mí. Aunque, a ver, tampoco he de ser una hipócrita: yo tampoco había dejado Londres por él».

—Supongo.

—Qué ilusión te hace.

Sonreí, pese a que evocar a Ethan me causaba arcadas. La última vez que había ido a la ciudad, hacía tres o cuatro meses, ya ni me acordaba con exactitud, me había dicho que lo excitaba más cuando estaba más delgada. Había adelgazado. Pesaba sesenta y cinco kilos, pero nadie parecía verlo. Me hubiese gustado decirle que él también me excitaría más de haber sido inteligente, sin embargo, no era su punto fuerte, y eso no me había impedido nunca hacer que se sintiera deseado.

¿Para qué engañarnos? Ethan me hacía sentir como si no valiera nada. Lo peor de todo es que me había acostumbrado a eso, y una parte de mí sabía que no era bueno.

—Mamá, ¿y si Ethan no es el hombre para mí?

—Hija, también yo pensaba que tu padre no era el hombre de mi vida y mira, ha sido el único. Ahora estoy a punto de morir y no me arrepiento de nada. Me ha querido y cuidado siempre, y me ha regalado una familia maravillosa.

—Mamá, no digas eso.

«Además, hay muchas cosas que no sabes. Nosotros no tenemos nada que ver con papá y contigo. Nosotros somos una mentira, una farsa».

—Cariño, tú sé feliz. Si no lo eres, haz algo para serlo.

Esa era mamá. No tenía grandes consejos, aunque siempre eran claros. Difíciles de ejecutar, bastante sencillos de comprender.

Me acurruqué a su lado en la cama y dejé que pasara la sábana alrededor de mi cuerpo. Olía a hospital, pero no me importó, porque entre los medicamentos aún podía distinguir el suave olor a jazmín de las noches en las que mamá me tapaba y daba las buenas noches. Así me quedé dormida hasta que unas horas después escuché el timbre de la puerta.

Me levanté aturdida. Mamá dormía en calma. La tapé un poco y cerré la puerta del salón cuando salí, para que pudiera seguir descansando. Por primera vez en mucho tiempo había dormido sin pensar en nada ni en nadie. Estaba agotada, aunque quisiera ignorarlo a toda costa.

Abrí la puerta.

«Ay, mi madre».

—Vaya pintas.

Allí estaba mi querido novio diciéndome cosas bonitas, como siempre en los últimos años, cuando la cosa había comenzado a deteriorarse.

«¡Cuatro años aguantando esto, hay que joderse!».

—Hola, Ethan.

No tenía muy claro si debía darle un beso en los labios o no. Él resolvió la incógnita depositando un beso insulso en mi boca. Todo estaba maravillosamente. A saber lo que había estado haciendo con otras. No quería juzgarlo, pero sí, el idiota de Wilson había sembrado ya la duda que no se me iría tan fácilmente. Estaba convencida de que, en algún momento de discusión, acabaría convirtiéndose en un reproche que nos heriría más de lo que ya lo estábamos.

—Pasa. Mi madre está durmiendo, pero podemos subir a mi habitación.

«Si mi padre nos encuentra, me deshereda. En fin, imagino que ya sabrá que no voy a pasar por la vicaría pronto, y menos con Ethan. En otro tiempo deseaba casarme con él, formar una familia con él. Sigo queriendo casarme y tener hijos, y se les pasa el arroz a mis ovarios. Sí, aún lo quiero; sin embargo, no me gustaría que Ethan estuviera en esa visión del futuro. Que esté en la de otra. Tengo que hacerlo ahora. Sí, ¿para qué esperar más?».

Lo miré mientras subíamos por las escaleras. Odiaba que fuera tan guapo. No tenía ni puta idea de quiénes son Einaudi o Botticelli, incluso me atrevería a decir que tenía dudas de cómo se escribía Shakespeare y a qué se dedicó, pero eso tampoco lo sabía cuando empezamos a salir.

«De eso se trata, Emma, él sigue igual que hace diez años. No se ha molestado en aprender nada, ni siquiera ha aprendido a quererte. No necesitabas que recitara *Othelo* de memoria, joder, claro que no, sin embargo, un abrazo, un te quiero, un eres la mujer más especial para mí. Eso era lo único que necesitabas que supiera. Y tampoco».

Entramos en mi habitación, la que compartí con mis hermanas. Seguía teniendo cuatro camas individuales. Ya no estaban ocupadas por nadie, salvo por mí cuando iba de visita. Ethan no tardó ni diez segundos en acorralarme contra la pared cuando cerré la puerta. Ni siquiera pude encender la luz. No lo detuve, en ese momento no sé qué sentí. Solo necesitaba olvidarme durante un momento de que mi madre se estaba muriendo en el piso de abajo.

—No sabes lo mucho que me apetecía estar a solas contigo.

«¿Desde cuándo?».

—Hueles tan bien.

«Esto también es nuevo, Ethan. ¿Qué te pasa? ¿Intentas impresionarme?».

Me arrancó la blusa. Besó cada parte de mí desde el cuello hasta el ombligo. Pocas veces bajaba más allá y, cuando lo hacía, no se esforzaba demasiado. Siempre me preguntaba si otras mujeres disfrutaban realmente de esa parte del sexo. Ethan había sido mi primer chico y, muchos años después, seguíamos sin hablar claro el uno con el otro.

—Has adelgazado.

«Ya te encargaste tú de quitarme las ganas de comerme una mísera chocolatina».

—Estás muy guapa.

—No has dicho eso hace un momento —le recordé, aunque no pretendía cortarle el rollo.

No sé ni lo que quería en realidad, pero sus brazos me eran familiares y yo me sentía exhausta por dentro. Agotada. Había momentos que tenía que esforzarme para sonreír. Eran la mayoría.

—Estabas despeinada.

Me miró, sonrió de la única manera que sabía, esa que me había hecho perder la razón a los veinticuatro años, y me besó también como entonces. Por un segundo olvidé todo lo que iba mal entre los dos. Dejé que introdujera la mano por debajo de la falda e hiciera que las piernas me temblaran mientras me llevaba hasta una de las camas. Quizá, después de todo, él sí que fuera el hombre para mí, ¿qué más podría tener? ¿Alguien como Sam? ¿Cómo había podido ser tan ilusa? ¿Cómo había pensado siquiera que un hombre como él, tan educado, con esos ojos tan claros y ese pelo rubio arremolinado, pudiera siquiera darse cuenta de mi existencia? Joder, y sin embargo, la manera en la que se había acuclillado frente a mí en su despacho, el modo en el que me había cogido de las manos y me había secado las lágrimas de la mejilla...

Gemí.

—Vaya, veo que estás contenta de verme.

Abrí los ojos precipitadamente.

«Maldita sea, Emma, estás con tu novio, no fantasees con tu jefe».

Me lo repetí tantas veces durante el cuarto de hora que Ethan estuvo moviéndose encima de mí, me lo repetí tanto que no disfruté nada; y los pocos momentos en los que se me encogió el cuerpo de placer fue al evocar la sonrisa de Sam.

«Parece que las cosas están mucho peor de lo que había imaginado. Mierda».

TOM

Una y otra y otra vez

Los cementerios son demasiado silenciosos para cualquier persona que, como yo, intente dejar de lado sus pensamientos. Por eso me gustaba tan poco —y sigue sin emocionarme la idea— ir a visitar la tumba de mis padres. Desde bien pequeño, el abuelo Steve me había invitado a acompañarlo porque todos merecemos ser recordados y, a veces, parece que colocar unas pocas flores sobre una lápida nos ayuda a sentir más cerca a las personas que queremos. Yo nunca logré alcanzar ese sentimiento después de salir de allí. Una y otra y otra vez escuchaba la voz de mi madre la mañana que se fue junto a mi padre para no regresar. Me imaginaba la colisión con el otro vehículo. Me dolía tremendamente pensar en cuánto habrían podido sufrir hasta morir finalmente.

—Tom, venga.

Miré al abuelo. Ya no podía moverse con el bastón fuera de casa, así que lo empujaba en su silla de ruedas por el camino de grava, tras haber colocado con mucho cuidado un ramo de petunias y otro de gardenias bajo los nombres de Lisa y Oliver Tremblay.

—Vamos a tomarnos un té caliente —susurró el abuelo.

—Claro.

Me miró por encima del hombro. Era su mirada de padre la que ponía siempre que estaba preparado para recriminarme que no sonriera más. Supongo que algunos nos olvidamos de hacerlo con la suficiente frecuencia como para mantener a raya la inquietud del resto de personas.

—Sabes que puedes contarme cualquier cosa, ¿no?

Aquella era la confirmación de que mis sospechas eran ciertas.

—Por supuesto.

Esa breve respuesta y la mueca que aparentaba ser una sonrisa debieron haberlo apaciguado; sin embargo, lograron todo lo contrario.

—Mira, Tom, te conozco como si te hubiera criado.

—Es que me has criado —le recordé. Había veces en las que no sabía si no se acordaba de las cosas por culpa de la vejez o si lo decía aposta.

—Sí —me dio la razón—, por eso mismo me doy cuenta, no te creas.

—¿De qué te das cuenta?

—De que estás enamorado como si tuvieras quince años. ¿Recuerdas a Ran?

Agradecí que no me viera cuando miré hacia el cielo, me mordí el labio y negué con la cabeza para que Dios o quien se encontrara al otro lado —porque no me podía permitir pensar que no había nada después de la muerte de mis padres— me llevara lo más lejos posible.

—Recuerdo a Ran, sí.

¿A qué venía eso?

Ran era una compañera de clase, mi vecina y la chica más inteligente que había conocido nunca. Me había quedado prendado de ella al verla vestida con un kimono japonés de color aguamarina que su madre se empeñaba en que se pusiera. Pero no me había enamorado de ella ni porque estuviera preciosa envuelta en el baile del tejido sedoso, ni porque tuviera una respuesta ingeniosa a cada cosa que yo decía. No. Me había enamorado porque me enseñó a llorar y a aceptar que había perdido a la parte más importante de mi familia.

—¿Pues sabes que la vi el otro día?

Eso sí que era nuevo. Llevaba unos ocho años sin verla, desde que decidió que toda la vida era mucho tiempo para pasarlo juntos. Hacía ocho años que me había roto hasta hacerme huir de cualquier tipo de compromiso. No quería ni escuchar la palabra.

—¿Y cómo está? —pregunté, aunque no estaba seguro de querer enfrentarme a esa respuesta.

—Preciosa. Por lo visto se va a casar en unas semanas.

—Qué bien.

Fenomenal. Todas las mujeres que me habían importado se habían casado con otros, tanto Ran como Juliette. Tampoco podía pretender que no quisieran estar toda la vida junto a otros que no fueran yo. Parecía un apestoso. A Ran le había ofrecido cada parte de mí. Habíamos estado juntos cinco años y estaba dispuesto a dárselo todo, hasta mi libertad, mis sueños. Los cogió y los arrojó a la basura, lo que parecía el lugar más adecuado para ellos. Menos mal que los recuperé.

—¿Aún la quieres?

—Abuelo, no puedes querer a alguien que te ha destrozado por completo.

—Sí que puedes, Tom. Por desgracia, puedes, y duele muchísimo —comentó, y me pregunté si, por casualidad, se estaba refiriendo a la abuela, pese a que no tenía mucho sentido, dado que ellos se habían separado de mutuo acuerdo.

—Estoy bien.

—¿Y esa otra chica?

«Esa otra chica» fue como una garrafa de agua fría cayéndome encima. No era «esa otra chica», no la sentía así, por lo menos. La sentía como la única.

—¿Por qué te gusta tanto preguntarme sobre mujeres?

El abuelo se dio la vuelta en la silla de ruedas y me arreó un guantazo en el antebrazo. Era un golpe seco que nunca me había dolido. Lo llevaba repitiendo desde que era un crío, incluso antes de que me fuera a vivir con él, y era su peculiar manera de decirme que tenía el derecho a preguntarme sobre lo que quisiera, que para algo era mi abuelo y mi segundo padre.

—Es que no te pregunto sobre mujeres, idiota, te pregunto sobre unas en concreto. Estás hecho un despojo humano. Menos mal que te has afeitado un poco, aunque esos pelos. Mírate.

—Se lleva así —me defendí. Él todavía vivía en otra época en la que los hombres iban perfectamente afeitados, con el pelo corto, impecables y la camisa por dentro de los pantalones.

—Tú no eres surfero, eres fotógrafo.

—Sí, pero no me pongo delante de la cámara. Hago las fotos —dije entre dientes porque a veces parecía que pasaba por alto ese nimio detalle.

—Es que parece que te acaban de atracar.

Aunque quisiera permanecer serio, con él no podía, acababa haciéndome reír. Ojalá hubiera heredado su sentido del humor, pero se lo habían quedado todo algunos de mis primos.

—Si te hace feliz que me afeite, me afeito.

De nuevo se giró. Recibí un segundo manotazo. Esta vez escoció un poco.

—¿Sabes lo que me haría feliz?

Era una pregunta retórica que él mismo contestaría, pero me animé a decir algo.

—¿Que adopte un perro?

—Que alguien adopte un perro siempre será algo que me hará feliz. —Éramos demasiado amantes de los animales como para que eso no nos alegrara—. Pero no. Lo que me alegraría es que te comportaras como un adulto de una vez.

Eso dolió más que cualquiera de los anteriores golpes.

—Ya me comporto como un adulto.

—Y una mierda.

Hice el amago de decir algo, sin embargo, levantó el dedo índice para que me callara. Era una advertencia. Una que se resumía en repetir, esta vez muy despacio, la frase anterior.

—Y una mierda. Lo único que haces es ir con cara de perro, ya que has sacado el tema, de un lado a otro. Siempre estás triste, pensativo, te sientas en la repisa de la ventana y te quedas mirando, como un anciano, el paso de las estaciones. Así que, perdona que me preocupe si tengo la sensación de que vuelves a necesitar ayuda como a los doce años.

Cerré un segundo los ojos. No quería pensar en esa etapa. En ese momento no.

—No necesito un psicólogo —murmuré.

—Eso me dijiste entonces también y mira lo que pasó. Te hice caso y después...

Coloqué mi mano sobre su hombro. Apreté con mucho cuidado. Después le di un beso sobre el pelo cano.

—Abuelo, no lo volveré a hacer.

Me dolió pensar en aquel catorce de marzo, tendido en el suelo del baño con el cuerpo reposando en los brazos del abuelo y el frasco de pastillas vacío. Solo tenía doce años. Acababa de quedarme huérfano y sentía un miedo atroz. Cuando me desperté en el hospital, no abrí los ojos al principio porque escuchaba al abuelo llorar. Lloraba en silencio y las manos le temblaban sobre mi pecho. Ese instante me atemorizó todavía más que la pérdida, así que busqué la manera de alejarme de todo aquello. La fotografía me ayudó y los deportes de riesgo también. Sin embargo, aunque no se lo había contado, desde hacía un par de años volvía a tener miedo, mucho más que antes. Por eso había saltado al Sena. Aunque no sabría decir si buscaba la adrenalina para sobrevivir un tiempo más o que me arrastrase la corriente. Sea como fuere, nunca lo supe, porque Juliette me rescató.

—Prométemelo —pidió el abuelo.

—Te lo prometo.

—Prométemelo de verdad —insistió.

—Confía en mí, ¿vale? No volvería a hacerte pasar por algo así. Estoy bien.

—No lo estás. Por favor, Tom. Por favor.

—¿Qué pasa?

Lo abracé porque estaba temblando y me partía el corazón verlo tan indefenso y débil.

—Por favor, deja que alguien te ayude. No pasa nada si te sientes mal. A veces nos sentimos solos, es normal. Y tristes. Mírame a mí. He convivido con la tristeza y los recuerdos durante mucho tiempo, pero Tom, eres joven, mereces vivir, ¿entiendes?

—Sí, abuelo, lo entiendo.

—Entonces, ¿podrías hacer algo por mí?

—Haría cualquier cosa por ti, ya lo sabes —dije con el cuerpo en tensión.

—Quiero que vuelvas a la consulta del doctor Andrews.

Tragué saliva para dilatar un poco más el momento. Estaba evitando contestarle.

—Tengo un poco de trabajo estos días; además, voy a volver a Londres y...

—Irás, Tom.

Parecía que aquello no era negociable.

—Está bien. Iré. Concertaré una cita.

—Ya te he cogido tres.

—Abuelo, tengo casi treinta años, tienes que dejarme un poco de espacio —comenté con el tono más amable que pude, dadas las circunstancias. No tenía ganas de sentarme en el diván de ningún psicólogo porque hacerlo suponía tener que decir la verdad. Y la verdad tenía muchos nombres.

—El espacio lo tendrás cuando yo me muera.

Antes era: «El espacio lo tendrás cuando te independices». La cosa no mejoraba.

—Y llama a tu prima Wil, no está pasando por un buen momento. Sé que no sabes lidiar con las enfermedades, con la familia, con las pérdidas ni con nada que suponga cierta madurez emocional, pero espero que tengas la empatía suficiente como para apoyar a tus primos en esto.

Desde luego, el abuelo me tenía en gran estima. Según él, me comportaba como un chaval que no sabe lo que es el dolor, o que, al menos, no lo acepta, se niega a cooperar en todas aquellas actividades que requieran implicación emocional.

—Abuelo, tienes muy poca fe puesta en mí.

Saqué el teléfono del bolsillo. Él pareció satisfecho. Yo sentí una pequeña punzada cerca del corazón.

Llamé a Wil. Contestó poco después. Estaba triste, lo noté enseguida. Era normal, después de todo.

—Hola, Tom.

—Wilhelmina.

Eso la hizo reír al menos.

—Te ha obligado el abuelo a llamarme.

—Por supuesto, ya sabes que puede ser muy persistente cuando quiere —contesté—. Pero sabes que te hubiese llamado igualmente, ¿cómo estás?

—Afrontando estos últimos días. Está siendo tan difícil.

Con el teléfono pegado a la oreja, no podía seguir empujando al abuelo, así que me senté en el bordillo, a su lado.

—Lo siento mucho, de verdad. ¿Y los primos?

—Aquí estamos, no es plato de buen gusto. Ojalá pudiera decirte otra cosa, me imagino que no es fácil para ti pensar en estas cosas ahora, así que gracias por llamar, Tom.

Parecía que toda mi familia intentaba protegerme. Quizá a eso se refería el abuelo al decirme que tenía que crecer: había más gente que sufría, personas que procuraban ser más empáticas, mostrar menos egoísmo para que otros nos sintiéramos mejor.

—No tienes por qué darlas. Si me necesitas, puedo ir en cualquier momento.

Wil tenía mi misma edad, habíamos sido buenos amigos desde pequeños. Tras morir mis padres, mis tíos quisieron hacerse con la custodia, pero yo tendría que haberme mudado y, además, ellos ya tenían suficientes problemas e hijos como para hacerse cargo también de mí. Me pareció mejor irme con el abuelo. Todo el mundo consideró que eso era bueno. Todos menos Wilhelmina, que decía que un chico de doce años no tendría nada que hacer con un hombre de casi setenta, mientras que rodeado de sus primos se sentiría mejor. En fin, eso no lo sabremos nunca.

—La verdad es que el que peor lo está llevando es mi padre. Ya sabes que parece un hombre

muy duro, pero adora a mamá y esto lo va a devastar.

—¿Y Ratón?

Ratón era una de mis primas, la hermana de Wil, unos años mayor que ella. La llamaba así desde que tenía uso de razón. Me leía cuentos cuando íbamos de visita y me contaba extrañas historias. Era un ratoncito de biblioteca.

—¿No has hablado con ella?

—No me habla —le confesé.

El abuelo puso la oreja porque no estaba al tanto de eso.

—¿Que no te hablas con mi hermana?

—Desde que le dije que su novio era un hijo de puta, no me dirige la palabra.

—Es que su novio es un hijo de puta.

Sonreí en silencio, porque creo que todos lo sabíamos, solo Ratón quedaba por darse cuenta. A veces cuando uno está enamorado no ve más allá de su propia verdad. Es mucho más sencillo culpar a los demás, gritarles a la cara lo imbéciles que son por inmiscuirse de esa manera en tu vida, colgarles el teléfono, alejarse. No podía culparla. No obstante, eso no significaba que no quisiera que me perdonara por haberle dicho esa verdad que pensé que la protegería y que, sin embargo, había logrado herirla.

—Se le pasará, Tom. No puede durarle el enfado toda la vida.

—No sé yo. Han pasado ya algunos meses.

—¿Por qué no vas a verla cuando vuelvas a Londres?

Negué con la cabeza y cuando me di cuenta de que no podía verme, hablé:

—Prefiero dejarle su espacio. Cuando me necesite sabe que estaré a su lado.

—Te quiere muchísimo, ya lo sabes, Tom.

—Y yo a ella.

Ratón era la persona más buena que había conocido, la única que me llamaba cada cumpleaños para decirme que se alegraba de que estuviera allí.

—La verdad es que me ha extrañado que no haya dicho ni una palabra sobre ti, siempre anda contándome cosas de cuando os veis en Londres. Aunque tú no pares mucho por allí.

Debía de seguir molesta, entonces. Mejor no intentar pasar el perímetro de seguridad, podrían volar almohadas por los aires —o algo más punzante—, como la última vez que nos habíamos visto.

—Cada vez menos. Estoy pensando en vender el piso.

El abuelo entrecerró los ojos y me miró como si de pronto no me conociera de nada.

—¿Qué dices?

—No sé, paso más tiempo fuera del país que aquí, Wil. Nueve de cada doce meses llevo la mochila a cuestas y el tiempo restante suelo estar con el abuelo. Así que, mejor quedarme con él. Está mayor.

Me llevé una colleja, por supuesto.

—Si tú crees que es lo mejor.

Wil nunca me había juzgado. Para ella, cualquier decisión que pudiera tomar era la adecuada, siempre y cuando fuera feliz de ese modo. Deshacerse de lo tóxico, de lo que ocupa un lugar en nuestra vida pero no nos aporta nada, era lo correcto. Supongo que por eso se había mudado a un piso pequeño en el que el único mobiliario era una cama y una lámpara.

—Digamos que ya no sé qué es lo mejor.

Sentí la mano del abuelo sobre mi cabeza. Sin embargo, esta vez no recibí un tortazo, sino una

caricia, una muestra de afecto que, sin haberme dado cuenta siquiera, necesitaba más de lo que yo mismo presentía.

—Entonces deberías averiguarlo, Tom.

Era consciente de que, en aquel momento, Wil estaba pensando en algo que solo mis tíos, el abuelo y ella sabían: mi intento de quitarme de en medio a los doce años. Ella lo había averiguado un año después del incidente. Escuchó a sus padres hablar del asunto. Nunca les preguntó nada. No les contó nada a sus hermanos. Pero la siguiente vez que me vio después de aquello, me abrazó fuerte y me dijo: «No vuelvas a hacer una locura así». Yo tenía trece años. Ella acababa de cumplir catorce.

—Estoy en ello.

—Pues espero que estés en ello con más ganas.

—No deberíamos hablar de esto ahora, Wil.

Pensaba en mi tía, enferma terminal, y me sentía estúpido siendo el protagonista de una historia que no me pertenecía. Se suponía que debía tener palabras de consuelo para mi prima, como el abuelo había dicho y, pese a todo, acaparaba la atención como esas crueles imágenes que immortalizaba mi cámara para que nunca pudiésemos olvidar los desastres que nos rodeaban.

—Mira, Tom, las cosas hay que hablarlas cuando aún queda tiempo. Ahora lo tienes. Arréglate, suenas mal, muy mal. Y ahora necesitamos, todos nosotros, que estés bien. Así que esfuérate. Puedes hacerlo mejor. Deja de boicotearte, procura ser un poco más feliz. Por desgracia, ninguno podemos serlo por ti.

—¿Quieres que lllore? —pregunté irónico.

—No, eso es lo único que no quiero.

Miré al abuelo de reajo. Parecía, de repente, mucho más mayor si cabe. Tenía la misma cara de desolación que cuando averiguó que su hija y su yerno habían muerto en aquel accidente de coche.

Le tomé la mano y la estreché con fuerza.

—Wil, si puedo hacer algo, llámame, por favor. Y dale un beso a Ratón de mi parte.

Necesitaba poner fin a esa llamada, me estaba costando demasiado mantener la compostura. Quizá, después de todo, un par de sesiones con el doctor Andrews me irían bien, aunque una parte de mí sabía que solo necesitaba una cosa para sentirme mejor: volver a París y que ella estuviera allí esperándome.

Estaba cansado de perder a las personas más importantes de mi vida. Tenía que solucionarlo. Por eso no me había quedado más alternativa que buscarla.

JULIETTE

Todas las flores

Londres. Octubre, 2019

Había llegado tarde de trabajar aquel día y estaba agotada, sobre todo emocionalmente. Fui hacia el despacho mientras Sam preparaba el baño. Ocupaba gran parte de la planta baja, ya que lo compartíamos. La mitad del despacho estaba impoluta, con un orden y pulcritud tan llamativos que parecía propia de una revista de decoración. La otra mitad era harina de otro costal.

Yo era bastante caótica, así que había periódicos viejos, libros de historia, bolígrafos y papeles por todas partes. Parecía que en ese espacio viviese una persona con síndrome de Diógenes. Sam nunca me decía nada al respecto aunque él era bastante ordenado. Sobre su mesa solo había un lapicero, un ordenador y una foto de nuestra boda. En la mía había hasta una barrita de cereales caducada. No digo más.

Tocaron al timbre mientras intentaba encontrar una carpeta en toda aquella pila de documentos amarillentos. La mujer que venía a echarnos una mano en casa se había marchado ya, así que eché a correr por el pasillo mientras gritaba el típico: «Ya voy».

Tras esquivar el jarrón con motivos orientales que nos había regalado uno de los abuelos de Sam por nuestra boda —debía de valer más que mi vida—, llegué a la puerta y la abrí al tiempo que dejaba salir un gran suspiro.

Una repartidora muy guapa, que conocía de otras ocasiones, esperaba al otro lado de la puerta: Molly. Sí. Su nombre me vino de pronto a la cabeza. Le sonreí y ella hizo lo propio.

—Esto es para usted, señora...

Lo de señora, cuando no lo decía Sam, me ponía la piel de gallina. Molly siempre dudaba. No sabía si llamarme McEwan o Samuels.

—Samuels —leyó en el envío de aquel día.

Llevaba en las manos un grandísimo ramo de flores de la floristería más bonita que había en esa zona de la ciudad. Por eso nos conocíamos ya, porque Sam me hacía llegar flores en los momentos más inesperados y eso siempre me alegraba. Cuando pensaba que se había olvidado o que ya no había ningún motivo para celebrar nada, aparecía Molly.

Firmé el recibo que me tendió y después depositó el jarrón de orquídeas y violetas en mis manos. También había pequeñas margaritas y flores de azahar. Cerré los ojos para aspirar el aroma. Todo me pareció más sencillo en esa quietud.

Molly se divirtió a mi costa. Intentaba no reírse. Le di una generosa propina y nos despedimos hasta la próxima. Me quedé apoyada en la puerta viendo las flores. De todas las que me había regalado, ese ramo era, sin duda, el más bonito. La combinación de colores me pareció preciosa, muy armónica. Además, ese día, más que nunca, las necesitaba.

Mientras recorría el pasillo de vuelta al despacho para dejar el jarrón y leer la nota que había

suspendida entre una orquídea y tres margaritas, Sam apareció por las escaleras. Llevaba tan solo unos vaqueros viejos que utilizaba para estar por casa y el pelo mojado le caía sobre la frente. Nunca le había visto secárselo con el secador. Daba igual la época del año en la que estuviéramos. Siempre tenía calor y siempre llevaba el pelo mojado.

Di un par de brincos en su dirección con el ramo de flores bien agarrado.

—¡Son preciosas, Sam!

Se quedó mirándolas un segundo, con duda. Automáticamente sonrió.

—No son mías, Julie.

—¡Ya, claro! —No era la primera vez que intentaba colármela. Siempre eran tuyas—. No son mías, Julie —dije imitándolo—. Hay que ver qué tonto eres a veces.

Eché a andar hacia el despacho. Él me siguió de cerca.

—Es que esta vez no lo son —insistió.

Me volví hacia él con el ceño fruncido, escudriñando su expresión. Si había algo que Sam no supiera hacer —y sabía hacer muchísimas cosas y, algunas de ellas, sin entrar en detalles, las hacía muy bien— era mentir. Se le notaba a leguas de distancia. Decía la verdad. Lo supe. Las flores no eran tuyas.

Dejé el jarrón sobre su escritorio, porque en el mío no había hueco, y coloqué los brazos en jarras sobre las caderas. Parecía que estuviera ante una bomba que podía explotar en cualquier momento.

Nos quedamos los dos como pasmarotes mirando el ramo y la nota, sin aventurarnos a cogerla.

—¿Y entonces de quién son?

—Serán de tu productora, cariño —dijo restándole importancia—, para felicitarte por el trabajo. O de algún admirador secreto —insinuó—. Puede que de un amante con el que te encuentras en tu camerino y al que le enseñas esa postura que te gusta tanto.

—Cállate, anda.

Le puse la mano en la cara y lo empujé hacia un lado con delicadeza mientras se moría de la risa.

—¿Por qué no lees la nota?

Asentí dos veces.

—¿Te preparo un té o algo mientras se llena la bañera?

—¡Hay escasez de agua, Sam!

—Entonces nos ahorraremos el agua del té, porque lo del baño ya no lo podemos arreglar.

—Pero sí que quiero un té —añadí risueña.

Me dio un cachete en el culo, un beso en la coronilla y se encaminó hacia la cocina. Tenía un don para respetar mi privacidad. Otra de sus muchas cosas buenas, supongo. Nunca me preguntaba por nada que yo no quisiera compartir y, ahora, desde que la tensión estaba a flor de piel con el tema de ser padres, menos aún.

Abrí el sobre color carmesí y saqué una pequeña nota. Estaba escrita a mano y no a ordenador, eso significaba que la persona que me la hubiese enviado se había desplazado hasta la floristería para hacer el encargo. Me apoyé en el escritorio y la leí:

Enhorabuena por su trabajo, señorita Samuels. Nos gustaría contar con su presencia en la entrega del Premio Nacional de Periodismo y que presentara al ganador de uno de ellos. Háganos llegar su respuesta. Un cordial saludo.

Sam regresó con una humeante taza de té. Le pasé la nota.

—¡Eh, esto es genial! Este año lo entregas tú, puede que el año que viene lo ganes.

Puse los ojos en blanco y negué con la cabeza ante aquel comentario. No estaba preparada para recibir ningún premio porque no había hecho nada lo suficientemente importante.

—Pero ¿no te parece extraña la manera de invitarme? ¿Para qué se toman tantas molestias?

—¿Para convencerte? De todos modos, aquí tienes un número de teléfono. —Señaló la parte trasera de la tarjeta—. Puedes llamar y que te informen.

Emití un gruñido gutural. Me volvió a tender la tarjeta y eché mano del teléfono móvil para hacer una llamada.

—Tómame el té, voy a salvar el ecosistema y a cerrar el grifo.

—No te rías de eso, es importante.

A veces deseaba que tuviera un poco más de compromiso con el medioambiente. Pero tampoco podía obligarlo, lo único que hacía era intentar que cogiera pequeños hábitos, como cerrar el grifo.

Marqué el número de teléfono. Esperé un pitido tras otro mientras me mordisqueaba las uñas. Al final alguien contestó.

—Dígame.

—Hola, perdone, buenos días. —Estaba nerviosa—. Verá, soy Juliette Samuels y he recibido unas flores y una extraña invitación. —Decir extraña no estuvo muy acertado, lo reconozco—. También estaba en la nota este número de teléfono y...

—¡Ah, señorita Samuels! —La voz de la mujer sonó tan estridente que tuve que apartar un poco el teléfono—. ¡Qué bien escucharla! Dígame que esta llamada es un sí. Nada nos gustaría más que contar con su presencia. Son días un poco complicados para la organización y podríamos tachar este problema de la lista.

No entendí por qué era un problema. Con la de periodistas que había en el país, ¿no podían encontrar a nadie que entregara un premio? ¿Por qué tenía que ser yo? Por supuesto no lo pregunté. Por primera vez retuve mi vena periodística a raya y no hice hincapié en esas cuestiones sobre las que se cernían las dudas.

—Bueno, si he de serle sincera no entiendo muy bien qué he de hacer, cuándo, ni dónde.

—Por supuesto. La nota era muy concisa, lo reconozco.

Lo era, en efecto.

—¿Qué le parece si nos encontramos mañana para tomar un té y lo hablamos?

Si no quedaba otra, tendría que hacerlo. Acepté. Pusimos fin a la llamada poco después.

Me quedé muy quieta en el despacho. De nuevo la alerta de mi cuerpo. No sé por qué sentía una amenaza que no tenía ningún fundamento.

EMMA

Las palabras que nos lastiman

Stratford-upon-Avon. Octubre, 2019

Estaba posponiendo una conversación que tendría que llegar antes de que mamá se fuese. Aunque no era con ella con quien tenía que hablar, sino con Ethan, sí que es cierto que de haber dejado pasar el tiempo, el dolor de la muerte de mi madre me hubiese empujado a refugiarme en los brazos de aquel hombre que se había vuelto un auténtico desconocido.

Había conocido a Ethan dos años después de comenzar a trabajar en Londres; dos años después de saber a ciencia cierta que debía querer a otra persona para alejarme de los sentimientos que había empezado a tener hacia Sam. Tampoco es que fuese algo tan grave que me gustara mi jefe. Era solo tres años mayor que yo, siempre me trataba muy bien y era el chico más apuesto que había conocido jamás. Yo venía de un pueblo pequeño y de haber sido ignorada toda mi vida por el sexo masculino; eso sí, habían tenido un don para ridiculizarme cada vez que habían querido.

Así que cuando la tímida, y ya no tan regordeta Emma, regresó a visitar a su familia, lo hizo con el firme propósito de ocultar que estaba sintiendo por su jefe más de lo permitido, y la única manera que tenía de hacer eso era intentar fijarse en otra persona. Esa otra persona fue Ethan y lo fue por pura casualidad.

«Mierda de casualidades».

Yo, bastante crédula, pensé que las cosas ocurrían por algo. Así que el día que entré en la ferretería de su padre y lo vi al otro lado del escaparate me quedé un poco absorta contemplándolo. Solo lo había visto un par de veces en el barrio, cuando yo era una adolescente, de eso hacía ya mucho tiempo. No vivía allí en aquella época. Sus padres estaban separados y él se había ido con su madre a Liverpool. Sin embargo, cuando su madre se volvió a casar, y cuando le recordó que no estaría de más buscar una manera para ganarse el pan, porque ya tenía veinticinco años, decidió venir a vivir a Stratford-upon-Avon, donde su padre le ofreció un puesto de ayudante en su negocio.

Ese primer día, que cambiaría parte del resto de mi futuro, me sentía guapa. Todo lo guapa que podía estar con un jersey ancho, de punto gordo y de un color mostaza que me encantaba, y los pantalones de campana más grandes que había sido capaz de encontrar en la tienda de mi calle. Lo miré durante un buen rato, estaba entretenido leyendo una revista de motos. Después me enteraría de que era su verdadera pasión: ver carreras de motos, hablar de motos, dibujar motos, comprar piezas y montar motos.

«Mierda de motos».

Era un chico monotemático. Sin embargo, nunca consideré, y sobre todo al principio, que fuera una mala persona. Me trataba muy bien. Siempre estaba pendiente de llamarme, se acordaba de las fechas importantes y, por encima de todas las cosas, se portaba de manera admirable con mis

padres, los ayudaba cada vez que pudieran necesitar algo. Supongo que eso ablanda el corazón de cualquier persona. Que cuiden de la gente que nos importa nos vuelve débiles.

Sea como fuere, después de estar un buen rato pendiente de sus manos grandes, de dedos largos y en apariencia fuertes, de su piel bronceada, de lo ajustada que le quedaba la camisa del uniforme y de su tupé, un poco rebelde, acabé siendo descubierta. Levantó la mirada: unos ojos escandalosamente azules, que debajo de su pelo negro lo parecían aún más. Yo me quedé muy quieta, con un montón de cajas de tornillos y tuercas entre las manos. Mi padre quería construir un pequeño almacén en la parte trasera de la casa para guardar los bártulos.

—¿Te ayudo con algo? —preguntó sin un mínimo gesto de amabilidad.

La verdad es que durante un tiempo pensé que era un poco borde o, al menos, no tan empático como yo hubiese esperado. Pero a veces esperamos cosas de las personas que conocemos que nunca llegarán. Queremos a una persona que podamos moldear y nos olvidamos de que no tenemos la capacidad de cambiar a nadie, de que no debemos hacerlo.

—No, no, me llevo esto.

«Venga, niña, garbo. Date brío, que parece que vayas a cámara lenta».

En realidad me había dejado un par de cosas para tener la excusa de regresar más tarde o al día siguiente. Mi padre diría que era una despistada, pero podría vivir con esa acusación porque, desde luego, si había alguien a quien no se le olvidase nunca nada esa era yo.

—¿Eres nueva aquí? —me preguntó mientras iba pasando las cosas por el lector de códigos de barra.

«¿Que si yo era nueva allí? Claro, para él lo era».

—Más o menos. Hace un par de años que no vivo aquí.

Emitió un gruñido gutural, una especie de asentimiento masculino bastante atractivo, no negaré lo evidente.

—¿Y dónde vives ahora? —continuó.

A todo esto, ni una sonrisa ni una mirada más cómplice que otra. Parecía que me estuviera haciendo una entrevista de trabajo. En realidad ni eso. Sam había sido un auténtico caballero. Por muy cabronazo que pudiera ser su padre, él tenía una sensibilidad genuina que te hacía sentir a salvo. Quizá fuese la forma de sonreír o la capacidad que tenía de hacerte creer que comprendía qué pensabas o sentías a cada momento. Sí, la gente quería a Sam McEwan porque era un hombre honesto.

—En Londres. Trabajo como contable en McEwan&Sons.

—Ah.

«¿Ah? Pues menuda respuesta. No tienes ni idea de qué te estoy hablando, ¿no?».

Trabajar en esa empresa era una jodida suerte. Tenía un sueldo más que decente y me sentía una privilegiada por lo mucho que había aprendido con el tiempo y todo lo que me quedaba de allí en adelante.

—Si eres contable, sabrás ya de antemano lo que cuesta esto.

Asentí porque las sumas eran mi fuerte.

—Cincuenta y seis libras y noventa y cinco peniques.

Ethan tuvo que comprobar la suma de la caja registradora. Dio tres o cuatro palmadas como gesto de admiración a mi súper poder y por primera vez sonrió. Aquella sonrisa me derritió, no voy a mentir.

Tendió la mano hacia mí y yo, un poco torpe, le devolví el apretón.

—Soy Ethan, por cierto.

—Emma, encantada.

Después de ese primer encuentro tuve que regresar a la ferretería a la mañana siguiente, una vez que mi padre me recordó que en cuestiones de recados era un poco incompetente.

«Vale, papá, lo que tú digas, pero esto forma parte de un plan mayor».

Así que fui de nuevo. Esa vez Ethan me preguntó si me quedaría mucho tiempo, quiénes eran mis padres y si me apetecía salir por allí algún día. Ese fue el punto de inflexión. El punto que lo cambió todo y me hizo recuperar un poco de la libertad que había perdido mientras admiraba a Sam en el trabajo. Sam, que tenía a las mujeres más guapas de Inglaterra.

Diez años después estaba con Ethan, ambos sentados con mi padre en la cocina, cenando y hablando de cosas que no tenían ninguna importancia. Yo ya no sabía sonreír como cuando antes estaba a su lado. Lo miraba y a ratos veía al chico de la ferretería. Eso me hacía feliz, mucho. Sin embargo, tras esa milésima de segundo, se desvanecía la ilusión y solo quedábamos nosotros en ese presente, los que ni siquiera recordábamos por qué habíamos decidido arrastrar los años hasta ese momento. Quizás lo único que nos mantenía vinculados era el enorme afecto que surge de la cotidianidad, de la costumbre, de la equivocada seguridad de pensar que esa persona nos conoce cuando no es así.

—Emma, tu teléfono.

Papá me sacó de mi ensoñación con su voz grave. Ni siquiera me había dado cuenta de la cancioncilla que llenaba el silencio estancado de la cocina. Ethan me miró un instante, pero no tardó demasiado en seguir pendiente de la televisión.

Saqué el teléfono del bolso mientras emitía un suspiro demasiado profundo como para no mostrar la escasa alegría que sentía en aquellos días. Aunque, ¿cómo estar contenta? No se trataba ya de los problemas personales e íntimos que había entre Ethan y yo, con quien no había tenido una conversación en condiciones desde que había llegado, sino, y ante todo, estaba mamá, que se consumía más rápido de lo que hubiese imaginado al otro lado del pasillo.

Miré la pantalla. Era un número que no me resultaba familiar; no obstante, contesté. Eso me distraería un poco de la forma en que me observaba mi padre. Parecía que estuviera callándose algo importante. Puede que tan solo se tratara de otro consejo paterno sobre lo mal que estaba viviendo mi vida y sobre los escasos planes de futuro que tenía, no solo en solitario, sino sobre todo con el hombre que estaba sentado a su lado, comiéndose su comida y prestándome tanta atención como a un cuenco de cerámica.

Salí al pasillo y eché a andar hacia la puerta de la entrada.

—Diga.

No sé si mi voz resultaba audible. Llevaba tanto rato sin decir una sola palabra en voz alta que se me había irritado un poco la garganta.

—¿Emma? Soy Sam, Sam McEwan.

«Oh, joder, la madre que me parió. Perdona, mamá, no quería decir eso. Oh, mierda. Joder. ¿Qué coño hace llamándome?».

—Jefe, qué sorpresa, ¿ha pasado algo en el trabajo?

«Eso es, Emma, serénate. Será algo meramente profesional. Mantén la compostura. Eres una mujer adulta, ¡y una profesional! Y también...».

—No, no. Perdona que haya pedido tu número personal en el trabajo. Simplemente quería ver cómo estabas y cómo seguía tu madre. Así que... ¿cómo estás? —El tono de voz de Sam sonaba extraño, entre amable y confundido.

Me acerqué al columpio que papá había colgado del abedul del jardín. Me senté y me columpié

mientras le contaba por encima cómo iban las cosas.

Mamá no estaba bien y yo tenía mucho miedo a perderla. A mis treintaicinco años debería haber asumido la muerte de otra manera. Sin embargo, no podía. Cuando se trataba de pensar que nunca más escucharía su voz, que no la tocaría, que no podría vivir nuevos momentos con ella... Cuando pensaba en todo esto se me caía el mundo encima. Había estado doce años lejos de ella, había desperdiciado muchas oportunidades.

—Emma, solo estabas intentando vivir tu vida. No puedes echarle eso en cara —expuso Sam cuando le hice saber cómo me sentía—. Estoy convencido de que tu madre está muy orgullosa de la persona en la que te has convertido.

Nunca había pensado que mamá pudiera sentir algo así, tal vez tenía algo que ver con que no se hubiera atrevido a decirlo, o puede que no lo hubiese dicho porque no lo pensaba, sin más.

—Contentar a mis padres no ha sido tarea fácil.

—Te comprendo perfectamente, Em.

Era el único que me llamaba Em. No sé por qué lo hacía. Tampoco se lo había preguntado, me parecía una muestra de cariño que no quería poner en peligro.

«Es un hombre casado, así que para el carro, maja. Venga, bájate de las nubes y compórtate como una mujer cuerda y racional. No tienes quince años para andarte con tonterías».

—Los padres a veces no son capaces de demostrar lo que sienten, sobre todo si sus propios padres no lo hicieron antes con ellos, ¿sabes? —reflexionó Sam.

—Cuando yo tenga hijos, pienso hablarles siempre con sinceridad. Bueno, eso si algún día los tengo, porque conforme están las cosas...

«Joder, Emma, cállate. ¿Qué estás diciendo? No te pondrás ahora a hablar de tu aparato reproductor con tu jefe, ¿no? Espabila, idiota».

Sin embargo, él no pareció molesto, se rio y contestó:

—Dímelo a mí. Me estoy caducando.

¿Acababa de hacer una broma? Eso parecía. La verdad es que llevaba tiempo pensando por qué Sam no tendría ya hijos, con Juliette o de alguna de sus antiguas relaciones. ¿No los había querido él o ellas? ¿O es que no podía tenerlos?

«¿Y a ti qué más te da? Ah, claro, olvidaba que alguna vez habías pensado en cómo serían tus hijos si Sam McEwan fuese el padre. Eres un caso, Emma. De manicomio, todo sea dicho de paso».

—Quizá deba resignarme.

—¿Resignarte? —preguntó Sam.

«Vale, tía lista, acabas de decirlo en voz alta. Ahora solúcionalo».

—Sí, olvidarme de la idea de formar una familia.

—No digas estupideces —intentó consolarme él.

La verdad es que era algo que me preocupaba. No quería envejecer sola. A veces miraba la casa de mis padres, siempre llena de hijos y nietos y pensaba que, por mucho jaleo o desastre que hubiera, yo quería tener eso mismo y no vivir sola en un piso silencioso en el que lo único que se escuchaba era la lavadora y mis dedos sobre el teclado del ordenador mientras hacía informes.

—Tu novio y tú seguro que tenéis planes a corto plazo. Es decir, después de tantos años imagino que... —Se había dado cuenta de que, sin quererlo ni deberlo, se había metido en un berenjenal del que le sería difícil salir si no le echaba una mano.

—La verdad es que no lo creo, jefe.

Lamarlo «jefe» había sido siempre un escudo para mí. Con él intentaba alejarme lo máximo

posible de la posibilidad de un contacto más personal. Bastante teníamos ya con tutearnos. Había insistido mucho en que no quería que lo llamara señor McEwan. Supongo que nuestra cercanía de edad influía también.

—No va bien la cosa, ¿eh?

No había hablado con nadie del tema, ni siquiera con mi madre, a la que le solía contar con frecuencia las cosas que me sucedían; sin embargo, ahora no era un buen momento para preocuparla con mis problemas sentimentales. Así que, no tenía amigos porque me había dedicado a vivir dentro de la timidez casi autoimpuesta y por la sociedad y sus modelos de mujeres, que me habían aterrorizado durante todas mis etapas educativas y me habían influido en la vida adulta.

Acepté esa tregua momentánea con Sam y decidí hablar con él.

—No va bien desde hace mucho, pero una siempre mantiene la esperanza de que las cosas puedan mejorar.

—Emma, lo siento.

Sonaba sincero.

—Pero si no eres feliz, mereces serlo. Mereces tener todas las cosas que están en tus planes y si tu pareja no te las puede ofrecer, ambos debéis tener la oportunidad de rehacer vuestras vidas y vivirlas como sentís, ¿no?

Se quedó de repente en un profundo silencio. No sabía en qué podía estar pensando en aquel momento. Sin embargo, pese a ignorarlo, me pareció muy sensato lo que me dijo, la manera de expresarse y la madurez con la que veía las cosas.

—¿Tú qué quieres? —me preguntó de pronto.

Me olvidé de guardar las formas y la Emma que callaba siempre decidió salir a darse un paseo por la realidad.

—Yo lo que quiero es dejar de escuchar insinuaciones de la gente que vienen a decir que mi novio está por allí follándose a otras. Joder, Sam, es que creo que incluso mi padre sabe algo; es más, mi primo, que ni siquiera vive aquí, sabe algo. Y yo mandándolo a la mierda. Ni siquiera le hablo. Y ahora me siento avergonzada. Además, esta puta ciudad es media esquina de un pañuelo y todos lo sabemos todo del resto. Es una mierda, ¿entiendes?

Tardé cinco segundos en darme cuenta de todo lo que había soltado por la boca.

—Mierda —dije entre dientes mientras apretaba fuerte los ojos y ponía una mueca de disgusto.

«Maldita sea, Emma, acabas de lucirte. Bravo».

—Entiendo —acabó respondiendo él.

A saber lo que pensó de mí en aquel momento. Debía encontrarse en su despacho, con los ojos abiertos como platos, considerando la posibilidad de echarme a la calle lo antes posible.

«No, para. No pienses en eso, ha sido él quien te ha llamado y te ha preguntado cosas privadas, ¿es que ahora ya no tiene una derecho ni a ser ella misma en esta jodida sociedad? Decir palabras malsonantes no me hace peor persona, ni más estúpida, ni menos válida para ejercer mi trabajo. Eso es. Soy una persona cualificada que acabó sus estudios con matrícula de honor. Sí. Cállate ya, maldita loca».

—Mira, Emma.

«Buda, ayúdame».

—Si estás con alguien que no sabe valorarte, que no te apoya en lo que haces y que ni siquiera ha considerado la posibilidad, después de tantos años, de venir a Londres por ti, entonces allí hay un problema grave. —Él, siempre tan educado, hizo que me sintiera todavía peor por haber dicho toda esa retahíla de estupideces—. Pero si encima te es desleal, si no te quiere, si no es capaz de

respetarte como mujer y hacerte sentir segura y feliz, en ese caso, Emma, ya no tenemos un problema, sino una solución: déjalo.

Esa era precisamente la conclusión a la que había llegado yo. Sin embargo, Sam había sido el primero en decirme que lo hiciera, que no tenía por qué tolerar aquello, ya no.

—Tienes razón.

—Claro que la tengo.

Imaginé que en ese momento sonreía. No sé por qué, era como si lo pudiese ver al otro lado de su escritorio, haciéndose el gracioso para romper todo rastro de tensión en el ambiente.

—Por algo eres el jefe.

Intenté reírme, aunque hacía rato que tenía los ojos llenos de lágrimas. No sé si porque había tomado por fin la determinación de acabar mi relación de diez años o porque había comprendido, sin disimulo, lo mal que me había tratado y la suerte que tenían otras mujeres por tener en sus vidas a hombres como Sam.

—Soy el jefe porque tengo una firma bonita. Lo demás es todo postureo.

Esta vez sí que me hizo reír de verdad. Lo sentí cerca pese a que había una distancia mayor entre los dos que nada tenía que ver con los kilómetros que nos separaban.

—Se nota que te gusta posturar.

—Debo mi vida a ello.

Tardé un poco en conseguir el valor necesario para poder decírselo, pero al final logré comportarme como una mujer y no como una niña.

—Gracias por todo, Sam. Y perdona lo de antes. No quería molestarte o... ¡Yo qué sé!

Bueno, a ver, todo lo adulta que pudiera ser yo.

—La verdad es que me ha ofendido tu vocabulario soez, de hecho, creo que me has traumatizado.

Me quedé un segundo en silencio porque no sabía si estaba tomándome el pelo o había algo de verdad en su comentario. Cuando empezó a reírse a carcajadas recuperé un poco de mi anterior serenidad.

—No seas idiota, anda. Aunque un poco me ha sorprendido, tú que siempre eres tan correcta.

Por eso nunca podía dejar salir a la Emma inconformista y rebelde.

—Pero no te preocupes, todos decimos mierda, joder y follar.

Me llevé una mano a la cabeza y me froté las sienes con nerviosismo. Nunca había escuchado a Sam decir ninguna de esas palabras y estaba convencida de que si lo hacía en ese momento era solo por la necesidad de hacerme sentir menos incómoda. Se lo agradecía, de verdad, pero la última de las palabras me había desestabilizado un poco. Tenía que dejar de pensar en él pronunciándola.

«Pues deja de hacerlo, tonta. Para ya. Ya tiene a su mujer para eso».

Y siempre la tendría. Sam tenía una vida y yo no formaba parte de ella. Solo era la contable, la chica con la que revisaba los números de la empresa. Una empleada más. Estaba completamente segura de que si se hubiese tratado de cualquier otra persona, Sam hubiese actuado de la misma manera. Si se hubiese tratado del viejo Greg, de imprenta, también lo habría llamado y se hubiese preocupado.

—Te dejo, jefe.

Hubo algo en aquellas palabras que él no advirtió. No importaba. Había tomado otra decisión mientras asumía que Ethan no me quería.

—Claro, Emma, perdona por haberte entretenido.

—No te disculpes, ha sido agradable.

Me di cuenta en ese momento de que no le había preguntado cómo iban las cosas por la empresa.

—¿Todo bien en el trabajo? —añadí antes de colgar.

—Todo bien, descuida. No quiero que pienses en eso ahora. Cuando vuelvas nos pondremos al día con todo lo que se ha quedado a medias.

—Claro. Nos vemos a la vuelta, entonces.

—Hasta la vuelta, Em. Si necesitas algo, ya tienes mi número. Recuerdos a tus padres y coge fuerzas, ¿eh?

—Lo intentaré. Muchas gracias, Sam.

SAM

Destierro

Reunirme con mi padre seguía provocándome cierta angustia. Su expresión autoritaria te recordaba con una mirada que no tenías derecho a opinar. A fin de cuentas, creo que pocas veces lo había hecho en su presencia; me imponía demasiado. Casi cuarenta años y aún era incapaz de plantarle cara, por lo menos no en lo personal. En lo profesional había ganado la batalla varias veces, pero la guerra seguía siendo suya. A fin de cuentas, jubilarse solo había supuesto un hasta pronto. Su presencia seguía respirándose en la empresa en cada esquina, no solo del edificio, sino también de los documentos y las tarjetas de visita. Quería a mi padre, por supuesto. Me había ofrecido una educación envidiable, mi madre y él eran un dúo excepcional y nunca había tenido que rendir cuentas a nivel económico, porque ya había salido perdiendo en lo emocional.

Así que sí, desde luego, comer con mi padre era tedioso. Justo en el momento en el que olvidaba cada una de las cosas que había hecho mal, él lograba hacérmelas recordar con una retahíla de palabras huecas. No voy a mentir, resultaba agotador satisfacer sus gustos y necesidades. Supongo que por eso había tomado la decisión de irme a estudiar a una universidad bien alejada del ruido de sus pasos tras mi sombra, siempre pendiente de cada error. Aquel día no fue diferente. Sin embargo, mi madre, que nos acompañaba, logró que se hiciera más liviano, por lo menos al principio.

—Entonces, ¿cómo está Juliette?

No había podido salvarme con su presencia del encuentro de aquel día.

—Con mucho trabajo —expliqué mientras mi padre procedía a pedir la comida de los tres. Nunca nos preguntaba, ni siquiera a mi madre. Era como si adivinara lo que necesitábamos a cada momento.

Intenté serenarme.

—Ya la vemos por la televisión, lo hace genial —aseguró mi madre, con esa sonrisa suya tan políticamente correcta.

Podría decir que no le conocía otra, pero cuando vivía en casa y no había nadie más cerca, le daba el día libre a la señora Collins, la cocinera, encendía la radio de la cocina y cantaba entre susurros al tiempo que fregaba los platos. En esos momentos era otra mujer distinta, y qué decir cabe que me gustaba mucho más.

—Es una joven excelente —apuntó mi padre.

Julie era la única persona de mi vida a la que no le había puesto ningún pero. Si bien es cierto que la amistad que él mantenía no solo con sus padres, sino con su abuelo, el señor Samuels, parecía perfecta para que no hubiera impedimento alguno. Así que, ante tal perspectiva de las cosas, todos calladitos. Yo el primero, no fuera a ser que se estropeará la racha de suerte.

—Nos gustaría veros más, eso sí.

¿Sabéis ese momento en el que las palabras equivocadas acaban con toda la tregua? Bien. Pues ese fue uno de esos momentos de calma que se fue, ¿por qué engañarnos?, a la mierda.

—Hacemos lo que se puede, papá. Tenemos mucho trabajo, pero eso tú no lo ves.

Digamos que las palabras fueron las mías. A veces me exasperaba su necesidad de controlarlo absolutamente todo. No podíamos estar cada fin de semana en su casa, con la cubertería de plata preparada para mantener una conversación civilizada y sonreír tanto como nos permitiera la tirantez de los labios. Antes lo hacía, ni siquiera me daba cuenta de lo mucho que podía llegar a molestarme actuar de ese modo; sin embargo, hacía ya muchos años que no era capaz. Por no hablar de que Julie y yo no estábamos en el mejor de nuestros momentos.

—Soy consciente de que tenéis mucho trabajo, no me malinterpretes, pero no te hemos educado para que desatiendas tus obligaciones familiares. Hay costumbres y normas que deben respetarse.

Tomé la copa de vino que había frente a mí —un Ridgeview Bloomsbury con toques cítricos que me encantaba, la única buena elección de mi padre— y le di un trago demasiado profundo como para saborearlo.

—Siempre he cumplido con mis obligaciones familiares, ¿a qué viene eso ahora?

Me había alejado un poco, solo porque me apetecía sentirme más libre, más fugaz, sin tener que estar dando explicaciones de manera constante. Cuando era soltero tenía incluso la costumbre de venir al piso sin avisar —yo, estúpido, que les había dado una copia de las llaves— y comprobar si tenía la nevera llena o no. Fui paciente, me puse en su lugar e intenté imaginarme siendo padre. Pensé que, tal vez, estaba preocupado. Callé, tragué y no rechisté ni una sola vez. Pero ahora estaba casado, quería formar una familia con Julie y no tenía ganas de que ni mi padre ni nadie viniera a nuestra casa a decirle a mi mujer que apagara la música y dejase de cantar en la cocina, como había hecho con mi madre.

—Viene a que tu madre te echa de menos.

Como siempre escudándose en el amor que le tenía a mi madre. La pobre era una santa enclaustrada entre cuatro paredes. Toda su vida pidiéndole a mi padre que se tomara unas semanas de vacaciones y, ahora que se había jubilado, tampoco podía hacer ese cruce por las islas griegas con el que tanto soñaba.

Miré a mi madre, buscando alguna respuesta en su mirada. No dijo nada, solo se quedó en silencio, ocupando su asiento con la espalda muy recta, pegada al respaldo de la silla.

—Os visito con toda la frecuencia que me permite no solo el trabajo, sino mi relación.

Papá abrió los ojos de manera exagerada.

—¿Es que, acaso, Julie te impide venir a casa?

—Papá, por favor, pero qué cosas tienes. Pues claro que no. —Tuve que reírme porque la tensión se cortaba con la mano—. Pero solo llevamos casados unos meses, nos apetece pasar tiempo a solas.

Mentí un poco. Todos decimos mentiras piadosas para no preocupar a los demás.

—Pues cuando tu madre y yo nos casamos, vivimos con mis padres durante cinco años en la casa familiar. Y míranos.

—Papá, en el siglo catorce antes de Cristo eso era lo normal.

Se atragantó con el vino justo en el momento en el que lo dije. Mamá intentó no sonreír. Siempre se esforzaba demasiado por reflejar el estado de ánimo de mi padre y en ese instante no era el más amable de todos.

—Sam, en algunas ocasiones creo que no te reconozco, hijo.

—Pues yo sigo siendo el mismo de siempre, no es por nada.

El camarero nos interrumpió con unos platos de canapés de marisco, con un emplatado que invitaba a todo menos a ser comido. Me apetecía muchísimo un bocadillo en cualquier esquina de la ciudad.

Sonreí al pensar en aquella vez, hacía ya doce años, en la que me encontré con Emma por casualidad. En esa ciudad llena de lluvia, de tormenta; en esa ciudad en la que las luces se apagaban, pero el ruido se quedaba velando por los sueños. Ella sentada bajo decenas de bombillas encadenadas que le iluminaban la cara. Allí sola, frente a una silla vacía, con otra luz. El color naranja de su jersey sobre el que bailaba una melena corta, pelirroja. Y ese olor a invierno, a suelo mojado después de la llovizna de la tarde.

—¿Me escuchas?

Durante unos segundos me había olvidado de dónde estaba. No entendía a qué venía aquel recuerdo.

—Te escucho.

Otra mentira.

—Te decía —repitió al darse cuenta de que no había atendido a su comentario anterior— que antes no replicabas. Eras un chico obediente y sensato.

—Sí. Es que antes, como tú has dicho, era un chico, un chaval. Sé que para ti siempre voy a ser un niño, pero tengo casi cuarenta años, no puedes esperar a que nos comportemos como unos extraños frente a unos platos enormes con media gamba en el centro.

Miró a mi madre horrorizado por la poca educación que acababa de mostrar.

—Papá, vivimos en el siglo XXI, a nadie le importa una mierda el protocolo.

Era probable que la conversación con Emma me hubiera afectado ligeramente.

—Sam, ¿estás borracho, hijo? —Fue mi madre la que habló esta vez. No me esperaba que la primera intervención que hacía fuese para preguntarme si estaba ebrio.

—No estoy borracho, es que con vosotros no se puede bromear.

—Sam, por supuesto que se puede. Siempre he considerado que somos unos padres bastante modernos y permisivos. Te hemos hablado como a un adulto sin excepción.

Agaché la mirada porque me escocieron los ojos en ese momento. No podía creerme que me entraran ganas de llorar justo en ese momento. Llevaba años sin derramar una lágrima. La última vez también había sido por él.

—Me hablasteis como a un adulto incluso cuando era un niño, papá.

—Porque pensamos que era mejor. Algún día serás padre y verás que no existe un manual que te enseñe qué tienes que hacer.

Su expresión era cada vez más dura. Me dolió que siguiera mostrándose tan indiferente a mis sentimientos. Era su único hijo y, después de tantos años, solo necesitaba que escuchara que, muchas veces, me había sentido solo, desprotegido entre tantas reglas de adultos en las que solo quería jugar con mis amigos hasta que se me pelasen las rodillas y la camisa blanca se volviera negra de tanto restregarme por el barro. Sin embargo, no había tenido ese privilegio de la infancia. Yo me sentaba a la derecha de mi padre en cada una de las reuniones familiares, a las que asistían también sus amistades. Después me convertía en el trofeo a lucir: el hijo del señor McEwan, que tan bien toca el piano, que tan dulcemente recita los versos de Lord Byron, que es tan educado y siempre guarda silencio. Impecable como una estatua que ni siente ni padece.

—Dime qué no te hemos dado nosotros. ¿Qué queja tienes? —exigió con ese tono tan suyo de superioridad, de máxima autoridad.

De haber tenido veinte años, habría temblado en la silla y a lo mejor habría contestado:

«Ninguna, señor». Sin embargo, ni tenía ya veinte años ni podía callarme ante esa pregunta.

—Mira, papá, quizás algún día sepa lo que es ser padre. Tal vez tenga esa suerte. Ahora puede que no comprenda muchas cosas, pero sí que sé lo que no he recibido de vosotros, especialmente de ti: cariño. No sé qué entiendes tú por modernos y permisivos, ¿que me hayáis dejado hacer voluntariado en la India? Bien. Gracias por esa oportunidad. Otro en mi lugar, siendo mayor de edad, se hubiese ido sin pedir permiso. Yo lo hice. Llevo haciéndolo toda la vida. Os pedía permiso incluso para ponerme unos vaqueros un sábado por la noche, cuando salía con mis amigos. Sé que, quizás, tú no lo ves así, pero ningún crío quiere que su padre le lleve cada tarde a la empresa para enseñarle su funcionamiento; quiere ir al parque con él, ver una película juntos, hablar de las cosas verdaderamente importantes. ¿Y sabes cuáles son? —No hice ninguna pausa. Quería decirlo por fin—: Los sentimientos.

Mamá tenía los ojos llorosos cuando al fin consideré oportuno callarme. Debería haberlo hecho antes. No pude. Era esa necesidad de gritarlo todo, esa que crece día a día, una rabia inusitada que se queda a vivir contigo, que te hipoteca la tranquilidad y la felicidad.

—Te queremos, Sam —murmuró mi madre.

Le temblaba el labio inferior y las manos estrujaban la tela de la servilleta sobre su regazo.

—Lo sé.

—No sé cómo puedes reprocharnos que no te hayamos dado cariño. No sé qué te pasa, pero si yo le hubiese hablado así a mi padre, como tú has hecho hoy con nosotros, faltándonos al respeto, me habría abofeteado ante todo el mundo.

Me despeiné el pelo porque necesitaba concentrarme en algo que no fuera levantarme del asiento e irme del lugar enfadado, sin dirigirles la palabra a mis padres. Eran mayores, eran mis dos pilares, pese a todo. Que no tenían razón es una evidencia, pero, ¿qué otra cosa podía hacer si no había forma de que admitieran sus defectos?

—Vale, papá. Ya está. No tenía que haber dicho nada. Y antes de que pienses que te has salido con la tuya, esto no es una disculpa, más bien es un recordatorio de que, con vosotros, siempre voy a tener que fingir que soy otra persona. Aquella en la que habéis querido que me convierta. No importa. Puedo sentarme en silencio, sonreír y no contaros si estoy preocupado o triste. Somos de hierro, entendido. Solo nos importa la opinión de los demás.

Ví que mi padre palidecía por primera vez en toda su vida. A mamá se le escaparon un par de lágrimas. Yo empecé a comer.

—Está delicioso. Ha sido todo un acierto que escogieras este restaurante, papá. Siempre me sorprende tu buen gusto. ¿Qué tal en el club de golf? ¿Has ido esta semana?

Intenté sonreír tanto que cualquier idiota se habría dado cuenta de que estaba tensando la cuerda de la paciencia de mi padre con ese paripé. No me importó. Ojalá alguien estuviera allí para tenderme la mano por debajo de la mesa. Quizás así habría recordado que ya no tenía ningún sentido el dolor de hacía veinte o treinta años. Aunque lo tuviera. Aunque hubiese sido el salvoconducto que me había alejado de ellos muy poco a poco.

Entonces lo sentí, el contacto de una mano, sobre la mesa, bajo la mirada de todo el mundo, solo que no era de quien yo esperaba.

Mi padre me había cogido de la muñeca con mucha más delicadeza de la acostumbrada. De pronto parecía preocupado. Mamá nos observaba a los dos. Se había enjugado las lágrimas e intentaba mantener la compostura. Quería gritarle que se liberara de una vez de ese maldito corsé. Era probable que no lograra absolutamente nada, como me había ocurrido a mí. No obstante, se le aliviaría un poco el peso del pecho y se aflojaría el nudo de la garganta.

—Sam. —Acto seguido se volvió a formar una nueva presión, un vacío en el estómago—. Eres mi hijo. Mi hijo. —Insistió en esto último como si yo no lo supiera—. Siempre, pase lo que pase, con independencia de que no estemos de acuerdo en algunas cosas, me importará si estás preocupado o triste. ¿Lo estás?

Lo estaba, solo que no sabía hasta qué punto. La rutina me ayudaba a ignorar, a sentir sin tanta presión. Pero sí, estaba preocupado por mi relación con Julie, estaba triste porque nunca podría acercarme a mis padres como yo quería.

Justo cuando iba a contestar con una media verdad, sonó el teléfono en el bolsillo.

Aparté la mano del contacto de mi padre y lo saqué. Era un mensaje. De Emma, había registrado su número de teléfono en la agenda después de haberla llamado hacía unos días: «Sam, necesito unos días más. Mi madre ha fallecido».

Me llevé una mano a la boca.

—Joder.

—¿Qué pasa, Sam? —indagó mi madre.

—Tengo que hacer una llamada. Perdonadme.

No les di tiempo a que pudieran oponerse o a recordarme que era descortés por mi parte levantarme en medio de una comida para hablar por teléfono. Mi padre lo había hecho toda la vida y nunca habíamos dicho nada. Siempre nos habíamos quedado a solas con el sonido de los cubiertos repiqueteando sobre los platos.

No sabía si era un buen momento para llamar, pero no me importó.

Solo quería escucharla, aunque no estaba preparado para oírla llorar, entrecortadamente, al otro lado de la línea.

—Lo siento muchísimo, Em.

Silencio durante una fracción de segundo; esa clase de silencio de desconsuelo que no desaparece por más tiempo que transcurra.

Me pareció insignificante mi aflicción en comparación a la de Emma tras haber perdido a su madre.

—Gracias, Sam —susurró entre lágrimas.

Me aparté un poco más, hacia el interior del local. Me pesaban mis propias lágrimas en los ojos, las que había retenido antes. Me abrumaba el contacto de la mano de mi padre sobre la mía. Sin embargo, si hubo algo que me apenó fue darme cuenta de que algún día mi padre, mi madre, los dos dejarían de estar sin habernos querido mejor.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Ahora mismo solo quiero quedarme aquí en casa un poco más.

Una casa llena de recuerdos, del aroma de su madre. Yo hubiese necesitado lo mismo, a pesar de que entonces, en aquel instante, hubiese preferido tenerla cerca para darle un abrazo, un insignificante consuelo que la hiciera sentir un poco mejor.

—Claro, por supuesto. Tómate el tiempo que necesites, ¿vale? Y mi oferta sigue en pie: llámame en cualquier momento.

No quería sonar insistente, sin embargo, pensé que a mí, en su lugar, me hubiese gustado escuchar esas palabras una y otra vez, para no sentirme desubicado, perdido.

—Te lo agradezco. Ahora tengo que dejarte, Sam. —Estaba abatida—. Acaba de llegar mi primo y aún le debo una disculpa. También tengo que ayudar a mis hermanos y a mi padre con los preparativos de la funeraria.

—Podría ir si...

No sé por qué lo dije, ya que no nos unía una amistad como tal, aunque sí que habíamos tenido siempre una buena relación. Pese a todo, no tenía ningún derecho a invadir un momento tan íntimo como aquel.

—Tranquilo. No es necesario. Voy a estar bajo los efectos de los somníferos. —Intentó reír entre los hipidos del llanto—. No creo que fuese muy profesional.

Quise decirle que en aquella situación me importaba muy poco lo que era profesional y lo que no. Pero como la mayoría de las veces en las que queremos decir algo importante, me asusté, y eso hizo que me callara.

—Claro. Lo entiendo. Te envió un abrazo grande.

—Recibido.

Permanecimos unos segundos más a la espera de que alguno de los dos dijera algo.

—Te veo pronto, Em —acabé por decir—. Trasmítele mi pésame a tu familia.

—Lo haré. Nos vemos pronto.

—Sí, nos vemos pronto.

—Hasta pronto, entonces.

Habíamos entrado en un bucle de despedida que me arrancó una sonrisa y sé que a ella también, porque se le escapó una carcajada ligera, muy tenue, como una exhalación, pero una carcajada a fin de cuentas.

Pusimos fin a la llamada.

A mí aún me quedaba una comida más que tensa por delante.

Regresé a la mesa. Lo hice decaído, sin ninguna intención de pelear. Mis padres lo percibieron y por una vez en su vida hicieron un esfuerzo por disimular el disgusto anterior. Intentaron, sobre todo mi padre, interesarse por cómo estaba, por si Julie y yo viajaríamos a algún sitio próximamente, por mi salud. Nada de trabajo. Todo eran preguntas personales, como si de pronto les asustara la idea de que fuese a desaparecer de sus vidas sin que ellos supieran si estaba bien.

Volvíamos al punto de partida. No obstante, algo, no sé qué, había cambiado.

EMMA

La nueva versión de mí misma

El funeral de mamá fue el momento más difícil que experimenté nunca, junto con la tremenda bronca que había tenido con Ethan cinco días antes. Toda mi vida se iba por el desagüe y una parte de mí empezaba a creer que había sido yo misma la que me había boicoteado y había tirado de la cadena para que todo se fuera a la mierda.

Me había ido de la ciudad de mi niñez con la misma maleta con la que había llegado, pero sin dos personas a las que había querido. A mi madre la querría siempre, a Ethan no dejaría de recordarlo nunca. Así que volví vacía a mi piso de Londres, vestida de negro, con los ojos hinchados por haber llorado sin consuelo y con la cabeza a punto de estallar por todas las cosas horribles que Ethan me había dicho y confesado.

—Ahora, después de tanto tiempo, ¿me dejas? ¿Quién hubiese estado contigo y soportado tu mal humor y esas pintas que llevas? Joder, Emma, si ningún hombre te hubiese hecho caso.

Así había empezado. Sin embargo, no le había bastado con hacerme sentir como si no valiese nada. Había seguido mencionando cada uno de mis defectos, mi falta de estilo, mi carácter, mi egoísmo por no irme a vivir a Stratford-upon-Avon ni siquiera cuando mamá enfermó, mi escasa sensualidad, porque según él no era una buena amante.

«Pues ok, Ethan. No seré una buena amante, pero todavía me ha quedado un poco de dignidad para mandarte a tomar por culo, grandísimo cabrón».

El piso estaba vacío sin el correteo de mis sobrinos, sin mi padre gruñendo en cada esquina, sin el pitido de la máquina que contaba las pulsaciones de mamá, sin mis hermanos discutiendo por todo y por nada. Sin gente, solo quedábamos yo y Fiodor, mi pez, al que había encontrado flotando boca arriba vete a saber por qué. Había comprado un dispensador de comida inteligente y un filtro para el agua. Fiodor era mi tercera pérdida. Ahora estaba definitivamente sola.

En la empresa me dieron tres días más, así que me quedé encerrada en casa comiendo yogures caducados de la nevera y cortando las partes buenas de las manzanas y del resto de frutas que se habían ido pudriendo durante mi ausencia. Suena más triste de lo que era en realidad, sobre todo porque no me di cuenta de la fecha de caducidad de los yogures hasta que varias horas después empecé a vomitar sin parar.

Después estuve un día y medio tumbada de lado en el sofá, con las persianas bajadas y el piso a oscuras, a excepción de la luz que entraba por el pasillo. Esa luz en la que suelen flotar infinitas motas de polvo, que bailan al son de alguna tristeza igual o más grande que la mía. Encima tendría que volver al trabajo en poco más de treintaiséis horas. Pensándolo bien, tal vez fuese bueno mantener la mente ocupada en otros quehaceres que no fueran lamentarme.

Me levanté del sofá y fui al armario. Tendría que poner un par de lavadoras y preparar la ropa. La miré y me pareció sosa, insulsa. Un poco como era yo para el resto del mundo; igual que había

sido siempre. Empecé a sacar jerséis, pantalones, faldas. Todo fue cayendo sobre la cama de matrimonio que no compartía con nadie. Me enfadé mucho, todas esas cosas me parecían horribles. Todo era feo a rabiar.

Me dejé caer en el borde de la cama con una camisa de cuadros escoceses entre las manos. Me gustaba el verde porque favorecía el pelirrojo de mi pelo, mis ojos claros y la palidez de mi piel; sin embargo, en el fondo, aunque estaba acostumbrada a vestir como una señora de la postguerra, lo cierto es que yo sabía que no me sentaba bien y que parecía mucho mayor con esa vestimenta. Pensar en ropa después de lo ocurrido era muy reprochable, pero era un modo de alejarme del dolor. Reconstruirme porque no quedaba nada de la antigua yo.

Ir de tiendas no me apetecía, ¿para qué engañarnos? Para mí, socializar era una de las cosas más difíciles. No obstante, y aunque no había caído en cuenta hasta el momento, contaba con una gran herramienta que había pasado por alto: las compras online. Comencé investigando cuáles eran las principales tiendas que vendían en Internet. Hice una lista muy profesional, algo bastante típico de las contables. Vale, puede que más que un listado fuese una hoja de Excel. Una vez que tuve una selección de páginas que me gustaban, empecé a cotillar.

¡Madre de Buda! Si es que Buda tenía madre, la energía, la naturaleza, vete a saber. Qué barbaridad de cosas, conjuntos, complementos y zapatos. Los looks de aquellas chicas se parecían bastante a las mujeres que veía a mi alrededor. Tuve que hacerme dos tazas grandes de té para pasar las cinco horas que estuve imaginándome llevando esos monos, blazers, trajes, vestidos, faldas y vaqueros. Creo que solo había tenido un par de vaqueros en toda mi vida. Los había heredado de mi hermana Blake y los había llevado durante todos mis estudios universitarios, me hacían parecer más joven. No sé por qué no había vuelto a comprarme unos. Los había de todos los tipos.

Estuve creándome cuentas en todas las tiendas que me gustaron, tomándome medidas y metiendo cosas en las cestas durante un buen rato. Estaba decidida a cambiar un poco, y no porque el imbécil de Ethan me dijera que no tenía gusto alguno para vestirme ni para nada en general —a lo que yo le contesté que estaba de acuerdo, que de haber tenido más gusto para los hombres no me hubiese quedado con él. Zas, Ethan—. No, no era eso. Necesitaba sentirme mejor conmigo misma, ganar algo de confianza, hacer amigos, dejar de sentirme tan fuera de lugar y, sobre todo, hacer algo más que no fuera trabajar, como por ejemplo quedar con mis compañeros a la salida para tomarme unas cervezas. Me habían invitado en infinidad de ocasiones, seguían haciéndolo pese a mis negativas; sin embargo, nunca me veía preparada para salir de mi zona de confort. Y eso tenía que acabarse pronto.

Compré todo lo que me apeteció. Tenía dinero, no crecía en los limoneros, no, pero había echado muchas horas extra durante los últimos doce años. Tenía un buen colchón. Así que al mirar mis zapatos planos, cómodos y horrendos en comparación con lo que había visto en la red, pensé que me merecía unos tacones (con los que tendría que aprender a caminar), unas sandalias altas, cualquier otro tipo de zapato plano elegante y unas bonitas zapatillas que me rejuvenecieran un poco. Los zapatos, la ropa y los bolsos no fueron las únicas cosas que hicieron temblar a mi tarjeta de crédito, también contribuyeron a ello el maquillaje y algunos complementos. Vale, era nefasta a la hora de echarme colorete en la cara, por eso iba sin pizca de color la mayor parte del tiempo. Sin embargo, ahora que Internet se había vuelto mi amigo, podría mirar tutoriales de YouTube que me enseñarían a usar todos los potingues que acababa de comprar. Un clic y eran míos.

Cuando al fin me sentí satisfecha, un par de miles de libras después, y sabiendo que en una

semana lo tendría todo en casa, llamé a mi peluquera para coger una cita. No podía seguir llevando esa coleta eterna en lo alto del cogote. Siempre me había gustado mi melena. Era bonita, larga, brillante. Y me enorgullecía de ser pelirroja natural. Seguir ocultándome tras ese recogido no me haría sentir con más confianza. Así que estaba decidida a cambiarle un poco la forma, darle algunas capas, dejarme llevar.

También bajé a mi óptica. Aún quedaban unas semanas hasta la operación, pero ya no me apetecía llevar las gafas. Ethan se había empeñado en gritarme que me quedaban, no mal, no, lo siguiente. Pero no, no. No estaba haciendo aquello por él, intentaba recordarme cada poco tiempo, cuando me cegaba la sed de venganza y las ganas de plantarme en Stratford-upon-Avon siendo cualquier cosa menos la Emma que ellos conocían y a la que habían infravalorado.

Me hicieron las pruebas para ponerme lentillas el tiempo que me quedaba hasta la operación. Las tendrían en pocos días. Con suerte el cambio sería completo al finalizar la semana. Noté, por un momento, que estaba cogiendo impulso para enfrentarme a todo con la mayor entereza posible y que, probablemente, en algún momento dejaría de llamar al teléfono de mamá solo para que saltase el buzón de voz y pudiera escucharla.

Dos días después regresé a la empresa. Mis compañeros sabían lo ocurrido, así que todo fueron buenas palabras, ofrecimientos para ayudarme y todos los cuidados posibles. Me sentí francamente arropada. Sabía que no traía buena cara, así que debía esforzarme en sonreír mientras la nueva versión de mí misma se iba construyendo poco a poco en alguna oficina de correos en la que se encontraban los múltiples paquetes que llegarían a casa.

La mañana había ido bien en la medida de lo posible. Me había ocupado de ponerme al día con todo. Era muy eficiente, por eso el señor McEwan, no Sam, sino su padre, también me valoraba aunque sabía que al principio no daba ni un penique por mí. Cuando más a gusto estaba, moviendo los papeles de un lado a otro, tecleando, pensando en que las últimas semanas habían sido una pesadilla, llegó el secretario de mi jefe para pedirme que me acercara a su despacho.

«Bien, ahora vendrán las condolencias, unas palabras de apoyo, un agradecimiento y un adiós. Sí, con eso bastará».

Cogí aire antes de salir de mi despacho. Entré en el ascensor y subí a la octava planta, donde se encontraban los despachos de los jefes y los accionistas principales de la empresa. Había hecho aquel recorrido en incontables ocasiones a lo largo de los años, pero ese día me resultó harto difícil no apoyarme en las paredes para guardar las apariencias. No volvería a entrar en aquella estancia para venirme abajo de nuevo.

Toqué la puerta con los nudillos y su voz me informó que podía pasar. Al entrar, comprobé que Sam estaba de pie junto a la ventana, de espaldas a mí, con las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Jefe, ¿me has llamado?

«Eso, compórtate con normalidad. No habéis vuelto a hablar por teléfono desde que te llamó para darte el pésame y preguntarte cómo estabas. Fue todo cordialidad y dejasteis de lado la extraña afinidad de la anterior llamada. Bien hecho».

—Emma.

Ni un saludo ni nada. Un «Emma» que lo decía todo, lo mucho que lo sentía por mí, alma en pena que iba de un lado a otro de la empresa.

Como una idiota levanté una mano, lo saludé desde la puerta y sonreí como buenamente pude. Sam me devolvió una sonrisa, fruto supongo de la sorpresa de que aún me quedaran fuerzas para ser el patoso ser que él conocía.

Dio varios pasos en mi dirección hasta acotar la distancia que había entre la ventana y la pared junto a la que me había quedado. Me observó durante unos segundos. Sus movimientos eran torpes también. Creo que se preguntó si debía darme la mano o permanecer a una distancia prudencial. No hizo ni una cosa ni otra, abrió los brazos y, cuando yo quise darme cuenta, estaba acomodada entre ellos como si no conociera un lugar más seguro donde permitirme cerrar los ojos.

—De verdad que lo lamento. Si necesitas más tiempo, no dudes en cogerlo.

No supe qué decir, salvo un triste «gracias» acompañado de una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Ven, siéntate. ¿Quieres un té o un café? ¿Un vaso de agua, tal vez?

—No, Sam, no es necesario, de verdad. Tengo la mesa del despacho llena de cosas. Todos habéis estado muy atentos, no es necesario.

Él frunció el ceño con autoridad. No parecía estar de acuerdo con mi comentario. Aunque de verdad creía que no me hacían falta todas esas atenciones, era cierto también que me había aliviado encontrarme con tanta gente dispuesta a escucharme o darme un par de palmaditas en la espalda.

—Sí que lo es. Esta es tu casa, Em. Y quiero que estés bien aquí. Lo mínimo que podemos hacer por ti es recordarte que no estás sola y que puedes contar con el apoyo de todo el equipo.

«Joder, maldición. Me he propuesto no llorar. Voy a pensar que tú lo que te has propuesto es amortizar los pañuelos de papel conmigo».

—Joder, maldición. Me he propuesto no llorar. Voy a pensar que tú lo que te has propuesto es amortizar los pañuelos de papel conmigo.

Vale, acababa de decirlo en voz alta. Ese era mi grado de estupidez o de cansancio.

Él dibujó una sonrisa tan grande en su boca que casi le desaparecieron los ojos en unas rayitas muy tiernas.

«Alto ahí».

—Si no, luego mi contable me echa en cara que gasto dinero en cosas innecesarias.

—Vaya contable más estricta.

—No te haces una idea.

Nos reímos un segundo porque hablar de cosas demasiado serias, como la muerte, las relaciones o lo que quiera que la sociedad considerase temas interesantes, no era mi fuerte, y empezaba a creer que a Sam tampoco le entusiasmaba la idea de ir por allí haciendo alarde de todas las cosas que sabía, porque inteligente era un rato, e ingenioso también. ¿Es que ese hombre no tenía ni un solo defecto?

—La semana que viene, y perdona que te hable de trabajo el primer día, tenemos la reunión con los alemanes, no sé si te lo han comentado.

—Sí, por supuesto, y créeme, ahora lo que más necesito es hablar de trabajo, cualquier cosa que me distraiga será buena. —Asentí también con la cabeza para apoyar lo que había dicho.

—Menos mal. No te haces una idea de la falta que me hacías —dijo mientras sacaba unos documentos del archivador que tenía sobre el escritorio.

Se me quedó la respiración parada, casi me atraganté con mi propio aliento. Pero rectificó a tiempo para aniquilar cualquier estúpida película que yo hubiera podido montarme.

—La falta que nos hacías a todos en el trabajo.

—Me pondré al día antes de que puedas darte cuenta, de verdad.

Él levantó al fin la vista de los papeles. ¿Estaba inquieto o era cosa mía? Mi imaginación podía jugarme muy malas pasadas.

—No me cabe ninguna duda —aseguró para romper el silencio, que no parecía gustarle por lo general—. Y te repito que si necesitas algo, no dudes en decirlo.

—Bueno, un aumento de sueldo no estaría mal —bromeé para quitarle hierro a la situación, que se había vuelto tensa sin entender por qué.

Sam echó la cabeza para atrás en un movimiento muy relajado y se rio.

—Podemos negociarlo, faltaría más. Tendrás que intentar sobornarme de alguna manera.

«¿Puedo sobornarte secuestrándote en mi casa? Joder, Emma. Para. Con todos los hombres que hay en esta empresa. George de recursos humanos te ha estado lanzando indirectas desde hace meses. Se le ve un buen hombre y tiene fotos de sus sobrinos encima de la mesa. Le gustan los niños y es amable con los ancianos. Sí, George es un buen partido, pero...».

No debí haber coqueteado como lo hice después, ni él tendría que haberme seguido la corriente, sin embargo, pasó algo a lo que no encontré explicación racional en los días siguientes.

Apoyé los codos sobre la mesa y me incliné un poco hacia adelante. Fingí que me picaba un ojo, así que me quité las gafas. Solo era una estrategia para poder mirarlo sin ponerme más nerviosa de lo normal.

—¿Y cómo se soborna a un jefe de tu categoría?

Desde la distancia que nos separaba, podía ver cómo me miraba. Hizo un gesto extraño con las cejas, un preludio de fruncimiento que se queda en nada al final. Los labios se le transformaron en una sonrisa tímida.

—No sé, a ver qué se te ocurre. Algo que me deje con la boca abierta, porque soy un jefe difícil de sorprender.

—Creo que te sorprendería más de lo que te puedas imaginar.

Sí, en aquel momento estaba poniendo mi cara de conquistadora. No sé muy bien cómo era porque no la había visto nunca reflejada en el espejo. Sin embargo, como mi mente traviesa quería provocar a Sam, llegué a creer que realmente se había producido algún matiz en la forma que tenía de mirarlo. Me lo indicaba la manera en la que se echó un poco hacia atrás en la silla y puso mayor distancia entre los dos.

—Pues sorpréndeme, entonces.

No éramos idiotas, puede que yo un poco. Sabíamos que estábamos dejando de lado cualquier norma que hubiera entre los dos. No era esa la idea que yo había tenido al regresar. Pensaba ignorar esa parte de mis sentimientos con los que había vivido tantos años. Tenía la firme e indiscutible intención de olvidar para siempre cualquier pensamiento absurdo que hubiese tenido con respecto a mi jefe.

—Entonces, ¿qué día vienen los alemanes? —pregunté para dejar de lado el tropiezo anterior.

—El lunes de la semana que viene. Tienes que estar, quieren los informes de los beneficios, de los riesgos, de las inversiones. Así que tendrás que preparar unos informes lo más detallados posible, ¿de acuerdo? —contestó de manera muy profesional, aunque sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

Me pregunté si seguía pensando en la extraña petición que me había hecho: que lo sorprendiera. Si hubiera encontrado la manera de hacerlo, sabe Buda que lo habría hecho. Pero ¿cómo podía? No había forma.

—Perfecto. ¿Estadísticas incluidas?

—Por favor. Cuanto más visual, menos complicaciones. Tenemos que convencerlos. Están muy interesados. Sin embargo, dudo que se zambullan en la aventura de abrir una oficina de McEwan&Sons en Berlín si ven algún tipo de riesgo —me informó al tiempo que seguía pasando

papeles y se despeinaba el pelo.

«Ojalá pudiera pasar las manos por esos mechones y reordenarlos a base de caricias».

—No tiene por qué haber ninguna complicación, Sam. He estado echándole un vistazo esta mañana y no hay un número fuera de lugar. La empresa lleva años dando beneficios. Ha crecido un setenta por ciento en los últimos treinta años. Si esos hombres son inteligentes, tomarán la decisión correcta —comenté.

Empecé a apuntar en mi agenda las cosas que me había pedido y los recordatorios que había hecho. Tendría que trabajar duro esa semana para que la reunión saliera a pedir de Sam.

Justo en el momento en el que iba a hacerle otra pregunta, llamaron a la puerta. Él respondió y le pidió a quien estuviera al otro lado que pasara. Me volví para ver de quién se trataba. Creí que acababa de hacer su aparición una diosa. Juliette Samuels entrando en el despacho con un vestido rojo de gala, preciosa, con el pelo más bonito y rizado que había visto nunca y esas sandalias de vértigo sobre las que se movía como si flotara. Tuve que volver a ponerme las gafas de nuevo.

Sam se puso en pie en seguida. Fue hacia ella y se dieron un beso en los labios. No era la primera vez que los veía hacerlo. Ella venía mucho por la empresa, sobre todo antes, al comienzo de la relación. Ahora era una presentadora ocupada y los horarios a veces se hacían incompatibles. No obstante, seguía viniendo a verlo.

—Emma, hola, ¿cómo estás?

«Oh, joder, viene en mi dirección y hasta hace un segundo estaba fantaseando con su marido. Me siento sucísima ahora mismo».

Me levanté de la silla de modo abrupto. Tanto que me tropecé y ella dio dos pasos hacia mí para sujetarme por los antebrazos. Me dio vergüenza incluso mirarla. Yo, tan insignificante a su lado, y ella, tan hermosa, tan joven, tan elegante y educada.

—Emma, ¿estás bien?

—Sí, señora Samuels, gracias.

—Por favor. —Me acarició el hombro con esa amabilidad que solo le había visto a ella—. No me llames señora Samuels, solo Juliette. Y tutéame.

Asentí, aunque no sabía si podría dirigirme a semejante deidad por su nombre.

—Lamento mucho tu pérdida —añadió todo esto sin apartar las manos de mí.

—Muchas gracias, de verdad.

Quise haber sabido en qué contexto Sam le había comentado a su mujer que una de sus empleadas había perdido a su madre. Puede que solo se tratase de un comentario baladí: «Estoy hasta arriba de trabajo. Mi contable se ha ido al pueblo porque su madre está enferma». Sí, estaba convencida de que se parecía bastante a esa recreación que acababa de hacer de los hechos.

—Si me disculpáis, voy a ponerme con los informes para los alemanes cuanto antes. En cuanto los tenga se los envío a Rogers. —Al pronunciar ese nombre, la cara de Juliette cambió levemente, no comprendí por qué. A lo mejor solo fue una impresión equivocada y mejor continué —: por si hubiera que modificar alguna cosa de acuerdo a los planes de exportación del próximo año.

—Perfecto, Emma. Muchas gracias. —Su tono fue mucho más formal de lo que acostumbraba a ser—. Se los pediré yo mismo a Rogers y nos reuniremos el viernes antes del gran día.

—Tomo nota, jefe. —Lo apunté en la agenda, de hecho, era bastante más organizada de lo que mi padre se empeñaba en decir. Pobre papá, ¿cómo se sentiría en esa casa tan vacía? Me quedaba la esperanza de que alguno de mis hermanos fuese a visitarlo de vez en cuando. Algunos de ellos seguían en el pueblo—. Pase un buen día, señorita Sa... —Me echó una mirada de advertencia—

Juliette. Está preciosa. Estás... estás...

—Gracias, Emma. Una cosa absurda de un premio que tengo que entregar.

—Mucha mierda. —Cerré los ojos un segundo—. Quiero decir mucha suerte, lo hará usted muy bien. Lo harás. Muy bien. Sí. Irá bien. —Saqué un pulgar y lo levanté como si estuviera *likeando* una publicación de Facebook.

Yo ni siquiera tenía Facebook.

Los dos sonreían cuando salí por la puerta. Me sentí más estúpida que nunca antes en toda mi existencia. Ahora sí, después de ese momento, otro punto de inflexión en mi vida, debía comenzar a hacer las cosas de otra manera, vivir de otro modo y olvidarme de Sam y de mis estúpidos sueños de adolescente. Él tenía a su lado a una preciosa chica de veintiséis años con el vestido rojo más bonito que hubiese visto en mi vida y la sonrisa más sincera.

Yo no formaría nunca parte de esa ecuación, pero podía volcarme en la nueva Emma, en su forma de vestir, de ir por la vida, de tratar con la gente. Todavía quedaba un futuro para mí y estaba dispuesta a vivirlo intensamente, con o sin alguien que me quisiera. Por el momento estaba dispuesta a demostrarles a los alemanes que era un hueso duro de roer y una perfeccionista que no dejaría ningún cabo sin atar. Así que me puse manos a la obra durante los siguientes días y noches.

JULIETTE

Aquellas cosas que no puedo recordar

—Repasémoslo una vez más.

El protocolo de la entrega de premios lo tenía más que aprendido. Mientras aplaudían al periodista del año iría hasta el escenario. Subiría cuando el auditorio se quedara nuevamente en silencio. Daría las buenas noches enfundada en mi vestido rojo de gala. Anunciaría al ganador a la mejor fotografía de prensa. Yo no sabía quién iba a ser, pero la organización me informó que el ganador sí que era consciente, así que a continuación tendrían lugar los estruendosos aplausos. El aludido subiría, recogería el premio de mis manos —una azafata me lo cedería antes—. Corto abrazo o apretón de manos entre los dos. Palabras del ganador. Fin del espectáculo. Así fue como lo repasé una vez más. La mujer asintió con cautela. Seguro que pensó que era una psicópata de tantas que hay por el mundo.

—Todo en orden, entonces. Buena elección de vestuario, por cierto.

Después de ese último comentario que no tuve tiempo a agradecer, encendió su *walkie talkie* y desapareció como Houdini.

Me contemplé los pies sobre unas sandalias de vértigo color plateado y al momento, en un gesto nervioso, pasé las manos por el vestido intentando en vano planchar las invisibles arrugas. Me habían aconsejado que me dejara el pelo suelto, como en el informativo, porque así sería una cara reconocible para el resto de compañeros de profesión, como si a mí me importara lo más mínimo. Solo deseaba que hubiera una cara amiga entre la multitud que aliviara un poco mi nerviosismo. Pero no la había. Mis amigos periodistas eran reporteros y a ellos no los invitaban a eventos como aquellos. De hecho, yo tenía mis sospechas sobre quién había sido el artífice de todo eso: mi abuelo. Aunque no había sacado el valor para preguntárselo a la cara.

Aplausos muy sonoros en el auditorio.

—Es tu turno, Julie. ¡Venga, no te achantes ahora! —me dije al tiempo que intentaba infundirme valor.

Realicé en orden lo que se me había dicho. Cuando se hizo el silencio, subí las escaleras. Desde arriba no se veía nada. Los focos eran cegadores. Breve aplauso para mí, y sin más dilación empecé a hablar.

—Buenas noches a todas y a todos, gracias por compartir un momento tan especial como es la entrega de estos premios, reconocimiento al duro trabajo de los compañeros y compañeras que se encuentran aquí con nosotros.

Sonrisa amplia.

—A continuación vamos a recibir en el escenario al ganador a la mejor fotografía periodística del año.

Sostenía un sobre dorado entre los dedos. Debía abrirlo sin que me temblaran las manos y no

ser torpe a la hora de hacerlo. Lo conseguí de puro milagro. Ya solo me quedaba leerlo con entusiasmo, aunque no tanto como Penélope Cruz entregándole el Oscar a Pedro Almodóvar.

—Por favor, démosle un caluroso aplauso al señor... —Eso por lo menos lo sabía, me lo habían chivado entre bambalinas— Oliver Thomas Tremblay.

Yo misma aplaudí con el sobre en una de las manos.

Dado que no reconocí movimiento entre el público, miré hacia el lado izquierdo del escenario para advertir el momento exacto en el que apareciese.

Una sombra emergió de entre la oscuridad y comenzó a subir las escaleras. Lo primero que vi fue el traje, color cobre, al igual que la camiseta que llevaba debajo. Desde luego, no había respetado lo de llevar esmoquin como el resto de asistentes. Personalidad había tenido, como para los zapatos, que brillaban tanto que cualquiera podría haberse reflejado en ellos.

Iba ajustándose los puños de la americana, por eso no pude verle la cara hasta que estuvimos a cuatro pasos de distancia. Levantó la mirada, escondida detrás de unas gafas redondas de pasta, del mismo color del traje, y me sonrió como ya había hecho una vez en otra parte, porque Oliver Thomas Tremblay era el chico por el que había saltado al Sena en enero y no parecía sorprendido de que estuviera allí.

Siguió el orden del que yo me había olvidado. Me dio un abrazo primero. No recordaba que fuese tan alto, y eso que yo llevaba tacones. No olía a perfume sino a flores frescas y a ese olor tan peculiar que deja el césped recién cortado.

Me aparté con cuidado, me giré hacia la azafata y cogí el premio para ofrecérselo. Hizo una breve reverencia con la cabeza y lo tomó con cuidado para acercarse al micrófono y ofrecer unas palabras a los asistentes.

En ese momento se mostró en la pantalla la fotografía por la que lo premiaban y que yo tantas veces había visto: un hombre en Siria huía de las bombas con un bebé que lloraba y sangraba en sus brazos, mientras un niño con camiseta azul y roja se aferraba a su cuello, porque estaba encaramado a su espalda. En el suelo un moribundo alzaba la mano. Por supuesto que sabía quién era el señor Tremblay. Esa había sido una fotografía que había dado la vuelta al mundo, como tantas otras que había hecho, pero nunca habría imaginado que se trataba del mismo hombre del puente de Alejandro III.

—Gracias por este reconocimiento —comenzó a decir cuando al fin se apagaron los aplausos. Yo estaba conmocionada. Me parecía una visión, una rara especie de sueño—. La guerra cambia las miradas de la gente y la perspectiva desde la que observamos las cosas. A través de la pantalla es fácil, a través de una fotografía estamos a salvo, porque aquí no se oyen las detonaciones, ni el llanto, ni los gritos. Aquí el miedo no se huele, no se siente, no te hace llorar. Aquí parece demasiado lejos como para ser real.

Me estremeció con esas primeras palabras desde los pies desnudos hasta el pelo, que note que se electrizaba todavía más. Creo que consiguió el mismo efecto en el resto de los presentes.

—La guerra, señores, solo se entiende cuando apagas la cámara. No se comprende el dolor humano desde el salón de casa ni desde los banquetes en honor a los que trasladamos esta información. La guerra tiene otros nombres que se originan en el dinero y la falta de tolerancia, en definitiva, en el poder, y se traduce en el dolor incuantificable de hombres, mujeres y niños que corren despavoridos por las calles de una ciudad en la que no se sienten a salvo, a la que ya no pueden llamar hogar.

Agaché la cabeza porque dos lágrimas me resbalaron por las mejillas y no quería llamar la atención de nadie mientras me las limpiaba.

—Esto —dijo señalando su propia fotografía— es un instante. Es insignificante cuando sabes que al guardar la cámara en la mochila acompañaste a ese hombre y a sus hijos hasta una base de auxilio donde no pudieron hacer nada por su bebé. Porque después de la noticia, después de la imagen que nos supone el galardón, la vida sigue y el dolor es insostenible. Supongo que allí, en ese momento, es cuando te das cuenta de que recibiendo un premio estás comprando estos cinco minutos que te servirán para recordarle al mundo que observar en silencio la guerra también nos convierte en cómplices del dolor originado.

Hizo otra reverencia parecida a la que me había dedicado y se encaminó hacia las escaleras que estaban a la derecha, en mi dirección. Cuando pasó por mi lado, justo en el momento en el que la sala explotaba en un aplauso rugiente, yo ya estaba hecha un mar de lágrimas. Sin que nadie más pudiera escucharlo ni imaginar siquiera la neblina de sus ojos, me miró y me dijo:

—Vayámonos de aquí.

Obedecí. Bajé las escaleras con pies temblorosos, esperando no tropezarme, y lo seguí por un pasillo oscuro donde no había nadie de la organización. Lo agradecí. Supongo que nos íbamos de verdad porque ya había dejado claro que no iba a participar de aquella pantomima de aperitivos de caviar, champán de trescientas libras y gente luciendo trajes y joyas que podrían pagar la comida y la educación de cientos de niños. Por supuesto, al recordar mi casa y el despilfarro de dinero por parte de mi familia y la de Sam en cosas innecesarias, me sentí una basura.

En un momento dado, cuando me quedé a la zaga, extendió el brazo detrás de mí y me cogió de la mano. Sentí alivio, aunque no intenté explicarme de dónde venía o por qué de pronto yo también tenía la necesidad de huir; de precipitarme dondequiera que se me fuese del cuerpo el sentimiento de angustia que había sentido al verlo subir las escaleras. Quizás me había sentido así porque había confirmado que París no fue una alucinación. París fue una revelación que tuve que enterrar.

Antes de salir del auditorio pasamos por el pequeño camerino donde había dejado mi bolso. Lo cogí y, sin decir nada, seguimos andando hacia la salida trasera. Allí ya había un chico esperándolo junto a un coche. Le pasó unas llaves, él las cogió tras darle las gracias y me abrió la puerta del acompañante.

—Sube.

Era una orden, pero no me molestó. Nunca me había ido de ningún sitio así, como si fuese una ladrona a la que seguía la policía. Imaginaba que la gente preguntaría dónde habíamos ido, qué había sido de mí. Menuda borde era la nieta de Michael Samuels. Alguno de esos maravillosos compañeros se encargaría de hacer correr algún rumor por las redes sociales para dejarme como a una imbécil.

Sonreí al imaginar la cara de mi abuelo. Esa sensación me consoló de manera preocupante.

—Perdona, Oliver, pero, ¿adónde vamos? —pregunté al ver que arrancaba el coche y salíamos a la carretera.

—Nadie me llama Oliver, soy Tom, ¿o no lo recuerdas?

Estaba serio, apretaba la mandíbula y hacía ya medio minuto que había rebasado el límite de velocidad permitido. Pues igual, después de todo, sí que era un loco del que ya debía haber huido aquella primera noche.

—Claro, Tom Rogers.

En ese momento se columpió en sus labios una sonrisa traicionera.

—¿Dónde está tu sombrero mexicano y tus botas de cuero? Te hubiese reconocido más fácilmente —seguí diciendo.

—Me encantaban esos dibujos animados cuando era niño —se limitó a decir—. Aunque en una

cosa no te engañé: Tom sí que me llamo.

—Oh, vaya, muchas gracias por la cortesía. Puedes llamarme Julieta Capuleto.

Se meció el pelo hacia atrás con una mano mientras se reía y negaba con la cabeza. Se estaba divirtiendo después del momento de tensión vivida.

—Muy bien, Julieta. ¿Qué tal el matrimonio?

Directo a matar. Pero ¿quién se había creído que era? No éramos amigos, ni siquiera conocidos, y, no obstante, se atrevía a preguntarme cosas de mi vida privada cuando me había mentido incluso en su propio apellido.

—Pues estupendamente.

—Yo creo que me hubiese aburrido ya.

—No, eso lo reservo para momentos como este.

Interpretó muy bien su papel: dibujó una expresión de haber recibido un golpe muy fuerte.

—Eh, no te juzgo. Cada uno hace lo que más le apetece. Solo que a mí no me va.

—¿Qué no te va?

—Ordenar el modo en el que quiero vivir mi vida de acuerdo con los designios de mi familia.

Pero ¿qué coño...? ¿Y él qué sabía de eso? ¿En serio acababa de decir lo que había dicho? No tuve tiempo a pronunciar nada porque siguió hablando.

—Ahora eres la presentadora de las noticias. ¡Menudo salto has dado! —Me guiñó un ojo. ¿Clara referencia a nuestra noche en París?—. La verdad es que le quedas muy bien a mi casa.

—¿Cómo?

—No me gustaba mucho esa otra chica que había antes, desde que estás le he dado un voto de confianza a la cadena. Me resultas creíble. Aunque me gustabas más antes —añadió casi al momento—. Quizás porque se te veía más entregada. Seguro que eres de las que llevas vaqueros por debajo del vestido.

Me tenía tan calada que tuve que cambiar de tema para no tirarme del coche en marcha.

—¿Adónde vamos?

—A cenar. Tengo hambre.

Pocas ganas tenía de irme a cenar con él. Después de todo lo ocurrido, incluso tras ese día tan extraño, lo único que me apetecía de verdad era regresar a mi casa.

Era una mentira. Una estúpida mentira que intentaba decirme para escapar de allí, de ese coche que cada vez se estaba volviendo más angosto y que me acercaba de manera peligrosa al olor inconfundible de un extraño; de ese extraño en concreto que, como el agua del río que una vez nos abrazó, me calaba hasta los huesos. Tanto, que dolía.

—Si no te importa, creo que me iré a casa.

No se giró hacia mí. Tenía los ojos clavados en la carretera, ni siquiera cambió nada en la expresión de su semblante. Hizo un asentimiento leve y rápido, sin insistir, sin preguntar nada. No es que esperara que suplicara que lo acompañara; sin embargo, un resquicio de duda ensombrecía la decisión que había tomado: alejarme cuanto antes de aquel vacío que aparecía de vez en cuando al recordar París, al recordar incluso lo que había callado a fuerza de ahogarme.

—Tendrás que decirme dónde tengo que llevarte.

—Da igual. Déjame donde sea, puedo pedir un taxi —meforcé en decir.

De haber estado mi madre allí me habría recordado que lo que acababa de hacer era, desde luego, un gesto de mala educación. Puede que por primera vez en mi vida hubiese tenido que darle la razón.

—Te decía que no puedo dejarte en la calle —habló Tom de nuevo. Intuí que esa no era la

primera vez que lo decía. Yo había estado ausente—. En realidad te estoy pidiendo la dirección por cortesía.

Me volví hacia él con expresión de no comprender nada de lo que estaba insinuando.

—¿Cómo?

—Te envié aquellas flores, así que...

Me dejó un breve espacio de tiempo para que yo reaccionara. No tardé demasiado, por lo general era bastante ágil a la hora de pensar.

—Creía que había sido cosa de la organización.

—Más o menos.

—¿Más o menos? —Mi tono de voz no fue el más cordial de todos. Tom se dio cuenta, porque mostró cierto desagrado en la forma en la que frunció el ceño—. ¿Qué quieres decir con eso?

Tardó un poco más de lo esperado en contestarme, pero en ningún momento rechazó compartir la verdad conmigo, a pesar de que esta pudiera gustarme o no. Todo apuntaba a que no. Mientras se debatía en cómo quería contar esa parte de los hechos que yo desconocía, las calles de Londres se quedaban detrás de nosotros como una neblina desgastada de neones, farolas y viandantes cuyas conversaciones nunca podría adivinar, ya que el fotógrafo conducía demasiado rápido.

—Pedí que me presentaras tú. Me apetecía volver a verte.

Mi respiración se agitó un poco, como un nuevo corazón que galopaba por todo el cuerpo, y poco o nada tenía que ver con un sentimiento dulce, sino más bien con una especie de culpabilidad y de frustración. Nunca me había gustado que jugaran conmigo. No era un títere. No era el momento, nunca lo volvería a ser para lo que él acababa de dejar caer. Ya había cometido ese error una vez.

Me estaba costando muchísimo respirar.

—Debería bajarme aquí.

Ojalá hubiese podido deshacerme de aquel vestido que ahora me pesaba alrededor de cada extremidad. Era una bolsa de plástico alrededor de mi boca, haciéndome boquear, aunque solo por dentro porque por fuera procuraba mantener la calma.

—Jules...

Cada vez que pronunciaba mi nombre me retrotraía a aquel enero pasado por el frío, el miedo y una indescifrable libertad que no se parecía a ninguna otra cosa que hubiera podido sentir antes.

—Para. Por favor.

Aparté la mirada y me quedé mirando por la ventanilla. Estaba haciendo un esfuerzo por no echarme a llorar como una idiota. Por otro lado, es lo que era por callar como lo había hecho. Por no hablar de aquel sentimiento contradictorio que se balanceaba entre el bien y el mal. Entre la felicidad y el daño que podría causarle a Sam. Ese era el continuo debate con el que había tenido que convivir en los últimos meses. Y no parecía que fuese a resolverse pronto.

—¿Qué te da tanto miedo?

No podía preguntarme eso. No tenía ningún derecho a venir ahora a llenarme de recuerdos para irse de nuevo y para que yo después huyera otra vez. Eso era lo que me daba miedo: no saber en quién me había convertido desde que él regresó sobre sus pasos después de doblar la esquina, vino hacia mí, me besó y me convirtió en un cuerpo de aire entre sus brazos.

—No puedes ignorar siempre lo que pasó —siguió. Cada palabra se me clavaba como un puñal. Ojalá hubiese perdido el conocimiento durante un segundo. Desvanecerme y alejarme de su voz, de sus manos sobre el volante, de la manera en la que se echaba el pelo para atrás, del modo tan doloroso en el que, cada pocos metros, me miraba—. No te dije mi nombre, pero te llamé

muchas veces. No me contestaste nunca. Ni siquiera un mensaje. No pretendía más.

—¿Y qué se supone que pretendías? ¿Qué quieres que te diga?

—Quiero que, por lo menos, me hables. Puede que esa noche no significara nada para ti, pero sí que fue importante para mí. Tengo sentimientos, Jules.

—No me llames Jules.

Solo él y mi abuela Louisa me habían llamado así, me dolía demasiado. Tampoco podía dementirle lo que acababa de decirme, ni merecía preguntarle por qué había sido importante para él. Solo quería bajarme de ese coche y que se acabara allí el torrente de momentos que vivimos, no solo esa noche, sino también los días siguientes, cuando me quedé en París para dejarme llevar por el sentimiento más extraño que había experimentado nunca.

—¿Por qué no me dijiste tu nombre?

—¿Te digo la verdad? No te lo dije porque en aquel momento aún no había decidido muchas cosas. Tenía que aclarar mis ideas, tener claro si quería volver a verte o no.

—¿Y cuándo supiste que querías volver a verme?

—En cuanto te dejé en el aeropuerto dos días después de conocernos.

Tragué saliva y contuve el aliento, el poco que me quedaba.

—Jules —dijo ignorando mi advertencia anterior—, nos merecíamos más que lo que vino después.

—Solo fue un error, Tom. Un horrible error del que me arrepiento.

Nunca había mentido como logré hacerlo entonces. Necesitaba dejar de hablar de eso, de las cosas que compartimos, de cómo nos sentimos juntos, de lo que me empujaba en aquel momento a abalanzarme sobre él del mismo modo que hicimos en los días siguientes a la noche que nos conocimos.

Detuvo el coche en una parada de taxis.

—Entonces será mejor que lo dejemos aquí. No te voy a retener contra tu voluntad. Si te arrepientes, si de verdad eso es lo que sientes —dijo mientras sus ojos marrones derrumbaban todas las fronteras de mi corazón, las barreras de querer algo que no puedes tener—, entonces bájate del coche. —Sonó duro cuando lo dijo aunque, más que serio, parecía desilusionado con la versión de mí que se había encontrado tanto tiempo después y que, probablemente, no se parecía nada a la Juliette de París—. Pero, si por el contrario hay una mínima duda, quédate.

No se trataba de una mínima duda, sino de una eterna, grande, devastadora. Era un vórtice de palpitations.

«No dudes, Jules, venga, bájate del maldito coche. Bájate de una vez. Sam no se merece esto. Otra vez no».

Bastó evocar el nombre de Sam para tomar una decisión. Abrí la puerta, me bajé y cerré sin mirar hacia el interior del coche ni una sola vez. Él se quedó allí casi un minuto, el tiempo que yo tardé en coger un taxi.

Después se marchó.

Después lloré en silencio en el asiento trasero del taxi durante el cuarto de hora que tardé en llegar a casa.

TOM

La única verdad que conozco

Aquel vestido rojo la envolvía como si su cuerpo le perteneciese. Era una segunda piel y podía apreciar bajo su tejido las líneas que mis manos habían dibujado en París. Haberla visto sobre ese escenario, alumbrada por una luz cristalina, me había hecho perder la razón en el asiento en el que sentado esperaba a que dijera mi nombre. El mío y no el de otra persona, aunque ella no sospechase que pudiera tratarse de mí. Me aseguré de que no tenía ni idea cuando había subido a recoger el premio. Había abierto los ojos del mismo modo que la primera vez que la sorprendió mi boca en la entrada de su hotel. Joder, qué boca, y qué manera de hacerme perder la cabeza. De devorarme, de hacerme temblar en silencio.

Juliette en todo su esplendor frente a mí, dándome la mano y devolviéndome la ilusión. La chica que había saltado al Sena por mí y ahora lloraba por mis palabras o porque se sentía culpable, o porque había cometido un terrible error, como acababa de decirme hacía una hora en mi coche.

Yo era su horrible error y ella mi bendición más grande.

La vida es sarcástica a más no poder. El destino juega sus cartas. Nos coloca ante las personas menos apropiadas, nos retuerce, nos contempla con una sonrisa cruel. Él sabe qué va a pasar, pero nosotros jugamos a que podemos decidir, a que todavía queda una mínima esperanza a la que aferrarnos, el clavo ardiendo que ya ni quema. Sin embargo, había valido tanto la pena hablar con ella un segundo... Unos breves minutos en los que una parte de mí habría querido conducir hasta Francia y quedarnos enclaustrados en cualquier hotel, no tanto para humedecer las sábanas y desestabilizar el soporte de la cama, sino para escuchar una vez más la frescura de su risa, verla bailar entre las cortinas mientras una brisa suave, con olor a café matutino, nos embriagaba y nos empujaba a regresar a la cama para besarnos más, sentirnos más, bebernos el uno al otro hasta que nos dolieran los cuerpos y cada extremidad, pestañeo o respiración.

Pero no había pasado nada de eso. Seguía estancado en el pasado por mucho que mis amigos quisieran alejarme de él. Por mucho que yo mismo hubiese sopesado ya las consecuencias de todo lo que había estado haciendo. Es cierto que no volví a llamarla, ni a escribirle. Ahora bien, eso no significaba que pudiera ignorarla. Lo hice durante un par de meses, pero cuando me anunciaron que me entregarían aquel premio, vi la oportunidad de hablar con ella una sola vez y cerciorarme de que no sentía lo mismo que yo, de que mi presencia le era indiferente, que lo que tuvimos fue un capricho, un deseo momentáneo, unas noches de pasión y unos días de conocernos, descubrirnos, ser más nosotros de lo que lo habíamos sido nunca.

Ya no quedaba ninguna duda. Se había bajado del coche en la parada de taxis y se había ido. Yo había regresado a mi piso, me había tumbado en el sofá, en la oscuridad más horrible que había invadido jamás mi casa, y había puesto de fondo música en el tocadiscos. Pensé en ella. Pensé tanto que mentiría si dijera que no se me escaparon un par de lágrimas.

Me marchaba en un par de días a México y ahora lo hacía con un par de maletas muy cargadas y el corazón muy vacío. Ni siquiera las canciones bastaban para hacerme sentir mejor. Tampoco las fotografías que le hice en París y que había revelado al poco de llegar a Londres. Ella frente a la Torre Eiffel, ella comiéndose un cruasán en una terraza, ella desnuda en aquella mecedora, tapándose pudorosamente los pechos con una mano.

Las volví a guardar. No había sitio para ellas en mi vida porque no podría tenerla y...

Sonó el móvil. Lo había dejado sobre la encimera de la cocina. Me puse las gafas y me levanté a desganar. Hubo una época en la que me dio por no contestar, pero desde que caí en la cuenta de que el abuelo ya no era joven, sopesé los pros y los contras de no coger las llamadas, así que acababa contestando siempre, sin excusas.

En la penumbra sostuve el teléfono entre las manos y contemplé la pantalla con el corazón en un puño. Contesté.

—Jules.

Escuché su respiración al otro lado. No me dijo nada al principio. Yo también tenía un nudo en la garganta, no sabía qué podía decir después de todo, qué podía callar. Me estaba llamando, ella, tras haber huido y esquivado algunas preguntas.

—¿Dónde puedo verte? —acabó preguntándome justo cuando yo estaba dispuesto a salvarla de lo mucho que parecía haberle costado dar ese paso.

—Puedo recogerte si quieres —le sugerí.

—Prefiero ir yo.

No iba a discutir con ella por eso. Le di mi dirección y colgó. Me sentí como si estuviéramos haciendo algo ilegal. Puede que no lo fuera, pero inmoral...

No puedo encontrar una forma de disculparme. En esa época no pensé nunca en que estuviera casada. Solo quería estar con ella. Para mí su marido no existía. Al principio no, al menos. Porque al principio prevalece la inconsciencia por encima de todas las cosas, tiene prioridad solo lo que puedes retener en un cuarto; aquello que te pertenece casi por el simple hecho de haber nacido. Todo se complica después, más tarde, cuando recuerdas que hay alguien más con quien la compartes —y a quien ella quiere— y que tú solo eres el otro, el hombre que nunca cenará con su familia, el hombre que vive en las sombras.

Pero esa noche no. En ese momento no pensé en todas esas cosas. Durante los minutos que la esperé solo me dediqué a echar ambientador por la casa y a comprobar que el baño estuviera limpio. No sé por qué, creo que porque estaba nervioso y no quería que se llevara una opinión equivocada de mí. Era verdad que pasaba poco tiempo en el piso. Iba y venía. Era un tipo inquieto, pero cuidaba con toda mi buena voluntad las cosas y las personas que me importaban y quería hacérselo entender. Si pensaba que era un psicópata nunca podría arreglar el acoso y derribo de los últimos meses, ni la mentira de París.

Tocaron al timbre. Era ella. Comencé a moverme por el salón. Encendí las luces. Esperarla en la oscuridad no era una buena idea para que se sintiera a salvo.

Luces encendidas. Música apagada. Joder, no quería que pensara que intentaba enamorarla. Solo quería hablar con sinceridad y algo me hacía creer que ella no lo había hecho conmigo cuando salimos del auditorio.

Escuché sus pasos en las escaleras. Ya no llevaba los tacones y después comprobé que tampoco el vestido. Se había cambiado. Unos vaqueros holgados, una camiseta de los Beatles y unas zapatillas. También llevaba menos maquillaje, aunque dudaba que se lo hubiera quitado a propósito. Tenía los ojos hinchados. Había estado llorando pese a querer disimularlo. No sonreía.

Yo tampoco. Solo llevaba los pantalones y la camisa. Iba descalzo y con el pelo hecho un revoltijo.

—Pasa —le dije.

Ella entró en el piso de manera tan natural que tuve la sensación de que llevaba haciéndolo desde siempre.

—No es muy grande, pero para uno solo... —seguí hablando.

Ojalá me hubiese callado, pero solía decir bastantes estupideces cuando la situación era tensa. Creo que ella ya se había percatado y por eso no me lo tuvo en cuenta.

—¿Puedo sentarme?

—Cla-claro —tartamudeé.

Levantó la cabeza y me dirigió una mirada tierna.

No podía tomar asiento a su lado en el sofá, así que me quedé de pie al otro lado, junto a las ventanas. Ante todo deseaba que se sintiera cómoda y no quisiera escapar de nuevo. No iba a acorralarla con preguntas, ya había hecho suficientes. Ahora le tocaba a ella hablar. Decirme su verdad o añadir algo más a lo que me había dicho hacía una hora escasa.

—¿Me das un vaso de agua?

Eso me pareció tan gracioso como a ella debió de parecerle la velocidad con la que me levanté, complacido de poder hacer algo por ella al fin. También me di un golpe en el pie con la esquina de la mesa del café. Fui cojeando hasta la cocina mientras me cagaba en lo más grande.

Regresé con un vaso y una jarra. Menos mal que la había traído, porque tras beberse el primer vaso, se lo volvió a llenar y no paró hasta agotar el contenido.

—Tom.

Allá iba. Estaba preparado para encajar un nuevo golpe. Podía aceptar el no. De hecho, había estado pensando en él durante meses. ¿Qué podría decirme ahora para hacerme sentir peor?

—Sí que fue un error.

Pues sí, eso podía decirme. Repetirme lo que más me había dolido.

Ni siquiera era capaz de mirarme mientras me hablaba. Me sentí estúpido y me pareció cruel, aunque también comprendí que no podía hacerlo. Se hubiese echado a llorar y yo tampoco podría haber prometido no hacerlo.

—No por nosotros. No por ti. No por lo que pasó.

Sentí que los hombros se me hundían, me había relajado durante un segundo.

—Fue un error porque había otra persona, una persona importante para mí. No es culpa tuya, sino mía. Debía haberlo respetado y haber tomado las decisiones adecuadas.

—Sí que debe ser importante si te casaste con él.

No lo dije con crueldad. Solo quería que entendiera que, para mí, él debía sentirse afortunado después de todo. Eso sí, de haber estado en su lugar, creo que habría sufrido tanto que no hubiese habido forma de hacerme sentirme mejor.

—Una parte de mí no se arrepiente. La Juliette de París no se arrepentirá nunca de lo que sintió entonces, pero la Juliette que quiere a su pareja... esa no puede ni quiere estar aquí.

Entendía lo que me estaba diciendo y me sentía más tranquilo sabiendo que había una parte de ella que recordaba lo que fuimos juntos, aunque se tratase de poco tiempo, pese a cometer errores.

—¿Puedes pedirle a esa Juliette que nos deje solos un momento?

—¿Por qué? —al preguntármelo me miró por fin.

—Porque yo solo necesito hablar con la chica que se tiró al Sena para salvarme la vida, sin saber quién era, sin pensar en el riesgo. Para mí, esa Juliette no quería a nadie. Solo era ella

siendo una chica en una ciudad europea. Reía, bailaba y estaba conmigo, haciéndome sentir especial; aunque yo supiera que había otro, nunca pensé en él. Solo fuimos nosotros. Sé que para ti también. Te quitaste el anillo mientras estabas conmigo y pensé que no te lo volverías a poner después de aquello, pero te acabaste casando.

—Sí, Tom, porque no podemos vivir en un hotel en París, con las ventanas abiertas, bailando a las cinco de la madrugada sobre la alfombra como dos adolescentes que hacen el amor por primera vez y creen que estarán juntos toda la vida.

—¿Y quién dice que no podemos?

Agachó la cabeza de nuevo. Supe que la presión la había vencido. Estaba llorando.

—Ya no podemos.

Me acerqué al sofá y ella levantó los ojos del suelo. Los ojos más bonitos del mundo, esos que no se cerraban nunca mientras hacíamos al amor. Me miraban siempre, sin pudor, temiendo que pudiera desaparecer.

—Jules, por favor. No llores, por favor. Me matas.

—No quiero irme a casa —susurró.

Joder, yo tampoco quería que se fuera. No podía imaginarme un lugar mejor en el que pudiera estar que no fuera ese.

—Puedes quedarte. Quédate.

—No debo. No sé qué hago aquí. He venido porque no quería hacerte sentir mal. No ha estado bien como me he ido. Perdona.

—Perdóname tú por todas las llamadas y mensajes. No soy un acosador, de verdad.

—Eso dicen todos los acosadores.

Me reí y me llevé las manos a la cabeza. Ya no sabía qué hacer.

—Jules, estos meses han sido muy raros. Mis amigos me han dicho que si no me contestabas a las llamadas era porque para ti solo había sido una aventura. No sé si debes estar aquí, probablemente no, aunque yo no estoy en tu lugar y no puedo tomar decisiones por ti. Sin embargo, sí que necesito que, pase lo que pase, te marches para siempre o te quedes para siempre, me digas qué sentiste entonces. Ya ni siquiera sé si estoy preparado para saber qué sientes ahora, pero necesito comprender qué pasó entre nosotros en París.

Sonrió con los ojos llenos de lágrimas. Cogió una de mis manos entre las suyas, más pequeñas, aunque infinitamente más cálidas. El calor que lo quema todo, incluso el dolor más incrustado, ese que yo llevaba arrastrando mucho tiempo.

—Lo que pasó entre nosotros es que nos enamoramos.

Respiré aliviado, porque no habría podido enfrentarme a otra negativa. No. Sabía que no podíamos estar juntos, que ella se negaría a verme a espaldas de su marido. No obstante, me hacía falta saber la verdad.

—Nos enamoramos —confirmé.

—Nunca pensé que existiera esa clase de amor, ¿sabes? Siempre he creído que el amor es otra cosa distinta.

Subió las piernas al sofá y las entrecruzó. En ningún momento me soltó la mano.

—¿Y qué creías que era?

—Confianza, seguridad, paciencia, tiempo —explicó pausadamente.

Su voz me balanceaba de un lado a otro del sofá. Era como bailar sobre la superficie del agua, colgando de un techo invisible que nunca dejaría que te ahogaras.

—No incluía locuras como saltar desde un puente.

—Subirme a ese puente tampoco implicaba encerrarme tres días con una desconocida en la habitación de un hotel.

Los dos nos miramos recordando cada instante, aunque hacía tiempo que procuraba no detenerme demasiado en esos días, en la suavidad de su piel, la forma tan perfecta en la que sus pechos encajaban en mis manos, su manera tierna de sonreír contra mi cuello.

—¿En qué piensas?

Pillado in fraganti,

—No te gustaría saberlo.

—Tienes razón, no quiero saberlo.

Después, sin esperármelo, me besó. Joder si me besó. Ni siquiera París de noche tuvo el sabor que encontré en su boca aquella noche. No la aparté, no era quién para rechazarla o hacerle ver que aquello no era lo correcto. No me importaba lo más mínimo que lo fuera o no. La deseaba, pero sobre todo necesitaba sentirme cerca de alguien a quien le importaba, porque dijera lo que dijese, Jules sentía lo mismo que yo.

Sentía que no existía nada más, nadie más. Solo nosotros.

JULIETTE

Camino a la desesperación

Tenía la cámara frente a mí, las letras que bailaban ante mis ojos, las noticias que querían ser leídas rápido, sin equivocaciones, sin lugar a malentendidos. Sabía que Ava Green Johnson me estaba viendo desde su casa en ese momento, contando los días que le quedaban para que su pierna se recuperase. Sabía que había insinuado a los directivos del programa que podría volver a ocupar su silla con escayola incluida. Las respuestas no habían sido todo lo favorables que ella y yo esperábamos. Tenía unas ganas tremendas de recuperar el micrófono, de que me lloviera encima en cualquier ciudad del país o del mundo, que me empujaran el resto de compañeros mientras todos intentábamos conseguir unas succulentas declaraciones. Sin embargo estaba allí, tras la mesa, y me lo estaban dando todo masticadito.

Lo leí entre sudores fríos, con la expresión del rostro indescifrable. Tenía que ser un robot. Una presentadora que hacía de filtro entre lo que la sociedad y los altos cargos consideraban importante. Ojalá se hubiesen sabido muchas más verdades. El pueblo necesitaba saber a qué se enfrentaba.

No entendí nada de lo que dije aquel mediodía. Habían pasado varios días, pero seguía pensando en Tom, en mí. Los dos en su piso intentando entender qué había sucedido; en qué momento habíamos dejado que ocurriera una locura como esa. Desde luego, no podía culparle. Él no tenía a nadie a quien rendirle cuentas, pero se suponía que yo quería a alguien con todas mis fuerzas, que me había comprometido a pasar el resto de mi vida con el hombre más bueno, amable y leal que se había cruzado en mi camino. No obstante, todas aquellas confirmaciones que parecían tan claras en mi cabeza cobraban otra apariencia en mi corazón: allí había cabida para otro nombre, para otro olor, para otra forma de sonreír. Y ya no sabía cuál de los dos era verdad y cuál mentira.

Salí del plató en cuanto despedí el telediario. Vi a mi abuelo en cuanto me quité la blazer a manotazos. Hacía muchísimo calor aquella mañana, ni siquiera el aire acondicionado me había reconfortado. Tal vez no se tratara del calor, sino de la culpabilidad.

—Juliette, tenemos que hablar.

Desde luego, no era una pregunta ni una insinuación, era una orden que yo tenía que acatar para no hacer peligrar su autoridad delante de cinco becarios a los que las personas como nosotros les importábamos bien poco. Tampoco es de extrañar, se mataban a echar horas por unos míseros cientos de libras. Yo también me habría odiado si hubiese estado en su lugar.

Suspiré cuando salí al pasillo detrás del señor Samuels. Torcí una sonrisa irónica ante ese pensamiento, una especie de inclinación a la dictadura psicológica a la que me había sometido ese hombre desde que era una cría.

Me apoyé un segundo en la pared porque se me nubló la vista. El abuelo se dio la vuelta al

sentir el golpe.

Se acercó en dos zancadas demasiado rápidas para un hombre de su edad.

—¿Estás bien? Julie, ¡eh!

Me dio una palmadita floja en la mejilla. Estaba perfectamente consciente, aunque seguía teniendo mucho calor y me notaba la boca seca.

—Es un resfriado, tranquilo.

Intenté incorporarme de nuevo. Él me sostuvo por un brazo.

—Perdona, pero, ¿me puedes decir qué quieres?

Sabía que le encantaba que la gente fuese a su despacho, allí podía interpretar mejor su papel de directivo. A mí me producía claustrofobia y ganas de vomitar. Tal vez fuese el olor de la moqueta o ver la fotografía de la abuela sobre su escritorio cuando en realidad nunca la quiso como se mereció.

—Quiero que tú y Sam vengáis a cenar este domingo.

—¿Cena familiar? —me reí.

—Sí, Juliette, cena familiar. Ya he avisado a tus padres.

—¿Y a la tía Emilia?

Michael miró hacia otro lado y apretó la mandíbula. A lo mejor, si hubiese llevado barba, no se le habría notado tanto, sin embargo, incluso se le marcó alguna vena de disgusto.

—No creo que viniese ni aunque la invitara.

—¿Cómo lo sabes si no lo has intentado?

Estaba llenísima de rabia, sobre todo contra él. No entendía cómo era posible ser tan poco empático con tu propia hija, con tu nieta, con la humanidad. Quizás tenía algo que ver que mi abuelo careciera de ella.

—No es un tema del que quiera hablar contigo.

—Entonces creo que yo tampoco quiero cenar en familia —le reproché.

Ya no tenía nada que perder. Había puesto en peligro mi matrimonio, había tenido que renunciar al trabajo de mis sueños, me sentía una extraña en esa casa tan grande, diferente a la de Tom: pequeña, limpia, con un extraño olor a ropa limpia que me recordaba a sábanas tendidas al sol.

Michael no parecía dispuesto a dar la conversación por cerrada, así que apretó un poco más la mano alrededor de mi muñeca. Me hizo daño, aunque no dejé que se trasluciera en los gestos de mi cara, todavía me quedaba algo de orgullo. No dejaría que me viese con los escudos bajados.

—Escúchame bien, Juliette, esta es la familia que te ha tocado. La tienes que respetar. Vendréis a esa cena, estaremos todos juntos e intentaremos pasar una velada agradable, disfrutando de la compañía, la comida y el vino —sonrió con tanta tirantez que noté una arcada subiéndome por la garganta.

Tragué.

Entonces fue cuando me di cuenta de una cosa que había pasado por alto, puede que fuera porque aquel día no estaba en guardia o porque una pequeña esperanza dentro de mí quería creer que Michael realmente nos quería.

—¿Quién más va a ir a esa cena, abuelo?

Y allí estaba el gesto que delataba que había adivinado su táctica.

Me mordí el interior de las mejillas para no venirme abajo. Iba a vendernos como las familias de los anuncios de televisión. Éramos un producto social, un escaparate que lucía igual que el éxito. Es un hecho que las personas confían más en aquellos que tienen una familia ejemplar. Aunque se trate de un psicópata bien escondido.

—¿El resto de directivos? ¿Algún alto cargo de otro país? ¿Alguien que te debe algún favor? ¿Vas a conseguir una entrevista con el presidente gracias a unas pocas sonrisas? ¿Qué te han ofrecido para que nos vistamos de gala, comamos como reyes y nos comportemos como si no tuviéramos ningún problema? —Hablé tan rápido que me faltaba el aire—. ¿A quién tenemos que lamerle el culo?

Me cruzó la cara con una bofetada que hizo eco en todo el pasillo. Era la segunda que me daba en toda mi vida: la primera fue después de la muerte de la abuela cuando, en medio del funeral, le grité que Louisa había muerto por su culpa. La había matado en vida, escondida siempre detrás de un velo de sonrisas que no decían otra cosa sino lo triste que podía llegar a estar una persona.

—Jamás —dije entre dientes mientras me acercaba a él. Estaba muy pálido—. Jamás en tu puta vida vuelvas a ponerme una mano encima. Vete a la mierda.

—¡Juliette! —vociferó cuando eché a correr por el pasillo, con los ojos llenos de lágrimas, aunque nada tuviera que ver con la quemazón que me estaba recorriendo la mejilla.

No me detuve hasta que salí de los estudios de la cadena, me subí en un taxi y me di cuenta de que solo llevaba el móvil en el bolsillo y ni un penique para pagarle al hombre. Encendí el teléfono. ¿A quién podía llamar?

Miré la lista de contactos: mi madre, mi padre, Tom y Sam. Esos fueron los primeros números que me vinieron a la mente, pero en ese momento necesitaba...

Busqué su número. Esperé.

Al sexto toque, cuando ya pensaba que no iba a contestar, escuché su voz.

—¿Julie?

—Tía Emilia. —Me derrumbé. Temblé y lloré como si tuviera quince años, como si me hubiera bajado del avión en el aeropuerto y ella me estuviese esperando para abrazarme fuerte. Como cuando volví de París y la abuela había muerto. Hablé atropelladamente—: No tengo dinero. —El taxista miró a través del espejo retrovisor con el ceño fruncido, incluso pensé que detendría el vehículo—. Estoy en un taxi, me he peleado con Michael. —Como lo llamaba cuando estaba enfadada—. He cometido un error. Un terrible error.

—Cálmate, Julie, tranquila, ¿vale? —Parecía agobiada al otro lado de la línea. Yo no dejé de llorar, tapada por los rizos como si fuesen mi cortina protectora ante el resto del mundo—. Dale al taxista mi dirección de Londres, estoy en el piso.

—¿Has vuelto?

—Hace dos días. Te espero aquí, no llores, lo arreglaremos.

Asentí entre mocos y lágrimas. Le di otra dirección al taxista y le prometí que le pagaría, que no se preocupase. Pareció aliviado cuando lo dije. Me alegraba que por lo menos hubiese alguien en ese reducido espacio para quien veinte libras resolverían un problema.

Quince minutos después estaba frente al edificio de Emilia. Ella estaba esperando en la calle. Le dio el dinero al conductor y me abrazó tan fuerte que pensé que me rompería.

—Vamos arriba, pequeña.

Me dejé mecer por sus brazos tanto cuando subimos las escaleras como cuando nos sentamos una junto a la otra en el sofá con sendas tazas de té caliente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó cuando dejé de respirar con dificultad.

—El abuelo ha pasado.

—Tu abuelo puede ser...

—Y ha pasado que odio mi trabajo.

—Eso ya lo imaginaba porque...

—Y le he sido infiel a Sam.

Mi tía dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sofá. Se rascó la frente como hacía siempre que estaba ideando un plan o una respuesta reconfortante.

—Vamos por partes, si no los problemas se atragantan, ¿eh?

Me sonrió con tanta dulzura que me obligué a serenarme.

—Tu abuelo.

—El abuelo.

—Sí —asintió mientras esperaba que yo me arrancase de una vez.

—Hemos discutido porque quiere que vayamos a una estúpida cena para aparentar que somos una maldita familia feliz. Yo le he dicho que no iría, ya no quiero fingir más. Me ha dado una bofetada.

—Será hijo de puta.

—Tía... —la reprendí yo.

—¿Qué? Si es la verdad. ¿Cómo se atreve?

—Como se ha atrevido siempre, supongo —dije abatida.

—Julie, tienes muy mal aspecto, cariño. —Me tocó la frente para comprobar si tenía fiebre—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Mi tía había sido una de mis mejores amigas durante toda mi vida, era la única a la que se lo contaba todo. Confiaba en ella ciegamente. Jamás me había delatado, ni siquiera cuando me había escapado de noche con algún chico que me gustaba. Ella me había hecho la cobertura, diciendo que había estado con ella. La primera copa de vino la bebí con ella. Esa vez me dijo que, a veces, ser mujer en un mundo de hombres no es fácil, que ser una mujer mulata en una sociedad que está en continua lucha contra el racismo también podía ser complicado.

Mi tía me había enseñado todo lo que mis padres no se atrevían a pronunciar en voz alta, esas cosas que acallaban porque era más sencillo tenerme encerrada en una habitación bonita. Ellos me daban todo lo que necesitaba, menos libertad.

—¿Puedes retroceder en el tiempo?

—Eso es innecesario, Julie.

—Creo que es lo único que podría salvarme ahora mismo.

—¿Salvarte? Cariño, ¿qué...? —Puso cara de madre. A veces lo hacía, como si también fuese parte de ella. Bueno, había crecido entre sus brazos. Cuando era pequeña mi tía aún vivía en la casa familiar, así que me cuidaba, me alimentaba, jugaba conmigo, me susurraba al oído que podía ser quien yo quisiera—. No se te habrá pasado por la cabeza ninguna locura, ¿no?

Me apartó el pelo sudado de la frente húmeda.

—No, tía. Solo que no sé cómo gestionar todo esto.

—Yendo paso a paso. Podrías encontrar trabajo de lo tuyo en cualquier otra cadena, Julie. Eres muy válida para sacarte sola las castañas del fuego. No tienes por qué estar atada a él.

Asentí, aunque sabía que había algo que ella no se atrevía a decir para no hundirme más: el abuelo podría cerrarme todas las puertas si se cabreaba. Podría dejarme con una mano delante y otra detrás, con mi familia repudiándome. Me quedaría en casa con Sam, al que iba a herir muchísimo si alguna vez se enteraba de lo que había hecho. ¿Se lo diría? ¿Le confesaría la verdad? ¿Le diría también que no había podido quitarme a Tom de la cabeza durante todos aquellos meses y que no tenía nada que ver con el sexo?

No lo sabía. Todavía no lo había decidido. Necesitaba pensar.

—Quiero a Sam —dije en voz alta antes de que ella pudiese dudarle, aunque siempre se dice

aquello de: si lo hubieses querido no habrías hecho eso.

Pues yo lo quería con todas las consecuencias. Sin embargo, durante unos días quise... quise de una manera rabiosa la forma en la que me sentí en París, cómo sonreí, reí, sentí. Qué modo extraño de respirar tan lejos de todo, tan ajena a la vida que me esperaba en Londres. Solos Tom y yo, y el Sena de noche, y la habitación de hotel en la que habíamos hecho algo más que el amor. Habíamos hecho un “sincericidio” en toda regla. Tanto él como yo, y poco o nada importaba que Tom me hubiese dicho su nombre de verdad o cualquier otro, porque pesaban más las otras verdades. Eran más dolorosas, más eternas. Como hacía algunas noches en su piso.

—No lo pongo en duda, Julie. Os he visto juntos.

—Ya, pero parece que quererlo no haya sido suficiente.

—¿Suficiente para qué?

—Para no traicionarlo.

Mi tía me cogió de la mano y me besó los nudillos como cuando era una niña.

—Te conozco, Julie.

La miré con una sonrisa cansada en los labios. Seguía encontrándome mal. En cuanto llegase a casa me metería en la cama. Ojalá dormir me quitase todos los males. Me hubiese marchado, pero necesitaba estar un poco más con mi tía, que se me pasara el disgusto, no quería que Sam se preocupara y supiera lo gilipollas que podía llegar a ser el abuelo.

—¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir que sé cuánto puedes llegar a querer a alguien y no pasa nada si en algún momento decidiste querer a otra persona.

—¿Y si no quiero a Tom? ¿Y si solo creo que le quiero?

—Te gustan los monosílabos, ¿eh? Tom, Sam... —Se cachondeó.

Reprimí un bufido, pero dejé que se entreviera una sonrisa.

—Y si no lo quieres, ¿entonces qué es?

—Es el aire, tía. Es el jodido aire. —Me salió muy de dentro expresarlo así—. Huele a esos días. —Bajé un poco la voz como si alguien pudiera escucharnos. Ella me sonreía con bondad, como si estuviera oyendo las confesiones de una adolescente que piensa que el mundo gira a su alrededor—. Me tiré al Sena por él.

—¿Qué dices? —Puso cara de burla, como si no se creyera mi historia.

—Estaba a punto de tirarse.

—¿Era un suicida? —preguntó con mucha curiosidad.

Quizá sea un buen momento para aclarar que mi tía Emilia era escritora. Una muy buena, por cierto, así que todas las historias las escuchaba con mucha atención.

—No era un suicida. Él dice que no, aunque una parte de mí cree que sí.

—Entonces, ¿qué se supone que era?

—Un aventurero.

—O un loco.

—O un loco, no lo sé —admití con una sonrisa y los ojos anegados en lágrimas—. Pero me sentí viva como nunca antes. Jamás me había sentido tan bien.

—¿En el agua helada del Sena?

—No. Cuando me di cuenta de que podía ser valiente y podía sobrevivir.

Me abrazó contra su pecho al ver que volvía a venirme abajo.

—Pero me equivocaba. No se puede sobrevivir a eso.

—Te equivocas —susurró—. Estamos preparados para sobrevivir a mucho más. Es un sexto

sentido que forma parte de nosotros. Querer a un desconocido no te hace peor persona, Julie. Querer echar a volar solo te recuerda que quizá no tienes suficiente con ser una chica callada alrededor de una mesa con ocho cubiertos por persona. Y eso, todo eso —insistió—, no significa que no quieras a Sam.

Asentí. Aquellas palabras me hicieron sentir mejor. Quería a Sam y eso solo significaba que tenía que renunciar a Tom, a nosotros besándonos en el rellano del hotel, a nosotros subiendo a mi habitación mientras entre susurros confesábamos nuestros deseos. Nosotros en Londres, en su dormitorio, jugando a escribir las letras de decenas de canciones sobre la piel del otro después de haber hecho el amor de nuevo.

Tenía que renunciar.

Estaba trazando un plan para volver a mi vida normal con mi esposo cuando mi tía creyó que era más sabio ofrecerme algo más:

—Sí, no significa que no quieras a Sam —repitió—. Igual que no significa que no acabes queriendo a Tom.

—¿Qué?

—Se puede sobrevivir de muchas formas.

—Pero tía, yo no...

—Tú no sabes lo que sientes.

—Pero eso no me da luz verde para hacer lo que quiera. No puedo jugar con los sentimientos de los demás.

—¿Y quién ha dicho que juegues?

—¿Y qué has dicho entonces?

—Que te tomes un tiempo para ti, para saber quién se supone que eres. No hagas como mi madre, como Louisa, no dejes escapar al amor de tu vida por dar tumbos de aquí para allá, pensando que la libertad es suficiente o que la amabilidad lo cura todo.

—¿Qué quieres decir con lo de la abuela?

Se quedó un segundo en silencio. Miraba hacia el mueble que había frente a ella.

—Tengo que contarte algo, Julie, pero no sé cómo te lo vas a tomar.

—Nunca hemos tenido secretos.

—Entonces ponte cómoda. Esto va para largo, me temo. Quizás tampoco sea el mejor momento para que sepas esto.

—Emilia, habla ya. ¿Qué pasa?

—Pasa que, o Fred, tu padre, o yo... —vi que cogía aire— uno de los dos es hijo de otro hombre y todavía no sé quién.

Ese fue el momento exacto en el que se truncó todo mi destino, solo que yo todavía no lo sabía, no sabía hasta qué punto podría hacerme daño esa revelación.

SAM

Quizás después de todo

Los alemanes habían llegado hacía media hora, puntuales como un reloj suizo. Habíamos estado tomando café y hablando de negocios durante los primeros quince minutos. Los siguientes los dedicamos a revisar el plan empresarial que ellos habían llevado a cabo desde Berlín. No es que me disgustara la manera que tenían de enfocar la exportación de nuestros productos en su país, solo que no tenía muy claro que los beneficios fueran los esperados para nosotros. Para ellos, desde luego, eran muy superiores. Tendría que consultarlo con mi equipo, les dije. Ellos lo aceptaron sin queja alguna. Si su proyecto salía bien ganarían una cuantiosa suma de dinero y, aunque nosotros no saldríamos perdiendo, no me parecía que sus propósitos garantizaran la calidad de los productos y el bienestar económico de los empleados que pasarían a formar parte de la entidad alemana.

Muchos inconvenientes les veía yo a los objetivos que ellos habían resuelto resumir en unas pocas líneas que no me aclaraban nada.

Tenían todas sus cuentas saneadas, Emma lo había comprobado todo con minuciosidad; así me lo había hecho saber el viernes anterior. También tenía colegas del campo de los negocios que habían emprendido algunos asuntos de índole internacional con la misma compañía y no tenían queja. No obstante, yo prefería ser precavido y andar con pies de plomo. Por lo menos hasta que lo consultara con mis compañeros, los abogados de la empresa y mi padre. Pese a que él se hubiese jubilado, todavía tenía mucho que opinar con respecto al negocio familiar que pasaría a ser mío en exclusiva cuando él ya no estuviera. Tendría que acabar quitándole «sons», ya que Juliette no parecía por la labor de perpetuar nuestros apellidos.

Y hablando de Julie... llevaba unos días de un humor extraño, ensimismada, como si hubiese algo que la preocupara y no se atreviera a pedirme ayuda. Siempre había respetado su espacio y el de todos aquellos que no querían que me inmiscuyera, pero que Dios me perdone si comprendía lo que podía estar pasándole por la cabeza en aquellos momentos. A veces la contemplaba desde el otro lado de la mesa del salón, donde cenábamos en un silencio casi roto, y me encontraba con sus ojos que se apagaban con una lentitud horrorosa. Una especie de levedad pausada se adueñaba de su boca, que se entreabría para decir algo que jamás pronunciaba.

En esos instantes se apoderaba de mí el deseo de levantarme, arrastrar los pies en dirección a ella y abrazarla hasta que se sintiera mejor. En algunas ocasiones me atreví a hacerlo y por un segundo se mecía entre mis brazos la chica de la que me había enamorado tres años atrás; otras veces se quedaba muy quieta como si la dañara mi presencia, el tacto de mi piel o el reguero de besos que iba dejando sobre su pelo. Entonces me apartaba sin mostrarme molesto, porque no podía. No tenía motivos, solo una necesidad imperante de cuidar de ella y de impedir que nadie pudiera dañarla.

Aun así, Julie se apagaba a un ritmo vertiginoso sin dejar que se lo impidiera.

—Si les parece, pasamos a la sala de reuniones para repasar los presupuestos y las estadísticas —ofrecí a los inversores.

Parecieron complacidos con que, al fin, se pusieran sobre la mesa los asuntos que realmente les interesaban. Yo también lo agradecí. Algo dentro de mí me alteró, el instinto supongo, porque ningún máster en finanzas habría servido para hacerme creer que aquel negocio no me beneficiaría con el tiempo.

Entramos en la estancia. Tomaron asiento mientras hablaban en alemán. Estuve muy atento, conocía el idioma muy bien y no quería perderme ningún detalle. Vale, sí, desconfiaba. Puede que solo se debiera a que no atravesaba un buen momento a nivel personal y eso me influyera negativamente a la hora de pensar en los negocios.

Me senté encabezando la mesa y miré el reloj. Emma debía de estar a punto de llegar. Me había mandado un recado con mi secretario diciéndome que tenía que ayudar a Rogers a organizar una última cosa. Ojalá llegasen pronto, no estaba muy capacitado para seguir poniendo buena cara a esos hombres yo solo.

La puerta se abrió un par de minutos después. Entró Rogers con una cortés sonrisa de *dandy* inglés. Los alemanes parecieron complacidos con ese saludo en un perfecto alemán. Yo también agradecí que desapareciera la tensión que habría cortado cualquier cuchillo, afilado o sin afilar. Detrás de él vi a una figura que le sacaba media cabeza y, cuando finalmente Rogers se quitó de mi vista, pude observar a una chica de larga melena pelirroja que en ondas despeinadas caía sobre una camiseta blanca. Por encima de esta, una blazer negra, al igual que los pantalones rectos de traje que le llegaban por los tobillos. En los pies unos *stiletto* oscuros, casi tanto como sus ojos, envueltos en unas pestañas infinitas.

¿Quién...?

Tardé una fracción de segundo en reaccionar y darme cuenta de que aquella no era otra que Emma.

Me puse de pie, siempre lo hacía, y me abotoné la chaqueta. Era un gesto que había imitado de mi padre desde los dieciocho años y que, años después, seguía practicando con tanta naturalidad como respirar.

—Buenos días —dijo ella con una espléndida sonrisa vestida con un carmín de color melocotón que los hacía parecer más carnosos.

Aparté la vista. Me pareció grosero detenerme más tiempo del debido en su boca. Además, venía en mi dirección y no podía mostrarme sorprendido de ese cambio tan radical que había sufrido mi compañera. Mejor parecer indiferente a su nuevo y mejorado aspecto. Los alemanes, sin embargo, no dejaban de mirarla de pies a cabeza, y sé que, en consecuencia, una expresión de asco se apoderó de mi cara.

—Siento la tardanza —se disculpó ella en un susurro cercano que me transportó su aroma.

Hice un esfuerzo por no cerrar los ojos para disfrutarlo un poco más.

—¿Todo bien? —me preguntó al ver que no había tenido ni siquiera la decencia de saludarla.

—Sí, todo en orden. Solo que...

—¿Qué? —inquirió sin mirarme mientras les pasaba unas carpetas a los presentes y le hacía una señal a Rogers para que encendiera el proyector y colocara los dos caballetes a uno y otro lado de la pantalla. Allí, su compañero puso con sumo cuidado dos gráficos que Emma debía de haber hecho con mucho esmero.

Me acerqué un poco más a ella, una vana excusa para comprobar que olía como me había

parecido. Se me tensó el abdomen al comprobar que era incluso mejor. No sé por qué tuve que hacer aquello.

—No lo tengo claro —dije.

Sus ojos negros, en la penumbra de la sala de reuniones, se perdieron en lo más profundo de mí. Después, dedicó una amplia sonrisa a los alemanes, que se regodearon en ella más de la cuenta.

Emma me habló con rotundidad.

—Cuando vean los beneficios que pueden obtener seguro que atienden a razones y puedes negociar las partes del acuerdo que te generan dudas. Y si aun así no te convence, eres el jefe, seguro que tomas la decisión más conveniente para todos.

Fue una confidencia alejada de los oídos curiosos de los presentes. La seguridad de la sonrisa de mi contable hizo que, finalmente, pudiera respirar aliviado. Por lo menos un poco más que antes. Mostró la entereza que a mí me faltaba y yo agradecí con una mirada, lo mejor que tenía a mi alcance entonces, el apoyo recibido y la coherencia de su discurso. De otro modo, habría flaqueado, lo sé. No era un buen día para hacer frente a una decisión tan relevante como aquella. El futuro de muchas personas estaba en juego.

Emma se ocupó de todo, yo solo estaba allí, ensimismado pero sin perder de vista ninguno de sus movimientos o palabras. Siempre se había mostrado de aquella manera en asuntos empresariales. No dudaba. Su vida privada parecía ser harina de otro costal. Aunque seguro que ella no era la única que cambiaba del trabajo a casa.

Pese a seguir comportándose como siempre, lo cierto es que Emma parecía más segura de sí misma de lo que lo había estado nunca en los últimos doce años. Tardé en averiguar la razón de esto, sin embargo, el modo en el que se colocaba estratégicamente en la esquina de la mesa, cómo caminaba por la estancia bajo la banda sonora de sus tacones, el dulce y a la vez arrogante modo en el que miraba a los ojos de nuestros invitados, hicieron que me cerciorara de que sí que había algo diferente y esencial en ella: se sentía guapa.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que, a lo mejor, esa mujer de sonrisa espléndida y ojos escondidos no era tímida por naturaleza sino por convención, y aunque eso a bote pronto pueda parecer complejo de entender, resulta mucho más sencillo de lo que las propias apariencias sugieren. Emma era un producto moldeado por las normas sociales, esas leyes intransigentes que no dejaban margen de error: debías ser perfecto y, si eras mujer, mucho más. Era una cuestión de adaptación, como si imperara una visión darwiniana que apostaba por la supervivencia de aquellas chicas que escogieran mejor los complementos, ocultaran magníficamente sus ojeras y se sintieran cómodas llevando una ropa interior minúscula.

Dándole vueltas a estas cosas, la pantalla fue mostrando todos los gráficos que Emma había llevado a cabo con ayuda de Rogers. Habían hecho un excelente trabajo, probablemente tan bueno como el peluquero de mi contable con su pelo. No voy a mentir: siempre había sentido predilección por las pelirrojas. De hecho, mi primer beso fue con Linda Herbert-Watson, una chica dos años mayor que yo (ella tenía catorce), que me sacaba cabeza y media y que veraneaba con su familia en el mismo pueblo que mis padres.

El beso no fue casual, ni mucho menos. Imagino que en algo influyó que durante esos dos veranos, en los que yo tenía doce años y ella catorce, me llevara a la parte trasera del jardín y se levantase la falda con más gracia de la que vería años después, cuando al fin di el estirón y tuve la oportunidad de acariciar por primera vez a una chica en sitios que solo había visto en Linda Herbert-Watson y en unas viejas revistas que mi mejor amigo, Mike Benson, se llevaba al *college*. Con ellas nos mostraba las bondades de la carne y nos mantenía en vela noche sí y noche

también, mientras nos esforzábamos por demostrarnos a nosotros y al resto que no nos quedaríamos ciegos por masturbarnos.

Me moví con disimulo en mi asiento al recordar aquellos cálidos años de dudas y algún secreto, como que había visto un día, por error o casualidad, vete a saber, a la madre de Mike en la cama con el señor John Perkins, que, desde luego, no era el padre de Mike ni el marido de Lisa. Fue lo más excitante que viví en toda mi adolescencia. Esa manera de tocarse, moverse y gemir.

Me había colado por la ventana de Mike para esperarle en su casa, sin tener la más remota idea de que alguien pudiera estar en ese momento allí, practicando lo que a los catorce años para nosotros seguía siendo «el acto». Ahora, con Internet, los chavales conocen términos más precisos para definirlo y cada una de las cosas que la señora Benson y el señor Perkins hicieron aquel día tiene un nombre distinto. Entonces no teníamos tanta información al alcance de un botón y Lisa era la madre más guapa de todo el grupo. Nunca me arrepentí de haber salido de la habitación de mi amigo para ver de dónde procedía aquel ruido que erizaba la piel.

Los alemanes se levantaron de pronto. ¿Es que había pasado algo mientras yo sucumbía al pasado? Hacía ya semanas que Julie no estaba muy dispuesta y yo lo aceptaba a fuerza de hacer mucho deporte, pero mi mente me retrotraía a todos los momentos eróticos de mi vida. Intenté culpar a la sequía sexual por la que atravesaba mi matrimonio de la manera en la que le miré el culo a Emma cuando pasó por mi lado para estrecharles las manos a los alemanes mientras ellos le daban la enhorabuena por lo conciso de su presentación y la claridad con la que había resuelto las dudas que tenían y que yo no había atendido por causas mayores.

—Señor McEwan, no vemos ningún inconveniente a su plan de inversiones —me comentó el que era el responsable de marketing en Berlín.

Asentí mientras me ponía en pie e imitaba, con más torpeza eso sí, a Emma en sus saludos de despedida.

—Señores —habló esta—, aunque hoy ha sido un primer día de contacto, nos gustaría que nos reuniéramos con más calma para debatir algunas cuestiones referentes al factor humano que constituiría este proyecto. Creo que estamos todos de acuerdo en que las personas no se limitan a ser meros números en una estadística, ¿verdad?

Bendita sonrisa la de Emma, y esa dulzura inquebrantable de su voz y su rostro añorado que hizo que los alemanes asintieran como pasmarotes.

—El señor McEwan no se encuentra especialmente bien hoy y me tomo la libertad de hablar en su nombre porque le ha dado fiebre a lo largo de la mañana.

Tuve que mirarla con precaución, estaba mintiendo e incluso Rogers se había dado cuenta. Sin embargo, los inversores me miraron con cara de circunstancias y me desearon una pronta recuperación. Acordaron, además, que podríamos reunirnos en dos días y discutir aquellos asuntos que hubiesen quedado sin atender. Les agradecí la comprensión y los despedimos con suma cortesía mientras Rogers los acompañaba a la salida del edificio y Emma cerraba la puerta detrás de ellos.

Me echó una mirada que hubiese logrado hacerme tambalear de no ser porque me había vuelto a sentar.

—Sam, ¿estás bien? No has dicho ni una palabra.

—Perdona, Em.

«Perdona, Em. Pues menuda contribución al negocio más importante que vas a llevar a cabo esta década».

Vino en mi dirección, tomó la silla que había frente a la mía y se acomodó en ella.

—De verdad he pensado, por un momento, que te encontrabas mal.

Le sonreí con esa elegancia que me caracterizaba en las situaciones que consideraba tensas.

—Estoy bien, no tengo fiebre, pero gracias por hacerte cargo de la situación, no sé qué me pasa hoy, llevo despistado desde que he llegado.

Me fijé en que quiso rozar mi antebrazo con su mano, sin embargo, tan rápido como la levantó, volvió a dejarla caer sobre su muslo.

Volví a mirarla a los ojos. ¡Qué ojos! Ya se los había visto en otras ocasiones. Eso sí, bajo el embrujo del maquillaje parecían más grandes, más intensos.

—No llevas las gafas. ¿Te has operado ya?

Sabía que iba a someterse al láser para acabar con su miopía

—Llevo lentillas, hasta la operación quedan unos días, pero seguramente la aplace o, no sé.

—¿Por qué? ¿Te ha entrado el miedo?

Puso los ojos en blanco y se recostó en la silla.

—No me ha entrado miedo. —Alargó mucho las sílabas de las palabras, lo cual me hizo gracia. Aunque no habíamos encendido todas las luces, sí que pude distinguir el rubor del que se le tiñeron las mejillas cuando me moví hacia delante y nuestras rodillas chocaron. Me aparté. Ella siguió hablando—. Es solo que tengo que estar unos días con unos parches en los ojos y no sé cómo me voy a apañar. Mi padre no querrá venir a Londres ahora, todo es demasiado reciente, y mis hermanos andan con sus cosas. Programé la operación cuando aún estaba Ethan y, bueno, ya sabes.

Apoyé el codo del brazo derecho sobre el reposabrazos de la silla. Me llevé la mano a la boca y pensé mucho en lo que dije a continuación.

—No necesitas a ningún Ethan para operarte. Yo te puedo echar una mano.

Emma negó con la cabeza como si hubiese perdido el *oremus* al decir lo que acababa de salir de mi boca.

—¿Qué vas a hacer? ¿Traerme la compra, ponerme una lavadora, señalizarme el camino al aseo?

Su tono era muy sarcástico, pero parecía divertida al imaginarse todas esas cosas. Incluso yo me vi de pronto vestido con un delantal mientras deambulaba por su casa. ¿Cómo sería? ¿Grande? ¿Pequeña? ¿Cómo estaría distribuida?

—¿Y por qué no? Si eso es lo que necesitas, ya te digo yo que ningún Ethan lo haría mejor que yo, soy un amo de casa excelente.

No supe qué era aquello que quería hacerle saber a Emma sobre ese Ethan, al que ni siquiera le ponía cara y a quien imaginaba gordo, calvo y sin tres dientes, y quien era un incompetente y un gilipollas, mientras que yo era un hombre. Supongo que a veces necesitas que alguien te recuerde que hay cosas que haces bien y que mereces también que te presten cierta atención. Yo por aquel entonces ya no la tenía en Julie y echaba un poco de menos la admiración con la que solía mirarme al comienzo. ¿Yo seguía mirándola así?

—No sé, Sam, eres mi jefe. Si fueses mi amigo no digo que no aceptase tu ayuda, pero me parece fuera de lugar.

Me dolió aquello más de lo que habría podido imaginarme, a lo mejor porque no había pensado mucho en por qué Emma y yo no nos habíamos hecho amigos después de tantos años de trabajar juntos, reírnos juntos y compartir aficiones como la lectura, el amor por los animales o la música.

—¿Cuántos años hace que nos conocemos? —le pregunté.

—Doce, ya lo sabes. No te cansas de decírmelo.

Parecía que fuese un hombre aburrido que siempre andaba con la misma cantinela.

—Entonces, ¿no deberíamos ya ser amigos?

—Hombre, Sam, yo creo que eso surge sin más, no se firma un contrato repentino. La gente tiene amigos porque comparte cosas, se cuenta cosas, no sé.

—Venga, pues contémonos un secreto para que puedas operarte los ojos. —Intenté ser gracioso, pero tenía el día torcido. Ella no me lo tuvo en cuenta.

—¿Un secreto? ¿Ahora esto va a ser el puto confesionario de la empresa?

Me quedé en silencio porque vi la cara que puso, como si en un primer momento no se hubiese dado cuenta de lo que había dicho y de pronto reaccionara. Cerró un ojo con fuerza e hizo una mueca con la boca. Después dibujó una sonrisilla inocente que me hizo cosquillas en alguna parte del paladar porque acabé riendo.

—Perdona, es que si no pienso, se me escapa...

—Pues entonces deberías dejar de pensar, eres más graciosa cuando eres tú misma. —Le guiñé un ojo—. Es un halago, los amigos lo hacen.

Yo insistía, no sé si porque me había dado pena que Emma no contase con nadie que la ayudara durante su convalecencia o porque yo más que nadie también necesitaba una amiga a quien llorarle mis penas.

—Jefe, esto no va a funcionar. De lo único de lo que podemos hablar es de negocios y de trabajo.

—No creo que haya sido de lo único que hayamos hablado, ¿no?

Recordé algunas confidencias.

—Es verdad, sí. —Agachó un poco la cabeza, como si se avergonzara, así que coloqué un par de dedos en su mentón y la obligué a mirarme.

—Puedes contarme lo que quieras, siempre.

Me sorprendió la necesidad que tenía de que ella supiera que era verdad.

—Si tú quieres, también puedes, aunque no deja de parecerme raro. —Sonrió.

—Entonces trabajaremos en ello, para que deje de ser raro, ¿te parece?

Asintió con calma, su cara seguía aún rozando mi mano.

—Está bien —aceptó. La piel le ardía—. Dejaré que me friegues los platos.

—Con mucho gusto —dije mientras me apartaba un poco de ella y recuperaba la compostura.

—¿Ahora podrías decirme qué demonios te pasa?

Eso me pilló totalmente fuera de juego.

—Ojalá lo supiera, Em.

Soné tan abatido que me preocupé. Debía tomar cartas en el asunto y recomponerme.

—Pero me espabilaré. Gracias por lo de hoy.

Emitió un sonido débil de garganta y permaneció quieta en su silla mirándome con atención. Yo hice lo mismo con ella. Estuvimos sentados el uno frente al otro durante tanto tiempo, en un silencio más que agradable, que solo nos percatamos de ello cuando mi secretario vino a recordarme que tenía una reunión.

TOM

Inquietudes

Intenté pensar en otra cosa que no fuera su boca. Decir que no pude sería quedarme corto, de hecho, me puse tan nervioso que tuve que salir a correr durante dos horas para distraerme del olor que había dejado en el apartamento en el transcurso de aquellas noches.

Me ponía nervioso pensar que había una parte de mí que empezaba a pertenecerle a otra persona de manera tan natural. Seguíamos siendo dos extraños que sabían demasiado del otro. Y la quería. Joder, la quería sin tiempo porque no habíamos dispuesto de él. Sin tiempo para conocernos, sin tiempo para reírnos lo suficiente, sin tiempo para compartir un postre en un restaurante cualquiera, sin tiempo para improvisar una cita.

Sin tiempo y vacíos del resto del mundo. Estábamos muy llenos de otras cosas que habían surgido rápido. A toda velocidad.

Desde el reencuentro, para nada fortuito, nos habíamos visto a diario. No solo era deseo, era más, por eso las últimas dos veces no nos habíamos acostado. Aprovechamos esos ratos para contarnos algún que otro miedo. Y yo tenía muchos.

—¿En qué estás pensando?

—Siempre me preguntas eso —le contesté desde el otro lado de la encimera.

Estábamos preparando una cena improvisada. La casa se vestía con una canción que a ella le encantaba: *Don't Give Up On Me*, de Andy Grammer. Sin darme cuenta, la convertí en nuestra banda sonora. Un talón de Aquiles que se quedaría cuando ella ya no estuviera a mi lado.

—Pero ¿en qué estás pensando? —preguntó de nuevo.

Los rizos le envolvían la cara como una neblina sedosa que le avivaba los ojos.

—En nada.

Seguí removiendo la salsa para los espaguetis.

—No me lo creo.

—Mira que eres desconfiada, ¿eh?

Le lancé el trapo de cocina. Ella lo atrapó al vuelo.

Apoyé los codos sobre la encimera y la miré directamente a los ojos. Eran tan verdes que me recordaban lo profundo de los bosques. Hubiese escogido su mirada como hogar de haber podido.

—¿Has hablado con tu abuelo? —le pregunté.

—No me cambies de tema.

—Eso es que no. Deberías.

—¿Por qué insistes tanto? ¿No podemos dejarlo estar?

Sabía que no le gustaba hablar del asunto. Procuraba en la medida de lo posible no importunarla con mis consejos; sin embargo, para mí la familia era demasiado importante como para perderla por una discusión o por lo que callábamos. Ya había tenido que despedirme de mis

padres y de mi tía. No había sido fácil.

—Tendrías que decirle que no quieres presentar el informativo, Jules.

—¿Crees que no lo he hecho?

—Estoy seguro de que puedes esforzarte más.

—Tom, de verdad que lo he intentado, pero no me escucha. Está convencido de que las cosas están bien así, como él dice.

—La chica que conocí en París tenía muy claro lo que quería hacer, quién quería ser. A ti te gusta estar con las personas, no con las luces de los focos, y lo sabes. Por eso me decepcionó tanto verte presentando las noticias, como si te hubieras olvidado de todo.

Apoyó la frente entre sus manos, para no tener que mirarme a la cara.

—Solo estoy intentando firmar una tregua.

—No. Haces lo que es más fácil.

—¿Y qué es exactamente?

Sonó borde cuando me contestó; no obstante, no se lo tuve en cuenta.

—Intentas huir de lo que te asusta, que es enfrentarte a tu abuelo porque lo quieres, pese a todo lo que me has contado, y no te apetece defraudarlo incluso cuando él sí que lo ha hecho contigo.

—Ya, claro. Y tú no lo has hecho nunca, ¿no? Nunca has dado tu brazo a torcer para no enfrentarte a un problema mayor.

Tomé aire y reconduje la conversación.

—¿Te he dicho alguna vez que me crio mi abuelo? —Sabía que no lo había hecho.

Ella negó.

—Mis padres fallecieron en un accidente de tráfico cuando yo tenía doce años.

Se llevó una mano a la boca porque esa información tampoco la conocía.

—No pongas esa cara, venga. Han pasado dieciocho años, intentaré no llorar.

La broma no funcionó. No aminoró en absoluto su disgusto.

—Tom...

—Además, llevo un rato queriendo decirte que te has manchado el culo de algo negro y ahora me parece oportuno, porque no te importará tanto haberte ensuciado esos vaqueros tan caros después de esta confesión.

Se giró sobre sí misma y comprobó que no mentía: había llegado con el pantalón sucio.

—Me he sentado en el bordillo antes y...

Se dio cuenta de que carecía de la menor importancia porque yo había dicho algo mucho más importante. Algo que le quería contar, pero de lo que me avergonzaba. También me daba miedo su reacción, lo que pensaría.

Apagué la vitrocerámica y me senté en el taburete que había a su lado.

—Después de que mis padres murieron, no lo pude soportar. Me sentía solo y demasiado triste como para querer hacer nada. Mi abuelo sufría mucho por mí y pensé que...

La mano de Jules descansaba sobre la mía. Parecía preocupada y alicaída, aunque claro, mi relato tampoco es que ayudara demasiado a que nos riéramos a carcajadas y olvidáramos lo que nos preocupaba.

—Hice algo de lo que me arrepiento.

Me mordí el interior de las mejillas. Nunca se lo había contado a nadie. Solo lo sabía el abuelo, mis tíos y Wil.

—Pensé que si yo también me moría dolería menos. Así que lo intenté.

Jules se levantó y me abrazó fuerte. Me abrazó como nadie había hecho nunca. Me enterró en lo

profundo de su corazón. Allí olía a jazmín. Germinó en ese abrazo el cariño que solo caracteriza al amor. Era amor, solo que seguíamos sin atrevernos a decir que ese sentimiento no perteneció solo a París, sino que estaba más vivo que nunca en ese momento.

Con la nariz sumergida en su cuello, le conté entre susurros cómo pasó, lo que sentí, la rabia. Y ella me comprendió, lo hizo sin juzgarme. Solo era un niño asustado que no había comprendido por qué a veces el destino arremete tan descarnadamente. Entonces entendí que aunque Ran me había enseñado a llorar, Juliette me estaba mostrando cómo aprender a sonreír.

—En París estaba confundido —seguí explicando—. Una parte de mí no sabía si estaba a punto de tirarme al Sena solo por sentir de nuevo la adrenalina o porque estaba asustado de nuevo. Desapareció la duda en cuanto te vi.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

—No me irás a decir ahora que te enamoraste a tantos metros de distancia.

—No, en absoluto. Solo que no quería que nadie presenciara un nuevo intento, desesperado en parte, de dejar de sufrir. Así que me dije que no saltaría, pero resbalé y caí.

—¿Por qué estabas sufriendo?

—Porque he visto muchas cosas.

—Pero tampoco renuncias a dejar de verlas. Mírate, preparando un viaje a México en el que verás a familias con niños intentando cruzar el muro.

—Es que no puedo evitarlo.

—Necesitas acumular dolor.

—No, Jules, necesito entender por qué existe, por qué un padre y su bebé son arrastrados por una riada y nadie los ayuda a llegar a Estados Unidos porque el dinero es más fuerte. El maldito dinero. Por eso tengo que enseñárselo al resto del mundo, aunque para eso primero lo tengo que ver yo.

Se quedó pensativa. De pronto la sentí lejos de allí, pero no de mí.

—Cuando hay niños de por medio siempre me viene a la mente una imagen —comenzó a decir—. Las mantas plateadas.

—Lo único plateado que he visto donde he estado ha sido la metralla y los cimientos de hierro y metal de algunos edificios que han arrasado las bombas.

Surgió un silencio absoluto. Ella y yo pertenecíamos a la misma ciudad, sin embargo, veníamos de mundos distintos. Jules formaba parte de calles llenas de parques donde los niños corrían hacia los columpios; yo me sentía parte de otras donde los niños también corrían, pero porque huían de los disparos y de la muerte.

Algo en mí necesitaba aprender a vivir en la calma, en la felicidad. Sin embargo, otro resquicio de duda no sabía cómo ignorar todo lo que había visto.

—Llegará un momento en el que comprendas que te mereces ser feliz, aunque haya gente que no lo sea. Eso te ayudará a encontrar el modo de ayudar a los demás —comentó Jules con la cabeza apoyada sobre mi pecho.

—¿Y si ahora soy feliz? Feliz de una manera incomprensible.

—¿Por qué?

—Porque siento que hay alguien que me comprende. Hay algo que puedo perder.

No me contestó. Ella no solía hacerlo. Siempre buscaba la manera de esquivar la verdad fácil. Se escondía en otras palabras, otros recuerdos.

—¿Te acuerdas de lo que me dijiste la primera mañana que nos despertamos juntos?

Asentí.

—Que no me había ido porque no sabía cómo dejarte durmiendo sin despedirme.

—¿Y si yo tampoco sé ya cómo hacerlo, Tom?

—¿Qué quieres decir?

—Que voy a tener que darte somníferos para dejarte durmiendo y no tener que despedirme una y otra vez. —Se rio mientras lo decía.

—¿Estás insinuando que me vas a drogar?

—Estoy insinuando que tenías razón. Yo no soy esta. Tengo la sensación de que estoy engañando a todo el mundo. Engaño a mi familia aceptando un trabajo que no quiero, engaño a mi marido, te engaño a ti, me engaño a mí misma. ¿Qué clase de persona soy, Tom?

Me rompió escucharla decir que sentía que estaba engañando a tanta gente. No sabía si iba a poder recomponerme después de aquello, pero Jules necesitaba que la sostuviera como ella había hecho conmigo después de contarle mi mayor secreto.

—A mí no me estás engañando.

—¿Ah, no?

—Yo sé la verdad, Jules, y la he aceptado. No significa que me guste o que no prefiriera que las cosas fuesen diferentes, que no hubiera nadie más y que pudiéramos salir de casa, besarnos en la calle, hacer planes, dejar de jugar al escondite. Sí, joder, ya lo creo que optaría por esa opción si fuera posible. No quiero que esto sea una aventura.

—Pero tampoco me pides que deje a mi marido.

—Es que no hace falta que te lo pida, tú sabes que eso es lo que quiero. Lo sabes porque te lo estoy diciendo ahora mismo. Otra cosa es que tú quieras hacerlo.

—Estoy confundida.

—¿Estás confundida o te asusta tenerlo demasiado claro?

No contestó. Su silencio me hizo pensar que, tal vez, no era yo su apuesta segura, que, quizá, después de todo, mis amigos tenían razón: solo estábamos dando rienda suelta a una atracción evidente.

Una parte de mí lo desmentía. Era imposible que lo que Jules me hacía sentir fuese solo cosa de sexo, era más. Era la jodida confianza que había entre los dos, como si nos conociéramos de siempre y necesitara no solo tocarla y hacerle el amor, con miedo a perderla pocas horas después, sino confiarle mis recuerdos, mi afecto, mis ganas imparables de conocerla más, de protegerla de cualquier cosa que pudiera herirla. Incluso de mí mismo. Por eso le dije:

—Quizá debas tomarte este tiempo para pensar.

—¿Este tiempo?

—Sí, estas semanas que voy a pasar en México. Úsalas. Te regalo ese tiempo para que te aclares. No sé, Jules. No sé cómo gestionar esto, solo tengo claro que quiero estar contigo y si la única manera de hacerlo es escondiéndonos, lo aceptaré.

—¿Por qué?

—Porque necesito creer en algo.

—¿Y en qué se supone que vas a creer si te quedas a mi lado?

—En que merezco ser feliz —dije usando sus propias palabras.

Su mano se enganchó a la tela de mi camisa. Su nariz me rozó la mejilla en un movimiento descendente hasta que sus labios quedaron cerca de los míos. Nos respiramos el uno al otro, los alientos cálidos nos surcaban las bocas.

—¿Y si te hago daño?

No pude decirle que ya me lo estaba haciendo, que ya me lo hizo un día cuando desapareció a

la misma velocidad a la que se coló en mi vida.

—Cuando sienta que no puedo aguantar más el dolor...

—¿Qué pasará?

Tenía los ojos neblinosos, pero seguían siendo el único lugar donde quería quedarme a descansar de todo lo que me atemorizaba por las noches.

—Que me irá para siempre.

—Para siempre es mucho tiempo —susurró ella mientras un par de lágrimas le caían por las mejillas.

—Para siempre solo es un muro, Jules. Y me pasaría la vida intentando saltarlo para volver a tu lado. Así que, por favor, no hagas que me vaya, no ahora que ya no me preocupa que sepas quién soy. —Callé un segundo, no porque ella estuviera llorando. Cuando estaba conmigo siempre lloraba. Hubo un tiempo en el que reía. Era antes. No. Callé porque me di cuenta de que no era eso lo que tenía que pedirle. No se trataba de obligarla a que se quedara conmigo, sino de todo lo contrario si la cosa se ponía fea—. O puede que lo mejor sea que me digas cuanto antes que no crees que debemos estar aquí.

Me abrazó. No dijo nada, solo me rodeó con sus brazos delgados y me apretó con fuerza. No entendí lo que significaba. Sin embargo, quise creer que haría lo posible por buscar respuestas.

Lo que no podía imaginarme era que acabaría yéndose como la calidez del verano, precipitadamente, dejándome tan solo las luces y las sombras del invierno en el que el azar quiso que nos encontráramos.

JULIETTE

La verdad que he aprendido a callar

El sábado me hirvió la sangre cuando Sam me dijo que mi abuelo había tenido la poca vergüenza de llamarlo para invitarnos a comer al día siguiente. Había tenido la sensatez de no decir nada, de callarme ante la agresión para no preocupar a nadie más, y aun así, él tenía la desfachatez de llamar a mi casa como si creyese que mi silencio era infinito. A todo eso tenía que sumarle que me había despedido de Tom porque se había marchado a México y las confesiones de la tía Emilia tampoco me dejaban dormir bien.

—No vamos a ir a esa comida —le dije a Sam en cuanto colgó el teléfono.

—¿Por qué?

Apreté los dientes y giré la cara.

—Eh, Julie. —Colocó sus manos sobre mis hombros y me dio un beso en la mejilla que me reconfortó, aunque no me lo merecía—. ¿Qué te pasa? Llevas unos días muy rara.

La primera norma de mi tía era que no debía decirle a Sam ni a nadie lo que había descubierto sobre la abuela. Lo había prometido. No iba a delatar nuestro secreto.

Mi tía, sin embargo, no había dicho nada de que me callara también la infidelidad, pero es evidente que lo hice.

—Discutí con mi abuelo hace unos días y no quiero verlo en una buena temporada.

—¿Qué tipo de discusión? —preguntó él muy serio, con el tono autoritario que ponía cuando se estaba abordando un asunto serio.

—Del tipo que acaba con un bofetón en mi cara, Sam.

—¿Cómo dices?

Colocó las manos alrededor de mis mejillas. Cerré un segundo los ojos. Mejor no haberlo hecho porque el subconsciente me traicionó y vi la cara de otra persona.

—Siento no habértelo dicho. No era algo de lo que sentirme orgullosa.

—¿Sentirte orgullosa tú? —preguntó sarcástico Sam—. Eso no se puede permitir, Julie. Lo siento, pero hay cosas que no se pueden pasar por alto.

—Lo sé, lo sé.

Me aparté un poco de él. Necesitaba pensar.

—Es que es mi abuelo, Sam.

—¿Y eso le da algún derecho sobre ti? ¿Puede hablarte mal? ¿Puede pegarte?

—No, no puede —le di la razón.

—¿Entonces?

—Entonces no sé qué quieres que haga. Si tu padre te abofeteara, ¿qué harías tú?

Se le hundieron un poco los hombros al darse cuenta de que, probablemente, de estar en mi lugar él tampoco habría hecho nada diferente a lo que estaba haciendo yo, por muy mala decisión

que fuese.

—Lo siento mucho, Julie.

Se acercó y me abrazó, que era lo que de verdad me hacía falta en ese instante. Nada de reprimendas, nada de consejos, solo un poco de cariño, de afecto, algo que me hiciese sentir a salvo de todas aquellas cosas que me daban miedo. Especialmente de mí misma y de las malas pasadas que a veces me hacía pasar mi mente.

—Vamos a poner una película, ¿te parece? Mientras tú la escoges, yo hago algo de cenar.

—No tengo mucha hambre.

—Pero tienes que comer.

Le dije que sí con la cabeza, ya que no tenía el cuerpo para enfrentarme a algo tan banal como comer.

—No escojas ningún drama —me ordenó.

—Vaya, y yo que quería ver *La lista de Schlinder*.

Lo escuché reír al tiempo que desaparecía en la cocina.

Su risa era el mueble más bonito de toda la casa. Creo que la primera vez que lo escuché reír supe que esa sería la burbuja donde me apetecía resguardarme de cada una de las pérdidas, de todo lo que me asustaba.

—¿Vemos *La tumba de las luciérnagas*?

—Ni de coña.

—¿*Titanic*?

—Cuando haya sitio en la balsa para los dos.

—¿*American History X*?

—Si quieres que después nos bebamos dos botellas de vodka, por mí bien.

Me reí desde el salón. Me hacía mucha falta sentirme con ganas de reír.

—¿Algo erótico? ¿Quieres ver *Love*?

Quería volver a hacer el amor con Sam, no solo porque él sabía que algo no iba bien, sino porque yo quería comprobar cómo de mal estaban las cosas. Tal vez me equivocaba.

—Ha sido la mejor idea que has tenido en semanas.

—Oye, eso me parece cruel.

—¿Sabes lo que me parece a mí cruel? —preguntó.

Su voz ya no sonaba tan lejana, acababa de entrar en el salón. Me encogí de hombros, no sabía a qué se refería.

—Que me llevaras a cenar a uno de tus supuestos restaurantes favoritos y que estuviera vomitando durante veinticuatro horas seguidas. Eso me parece cruel.

Me dejé caer en el sofá y me reí a carcajadas mientras le decía:

—¿Y quién te manda a pedir todas las salsas de la carta?

—Soy un explorador de categoría. Si me llevas a un tailandés y todo tiene tan buena pinta, y sabiendo lo que me gusta comer, no esperarás que me pida una ensalada, ¿no?

Se sentó a horcajadas encima de mí e hizo un gesto burlón con la cara que me provocó una sonrisa todavía mayor. Por un segundo tuve la sensación de que no habían pasado tres años y que seguíamos en su piso de soltero. Fue entonces cuando me di cuenta de que Sam nunca fingió ser alguien que no era, no conmigo. Él no había cambiado, porque dejó que lo conociera tal y como sentía, como pensaba, como quería vivir. Lo quise un poco más aquella noche mientras seguíamos metiéndonos el uno con el otro como si no hubiese nada fuera de esas paredes que perturbara el orden, la felicidad, el roce de nuestro cuerpos.

—Conteste, señora McEwan, ¿acaso esperaba que me pidiera un trozo de lechuga con dos tomates cherry sobre hoja de alcaparra?

—No, señor McEwan, pero tampoco esperaba que fuese a mezclar mostaza picante con guindilla, salsa pimienta y doce cosas más. ¿Qué esperaba? Tenía que salir por alguna parte.

—Cállate, anda. —Colocó la mano sobre mi boca—. Es una imagen asquerosa.

Le aparté la mano.

—Para que se caldee el ambiente.

—Eres muy idiota, Julie.

—Uf, ahora sí que me tengo que desnudar.

Entre bromas y sin darnos cuenta acabamos enredados en besos. La ropa estuvo fuera en menos que dura un pestañeo. Adiós a la película y a la cena. No dejábamos de ser dos adolescentes más que habían quedado para ver Netflix y comerse unos emparedados, solo que tenían más ganas de comerse otra cosa, tenían apetito de piel, de lenguas que se deslizan entre las piernas del otro. No hubo nada, ni en mi cuerpo, ni en mi mente, ni en mi corazón, que aquella noche no fuese de Sam.

Pero también había mucho de Tom.

Cuando nos quedamos en silencio, abrazados en el sofá, supe que tendría que decirle la verdad tarde o temprano. Se lo merecía, aunque eso lo destrozara y nunca más pudiésemos volver a ser los de antes. Pero ¿es que acaso en ese momento lo éramos? Para él, puede que sí, tal vez me sentía un poco distante; sin embargo, conociéndolo como lo conocía, me figuraba que atribuía mi lejanía al trabajo y a la horrible relación que mantenía con mi abuelo. Tampoco puedo negar que eso influyera. No obstante, había más. ¿Y si le destrozaba saber la verdad? ¿Y si tenía que protegerlo, renunciar a volver a hablar o ver a Tom y cargar con el peso de la culpa toda la vida como castigo? Por lo menos Sam no pagaría los platos rotos de las decisiones inconscientes con las que yo iba a cargarme mi relación.

—¿En qué piensas? —inquirió mientras hacía círculos sobre mi vientre desnudo.

—¿Cuántas parejas has tenido, Sam?

Se incorporó un poco y apoyó el peso de su cuerpo sobre uno de sus brazos.

—Pues algunas. Tres serias, quizás.

Sabía que en ese momento estaba pensando en que ya me había contado esa parte de su vida en otra ocasión.

Yo no era la reina de las sutilezas.

—¿Fuiste infiel alguna vez?

Sam no tuvo que pensar nada.

—La verdad es que no. Yo estaba bien, quiero decir, nunca he esperado grandes cosas de mis relaciones, me gusta la normalidad.

—¿Y no te has sentido atraído por otra mujer?

Me miraba como si intentase adivinar cuál era la respuesta correcta para no acabar discutiendo.

—Pues claro, tengo ojos en la cara. Pero la atracción es una cosa y llevar a cabo estúpidas fantasías momentáneas es otra bien distinta. ¿A qué viene esto?

—No sé.

—Oye, Julie, ya sé que últimamente tengo mucho trabajo y no nos vemos tanto como antes. De verdad que no es por lo que puedas pensar.

—Dios, Sam, no, no —negué al darme cuenta de lo que estaba insinuando—. No he pensado eso en ningún momento. —Y era verdad—. Perdona. Es por otra cosa.

—¿Qué cosa?

A ver cómo salía de esa.

—Mi tía Emilia me ha contado algo que aún no te puedo decir. Es sobre la abuela. —Lo siento mucho, lo siento mucho, me dije a mí misma—. Pero tiene que ver con lo que te he preguntado.

No supo qué decir con respecto a ello, también era cierto que carecía de información suficiente para valorar la gravedad del asunto, tanto como para que mi padre o mi tía no fueran hijos de Michael. Así de grave.

—Mira, Julie, hay muchos tipos de infidelidades.

—Ya.

Cogió una manta y nos la pasó por encima al ver que se nos estaba erizando la piel.

—Pero yo creo que solo hay una perdonable.

Me giré despacio hacia él. Su cara estaba muy cerca de la mía, con sus profundos ojos azules rozándome el pensamiento y la vergüenza de estar callándome.

—¿Cuál?

—La que se hace por amor. ¿Y si te enamoras de otra persona? —Estaba tranquilo, me di cuenta de que no había sospechado nada. No desconfiaba de mí. Aquello me hirió incluso más—. A veces creemos que estamos al lado de la persona de nuestras vidas, tal vez porque somos felices.

—¿Entonces?

—Entonces viene el desastre.

Se rio optimista. Un montón de arrugas encantadoras, fruto de la edad y de las sonrisas, le atravesaron los ojos.

—Define desastre.

Me aproximé un poco más a él y dejé que me pasara el brazo alrededor de la cintura.

—El desastre es una confirmación de que hay algo que no está bien. Y quizás ese algo no tenga que ver con alguien en particular, sino más bien con uno mismo.

—No te sigo.

—Vale. —Se quedó mirando al techo, rumiando en silencio hasta que tuvo una idea y volvió a observarme con cierto entusiasmo en la mirada—. Imagínate que te gusta mucho la sandía.

Sonreí.

—Me gusta mucho la sandía —apunté.

—Estupendo. Bien, pues puedes comer sandía todos los días. La cortas con un cuchillo, la partes a pedacitos y te la comes con un tenedor. Y está riquísima. Te sientas en el jardín y te comes tu sandía; te vas a la cama y te comes tu sandía; en las comidas familiares también comes sandía.

—¿Es una insinuación sexual?

—Podría.

Eché la cabeza hacia atrás en una carcajada. Él me besó el cuello sonriente.

—¿Tienes clara esa parte?

—Como el agua, Sam, como el agua —dije poniendo tono de Sherlock.

—Entonces un día, de repente, alguien te enseña que no te hacen falta cubiertos para comerte la sandía. Te da la rodaja sin más. Una tajada. Y te la comes porque, joder, te gusta mucho la sandía, pero descubres que esa forma de comértela te apetece más.

—Sam, si esto es algún tipo de metáfora sobre el amor, júrame que nunca se la contarás a ningún menor de edad, te llevarían preso.

Me dio un par de golpecitos en la frente con el dedo índice.

—Sí que es una metáfora sobre el amor.

—Pues para ser tan buen lector no se entiende nada de lo que dices —le reproché.

—Todos necesitamos querer y ser queridos. En algunas ocasiones queremos a alguien de la única manera que sabemos y eso nos hace felices en realidad. Podríamos vivir así toda la vida. Otras, simplemente, nos enseñan que querer es otra cosa, que va más allá del orden, de las apariencias. Es una ruptura.

—¿Y tú cómo sabes eso si no te ha pasado nunca?

—Porque soy un lector excepcional. Mira, por ejemplo, *El paciente inglés*.

Yo no había leído el libro, pero sí recordaba algo de la película.

—Ella está casada y se enamora de él. No puede evitarlo. Ninguno de los dos puede. Es como una sacudida.

—El desastre.

—El desastre, Julie.

Pensé en ello. Podríamos vivir de aquella manera. Querernos toda la vida y envejecer juntos, compartir nuestras ilusiones, viajes, sueños. Tener hijos o no, ¿quién sabe?, y a lo mejor nietos. Contarles cómo nos conocimos, su bonita costumbre de enviarme flores sin más. Bailar en el salón con las luces a medio encender, mientras sonaba de fondo la voz apagada de Frank Sinatra, su cantante favorito. Las ventanas estarían cerradas y toda la casa olería a libros nuevos, porque Sam habría empapelado las estanterías con sus novelas favoritas, sus autores predilectos: Fitzgerald, Lahiri, Bradbury, Rothfuss. Los libros que habrían leído nuestros hijos y después los hijos de estos. Muchos de ellos se los habría regalado yo. Ediciones de coleccionista con bonitas dedicatorias de aniversario. Le regalaría toda la obra de Kawabata en tapa dura, que él colocaría en una balda especial en la que habría una foto nuestra, casi ya en color sepia, del día en el club de golf, la que nos sacó mi padre. Ambos vestidos de blanco, mucho más jóvenes.

Era un futuro bonito, especial. Podría vivir en él. Podría aceptar todo eso como única alternativa a lo que había hecho. Bien mirado era demasiado bueno. No sabía si me merecía esa banda sonora después de todo.

—¿En qué piensas ahora?

—En nosotros.

—Preferiría que hubieses dicho cualquier otra cosa.

—¿Por qué?

—Porque estabas muy triste.

Le acaricié la mejilla durante unos segundos muy largos. A continuación, le besé en los labios, sin tanta pasión como unos minutos antes, pero con ganas de hacerle ver que no tenía de qué preocuparse. Ya cargaba yo con todo el peso de lo que estaba haciendo mal.

—Pensaba en el futuro.

—¿Y vivíamos en *Los juegos del hambre*? —preguntó él con ironía.

—No, vivíamos en *I love you baby* de Frank Sinatra y te habías gastado toda tu herencia en primeras ediciones de tus novelas favoritas.

Miré a Sam para ver cómo le sonaba aquello. La sonrisa que se le dibujó en toda la cara le hizo parecer mucho más joven, casi como si fuese un chaval de veinte años que acababa de descubrir que tiene todo el mundo a sus pies, que puede alcanzar cualquier cosa que se proponga.

—¿Qué te parece?

Entrecerré un poco los ojos. Hizo una mueca con los labios, pensativo.

—¿Podemos cambiar *I love you baby* por *Fly me to the moon*?

—Lo podríamos negociar, claro.

Me atrajo hacia él y me abrazó un poco más fuerte.

—¿Sabes lo que me preocupa de tu futuro?

—¿Que no he dicho nada de los estiramientos faciales que nos haremos para no parecer momias?

—No —negó—, que no había ningún elemento que te gustara a ti.

Me quedé en silencio porque ni siquiera me había dado cuenta de que había construido una burbuja segura donde se encontraban las cosas que a Sam le hacían feliz.

—Tendremos un gato. Se llamará Bobby.

—Ya.

Pareció triste en aquel momento. No conseguí distraerle con mi escaso sentido del humor. No era la persona más graciosa del mundo, lo reconozco. De hecho, Sam tenía bastante más gracia que yo.

—¿Cómo te lo imaginas tú? —interrogué para distraerle.

Permaneció en silencio y con la mirada perdida durante un buen rato.

—Cuando tenía veinticinco años lo tenía muy claro. Eso fue mucho antes de conocerte —confesó.

Nunca me había contado aquello, lo hubiese recordado. Puede que los chistes no fueran lo mío, pero tenía una memoria prodigiosa.

—Quería irme a vivir a Nueva York.

—¿Por Frank Sinatra? —formulé al recordar la canción *New York, New York*.

Él hizo un amago de sonrisa.

—No. Es que pensé que entre toda esa multitud de personas, entre los altos edificios no habría nadie que supiera quién era, no tendría que convertirme en la sombra de mi padre. Era la época en la que había empezado a trabajar en la empresa.

No tenía ni la menor idea. Puede que todavía quedaran muchas cosas de los dos que ignorábamos.

—También quería tener hijos. Una familia enorme. Supongo que tendrá algo que ver que yo haya sido hijo único.

—¿Cuántos hijos son una familia enorme?

—No sé, cuatro, cinco.

Yo también era hija única, pero nunca me había visto con cinco hijos. Con alguno puede, dependía del tiempo.

—Son muchos hijos.

—Sí, pero para mí eran pocos.

—¿Y qué más querías?

—Pasear, escuchar música, leer. Hacer cosas pequeñas con personas importantes para mí.

—Puedes conseguir todas esas cosas todavía.

—Cuando compartes los sueños con otra persona tienes que aprender también a renunciar.

Sam estaba renunciando, por mí, a casi todo lo que se había imaginado.

Tal vez yo también debería renunciar a algo. Siempre estaba quejándome, pero tenía un buen trabajo, una casa bonita, a mi familia, a su familia, a él. No necesitábamos más. Podría llevar una vida sencilla yendo del trabajo a casa, saliendo a cenar los dos juntos, considerando la idea de formar una familia, aunque no tuviéramos cinco hijos. Una familia con cinco hijos me pareció una locura.

Todo me pareció una locura. Sin Tom, una parte de mí decía que aquello era innegociable.

—Tal vez se puedan hacer algunas concesiones —susurré.

—¿Un bebé es una concesión?

Me encogí de hombros. Sam rio, pero parecía como si tuviese la cabeza en otro sitio.

Sentí un vuelco en el pecho. Era una gran responsabilidad. No lo tenía claro. Seguía pensando que aún tenía muchas cosas por hacer antes que tener un bebé. Parecía uno de los grandes miedos de mi generación.

Me temblaba todo el cuerpo. Me sentía rara, mareada.

En ese momento aún no sabía que ya estaba embarazada.

EMMA

Todo lo que duele cuando apago las luces

«Estás genial con esa falda de tubo y ese escote. No agaches la cabeza al pasar. Puedes vestirte con lo que te dé la real gana. A ver quién tiene agallas para decirte algo. Ni siquiera Sam ha sido capaz en todos estos días de reparar en lo jodidamente buena que estás cuando llevas esos vaqueros ajustados. Ahora le ha dado por esa gilipollez de la amistad. Pues vaya. ¿Tú de verdad piensas que quiero ser tu amiga cuando te imagino desnudo desde hace doce años? Vaya mierda. Lo único bueno que me ha pasado estos días ha sido que he cumplido la promesa de salir con mis compañeros y nos lo hemos pasado bien».

—Em, ¿me escuchas?

Sam se paseaba por su despacho, analizando los pros y los contras de lo que nos habían propuesto los alemanes. A mí no me parecía una idea tan descabellada enviar a alguien de la entera confianza de Sam a que lo supervisara todo en Berlín, pero a él no le convencía lo de renunciar a un integrante de su equipo durante medio año hasta que todo se asentara. Sin embargo, esa era nuestra opción más realista si queríamos, con la seguridad que ello conllevaba, que todo aquello saliera adelante.

—Te escucho.

No era del todo verdad. Llevaba un rato mirándome los anillos que había comprado hacía un par de días. Eran muy bonitos y les daban personalidad a mis manos.

—No, hoy estás distraída.

Y él muy serio, y para qué engañarnos, de un humor de perros desde el lunes.

—Necesito que estés centrada en esto.

«Y yo necesito que los pantalones del traje no te queden tan bien y que te abroches los tres botones de la camisa porque me distraes».

—Claro, Sam. Estoy concentrada, de verdad, pero es que ya te he dicho lo que opino. Sería favorable para nosotros que alguien estuviera presente en todo el proceso y nos informara de los avances. Es un gran paso para la empresa y no sé si es oportuno cerrarnos en banda de esta manera —concluí.

Sabía que en cuestión de negocios me permitía ser honesta.

—Ya, pero no se trata de eso.

—¿Y de qué se trata?

«Oh, joder, Emma, ¿le acabas de mirar la entrepierna? Oh, mierda. Se ha dado cuenta. Fíjate cómo te observa. Ha agachado la mirada y ahora vuelve a centrarse en ti. Mierda. Mierda. Haz algo. Di algo. ¡Qué vergüenza!».

—Ellos me han sugerido a alguien. Y cuando digo sugerir es que han insistido fehacientemente en que sea esa persona. Decirles que no o recomendarles a otro no serviría de nada.

¡Gracias a Buda! Su discurso me había salvado de ser avergonzada por no tener reparo alguno en desvestirlo con los ojos. He de reconocer que últimamente estaba un poco más delgado, se había dejado crecer la barba, él que rara vez llevaba, y debía de olvidarse las corbatas en alguna parte, porque ya no lo veía con ellas, excepto en momentos muy puntuales y formales. Le quedaba de maravilla ese aspecto más desenfadado.

«Incluso las ojeras le quedan bien. ¡Qué asco de tío!».

—¿Y a quién han mandado a la guillotina?

Se apoyó en el marco de madera de la ventana, se mordió el labio inferior y clavó una mirada en mí que me desestabilizó tanto que no me quedó más remedio que cruzar las piernas para refrenar el instinto de imaginarme su boca en otras partes de mi cuerpo.

—A ti. Te quieren a ti.

—¿A mí? —pregunté con voz aguda.

—A ti —contestó él sin ningún entusiasmo—. Te consideran la persona más cualificada para desempeñar el cargo. Hablas alemán a la perfección y controlas lo que más les interesa de todo: el dinero.

Fruncí el ceño. Ni de coña iba a irme a Berlín. No y no. Me negaba a marcharme de Londres y a dejar a mi padre solo después de todo lo que había tenido que pasar. Tenía que estar cerca de él porque, aunque no quisiera admitirlo, a la hora de la verdad mi padre contaba más con mi presencia que con la del resto de mis hermanos. Puede que fuera egoísta, porque técnicamente ellos estaban más cerca, pero vivían sus vidas y yo era la hija soltera a la que le sobraba el tiempo.

Tras pensar en todos los contras que suponía abrirme paso en una nueva ciudad, con gente de costumbres distintas a las mías, en el momento exacto en el que quería resucitar de mis cenizas como el ave fénix, empecé a cabrearme y perdí el control sobre la Emma menos amable.

—No me jodas, Sam.

—Créeme, no quiero hacerlo.

«Mira qué bien, hoy todo son buenas noticias. ¡A la mierda con todo!».

—Hay gente mucho más preparada que yo en esta empresa.

Él seguía sin inmutarse, apoyado en el mismo sitio, en la misma postura y con idéntica expresión.

«¿Estás vivo, hombre? ¿O tal vez no te importa en absoluto que me vaya a comer *pretzels* y a sufrir las inclemencias del frío invierno? No me voy a helar el culo por nadie».

Sí, creo que estaba enfadándome más de la cuenta.

—Ellos no creen que haya otra persona más adecuada.

—¡Y una mierda! Hay personas aquí que tienen dos y tres másteres, que tienen capacidad de proyección y están preparados para hacer que el negocio prospere.

Me había levantado de la silla y ahora era yo la que en un estado de puro nerviosismo y rabia (esta última no sé por qué, quizás porque quería ser dueña de mis propias elecciones) me movía como una fiera enjaulada de una esquina a otra.

—Yo tampoco creo que haya nadie mejor que tú.

Me giré hacia él como si fuese a darle una bofetada. Motivos no me faltaban, porque se comportaba de una manera cuanto menos extraña, pero mis creencias rechazaban la violencia.

—¿Qué tú no crees qué? Joder, Sam, yo no puedo irme. Diles que me necesitas aquí, aunque sea mentira. Acaba de morirse mi madre, no puedo dejar a mi padre solo y empezar de nuevo en otra parte... sabes que no puedo.

Era egoísta por mi parte hablarle de aquella manera. Otro en su lugar me habría echado a la calle. Tendría que acatar la decisión que tomase o despedirme del mejor trabajo del mundo, el único que sabía desempeñar con soltura para ganarme la vida, uno con el que además disfrutaba.

—Cálmate —me pidió, no era una orden.

—Perdona —me disculpé tras recapacitar.

Decidió abandonar su cómoda posición y acercarse un poco a mí. Juro por la meditación que lo habría abrazado en cualquier momento. Yo era una persona a la que le costaba mucho adaptarse a los cambios, la costumbre me hacía sentir a salvo y me gustaba el orden de mi día a día. Supongo que por eso tampoco había sido capaz, antes, de renunciar a mi desastre de relación con Ethan.

—He dicho que estoy de acuerdo en que eres la mejor opción, en ningún momento he dicho nada sobre que quiera que te vayas, ¿vale?

Parecía enfadado. Estaba en su derecho, no le había hablado bien y por mucho que quisiera que fuésemos amigos, la verdad es que él seguía siendo mi jefe y yo su empleada. Había límites que no podía sobrepasar y últimamente me costaba no hacerlo, porque la Emma rebelde se parecía bastante al aspecto físico que ahora tenía y luchaba por ocupar un lugar que otra versión de mí había suplantado durante demasiado tiempo.

—Lo siento, no quería hablarte así.

—Necesito pensar ahora mismo.

Cogí mi agenda de la mesa, dispuesta a salir del despacho y dejarlo a solas.

—No te vayas.

Me detuve frente a la puerta. ¿Para qué iba a quedarme?

—Encontraremos una solución. Espero.

Se sentó en su silla y hundió la cabeza entre las manos. Estaba abatido. Dejé caer la agenda sobre la silla y me acerqué a él como Sam hizo una vez conmigo. Me acuclillé frente a él, con la dificultad que suponía hacerlo con una falda tan ajustada, y le acaricié la espalda en un gesto que esperaba que rompiera un poco la tensión del momento.

—¿Qué te pasa, Sam? De verdad que me tienes preocupada. Tú siempre has mantenido la calma, todos esperamos que lo hagas, porque si no... Ya has visto que yo pierdo la cabeza con facilidad.

Dejó de esconder la mirada y me observó con la barbilla apoyada en las manos entrelazadas.

—Estoy cansado, nada más.

—Eso no te lo crees ni tú, guapo.

—Gracias por lo de guapo. —Sonrió hasta lograr que me temblaran un poco las piernas, así que tuve que agarrarme al reposabrazos de su silla.

«Emma rebelde, cálmate, te tengo que volver a atar en corto».

—Son muchas cosas: el trabajo, la familia, el matrimonio. Se me está quedando todo un poco grande.

He de reconocer que me sorprendió descubrir esa faceta de Sam. Había sobrevivido a sus padres todos esos años y en el trabajo era el mejor, pero, ¿el matrimonio? ¿Había algo que no iba bien con Juliette?

—Si necesitas hablar...

Lo sugerí sin pensar que en realidad quisiera. Es más, una parte de mí deseaba que no fuera así, no sé hasta qué punto estaba preparada para asimilar según qué cosas de la vida privada de Sam. Por no hablar de que, en ese momento, luchaba por ser lo más empática posible tras saber que Alemania podría ser mi país de acogida.

La suerte me sonreía con maldad.

—¿Alguna vez te has arrepentido de algo? —me preguntó.

Yo seguía de cuclillas frente a él. Me estaban dando calambres en las piernas, así que al final, viendo que aquel gesto de consuelo se iba a extender más de lo esperado, acabé sentándome en el suelo, para su sorpresa.

—De muchas cosas —asentí riendo—, supongo que como todo el mundo. Las cosas de las que nos arrepentimos son las que nos van cambiando. Eso creo.

No parecía estar conforme ni con mi respuesta ni con la posición que ocupaba en aquel momento, mirándome desde su silla y yo sentada a sus pies. Así que se levantó, la apartó a un lado y se acomodó cerca de mí, con la espalda contra la pared.

—¿De qué te arrepientes? —me atreví a preguntar.

—No se trata de qué me arrepiento ahora, sino de lo que podría arrepentirme algún día.

Se miraba los dedos de las manos con una tristeza que me rompió.

«No, no, no. Nada de sentir esto otra vez. Lo tenías guardado bajo llave. Y juraste por Buda que habías tirado esa llave en alguna alcantarilla. Para».

No paré. No se puede detener lo que uno siente con un chasquido de dedos.

—Si intuyes que te vas a arrepentir de algo que aún no ha pasado, es porque sabes que eso ya te duele y si te duele es importante, Sam. Joder, si es importante.

—Te gusta mucho «joder», ¿eh?

Se refirió a la palabra, aunque pudiese interpretarse de dos maneras distintas.

—Sí, joder me gusta mucho y la palabra también.

Esa fue la primera vez en mi vida que vi sonrojarse a Sam McEwan.

Me reí a carcajadas. Parecía que lo hubiese deshonrado como a una señorita victoriana. Estaba consternado, esa era la palabra. Seguro que él pensaba cosas peores y probablemente tenía oportunidad de ponerlas en práctica, no como otras que, con la luz apagada, se quedaban contado ovejas y pensando en adoptar un algún gato o perro.

—Me alegra escucharlo, eso es salud —dijo de pronto rompiendo a reír—. Luego uno se concentra mejor.

«Pero ¿qué...?».

—Pues tú estás muy despistado últimamente.

«¿Acababa de decir eso en voz alta?».

—Perdona.

Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—No puedes hacer una broma y después disculparte, Em. Es de idiotas eso.

Me quedé un segundo en silencio, pero al final decidí intervenir de nuevo.

—Pues en ese caso, te diré que no era una broma. Estás irreconocible, deberías...

Hice un movimiento vehemente con las manos. Intenté hacer un esfuerzo descomunal para no decir la palabra que me palpitaba en la punta de la lengua. Decirla en voz alta me haría imaginarlo en posturas poco religiosas que no me dejarían pegar ojo en toda la noche.

—Puede que sí —me salvó de nuevo, como hacía tantas veces cuando veía que me había metido en un barrizal del que ya no sabía cómo salir indemne.

Estiré la mano y cogí mi taza de té, que había dejado sobre el escritorio al entrar en el despacho. Se me estaba secando la boca solo de pensar en Sam dispuesto a una sesión de intenso y despiadado...

Di un sorbo al té y otro más cuando dijo:

—Tendré que aprovechar ahora porque en un par de años me veo traficando con viagra.

No pude evitar que el té saliera disparado de mi boca hacia su camisa. Me entró una tos horrible, combinada con la risa y las ganas de salir corriendo de su despacho, pero no podía.

Me levanté como pude y cogí unos pañuelos de la caja de su mesa mientras me disculpaba sin cesar.

—Lo siento, es que no me lo esperaba —expliqué mientras colocaba los pañuelos sobre su camisa para que absorbieran el líquido. Agradecí que ya no estuviera caliente y no lo hubiese abrasado con mi modo aspensor.

Él sonreía tranquilo y me miraba de un modo peculiar, como si alguien me hubiera dibujado algo en la cara. Algo tierno.

Me cogió el pañuelo de las manos para seguir secándose solo.

—A veces soy gracioso. Pero no siempre me lo permito.

—Eres gracioso muchas veces, solo que no pareces el tipo de hombre que va diciendo por allí que va a consumir fármacos para tener una erección.

—Bueno —Levantó la mirada de la mancha y me fulminó, no con reproche por lo que acababa de decirle, sino con insinuación. Una que no pronosticaba nada moralmente bueno—, tú tampoco pareces el tipo de mujer que va diciendo ante su jefe palabras como joder o erección, o que le insinúa que debería echar un polvo para dejar de amargarles la vida a sus empleados.

«Zas. Golpe de remo para mí. No, si el día no puede ir a peor, ¿no?».

—No nos haces la vida imposible.

—O sea, que eso es lo único que desmientes de todo lo que he dicho. No dice mucho de ti que me sugieras que tenga sexo.

—No dirá mucho, pero de lo poco restante, ¿qué dice? —me atreví a preguntar.

Nos estábamos mirando en una burbuja de tensión que me estaba poniendo nerviosa, y nada tenía que ver con los nervios de cuando me había enterado de que me querían trabajando en la sucursal alemana durante al menos seis meses.

—Dice que eres una morbosa.

—Apechuga con la amistad que quieres que tengamos.

Fui una valiente que tenía que salir del paso antes de que ya no supiera cómo enfrentarse a esa manera tan insana en la que habíamos tonteado el uno con el otro. Eché la culpa a la tensión del momento, a la situación profesional en la que estábamos envueltos y a que Sam tampoco parecía estar bien en lo personal. No es que yo me encontrara mucho mejor. Peleaba cada mañana por levantarme de la cama y no pensar en que ese día mamá no me llamaría, como solía hacer siempre.

—No parece que me quede más remedio, Em. No me queda otra opción.

A mí tampoco me quedaba otra alternativa que aceptar que esa era la relación que tendría con él en adelante: una mezcla de formalidad y chanzas. No es que no me conformara, solo que no quería acercarme demasiado. Necesitaba salir del bucle McEwan.

Me levanté del suelo y le tendí la mano para que se pusiera en pie. Aquella reunión tenía que acabarse allí e intentar en el futuro controlar lo que decía sobre su vida privada, aunque él tampoco me lo había puesto fácil para ignorar que estaba como un tren y que, sin lugar a dudas, debía de ser un amante superlativo.

Alguien llamó a la puerta y me sentí como si la campana me hubiese salvado.

George asomó la cabeza cuando Sam le dio permiso para pasar.

—Emma, te estaba buscando. No sabía si te habías ido ya.

«Vaya con George, ha vuelto al ataque con todas las de la ley, aunque tampoco puedo echárselo en cara, he estado insinuándome un poco ante su mesa, lo reconozco. Quería que supiera que volvía a estar en el mercado y que, por desgracia, también volvía a estar muy pendiente de los movimientos de Sam. Y eso no podía seguir así. Tenía que poner tierra de por medio. Ahora sé que tengo Alemania a mi disposición, sin embargo, me ha hecho ilusión saber que no quiere que me vaya. Así que prefiero poner hombre de por medio en vez de tierra».

—Ya he acabado, George.

Él sonrió con esa naturaleza tan campechana que lo definía.

—Entonces, ¿te hace unas cervezas aquí enfrente? Puedo acompañarte al metro después.

—Claro, no veo por qué no.

Me acerqué para adueñarme de la agenda una vez más, como cuando había querido marcharme unos minutos atrás. Sam nos miraba sin entender nada de lo que estaba sucediendo.

—¿Puedo apuntarme a esas cervezas, George?

«¿Qué cojones...? Esto se supone que es una cita, Sam. ¿Qué haces?».

La cara de George fue todo un poema. ¿Cómo iba a decirle a su jefe, tras finalizar una dura jornada de trabajo, que no podía acompañarnos al bar que había al cruzar la calle?

—Claro —contestó muy poco animado.

—Estupendo. —La sonrisa de Sam era extraña—. Cojo la chaqueta y os alcanzo. Id vosotros mientras tanto.

La última frase y mirada fueron para mí. Se me puso un nudo en la garganta digno de cualquier desmayo posterior. La situación sería incómoda porque no conocía mucho a George, solo había hablado con él de cosas del trabajo y tampoco sabía de qué estaba dispuesto a hablar Sam. Vamos, que tenía toda la pinta de que aquello acabaría convirtiéndose en una mini tertulia sobre McEwan&Sons.

«De putísima madre, oiga».

—Te veremos allí —susurré mientras George salía por la puerta.

El semblante de Sam había cambiado del todo cuando nos quedamos a solas. No me contestó, así que me fui detrás de George y lo alcancé en el ascensor.

«Con la mierda hasta el cuello y no sé por qué. Qué bien todo».

JULIETTE

Claustrofobia

Emilia me estaba ayudando a bajar del desván centenares de recuerdos de la abuela, me los había quedado porque el abuelo quería deshacerse de todo y mi tía, que es una trotamundos y tenía un piso pequeño, no podía guardarlas.

—Yo diría que esto es todo.

Me limpié el sudor de la frente. Llevábamos una hora bajando cajas con el nombre de Louisa y he de reconocer que no me estaba resultando fácil hacerlo, no se trataba de algo físico, sino de un dolor un poco más punzante: sentía que estaba a punto de entrometerme en su vida, en su pasado, como si no tuviera derecho a amar a otro hombre.

—¿Estás segura, Emilia? —pregunté antes de proceder a abrirlas—. ¿De verdad crees que papá o tú podríais ser hijos de otro hombre?

Le había hecho la misma pregunta durante cinco días, ininterrumpidamente, por eso no me sorprendió que su expresión fuera la de la desesperación. Le pesaba tener que soportar ella sola aquella duda en su corazón.

—Julie, ojalá no lo fuera.

—¿Y quién es?

—Eso intento averiguar —me explicó con más paciencia de la que me merecía por mi continuo parloteo.

Llevaba dos cuadernos de cuero sintético con ella. No se separaba de ellos ni un segundo, ni de la estilográfica. Cada pocos minutos apuntaba algo. Si encontrábamos una foto, escribía una referencia, si se trataba de una cinta de pelo, también hacía lo propio. La observé detenidamente, queriendo ver cuál era el patrón.

Yo estaba haciendo de periodista y estudiaba los movimientos de mi tía como si se tratara de lo más interesante que había pasado en el planeta. Ella hacía de escritora.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de algo más que importante.

—Quieres escribir un libro.

Levantó la vista de la caja que estaba registrando.

Negó en un par de movimiento de cabeza, lo cual quitaba bastante credibilidad a mis hipótesis.

—No quiero escribir un libro, quiero contar su historia —explicó con una sonrisa ladeada de por medio.

—No tienes remedio.

—Quizás no lo tenga, Julie, pero mi madre estuvo callada mucho tiempo. Creo que merece descansar en paz.

Me apenó que Emilia tuviera la sensación de que la abuela Louisa no había podido dejar todos sus asuntos arreglados antes de marcharse. Debió de ser cruel irse con un secreto tan grande a

cuestas.

—¿No crees que ella hubiera dicho la verdad si realmente fuese como tú dices?

Había muchas cosas que no me encajaban en aquella historia.

Mi tía cogió uno de sus cuadernos y sacó un trozo de papel de uno de ellos.

—La encontré entre sus cosas.

Me la tendió. Era una fotografía, en ella aparecía la abuela, muy joven, puede que incluso más que yo, en ese tono sepia del entretiem­po, de los años en los que los marineros besaban a jóvenes enfermeras en Times Square. A su lado, vestido de uniforme militar, había un hombre con el pelo peinado hacia un lado, en apariencia rubio, la abuela le pasaba el brazo alrededor de los hombros y él le envolvía la cintura en un gesto que parecía proteger al planeta entero.

—¿Es él?

—Creo que sí.

—¿Quién es?

No podía apartar los ojos de la instantánea, así que le hablaba a mi tía como si no estuviéramos una frente a la otra, sentadas sobre la alfombra del salón.

—No lo sé. Todavía no lo he averiguado. Tiene que haber algo, Julie, una carta, un nombre — explicó con un gesto de manos que sugería desesperación, supongo que la propia de una persona que sospecha que su padre es otro hombre.

La foto se me cayó de las manos cuando me vibró el teléfono en el bolsillo del pantalón. Se perdió durante un segundo debajo del sofá. Me agaché y miré en busca del reflejo brillante del papel. Lo vi pronto, igual que una mancha oscura sobre la alfombra. Fruncí el ceño un momento, sin embargo, no le presté más atención. Podría limpiarla después.

Sam entró en el salón con dos tazas humeantes de café. No le había contado la verdad sobre lo que estábamos haciendo, solo que Emilia quería escribir una novela y que necesitaba las cosas de la abuela. Dejó las tazas sobre la mesilla. Se acuclilló detrás de mí y miró por encima de mi hombro mientras me daba un beso en la cabeza.

—¿Sabías que la alfombra estaba manchada? —le pregunté mientras él seguía con los ojos fijos en el retrato.

—Sí. —Puso una sonrisa de culpabilidad que me hizo sonreír también—. Se me cayó el té hace unos meses.

—¿Y no podías habérmelo dicho?

—Es que es tu alfombra favorita y no quería que... —No acabó de decir lo que estaba contando, porque en ese momento empezó a asentir una y otra vez con los ojos puestos en los fotografiados. Mi tía también lo miraba sin comprender—. Ah, ¡eso es!

—¿Qué? —preguntamos las dos a la vez.

—Nada, que sabía que ese uniforme me resultaba familiar, pero no lograba averiguar por qué.

—¿Qué? —insistimos.

Necesitábamos saber lo que a nosotras se nos había pasado.

—Es un aviador, probablemente del mando de bombardeo de la RAF. Bueno... —intentó concretar al ver nuestras caras de pasmo—, si os fijáis, lo que va cruzado sobre el uniforme es un paracaídas y tiene en los laterales de la cara marcas de haber llevado las gafas de aviación o la máscara.

—¿Y cómo sabes que es de Inglaterra? Podría ser de las fuerzas aéreas francesas o estadounidenses, y no te digo japonesas porque podría pillarme los dedos —comenté.

Mi vena periodística me impedía dar por válida cualquier información (por mucho que Sam

fuera un hombre inteligentísimo) sin contrastarla. Él lo sabía, por eso no le molestó, aunque sí parecía disgustarle tener que explicarnos algo que para él parecía básico. Mi tía, por su parte, estaba apuntando cada palabra que salía por su boca.

—Mirad. —Se sentó en la alfombra, cogió un bolígrafo y papel y apuntó—: *Per ardua ad astra*, está escrito en la insignia con el águila que lleva en las solapas del cuello de la camisa.

Las dos nos inclinamos hacia delante. La insignia la veíamos, pero no diferenciábamos las letras, así que Sam se levantó y fue en busca de una lupa. En tres minutos estaba de vuelta y nosotras, ojipláticas, comprobando que, en efecto, eso era lo que ponía.

—*Per ardua ad astra*.

—Sí, señora —contestó Sam—. La *Royal Air Force* lo tradujo como «A través de la adversidad a las estrellas». Es un emblema inglés, al igual que el lema. Así que ese chico debió de ser un aviador de la RAF.

Sam acababa de darnos una pista que podría echar todo nuestro mundo abajo, aunque él eso no lo sabía, de hecho parecía entusiasmado con la idea de que estuviera viendo la fotografía de un joven de mediados del siglo XX sonriendo tranquilamente después de haber bombardeado Dios sabe cuántas ciudades.

—¿Esta es tu abuela? —preguntó veinte segundos después, cuando se le borró la sonrisa y no tuvo más remedio que fruncir el ceño.

Mi tía y yo nos miramos. Con un suspiro profundo dijimos que sí.

—¿Qué se supone que hace tu abuela —dijo mirándonos a las dos con expresión de estar amonestando a dos crías— con un soldado inglés en Estados Unidos?

—¿Estados Unidos? —gritamos las dos al mismo tiempo, pasando por alto cualquier posible reproche que nos pudiera hacer Sam por ignorantes.

—Pero a ver, ¿es que no habéis visto ninguna película ambientada en la época?

—Sam, por favor. —No era el momento para compartir la información a cuentagotas. Menos mal que él lo entendió. Se sentó entre las dos y fue explicándonos aquello que era tan evidente—. Tu madre —le habló a mi tía esta vez— lleva un uniforme de enfermera.

—¿La abuela fue enfermera?

Mi tía se encogió de hombros.

—Lo único que sabía es que nació en Estados Unidos, encontré su partida de nacimiento.

Las noticias mejoraban por momento.

—Como iba diciendo, lleva un uniforme de enfermera, que bien podría pasar por vestido blanco normal si no fuera por el tipo de cuello, el corte, la cruz a medio cubrir por la melena. Los detalles, señoras —nos dijo.

—¿Y cómo sabes que no es un uniforme inglés?

—Porque eran distintos y la cruz cubría todo el pecho. Era realmente grande.

—La abuela era una enfermera estadounidense. —No era una pregunta, solo un comentario que hacía en voz alta por si alguien tenía forma de desmentirlo, porque a mi parecer nadie había tenido mejor acento inglés que Louisa.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Sam al ver nuestras caras pálidas.

Emilia, a la que nunca se le había dado demasiado bien guardar sus propios secretos, confesó tan pronto como recuperó el aliento.

—Creo que ese hombre podría ser mi padre o el de mi hermano.

—¡Emilia! —la reprendí en cuanto lo dijo.

Sam le puso una mano sobre la frente para comprobar si tenía o no fiebre.

—O su abuelo —acabó. Me señaló con toda la tranquilidad del mundo—. Es mi padre o su abuelo.

—¿Qué está diciendo, Julie?

Los ojos de Sam suplicaban compasión.

—No lo sé, es que no quiere decirme de dónde lo ha sacado, pero insiste en que es así y no hay quien la haga pensar lo contrario.

Mi tía, que me había estado escuchando, sacó un sobre pequeño y amarillo de sus cuadernos. ¿Qué más guardaría allí?

—Es una carta para mi tía Aurora.

Yo no me veía con fuerza para leerla, sobre todo porque seguía vibrándome el teléfono en el bolsillo. Esperaba que ninguno de los dos se diera cuenta.

Sam, al ver que no hacía un esfuerzo por cogerla, acabó cogiéndola. La abrió y comenzó a leerla en voz alta.

—«Querida Aurora, ¿cómo estás? Te echo de menos, todos los días. Creo que nunca habíamos estado tanto tiempo separadas, ni siquiera la guerra nos distanció como lo ha hecho el amor, ¿no crees? No sé, puede que el destino tenga un plan para que nos reencontremos pronto, hermana. Te gustaría Inglaterra, llueve sin parar. Todavía me acuerdo de lo mucho que disfrutas de los días de lluvia, así que, como podrás imaginar, pienso constantemente en ti. También pienso en él. Ojalá pudiera evitarlo. Me dijiste que el matrimonio haría que se me borrara la nostalgia, que no quedarían dudas, que bastaría con querer a Michael. Le quiero, de verdad. Sé que te lo prometí, Rori, pero, lo siento, lo lamento muchísimo, no he podido evitarlo. Lo he buscado. Tenía que verlo una vez más, saber cómo estaba, si era feliz. No quería estar toda la vida apretando con fuerza su fotografía sobre el bolsillo secreto de la falda. Perdóname. Ahora tengo que despedirme. Te quiere, tu hermana Louisa».

Cuando acabó de leer, tenía los ojos llenos de lágrimas. Estaba más sensible que de costumbre y algo de esa carta me recordó un olor que también me había acompañado durante meses, como a mi abuela la presión de la fotografía de aquel aviador sobre su muslo.

—Fui a Estados Unidos a buscar a la tía Aurora, por si ella podía decirme algo más. Ahora vive en Iowa.

—¿Y bien?

—No quiso decirme nada. Dijo que no había que desenterrar a los muertos y que esa historia solo había sido fruto de un amor juvenil que no merecía más tiempo y atención del que ya le había dado mi madre.

—Pero Aurora sabía quién era él, ¿verdad?

—Pues claro que lo sabía, Julie, joder. Pues claro que lo sabía. No le hubiese costado nada darme un nombre. Solo necesitaba eso.

—Quizá no te lo dio porque, como ella dijo, solo fue un amor juvenil y él no es tu padre.

—Fíjate en la fecha del sello de la carta, ¿quieres?

Sam lo hizo por mí.

—1968.

—Yo nací en el 69 y mi hermano en el 70. ¿Y si lo encontró y...?

Mi tía parecía haber enloquecido. Con todo mi cariño lo digo, pero nunca la había visto más nerviosa que entonces.

—En esa foto tenía dieciséis años, por lo menos la tía Aurora se dignó a decírmelo. Era de 1944, al poco tiempo de finalizar la guerra. Eso significa que en el 68 ella tenía casi cuarenta

años. Tardó mucho en tener hijos pese a que se casó joven con el abuelo. ¿Por qué? ¿Y si ninguno de los dos somos...?

—Nada de eso prueba que ni papá ni tú seáis hijos de él.

—Emilia —le habló Sam—, a no ser que sepas algo más que no nos hayas contado, Julie tiene razón, no hay ninguna evidencia.

Agradecí que Sam se pusiera de mi parte, sin embargo, Emilia no parecía convencida, y eso solo podía significar que sabía algún detalle más que nos había ocultado de forma premeditada.

Me miró muy seria, con los ojos un poco llorosos.

—No he encontrado la partida de nacimiento de mi hermano.

—Porque papá la tendrá en casa, ya sabes lo meticuloso que es con los papeles —le recordé, porque parecía caída de un guindo, no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—No, Julie. Y si... ¿y si la partida de nacimiento la tiene otra persona?

—¿Qué quieres decir, Emilia? Explícate de una vez.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando esa conversación. Me temblaba todo el cuerpo. Además, desde hacía un rato tenía una angustia horrible y la habitación daba vueltas a mi alrededor.

—Michael y Louisa se separaron un tiempo. Al poco de nacer yo. Ella se fue durante casi un año. Un año, Julie.

Tragué saliva para reprimir el vómito un poco más.

—¿Y eso cómo lo sabes? —indagó Sam, quien estaba más que serio, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Porque mi padre me lo dijo. Sé que no es el mejor hombre del mundo, pero no me mintió en esto, fue al poco de morir mamá. Él estaba muy triste, me confesó que se sentía como aquella vez, solo que entonces estaba convencido de que regresaría a su lado.

No pude aguantarlo más, así que me levanté como pude y eché a correr hacia el cuarto de baño.

Si lo que Emilia contaba era verdad, si todos esos detalles, insignificantes en apariencia, que ella había reunido eran ciertos, entonces mi padre no era hijo de Michael. Eso nos destrozaría a todos.

Cerré la puerta de un golpe y vomité.

El teléfono vibrando.

Era Tom, lo sabía. Llevaba diez días ignorando sus mensajes y sus llamadas sin ninguna explicación. Él estaba en México. Cosas del trabajo. Yo me había prometido romper cualquier vínculo mientras tanto, desaparecer de nuevo como hice cuando regresé de París. Debía quedarme con Sam, le quería, era un buen hombre y...

Apareció pocos segundos después. Primero tocó con los nudillos, sin embargo, no esperó respuesta. Se arrodilló en el suelo a mi lado y me apartó el pelo de la cara mientras me tendía una toalla para que me limpiara. Yo no lo estaba mirando porque mi mente pensaba en otra cosa: contaba las semanas que llevaba sin que me bajara la regla.

Cuando me di cuenta de que ya habían pasado dos meses me sentí más mareada que antes. ¿Cómo no me había dado cuenta de algo tan importante? Había estado muy ocupada con el trabajo, era verdad, y también me había entretenido un rato mintiendo. Lo único que me tranquilizó en aquel momento fue saber de quién sería el bebé.

—Sam.

Tardé un segundo. ¿Decírselo? No, no estaba segura. Eso podría hacerle demasiada ilusión. Si al final me equivocaba, le destrozaría. Mejor no decir nada.

—Dime.

Sonreí con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y si es verdad?

Él no sabía que una parte de mí también se refería a la vida que podría estar creciendo dentro de mí.

—Si lo es, no pasaría nada, Julie. La vida ha seguido durante más de cincuenta años.

¿Y podría seguir para nosotros también después de todo?

—Si es verdad, le hará mucho daño a mi abuelo, pero por encima de todo, mi padre no lo soportará. ¿Sabes cuánto quiere a Michael?

—Lo seguirá queriendo, Julie. Eso no cambiará nada.

—No, claro —dije yo empleando un tono que Sam no se merecía—, solo que los dos odiarán a Louisa: uno por serle infiel y el otro por ocultarle quién era su padre.

Sam negó con la cabeza, se sentó en el suelo detrás de mí y me abrazó con una ternura inaudita, un gesto tan íntimo que sentí que leía mis miedos más profundos y que las yemas de sus dedos por encima de la tela del jersey intuía el secreto de mi vientre.

—Y después la perdonarán, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque no puedes odiar a alguien que ha sido capaz, si es verdad, de renunciar a su propia felicidad para proteger a su familia.

Lloré, después de aquello, lloré muchísimo. Sam no supo los motivos reales, pero yo los repetía dentro de mí como una cantinela incesante:

Los mensajes de Tom sin contestar, la posibilidad de que mi padre fuera hijo de otro hombre, el hecho de que podía estar embarazada.

Mensajes de Tom, mi padre hijo de otro, el probable embarazo.

Tom, el aviador, embarazo.

Pero allí solo estaba Sam y me quería.

TOM

Tiempo prestado

México. Octubre, 2019

Cuando le ofrecí tiempo no pensé que me apartaría de ella de una guantada, sin contestar de nuevo a los mensajes y a las llamadas. Me sentía un intruso en su vida. Quizás lo era. Pero en mi cabeza seguía resonando una promesa que le hice tiempo atrás, algo que no olvidaría.

Igual que tampoco podía quitarme de la cabeza la mañana que amanecimos juntos en el Hotel Châtillon.

París. Enero, 2019

—Sigues aquí —dijo, no a modo de pregunta, sino de afirmación.

Estaba tan sorprendida como yo.

Pensé que me iría cuando se durmiera, que escaparía. Más aún después de la intimidad que habíamos compartido, en más de un sentido.

—Ya ves.

—Eres un hombre extraño.

—Pues imagínate, si me he quedado después de que has roncado toda la noche, ya tengo que ser extraño o especial. Vete a saber.

—Yo no ronco. —No se indignó al decirlo, solo lo comentó de pasada.

—Ya lo creo que sí, guapa.

—Lo de guapa es lo más sincero que has dicho desde que has abierto la boca esta mañana.

—Yo diría que lo segundo más sincero. Lo de que roncas va en serio.

Cogió un almohadón y me lo tiró a la cara.

—Porque se me habrá taponado la nariz. Abriste las ventanas y me he resfriado.

—Claro, ahora será culpa mía, no te jode. Asume que parecías un oso en una cueva y ya está. Tengo la nariz taponada, dice.

Me reí a carcajadas al ver la expresión de su cara.

—¿Tú eres imbécil o qué te pasa?

—Mira, Jules, no pasa nada. Todos tenemos nuestros defectos —señalé.

Se dio la vuelta en la cama y quedó tumbada de espaldas a mí.

—El tuyo es que eres un maleducado.

—Mira, niña, en mi mundo las mujeres también roncan y no pasa nada. Ahora bien, si tú quieres creer que eres una princesa y que duermes plácidamente, pues vale.

Se puso de medio lado y me miró por encima de su hombro.

Yo estaba apoyado sobre mi codo izquierdo y la contemplaba divertido.

—Quiero retirar mi pregunta de antes —sentenció—. Eres imbécil, sin lugar a dudas.

—No me pareció que te importara mientras folla...

—¡Ni se te ocurra decirlo! —me amenazó.

—¿Decir qué?

—Mira, yo no uso esas palabras.

—Ah.

—¿Qué?

—No, nada. Voy a ducharme —dije. Ella pareció aliviada. Me levanté de la cama y fui hacia el cuarto de baño. Entré y pocos segundos después me asomé por el resquicio de la puerta—. Oye.

—¿Qué? —preguntó de nuevo. Parecía que la exasperaba.

—Entonces, ¿anoche follamos o no?

Se incorporó, cogió un cojín y me lo lanzó con una asombrosa puntería.

—Se te ven las tetas.

—¡Gilipollas!

—Ah, y esas palabras sí que las usas, ¿no?

Le lancé un beso.

Me metí en el aseo mientras ella me gritaba.

—¿Tú eres bipolar o qué te pasa?

Sabía que me lo preguntaba porque la noche anterior habíamos tenido un momento de confesiones, de contarnos cosas de las que no deberían hablar los desconocidos. Pero era de día y yo necesitaba poner distancia, y la manera de hacerlo era mosqueándola con ese comportamiento mío que parecía ponerla a la defensiva.

—¿Te quieres duchar conmigo?

—Ni en tus mejores sueños —gritó.

—En mis mejores sueños hacemos cosas mejores que ducharnos. Podrías pedir el desayuno y te las cuento con un café.

—No quiero que me cuentes nada —le oí decir mientras el agua caliente me recorría el cuerpo.

—¿Estás segura? Creo que te gustarían y...

De pronto la escuché entrar en el cuarto de baño. Abrió el grifo del lavabo y el agua salió ardiendo en la ducha.

—¿Estás loca o qué?

—Ya ves que sí.

—Para, que me quemas vivo.

No me quedó más remedio que echar a un lado la mampara y salir desnudo y con los hombros y el pecho rojos.

—¿Qué haces?

Ella estaba allí plantada, con un pijama que debía de haber sacado de su maleta. La mía estaba en mi hotel. Los brazos en las caderas y una infinidad de pliegues en el entrecejo.

—Deja de decir tonterías.

—Es un poco feo que digas que mis sueños son tonterías, Jules.

—¿Tú no tendrías que haberte ido ya? —inquirió.

—Ah, ya veo. Aquí querías llegar y no sabías cómo hacerlo. Pues mira, pensé en irme, pero no sé, hacía frío, olías bien, estaba cansado. Y me quedé a dormir, tampoco creo que fuese un delito por mi parte, ¿no?

Apartó la mirada porque yo no me había molestado ni siquiera en cubrirme con una toalla.

—Puedes echar un vistazo, tranquila, aunque todo sigue igual que anoche.

—¿Es que solo piensas en sexo? —indagó cabreadísima.

Adopté un semblante serio casi de manera natural.

—Ya sabes que no.

Se mordió el labio. Recordó la noche anterior. Nosotros siendo más humanos.

—Voy a pedir algo para desayunar.

—¿Y crees que podré tomarme un zumo de naranja aunque sea o tengo que vestirme deprisa, corriendo y desaparecer?

—Desayunas y te vas —me dijo señalándome con un dedo acusador.

—Tienes mal despertar, ¿eh?

Me lanzó una toalla.

—Y una manía preocupante: no dejas de tirarme cosas. Almohadas, toallas, la caña.

—Yo no te he tirado la caña.

—Pues yo creo que anoche mordí algún anzuelo. —Sonreí.

A ella también se le dibujó una media sonrisa. Sabía que no podría estar seria todo el día.

—Tom.

—Jules.

Puso los ojos en blanco y salió del baño.

Me vestí con el albornoz que encontré colgado del perchero y salí al dormitorio.

—¿Qué haces hoy? —le pregunté.

—Coger un avión y volver a Londres.

Hice una mueca con la boca que no le pasó inadvertida.

—¿No me preguntas qué hago yo? Es de mala educación no mostrar interés por los demás, ¿sabes?

Soltó tal bufido de desesperación que tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarme a reír.

—¿Qué haces tú? —preguntó arrastrando las vocales.

—Pasar el día contigo.

—Ya, claro, ¿en qué universo alternativo?

—En uno en el que cancelas tu vuelo y te quedas conmigo, damos una vuelta por la ciudad, comemos queso y bebemos vino, volvemos al hotel.

—Volvemos al hotel, por supuesto. —Se le dibujó una sonrisa triste, como si le pesara la idea de tener que repetir lo que habíamos hecho la noche anterior.

—No tenemos por qué desnudarnos esta vez, aunque no estuvo mal, ¿no?

No dijo nada. Me dejó con la duda durante un buen rato, hasta que al fin, sintiendo que no dejaba de mirarla, se dignó a contestar.

—A ver, Tom, anoche fue anoche. Y no, no estuvo mal.

—Oye, Jules.

—¿Qué?

—Deja de fingir que no te importa, si yo ya sé que sí. A mí me importa.

—Y por eso quieres que anule mi billete de avión, como si no tuviera una vida fuera de aquí, y me quede contigo.

—Sí, eso es lo que quiero.

—¿Te has vuelto loco o qué?

—¿Es que te queda alguna duda?

Se dejó caer en la cama. Había conseguido hacerle jaque al rey, bueno, a la reina.

—¿Y por qué tendría que hacer una estupidez como esa?

Estaba esperando a que le diera una respuesta lo suficientemente buena como para aferrarse a ella, esconderse y quedarse.

—Porque quieres hacerlo.

Me tumbé a su lado en la cama.

—En la vida no todo es querer. A veces hay cosas que no pueden ser y ya está.

—Vale.

Nos quedamos en silencio.

—¿Vale?

—Sí, vale —contesté, aunque no me estaba rindiendo, solo quería que reaccionara de otra manera, que se liberara de aquello que la tenía atada: su anillo de compromiso latiéndole en el dedo.

—¿Y ya está?

—Bueno, creía que querías que te lo pusiera fácil. Desayunamos, me voy, te vas. Ya está. Vale. Lo acepto.

—Eres idiota.

Se levantó de la cama hecha una fiera. Dio varias vueltas por la habitación como una leona enjaulada. Yo solo la observé. Quieto. Muy quieto.

—Aclárate —ordené al final—. ¿Quieres que insista o no? Porque ya no tengo claro cómo contentarte.

—No tienes que contentarme, no me conoces de nada.

—Pero quiero conocerte.

—¿En un paseo por París? —dijo sarcástica.

—O en dos.

—¿Ves? Es que parece que te estás cachondeando.

—No, es que tú escuchas solo lo que te interesa. Te lo he dicho muy claro: quiero pasar el día contigo. Y es posible que mañana te pida que te quedes también.

Se dejó caer en el sillón que había frente a la cama. Era como si le pesara el cuerpo. Parecía derrotada.

Me levanté de la cama y saqué de mi mochila la cámara de fotos.

—¿Qué haces?

—Fotografiarte.

—¿Por qué?

—Porque puede que sea la única forma de que te quedes conmigo. En una fotografía.

Le saqué un par de fotos. No se molestó en sonreír. Ni siquiera miraba a la cámara, sus ojos iban más allá de la lente.

Sus ojos verdes, esos que me recordaban a lo profundo de los bosques y de las selvas, me miraban a mí.

—Dame un buen motivo para quedarme.

—Ya te lo he dado antes.

—¿Y cuál era?

—Tú.

—¿Yo?

—Sí —murmuré—. Te quedas porque quieres quedarte. Por nadie más. Te quedas por ti.

Se quedó.

París fue nuestro durante tres días.

Nuestro y de nadie más.

Suyo.

Ya no nos quedaba nada, solo las conversaciones y los besos, que yo no lograba olvidar por más que lo intentaba. Y cuánto más los revivía, más necesidad de ellos tenía.

Por eso París no se iba.

Ni el olor de Jules, que había sobrevolado océanos a mi lado.

No se iba, pero ella sí.

Me dejaba. Elegía a otro. Quizá siempre lo eligió a él y nunca fui lo suficientemente maduro para darme cuenta de que yo solo era el otro, aquel que le decía cómo podía sentirse mejor, que la empujaba a confiar más en sus instintos que en las normas.

Sin embargo, a la hora de la verdad, eso no cuenta para nada, porque acabamos obedeciendo las leyes.

EMMA

Toda la soledad que me persigue

Después de que Sam decidiera que era una buena idea acompañarnos a George y a mí en nuestra cita improvisada, supuso también que de ese momento en adelante sería conveniente convertirse en mi sombra, ir un paso detrás de mí como si fuera un guardián invisible. Aunque lo de invisible hubiese sido favorable, porque él había optado por hacerse notar. George, por su parte, procuraba ignorar a su jefe y, a veces, incluso le reía las gracias, cosa que, para qué engañarnos, rayaba en lo absurdo. Tampoco podía pasar por alto que mi teléfono había estado vibrando sobre el escritorio todos los días. Ethan no se rendía fácilmente. Había pasado del odio más agudo a las súplicas. Por eso, cuando el viernes al salir de trabajar lo encontré plantado en mi portal no me extrañó.

Él sí que se sorprendió al verme. Había cambiado desde la última vez.

«Joder, Ethan, ¿por qué no me pones las cosas un poco más fáciles? ¿No te das cuenta de que me siento fatal después de todo? ¿Cómo tienes todavía la poca vergüenza de aparecer en mi casa?».

—¿Qué coño haces aquí? —solté sin reprimirme.

Busqué las llaves en el bolso. Intenté que se echara a un lado, pero se interpuso en mi camino como había hecho tantas veces a lo largo de los años. Idiota yo que se lo había permitido. Tenía que haberme alejado hacía tiempo. Tanto que me parecía que se había creado una atracción magnética —y cruel— que me acercaba a él aunque no se mereciera ni que le dirigiera la palabra.

—¿Podemos hablar?

—¿Ahora quieres hablar? No me jodas.

Introduje la llave en la cerradura. Colocó su mano sobre mi hombro cuando empujé la puerta.

—Por favor. Solo un momento. Esto no puede acabar así.

Parecía calmado, pese a que no sabía muy bien qué pretendía conseguir con una conversación. Yo ya no tenía nada que decirle y poco me importaba lo que él necesitara confesarme.

«Tienes que mantenerte en tus trece. Ni se te ocurra dejar que suba al piso, sabes cómo va a acabar esto. Te mereces algo mejor. Estás bien sin él. Mierda, Emma, no le mires a los ojos. No, no des un paso atrás».

—Solo cinco minutos. —Tragué saliva.

—Te lo prometo. Me iré enseguida.

«Ojalá sea verdad. Ojalá te hubieses ido hace mucho. ¿Por qué has tenido que quedarte a mi lado? ¿Por qué te tomaste la molestia de hacerme pensar que me querrías siempre?».

Subimos en el ascensor en un silencio categórico. No dijimos nada hasta que varios minutos después estábamos sentados el uno frente al otro en el sofá del piso.

—¿Y bien? —me apresuré a decir.

No quería regalarle ni un mísero segundo de mi vida, por muy insignificante que sintiera que era. Tenía que curarme de las secuelas que había dejado la forma de quererme que tenía Ethan. La misma con la que me había contagiado para no advertir ninguna de mis cualidades. Me había convertido en un títere de madera hueca que suplicaba un poco de atención, que se arrastraba por unas pocas caricias, que dejaba pasar los mejores años de su vida para acabar rota.

—Emma, nosotros no podemos acabar así.

Tuve que sacar fuerzas de flaqueza para sonreír y mantener la compostura.

«Como finja que aquí no ha pasado nada, juro que le tiro una puta silla a la cabeza».

—Nos hemos equivocado en muchas cosas, pero merecemos otra oportunidad.

«¿Me está vacilando o qué co...?».

—¿Nos hemos equivocado?

«Esto no tiene nombre. ¿Cómo puede tener los santos cojones de decir que nos hemos equivocado? ¿Qué he hecho yo a lo largo de estos años? ¿Pedirle que viniera a vivir conmigo? ¿Pasar por alto todas las cosas que sé que ha hecho y que he callado? ¿Esperar que me valorara más? Sí, me había equivocado».

—Tú tampoco has puesto de tu parte.

—¿Cuándo exactamente? ¿Cuando he ignorado a la gente que me decía que me has puesto los cuernos cada vez que has podido? ¿Cuando he dejado de un lado lo mal que me hacías sentir cuando no aparecías? ¿Cuando he estado allí para ti, sin condiciones?

—Yo nunca te he puesto los cuernos.

«Acabáramos. Sabía que había sido una mierda de idea dejar que subiera».

—Venga, Ethan, sé sincero por una vez en tu vida. Lo sabe todo el mundo, ¿qué quieres ocultar? Te has follado a cada mujer que se ha puesto en tu camino.

Tuve que levantarme del sofá y alejarme un poco de él. Me estaba poniendo francamente nerviosa que siguiera negando una y otra vez la verdad.

«Deja de mentir, maldita sea. Deja de mentir».

—Yo no te haría eso —siguió—. Tú, sin embargo, no lo tengo tan claro. Estás aquí sola. ¿Quién me dice a mí que no me has sido infiel durante todos estos años? ¿Yo cómo iba a saber qué estabas haciendo? He confiado en ti, pese a todas las sospechas.

Eso fue lo que colmó el vaso de mi paciencia.

—¿Todas tus sospechas? —Hice mucho énfasis en esta última palabra—. ¿Que tú no sabes lo que he estado haciendo aquí sola? —Estaba repitiendo todo lo que él había dicho solo para asegurarme de que había escuchado bien y de que no me estaba volviendo loca—. Te diré lo que he estado haciendo durante diez largos años: trabajar y esperar a que movieras el culo. Te he pedido en infinidad de ocasiones que vinieras a vivir conmigo. ¿Qué se supone que me estás reprochando?

Él permanecía impasible, sentado en el sofá. Yo apreté los puños hasta que se me clavaron las uñas en las palmas de las manos. El dolor me distrajo durante un segundo, hasta que Ethan volvió a hablar.

—No te estoy reprochando nada; eso se te da mejor a ti. ¿Por qué siempre me echas en cara las cosas que no he hecho? No estaba preparado para dejar mi casa y venirme a otra ciudad. Ya lo hice una vez. Solo quería estabilidad.

—Estás en todo tu derecho a quedarte donde quieras, igual que yo. Por eso siempre esperé a que sintieras que tu casa, tu hogar, acabaría estando donde pudiésemos estar juntos. Me equivoqué. Y sí, te lo reprocho porque podrías haber tenido más agallas y haberme dicho que

nunca sería tan importante para ti como para renunciar a lo que habías creado en otra parte.

«Y me hiciste daño».

—En realidad nunca quisiste que viniera a vivir contigo. —Agachó la cabeza y entrelazó los dedos de las manos.

«¿Es que es incapaz de darse cuenta de lo que lo he querido o quiere hacerme sentir culpable de que lo nuestro no haya acabado bien?».

—¿Qué hubiera hecho yo aquí con tus amigos? Sé que te avergüenzas de mí.

Coloqué las manos detrás de la nuca, exasperada. No sabía cómo hacerle ver que no había comprendido en absoluto quiénes éramos y que yo, por el contrario, nos conocía muy bien a los dos.

—Nunca me he avergonzado de ti. De hecho, me sentía muy afortunada. No sabía por qué te habías fijado en mí —confesé.

—Sé que no soy tan inteligente como tú.

—Ni yo tan guapa como tú, pero eso no significa que dos personas no puedan estar juntas —le expliqué, ya que él no parecía comprenderlo. A mí también me había costado asimilarlo.

—Tú siempre has sido la chica más guapa para mí.

«No es verdad. Por mucho que lo niegues sabes que es cierto».

Al fin me miró. Reconozco que nunca lo había visto tan abatido. Me dolió, había sido el hombre con el que había soñado que construiría una familia. Una década de idas y venidas, de no saber si estábamos bien o mal, si la forma de querernos era la única que existía. Si sus manos serían las únicas que me tocarían toda la vida.

Suspiré.

«No te acerques. No es buena idea».

Ignoré la voz de mi cabeza. Llegué hasta su lado, me senté cerca y cogí una de sus manos.

—Has cambiado —susurró.

Supuse que se refería a mi aspecto físico. No dije nada.

—Si te he hecho daño, lo siento —acabé diciendo, quizás porque una pequeña parte de mí se sentía también responsable de que las cosas no hubiesen salido de otra manera.

—Los dos nos lo hemos hecho.

«Está bien, lo aceptaré como una disculpa, pese a que se queda lejos».

—Siempre seré el hombre que más te quiera.

—Espero que no, porque no me has querido mucho —solté con toda la paz interior que hallé. Poca, la verdad—. Creo que será mejor que te vayas, Ethan.

—Y yo creo que deberíamos intentarlo de nuevo.

Se inclinó hacia mí. Me besó con ternura al principio, con vehemencia después.

Lo empujé a un lado, pese a la familiaridad de sus labios.

—Para.

Pero él opinó que era más interesante seguir.

—Te he dicho que pares, Ethan. Vete de mi casa.

Insistió hasta que no me quedó más remedio que darle una bofetada. Tan sonora que prometo que a mí también me dolió. Me hirió más por lo que significaba haber tenido que abofetearlo, el motivo por el que lo había hecho, que el golpe en sí mismo. Él debería haber entendido qué significaba no; yo no debería haber creído que Ethan nunca me haría daño.

—Lárgate.

Me miró con tanto odio que por un segundo temí que la bofetada me sería devuelta. Tembló

cada una de las partes de mi cuerpo, como si quisieran desprenderse de mí, ponerse a salvo de cualquier cosa que fuese a suceder, de la herida que vendría después. Sin embargo, Ethan se puso de pie con hastío, negó con la cabeza varias veces y se dirigió hacia la puerta no sin antes decirme que era la peor persona que había conocido en su vida y que, sin duda, me merecía todas las cosas malas que me sucediesen.

Lloré mucho cuando cerró de un portazo y corrí a echar la llave. No paré durante horas. Ojalá mi madre hubiese estado viva para poder contárselo, para tener a alguien en quien confiar, que me reconfortara diciendo que no había hecho nada malo y que acabaría siendo más feliz de lo que lo era en esos momentos. No estaba, se encontraba bajo el peso de la tierra y nunca volvería a atender mis llamadas.

Estaba sola.

Al día siguiente fui a trabajar con tanto maquillaje que ni siquiera me reconocía. Tenía que disimular la noche en vela, las ojeras, la soledad. Nadie pasó por mi despacho en toda la mañana, lo agradecí. Solo quería estar en silencio, no tener que disimular la forma en la que me ronqueaba la voz después del llanto. Quería volver a ser la Emma que fui una vez, antes de Ethan, antes de Londres. Puede que no fuese la persona más popular del mundo, sin embargo, tenía claro en quién quería convertirme.

«Y ahora mírate, han pasado diez años de tu vida en una sacudida. Has perdido la sonrisa y todo cuanto te definía. Descubre de una maldita vez lo que quieres, Emma».

—Eh.

Estaba en la sala de descanso, sirviéndome el tercer café del día. Era lo único que me mantenía en pie entonces.

«Podrías pillar algo de marihuana, seguro que el chaval que te trae la compra pasa drogas, tiene pinta».

—Mina, ¿qué tal? —logré articular.

Removí el café a toda velocidad, para que se enfriara cuanto antes y pudiera bebérmelo de dos largos tragos. Ojalá me revivificara.

«Hazme caso, las drogas te dejarían anestesiada. Esta manera de sufrir no es ni medio normal».

Sí, bueno. Mi subconsciente no me daba los mejores consejos aquellos días.

Mina era una chica que por lo general estaba callada. Era una de las abogadas de la empresa. Normalmente venía dos o tres veces a la semana para mantener los asuntos de interés al día.

—Me encanta tu cambio de look, en serio. Te favorece muchísimo el pelo suelto. —Sonrió con esa gracia que solo alguien seguro de sí mismo sabe lograr.

«¿Cuántos años vas a necesitar tú para ir por la vida pisando con esa determinación?».

—Muchas gracias.

Cogió una taza y se preparó un té.

—Oye, Emma. —Parecía que no iba a tener la suerte de que nos quedáramos calladas—. ¿Por qué no te vienes este fin de semana conmigo y con las chicas al spa?

Eso sí que me sorprendió. Nunca había tenido amigas con las que hacer planes.

—¿Qué chicas?

—Silvia y Ana.

Eran las administradoras. Me caían muy bien y siempre me habían tratado con mucha amabilidad. De hecho, eran las que solían invitarme a ir a tomar algo con ellas y el resto de

compañeros del trabajo.

«Entonces, ¿por qué demonios no estás diciendo que sí?».

—No sé, no quiero molestar.

—Anda ya, no digas gilipolleces —contestó ella rotunda—. Además, perdona que te lo diga, pero traes una cara de angustia que, joder, un buen masaje te la quitaría.

Vale, esa era la vez en la que más hablaba con Mina de cosas que no tuvieran que ver directamente con el trabajo. Me pareció ciertamente graciosa, ella, tan rubia, tan elegante con esos trajes chaqueta de falda de tubo, tan atractiva, diciendo tantos improperios. La hacían, desde luego, mucho más interesante. Tenía la suficiente confianza en sí misma como para decir lo que pensaba. La envidié por ello.

—Mira, Emma, te diré un par de cosas que tienes que saber de la vida.

Eso me interesó, sobre todo porque era cinco años más joven que yo. Eso sí, parecía tener todas las claves del éxito que yo desconocía.

«Quizá deberías escucharla, ¿no te parece? Parece una tía sensata. Y si no te convence, después vas a por la droga».

—¿Cuáles?

Ella cogió una bolsita de té negro y la introdujo en la taza de agua hirviendo. Después colocó un platito encima. Lo dejó todo sobre la encimera, donde se apoyó, y me observó con ternura. No fue hasta ese momento cuando me di cuenta de lo mucho que necesitaba algo de cariño.

—La primera es que las personas que te hacen daño las tienes que sacar de tu vida a hostias.

Se me atragantó el café, no pensé que fuese tan transparente para el resto de las personas. O por lo menos para una de ellas. ¿Se habrían dado cuenta también los demás?

—La segunda es que siempre que haya alguien que te ofrezca ir a un jodido balneario, en lo único en lo que tienes que pensar es en si el bañador que te vas a poner te realza el culo y las tetas. ¿Tienes un bañador así, Emma?

«La madre que la parió. Esta tía sí que sabe, Em».

Me había dejado con cara de espantapájaros. La miraba como si no hubiese escuchado bien lo que acababa de decirme. Ella esperaba una respuesta, claro. Yo solo pensaba en que por fin entendía cómo la empresa estaba dentro de la legalidad de las cosas: era una fiera esa chica.

—Pues no lo sé, la verdad. No suelo ir ni a la playa ni a la piscina —confesé.

No se trataba de que no me gustara mi cuerpo en traje de baño, es que no había tenido tiempo, ni tampoco con quién ir. A Ethan le gustaba más estar trabajando en sus motos cuando disponía de tiempo libre. Lo más cerca que había estado de la playa había sido cuando a los dieciocho años recorté mi silueta de una foto Kodak y la pegué, como si de un collage se tratase, sobre una página de revista que mostraba una isla paradisíaca.

Treintaicinco años y no había visto el mar.

«Y luego dices que no necesitas drogarte».

—Esta tarde vas y te compras uno. —Me señaló con el dedo índice en forma de amenaza—. El más obsceno que encuentres. —Su sonrisa se volvió pícaro al decirlo.

—¡Mina! —exclamé yo.

—¿Sabes qué? —reflexionó—. No sé si me fío de ti, creo que te lo compraré yo misma.

—¿Qué? No, no es necesario. Si seguro que...

—No hay más que hablar.

Le quitó el platito a su taza, sacó la bolsita de té y echó un terrón de azúcar dentro.

—Tercera lección, Emma.

«Joder, ¿y ahora qué?».

—Que nadie te diga el azúcar que puedes tomar.

Eso me hizo sonreír de verdad. Creo que fue el tono en el que lo dijo.

—Todos se creen con derecho a opinar sobre lo que las mujeres nos llevamos a la boca, ya me entiendes. —Hizo una insinuación peligrosa que me obligó a cerrar los ojos por la vergüenza—. Así que toma todo el azúcar que quieras.

«Esta chica va a matar, Em. La quiero en tu equipo».

Se acercó a mí, me pasó un brazo alrededor de los hombros y me dio un beso en la sien. Me pilló todavía más desprevenida que el resto de las cosas. Después de la noche anterior pensé que me entrarían escalofríos por el cuerpo con el mero contacto de alguien, pero acabaron relajándoseme los hombros. Me apoyé un poco en Mina y aparté la mirada porque me eché a llorar en silencio. Ella lo sabía, no dijo nada al principio. Me apretó un poco más a su lado. Me acarició el antebrazo con un afecto que no sabía de dónde surgía. Yo, por mi parte, hipé entre lágrimas. El olor de su té era fuerte y reconfortante a la vez.

—Cuarta lección.

Esperé otra de sus revelaciones.

—Emma significa «mujer con fortaleza».

Me giré hacia ella seguramente con la cara llena de chorretones de maquillaje, porque dejó la taza en la mesita más próxima y comenzó a limpiarme con una servilleta.

Sabía que ese era el significado de mi nombre, pero nunca le había hecho justicia, para qué mentir.

—¿Sabes por qué te lo digo?

Negué con la cabeza.

—Porque parece que se te ha olvidado. Hace meses que estás apagada, y joder, está de puta madre que hayas querido exteriorizar el cambio, pero hasta que no te sientas bien contigo misma y te quieras un poco más, no habrá hombre o mujer que te haga feliz, ¿entiendes?

Asentí en pleno silencio. Tomé aire por la nariz y aguanté la respiración.

—Bien. Entonces vendrás con nosotras al spa, ¿verdad?

Volví a asentir, esta vez con más rotundidad.

—Y te comprarás el bañador más insinuante que encuentres.

A eso me costó más decir que sí, sin embargo, era lo que ella quería escuchar, intentaba hacerme sentir bien.

—Genial, Emma, genial. —Me colocó dos mechones de pelo detrás de las orejas—. Lástima que estés enamorada de Sam, si no, te presentaría a mi hermana, siempre le han gustado las pelirrojas.

«¡Hostias!».

—¿Qué? Yo no...

—Sí, tranquila, ya sé que no te gustan las mujeres —dijo ella.

—No, yo no estoy... no estoy —intenté sonreír.

—Quinta lección, Emma.

Cogí aire por la boca, pero no lo solté.

—Sé sincera contigo misma. Es lo mínimo que te debes.

Ya no fui capaz de desmentir nada porque en ese momento entraron en la sala otros dos compañeros y Mina comenzó a hablar con ellos. Era curioso, habían descubierto mi mayor secreto, ni siquiera había tenido el valor de confesármelo a mí misma, pero me sentía bien.

Noté un alivio que me hizo respirar de nuevo.

SAM

Otro olor

Londres. Noviembre, 2019

Julie parecía tener prisa por que me fuera aquella mañana. Quizá solo fuera mi ojo clínico que, a diferencia de antes, percibía mucho mejor los detalles, esos que tiempo atrás atribuía al cansancio. No paraba de preguntarme qué podría haber hecho mal para que se distanciara de ese modo, dejando tras de sí un rastro de pistas que yo, quizá equivocadamente, llenaba con silencios. Esperábamos una y otra vez a que se apagaran las luces para decirnos con la oscuridad y la quietud de la noche todo lo que no nos atrevíamos cuando nos mirábamos a los ojos.

Hay que tener valor para aceptar la mentira en la que te has acostumbrado a vivir. De un tiempo a esa parte yo había aprendido a creerme incluso aquello que le costaba creer a mi boca, a lo más profundo de la soledad en la que me escondía desde que Juliette ya no era la mujer que me abrazaba cuando estaba asustado y cuando la vida, con todas sus absurdas leyes, se me quedaba grande, holgada como un kilómetro de oleaje rompiendo en una costa erosionada. Yo me sentía como esas rocas calizas que se desgastan con el solo roce de las miradas. Me sentía perdido en las calles, cada vez menos estrechas, incluso en nuestra casa.

La forma de mirarnos poco o nada tenía que ver con el pasado. Ahora éramos dos sombras que deambulaban por los pasillos y por el cuerpo del otro a tientas, temerosos de encontrarnos, de colisionar hasta causar un destrozo más grande que los secretos que ya no compartíamos. Esos éramos Julie y yo entonces: dos sonrisas maltrechas que compartían el café en el desayuno, en ese extraño ritual llamado costumbre. Era lo máximo a lo que podíamos aferrarnos, a la cotidianidad de saber que seguíamos allí. Se trataba de una seguridad hiriente. El frío en esa cocina contrastaba con el calor que desprendían las tazas cerca de nuestros labios, que solían rozarse de pasada cuando ya no quedaba otra alternativa a la verdad.

Pocas veces me había dolido tanto darme cuenta de que había algo que no funcionaba en una de mis relaciones. Diría que esa, sin lugar a dudas, fue la vez que más tristeza sentí al percatarme de que Julie no encontraba su lugar a mi lado. No tendríamos un futuro juntos porque nuestro presente estaba haciendo acrobacias sobre una cuerda muy fina, sin ningún tipo de seguro que nos fuese a salvar de aquello que nos empeñábamos en desmentir bajo los efectos del miedo, o quizás también influyese el afecto de tantos años, momentos, caricias que no volverían.

Por eso a veces uno tiene que escapar.

Toqué al timbre.

La puerta se abrió varios minutos después. No me moví del sitio porque una voz me había pedido desde dentro que esperara. Emma apareció con un algodón húmedo en uno de los ojos y el otro mirando hacia la penumbra del rellano.

—Em.

—¿Sam? ¿Qué haces aquí? —preguntó mientras se deshacía del disco de algodón y fijaba la mirada en mí.

Dio un paso hacia atrás y abrió un poco la puerta que daba al interior de su piso.

—Ya te dije que vendría a echarte una mano.

—Y yo insistí en que no era necesario.

Levanté las bolsas de la compra que traía. Hice una breve mueca con los labios y me encogí de hombros. En ese momento me di cuenta de que parecía muy contrariada con mi actitud. No podía culparla, ni siquiera yo asimilaba del todo qué se suponía que estaba haciendo.

—Creía que estabas de coña —concluyó al tiempo que me hacía una señal para que entrara.

Suspiré aliviado cuando me sentí a salvo de su examen inquisitivo.

—La cocina está aquí al lado —me indicó.

Toda la casa estaba a oscuras. Estaba atardeciendo y solo se filtraba una tenue luz ambarina que dibujaba destellos anaranjados sobre las paredes blancas. Tampoco hacía falta encender ninguna lámpara, el apartamento podía recorrerse en unas pocas zancadas. Me pareció la vivienda más pequeña en la que había estado y, al mismo tiempo, de una manera dolorosa, la más acogedora.

Dejé las cosas sobre la encimera. Hice un ademán de sacar algunos de los alimentos de las bolsas, pero ella negó. No hacía falta, sentenció. Después de asegurarle que había cosas que estarían mejor en la nevera, puso los ojos en blanco y me dejó pastar a mi aire por su cocina.

—¿Te importa si voy a tumbarme?

—¿Te encuentras bien? —pregunté, porque todavía no había tenido la decencia de hacerlo, aunque la había llamado después de la operación para asegurarme de que todo había salido como se esperaba.

—Sí, sí —asintió mientras estiraba del cordón de los pantalones grises de chándal que llevaba puestos. Holgados. Nada insinuates. Aun así, le quedaban tan bien que, junto con la también ancha sudadera, parecía una adolescente. A algunos les sentaban mejor los años que a otros, por lo visto.

—¿Te preparo algo de comer?

Enarcó una ceja.

—Sí, ¿por qué no?

—¿Salado o dulce? —indagué sin mirarla, ya que me había parecido más adecuado centrarme en guardar los yogures en el frigorífico. Esa era una buena manera de sortear el peligro de querer comprobar si llevaba sujetador o no.

Había perdido la cabeza.

—Sam, un sándwich está bien.

Y ella lo que estaba era seca, aunque claro, ¿de quién era la culpa? Se suponía que yo era su jefe, ¿a qué demonios estaba jugando yendo a su casa y haciéndole la compra cuando no me lo había pedido?

—Está bien. Te lo llevo enseguida.

—Como quieras.

Pues sí que estaba tensa la cosa. Intenté sonreír para compensar su estado de ánimo. Ella no lo intentó. Se marchó. Oí sus pisadas descalzas recorrer el reducido pasillo que debía de llevar al dormitorio. Era una hipótesis, porque no me había hecho una visita guiada.

Hice un sándwich tan grande como pude, no por nada, sino porque necesitaba dilatar el tiempo antes de enfrentarme de nuevo a su forma de mirarme. De pronto parecíamos enemigos. Había hecho algunas cosas que, como se evidenciaba, no le habían hecho ninguna gracia, y tampoco es

que entendiera por qué me estaba comportando como un auténtico imbécil.

Fui hacia la habitación con el plato en una mano y un zumo en la otra. Estaba recostada, con la espalda apoyada en el cabecero, las piernas entrecruzadas, al igual que los dedos de las manos sobre su regazo, y la vista clavada en un pequeño cuadro que había frente a la cama.

—Con esa postura pareces un cadáver —dije sin pensar.

Siempre que me ponía nervioso acababa soltando una sarta de tonterías por la boca.

—Si te digo lo que pareces tú, igual ser un cadáver es lo de menos.

Emma apuntaba con bala aquel día.

Dejé lo que había llevado sobre la mesita de noche que estaba a su lado, en la parte izquierda de la cama. Me retiré hacia atrás como si temiera que fuese a saltar todo por los aires si tocaba algo o si pisaba donde no debía.

No pude evitar fijarme, no obstante, en la foto que había en la cómoda, a mi lado. En ella sonreía una radiante Emma, tal vez varios años atrás, y a su lado, un poco más serio, un hombre especialmente atractivo que la tenía cogida de la cintura. Ese debía de ser su exnovio. El tipo parecía sacado de un desfile de moda. Era demasiado guapo como para no fijarse en él.

—Es Ethan —me confirmó Em al ver que no apartaba los ojos. Parecía gilipollas, que, por otra parte, creo que es lo que ella había querido decirme un minuto antes.

—Ya veo. Era guapo.

—Es —rectificó—. No está muerto. Ser un cabrón no te mata. Aunque como para ti todos somos unos cadáveres...

Me sentí un poco intimidado, pero no porque me estuviera poniendo firme, sino porque me sentía extraño. No sabía por qué estaba tan cabreada.

—Estás enfadada, ya lo he captado.

—¿Te aplaudo? ¿Esperas algún tipo de reconocimiento?

—Em...

Me quedé apoyado en la pared, porque sí, no me atrevía a irme, ni quería, joder.

—Ni Em ni Emma.

Cogió el envase de zumo y lo abrió mientras murmuraba algunas cosas entre dientes.

—¿Cómo se te ocurrió decirle a George que no me pidiera salir?

Y allí estaba. Pues sí que había tardado poco el muchacho en andarle con el cuento.

—Lo amenazaste.

—No es verdad. —Negué también con la cabeza—. Nunca haría eso.

—Pero sí que te creíste con potestad de decirle lo que podía hacer e implícitamente a mí. ¿Qué te crees, mi padre?

Desde luego no me creía su padre. Para nada. Me había movido por un impulso que iba más allá de cuidarla, porque yo ya sabía que George no era un mal tipo, quizá fuese bueno para cualquier mujer, pero no para Emma. Sin embargo, estaba más que claro que no tenía ningún derecho a alejar a nadie de su lado, ni a poner ningún impedimento a ninguna de las cosas que ella o cualquier otra persona quisiera hacer. Y allí estaba, no obstante, siendo un estúpido egoísta, y puede que algo más, yo, que siempre llevaba la palabra «feminista» en la boca, me comportaba como un neandertal.

Cojonudo, Sam.

—Perdóname.

—No. —Rotunda y directa. Bofetada en el alma, que tiene un cuerpo que duele más que cualquier pedazo de piel que te puedan cortar.

—Por favor. Me disculparé con George también y prometo no intervenir más —le pedí con tono apenado. No era fingido, realmente me hería la manera en la que me estaba mirando.

Movió la cabeza de un lado a otro indicándome una negativa.

—Em, no pretendía herirte.

Depositó el envase de zumo sobre la mesilla. Se quedó muy quieta. Desde la distancia que había de por medio y por culpa de la oscuridad de la estancia a duras penas podía distinguir los rasgos de su cara.

—Pues lo has hecho —siseó al final.

Se me secó la boca de golpe. Un nudo me asfixió desde dentro. Me quedé un segundo en silencio y murmuré un «lo siento» casi inaudible.

—Muchos hombres me han hecho sentir mal a lo largo de mi vida. No estoy dispuesta a seguir sintiéndome como un objeto, Sam. Soy libre de hacer lo que quiera y tú no puedes opinar. No te lo he pedido, ni como amigo, ni como jefe, ni como nada.

Pensé en pedirle perdón de nuevo, insistir. No habría valido de nada, tenía que reconocer mejor mis errores.

—Me he equivocado. Jamás quise hacerte daño, Em.

Di un paso hacia la cama. Algo en mí me gritaba que me quedara justo donde me encontraba.

Otra voz ganó, la que me empujó como a un autómata hasta su cama. Apoyé una rodilla y fui sumergiéndome en el colchón. Ella me vigilaba, pero no me impidió cogerla de la mano.

—De verdad, lo arreglaré.

El cómo era el gran dilema en el que me encontraba mientras le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar, en zigzag, también en círculo.

—No puedes —susurró ella.

Los ojos se le habían llenado de lágrimas. Debían escocerla, justo después de la operación estaban mucho más sensibles de lo normal, así que miró hacia arriba y pestañeó varias veces.

—Sí que puedo —me empeciné.

Emma negó repetidas veces con la cabeza, un gesto vehemente que no me paralizó cuando tomé su otra mano y tiré de ella para incorporarla y acercarla a mi pecho. Noté una de sus temblorosas manos sobre mi antebrazo. La tela de la camisa era demasiado fina como para no darme cuenta de que le ardía la piel. Apoyó la mejilla sobre mi pecho. La voz se le quebró la siguiente vez que me lo repitió:

—No puedes. No puedes arreglarlo, Sam.

—Déjame que lo intente, por lo menos.

No aceptaría una derrota, aunque entonces no sabía que estaba todo perdido.

—Te dejaría, pero no serviría de nada, porque no sé cómo arreglarás que me haya enamorado de ti.

La mano con la que estaba acariciando los cabellos se detuvo. Se echó un poco hacia atrás y me observó como si aquella fuera, sin lugar a dudas, la primera vez que nos atrevíamos a mostrarnos tal y como éramos.

—¿Qué dices, Em? —Fue lo más inteligente que pronuncié.

—Digo que lo he negado durante años y he hecho cosas que no se solucionan queriendo a otra persona, ni fingiendo ser tu amiga. No quiero ser tu amiga, joder.

Se apartó un poco más de mí.

—Y como no puedo ser nada, he decidido irme.

—Espera. —Levanté un segundo las manos, estaba muy confundido. Emma enamorada de mí

durante años—. ¿Irte? ¿Adónde?

—Voy a aceptar la oferta de los alemanes. Es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. Necesito olvidarte, Sam. Necesito parar esto. Cada día es peor. Me siento como una puta bipolar. Hoy me obligo a cambiar todo el armario, mañana me encuentro bebiendo vodka a las ocho de la mañana en un balneario. No estoy bien y tengo que arreglarlo. Tengo que pararlo.

Se bajó de la cama y fue hacia la ventana.

—¿Parar qué?

—El dolor. Necesito que pare y no quiero que ningún Ethan, ni George, ni nadie intente acabar con él. No pueden. Solo yo puedo.

—Em, espera, por favor. Estoy confundido.

Se apoyó en la repisa de la ventana, parecía sentirse a salvo allí. Yo necesitaba verla, así que estiré la mano y encendí la lámpara de la mesita de noche.

—No tienes por qué estarlo. Tú quieres a Juliette, eres mi jefe, y si miras por tu negocio, lo mejor es que acepte y me marche.

El negocio. Ni siquiera había pensado en él. Había estado haciendo planes para enviar a cualquier otra persona menos a Emma, porque todas eran prescindibles. Solo se salvaba alguien, pero había decidido marcharse por propia voluntad.

Me levanté de la cama, di la vuelta y me planté de nuevo frente a ella. Estar lejos de Emma en aquel momento hacía que me recorriera la carne una corriente eléctrica, como si hubiese metido la mano en agua y una descarga de electricidad nadara en ella.

—No puedes estar enamorada de mí.

Dibujó una sonrisa sardónica en los labios.

—Sam, eres mi jefe, puedes corregir las cosas que hago mal en el trabajo, pero no puedes cambiar mis sentimientos solo porque los niegues en voz alta. —Juro que el corazón me latió tres veces más rápido de lo normal—. No tienes que decir nada ni hacer nada. Puedes olvidarlo ya, si lo prefieres. Olvida que te lo he dicho. Finge que no importa.

—Pero sí importa.

Puse una mano sobre su mejilla. Em se mordió el labio inferior y apartó la mirada.

—No tendría que importarte.

—Puede que no, sin embargo, aquí me tienes, importándome.

Coloqué también la otra mano sobre su mejilla vacía de mí, del contacto, del olvido. Porque no recordé nada ni a nadie en ese instante con Emma, ni tan siquiera tenía claro quién era yo: un embustero que había vivido una vida que no reconocía como suya.

—En el amor no vale la cortesía, Sam, ni las ganas de hacer lo correcto. Así que no tienes por qué ser amable.

Me miró por encima de sus pestañas. Sentí que no había fracción de mi cuerpo, ni pausa en mi respiración de las que no fueran propietarios sus ojos. Me subió una fiebre por todo el pecho, un tartamudeo de latidos con una frecuencia disparatada me atravesó. Nada me advirtió de que aquello fuese una equivocación. No había nada humano en ese dormitorio que me hiciera ver que se tambalearía algo más que mi corazón después de lo que estaba a punto de hacer.

—No soy amable —musité.

Incliné la cabeza en una quietud ajena a mí. Era como si estuviera viéndonos desde fuera y no sintiera los movimientos de mis brazos como míos, pero sí que sentí la calidez de sus dedos sobre la piel desnuda de mi cuello como la única verdad absoluta que había conocido hasta entonces.

Respiramos uno en la boca del otro, evitando besarnos, o besándonos de la única manera en la

que podíamos: en la aflicción y el desasosiego. Hasta que nos ahogamos y nos vimos obligados a cerrar los ojos, empujarnos junto al otro. Besarnos. Besarla con toda la suavidad que merecía, con todo el arrepentimiento, no porque la besara, sino por haberle hecho tanto daño como para obligarla a abandonar aquello por lo que había luchado con uñas y dientes durante mucho tiempo: ella misma.

La humedad de su boca se perdió en la mía a través de nuestras lenguas. Sabía a naranja, a eucalipto, a tener doce años y notar los labios esponjosos, sonrosados por el primer beso. Atrapé sus labios entre los míos como mis manos hicieron con su cintura. Levitaba sobre mis pies de puntillas. Ojalá se hubiese quedado allí para siempre y no hubiese habido ningún nombre en el universo que impidiera que ese momento fuese el mejor de cuantos había vivido nunca. Necesitaba permanecer pegado a su boca, enredarme con su lengua, aspirar su aroma, porque por fin había averiguado a qué olía Emma: a la lluvia en las calles en cada esquina de los recuerdos.

Emma era petricor.

—Para —me pidió.

Yo obedecí al instante.

—Tienes que irte.

¿Irme? ¿Alejarme en ese momento en el que bajo la luz de las farolas de la calle podía ver las pecas sobre sus mejillas y la hendidura de su labio inferior, que era una bahía en la que quedarte?

—Si no quieres hacerme daño, vete —dijo antes de que yo pudiera explicarle que necesitaba quedarme, que ya no se trataba de querer, sino de una necesidad mayor a la voluntad o la razón de cualquier persona.

—Em.

—Por favor.

—Está bien —le debía al menos eso.

Le debía la libertad de elegir si quería que estuviera allí o no. Y no debería haber estado. La había besado sin saber qué sentía yo, sabiendo lo que sí sentía ella. Ahora, ¿cómo la dejaría eso? ¿Y si acababa de perderla para siempre?

¿Perderla? ¿Desde cuándo Emma era alguien para mí? ¿Qué debía pensar con respecto a todas esas cosas?

No tenía ninguna respuesta, sí muchas más preguntas. Sin embargo, mientras abandonaba la habitación y Emma se quedaba apoyada en la ventana, con sus dedos pálidos acariciándose los labios, que aún conservaban parte de mi sorpresa y afecto, le dije:

—No sé qué acaba de pasar. —Levantó la mirada del suelo, contrariada—. Pero no me arrepiento.

Después me fui obedeciendo a su petición. Me fui sabiendo una única cosa: no quería que Emma se fuese nunca a ninguna parte donde yo no estuviese. Pero ¿por qué?

JULIETTE

Alguien más

Los días pueden hacerse muy largos cuando escondes un gran secreto, uno que puede cambiarlo todo y decidir quién vas a ser. Y, si no me equivocaba, cosa bastante poco probable, yo iba a ser madre.

Después de que la doctora hiciera que me tumbara en la camilla, el secreto se convirtió en el latido de un corazón pequeño. Me asusté como nunca antes. Saber con certeza que había un ser pequeño dentro de mí, que habíamos construido Sam y yo, me desestabilizó.

—Si está mareada, puedo pedirle a la enfermera un vaso de agua —susurró la ginecóloga mientras limpiaba el gel que previamente había extendido sobre mi vientre.

—No se preocupe, gracias.

Me quedé contemplando la pantalla, donde podía observar la sombra del latido. Acabé llamándole latido durante mucho más tiempo del deseado.

—Está de unas once semanas.

Casi tres meses.

Casi tres meses era antes de Tom.

—Tenga.

La doctora Ferraud me tendió un pañuelo cuando empecé a llorar en silencio.

—Lo siento —me disculpé.

—No tiene por qué. Hay mil maneras distintas de reaccionar ante una noticia como esta.

Asentí, incapaz de decir nada que no me hiciera sentir horrible.

—Le daré cita para la revisión y, si quiere, entonces podrá conocer también el sexo del bebé.

Imaginé que a Sam le haría ilusión saberlo de antemano.

—Sí, claro.

Ella asintió y me dejó en la fría sala, sentada en la camilla, con esa bata rugosa que irrita la piel y los pies colgando, sin tocar el suelo.

Vestirme fue una odisea. Cada movimiento se me hacía lento, tedioso.

Intenté distraerme pensando en todas las cosas que tenía que arreglar. Empecé por el supuesto amante que tuvo la abuela, seguí por la pelea con el abuelo y continué con que era una mentirosa. No le había contestado a Tom y tampoco le había contado la verdad a Sam. Esperaba que la cosa no empeorase, porque no podía, ¿no?

Llamé a mi tía cuando estuve en la calle. Necesitaba pedirle una cosa: la dirección de la tía Aurora. Le extrañó, pero me la facilitó. Era periodista, algo tendría que sacar en claro; además, era evidente que ella sabía quién era el chico de la fotografía. Emilia no había averiguado nada más. No podía dormir por las noches dándole vueltas al asunto. Era como el repiqueteo del grifo del baño que te martillea hasta que te vuelves loca. Imagino que las personas que no tenemos la

conciencia tranquila no podemos descansar. Puede que ni siquiera lo merezcamos.

No teníamos forma de averiguar quién era el hombre, si seguía vivo, dónde vivía. Nada. Así no podríamos saber la verdad, aunque una prueba de paternidad hubiese bastado, pero ¿para qué alterar a todo el mundo sin saber a ciencia cierta si al final hubo o no algo entre ellos mientras Louisa estuvo separada del abuelo?

Me toqué el vientre. El latido me recordó que él también podría haber sido de otro, pero no lo era. Tres meses atrás aún no me había reencontrado con Tom. Sin embargo, me sentía tan mal como si una voz me dijera que me equivocaba, que esa sombra en mi útero escondía más verdades de las que yo era capaz de vislumbrar.

Pensé en Tom y en que no podía enterarse, aunque también me dije que eso no era posible. Si seguía sin contestarle, acabaría buscándome. No podía esfumarme sin más.

Cogí el teléfono y lo llamé. Contestó casi al instante.

—Jules.

Su voz me relajó hasta tal punto que no me había dado cuenta de lo tensa que había salido de la consulta.

—¿Esta es tu forma de decirme que ya has elegido? —preguntó sin dejarme tiempo a saludarle aunque fuera.

—Tom, no quiero hablarlo por teléfono, por favor.

—Yo directamente es que no sé si quiero hablarlo.

Dolió mucho. Esas palabras me hicieron sentir perdida. Mucho más de lo que ya lo estaba, que no era poco, por cierto.

—Si me vas a dejar, si ya sabes que no me quieres, entonces dímelo ahora —me pidió. Había un deje de súplica en su voz—. No me merezco esto, Juliette.

Nunca me llamaba Juliette.

—Creí que podría soportar que estuviera también él, pero eso era porque pensé que al final tú y yo estaríamos juntos, que todo, los silencios, las mentiras, ser el secreto, aquel que espera, valdría la pena. —Hizo una breve pausa. Me dio tiempo a respirar, sentada en el banco de aquel parque por el que procuraría no volver a pasar nunca—. No te estoy culpando de nada. Es solo que no puedo más. Llevo casi tres semanas sin saber nada de ti. He vuelto a Londres, he esperado, no me he entrometido. Pero me merezco algo más, aunque sea una pizca de sinceridad, porque Jules, tú no me querrás y tendrás claro que Sam es el hombre con el que quieres pasar tu vida, sin embargo, yo sí que te quiero. Me he enamorado de ti.

Aquello no podía ser lo último que me dijera, me negaba, porque yo no podía admitir que mis sentimientos eran los mismos, no, yo tenía que destruirlo hasta que no quedara nada de Tom. Él, que había confiado en mí, que me había contado quién era, sus miedos, su tristeza. Me la había relatado desde la fe ciega que tenía en mí y en lo que habíamos sido juntos. Vi al niño que fue, con doce años. Me lo imaginé tendido sobre las congeladas baldosas del baño, temblando, preparado para que alguien lo salvara, y no iba a ser yo.

—Estoy embarazada, Tom.

Escuché su respiración entrecortada. Me rompí pensando en que nunca más podría tumbarme a su lado en la cama, no podría verlo dormir y quedarme respirando esa tranquilidad que emanaba en la quietud del dormitorio, como si realmente estuviéramos una y otra vez recreando las noches de hotel en París, con las ventanas abiertas y los cuerpos desnudos, levitando en un baile de risas.

—¿Es suyo?

Cerré los ojos, las lágrimas corrieron por mis mejillas hasta la boca, donde se quedó el regusto

salado de los corazones rotos. Los nuestros.

—Sí —murmuré. Aunque el llanto me quebró la voz, lo escuchó.

—Enhorabuena.

Pensé que ese sería el momento en el que me colgaría o me diría que no quería verme nunca más, que era lo peor que le había pasado. También me recordaría que él no quería casarse, ni hijos.

Mi mente intentó encontrar las palabras más dañinas. Con ellas tendría parte del castigo que me merecía.

—Aún no te he escuchado decir que no me quieres —dijo sin más.

—¿Qué?

—Un hijo es para siempre, Jules, y merece a sus dos padres. Ya sabes que yo perdí a los míos, pero tú, además de ser su madre, seguirás siendo una mujer que podrá seguir queriendo a...

—No te quiero, Tom —lo interrumpí. Y por si no lo había escuchado bien, repetí de nuevo—: No te quiero.

Ya que me había convertido en una mentirosa, por lo menos que le sirviera para odiarme, olvidarme. No tenía forma de averiguar lo que sentiría, ya que nuestra relación tenía que concluir con esas tres palabras. «No te quiero». Una oración incompleta. Había más detrás: No te quiero herir. No te quiero perder.

No te quiero alejar de mí. No te quiero, sin más, era una verdad a medias.

—Está bien, lo entiendo.

No, no lo entendía. No entendía nada en absoluto.

—Tom, lo siento.

«Lo siento por destrozarte la vida. Lo siento por no ser capaz de mandarlo todo a la mierda e irme contigo muy lejos de aquí. No podemos hacerlo. Te lo dije hace un tiempo. Ya no podíamos hacerlo, pero ahora menos que nunca».

—Lo sé —susurró él, como si averiguara una mínima parte de todo lo que me callaba—. Tengo que irme, Juliette.

—¿No podríamos vernos?

No quería acabar por teléfono, despedirme del hombre que quería con un botón, necesitaba verle una vez más.

—¿Para qué? Ya me ha quedado claro que no me quieres. Es mejor que cortemos de raíz y nos olvidemos. Es lo que tenía que haber hecho después de París.

Si lo hubiera hecho, con el tiempo habría dejado de pensar en él, puede que las habitaciones hubiesen dejado de oler a las calles parisinas, a él mojado mientras me sostenía en el puente. Puede que todo hubiese sido diferente, o puede que, como hizo la abuela Louisa, hubiese enloquecido y no me hubiese quedado más opción que mover cielo y tierra para averiguar quién era.

—Vamos a hacerlo bien esta vez. Tú podrás retomar tu vida y yo intentaré poner en orden la mía —siguió hablando. Él parecía más fuerte que yo, a fin de cuentas, me había durado la seguridad menos de un minuto—. Merecemos acabar con esto sin que nos haga más daño.

—Tom.

—Adiós, Juliette. Te deseo lo mejor.

Colgó.

Fue más valiente que yo. Siempre supe que lo era porque hizo todo lo que yo no me atreví. Pero ahora se acababa todo, de golpe, con un latido de por medio. Volvería a casa esa noche, me

sentaría en mi sillón favorito y sentiría que al quedarme en aquella casa con Sam, tan silencioso y extraño últimamente, estaba engañándonos a todos: a mí, a Sam, a Tom. No quedaría nadie que no se viera arrastrado por ese torrente de mentiras y de amor. Porque no era otra cosa.

Saqué de la mochila una hoja y un bolígrafo. Escribí una carta que podría cambiar muchas cosas, quizás no tantas como yo esperaba, pero necesitaba contarle a alguien lo que sentía, y ese alguien no fue otro que mi tía abuela Aurora.

Ni siquiera releí lo que había escrito, porque solo era un vómito de palabras sin sentido que enviaría por correo urgente a la dirección de Estados Unidos que mi tía me había facilitado. Sentí que diciendo todo aquello podría deshacerme de la angustia del momento, la enviaría lejos, al otro lado del océano. Lejos, muy lejos.

Volví a casa con la voz de Tom taladrándome las sienas. Sam ya había llegado. Todavía no se había cambiado, seguía con el traje puesto. Lo encontré sentado en el sofá. Miraba al suelo. Tenía la mirada perdida, los codos apoyados sobre las rodillas y los dedos de las manos entrecruzados. Esa postura típica de la soledad, pero una soledad nerviosa que te encoge todos los músculos.

Coloqué la mano sobre su hombro. Se dio la vuelta con mucha calma, no lo había asustado, así que supuse que me había escuchado llegar. Estaba apesadumbrado.

Pensé en decirle lo que me había confirmado la ginecóloga. Tendría que contárselo en algún momento y puede que eso lo hiciera sentir mejor, porque llevaba días con los ojos apagados. Sus bonitos ojos azules.

Di la vuelta al sofá y me senté a su lado.

—¿Qué tal en el trabajo? —me preguntó.

—Bueno, ha vuelto Ava Green-Johnson. —Sonreí.

Él me imitó. De habernos visto a nosotros mismos reflejados en un espejo nos habríamos dado cuenta de lo patético que era simular que no estábamos mal aquel día.

—¿Recupera su silla?

—No, de hecho ha sido una mañana incómoda. Le han ofrecido el telediario de las seis de la mañana. Ya te imaginarás que no le ha hecho mucha gracia.

Parecía que hablar del trabajo amortiguaba un poco todo lo que callaba.

—Entonces, ¿sigues presentando las noticias del mediodía?

—Sí.

Sam frunció el ceño, sin comprender muy bien esa afirmación tan sencilla.

—Creía que habías dicho que lo ibas a dejar, que querías recuperar tu puesto como reportera. Julie, ¿qué pasa?

«Eso era antes del latido, Sam».

—Lo he pensado mejor. —Mostré la mejor sonrisa que pude e intenté restarle hierro al asunto—. Es mejor así, podremos pasar más tiempo juntos. El sueldo también es mejor.

No se tomó en serio mi respuesta. No lo hizo porque por desgracia Sam me conocía muy bien, por eso me había enamorado de él. Un amor muy diferente al que sentía por Tom.

—¿Desde cuándo te importa a ti el sueldo? Eres la persona menos materialista que conozco y te encantaba tu trabajo. Julie. —Colocó sus manos alrededor de mis mejillas. Cerré los ojos, me dejé aletargar por la calidez de su piel, tan familiar que me había acostumbrado a ella hasta olvidarla—. Esto no será por lo de tu abuela, ¿no? Estás preocupada, te conozco.

—Sí, lo estoy, pero no es por eso, aunque también es verdad que me gustaría reconciliarme con el abuelo y puede que al aceptar este puesto podamos firmar una tregua.

Se levantó del sofá, muy confundido, puede que incluso más que yo. Se quitó la americana y la dejó sobre el respaldo del sillón mientras se frotaba la cabeza, despeinándose.

—Que quieras reconciliarte con tu abuelo lo comprendo. Al final nos sentimos mal, a mí también me pasa con mi padre, acabo dando mi brazo a torcer, pero, Julie, aceptar algo que no te hace feliz solo para tenerlo contento, me parece una idiotez.

Me enfadé, porque parecía que diese igual lo mucho que me esforzara o lo intentara, todo lo hacía mal, nada estaba bien. El resto del mundo parecía conocer las respuestas que yo ignoraba y todos, sin excepción, se sentían con el derecho a opinar sobre mí.

—¿Ah, sí? ¿Y qué se supone que debo hacer?

—Debes procurar ser feliz.

Me desestabilizó su respuesta, porque yo acababa de llegar de ponerle fin a la mía.

—Todos cometemos errores. —No me sostuvo la mirada esta vez, la apartó—. Pero al final todo se arregla de una manera u otra, ¿verdad? Todo acaba arreglándose.

Parecía que Sam estuviera intentando autoconvencerse de algo. En ese instante me di cuenta de que hacía mucho que no le preguntaba cómo estaba él, si necesitaba algo de mí, algo más que mi presencia en la casa, una sombra que le sonreía de vez en cuando, que se dormía a su lado en la cama y soñaba con otra persona. Una mujer que ya no sabía si había tomado los caminos adecuados.

—¿Estás bien, Sam?

—No mucho.

A Sam no se le daba bien mentir, pero tampoco sabía abrirse. A veces era infranqueable.

—Perdona, Julie. No sé —habló—. No quería meterme en tus decisiones. Es que, bueno, no me lo esperaba. Siempre podrás hacer lo que tú quieras, lo sabes, ¿verdad? Nunca me meteré, pero no quiero que te obligues a hacer cosas que no van contigo.

Me levanté del sofá y fui hacia él. Los dos necesitábamos un abrazo y dejar de hablar. Sobre todo nos hacía falta un poco de silencio porque ya no sabíamos ni lo que estábamos diciendo.

Lo abracé, él se pegó a mí. Nos quedamos los dos en la oscuridad de la tarde que estaba yéndose y dejaba paso a la noche. Me cobijé en su olor durante todo el tiempo que me dejó quedarme. No me apartó, sin embargo, sus brazos fueron perdiendo la fuerza del primer contacto, se ablandaron a mi alrededor.

—Siempre querré lo mejor para ti —susurró. Su aliento se perdió en mi pelo.

—¿Qué te pasa?

Negó con la cabeza cuando nos quedamos el uno frente al otro. Hizo un amago de sonrisa que no pudo enmascarar la auténtica naturaleza de su mirada.

—No lo sé, Julie. No tengo la menor idea.

Lo abracé de nuevo. Siempre había creído que Sam era el fuerte de los dos, pero en ese momento, entre mis brazos, me pareció indefenso, fracturado y sin posibilidad de que me dejara averiguar los motivos que lo habían transformado de esa manera.

—Intenta averiguarlo —acabé diciendo.

—¿Y si no me gusta lo que descubro?

No nos atrevimos a apartarnos el uno del otro esta vez. Yo no sabía cómo mirarlo tras ese comentario, ya que sospeché que había descubierto alguna de mis mentiras. Él tampoco hizo nada, quizá tampoco era capaz de comprobar que lo que intuía podía ser verdad.

—Inténtalo igualmente —contesté procurando no llorar.

Que Sam averiguara por sí mismo que lo había engañado era mi balsa de salvación.

Cargar con las mentiras hace que te vuelvas cada vez más pesado y, en mar abierto, te ahogas. Te hundes y no hay forma de nadar hacia la superficie. Cuando quieres darte cuenta, eres un cuerpo a la deriva.

Pero Sam podría salvarme de todo eso.

TOM

Desesperadamente invierno

Poner en venta el piso de Londres fue una decisión sencilla después de que Juliette renunciara a nosotros para siempre, como un recuerdo sin importancia. Simplemente, llamé a una agencia y casi imploré que alguien se hiciera cargo de esa situación. Cada esquina, cada hueco tenía el eco de su voz y de las risas que habíamos compartido desde nuestro reencuentro. Ya no había motivos para que siguiera estando a solas, no allí. Me quedaría con el abuelo Steve un tiempo, el necesario para ordenar no solo seis cajas de mudanza —las únicas pertenencias que tenía—, sino para decidir la importancia de ciertas cosas.

No me había atrevido a pensar en el bebé de Juliette, sin embargo, podía hacerme una idea de lo que ella habría pensado. Quizás, dados mis comentarios sobre el matrimonio y la familia, supuso que no había cabida para mí en su nueva vida. Lo que no me atreví a decirle fue que hubiese querido cualquier parte de ella, por mucho que también fuera de otro.

También había deseado gritarle que no comprendía por qué no admitía de una vez que me quería, o, mejor dicho, que también me quería a mí. Aunque bueno, yo no llevaba un bebé en mi vientre. No podía saber lo que era mejor para ninguno de los dos, ni para el resto de implicados. Imagino que si hubiese estado en su lugar también habría intentado cuidar de mi familia antes de escoger mi propia felicidad.

Sea como fuere, allí se había acabado todo.

—¿Eso es lo único que has traído?

El abuelo iba con su bastón de un lado al otro del salón. Contemplaba las cajas de cartón como quien acaba de ver entrar a un desconocido.

—He preferido dejar los muebles. Aquí tampoco hay sitio para ellos. Luego lo recojo todo, no te preocupes. Son algunos libros y fotografías. La ropa ya está en el armario —le conté mientras comprobaba lo que había escrito sobre las tapas.

—¿Qué tal con el doctor? —preguntó. No lo había hecho en todo ese tiempo.

—Bien, la verdad es que mucho mejor.

Había parte de verdad. Lo que el abuelo no sabía era que habían surgido nuevos inconvenientes. De la despedida de Jules no podría curarme nadie excepto el tiempo. Y esperaba disponer de mucho, porque de lo contrario se me quedaría ese peso para siempre.

—He invitado a Ratón a pasar unos días, ¿te parece bien?

—Pues claro que sí, me alegra que hayáis solucionado vuestras diferencias. —Sonrió con esa bondad que siempre le iluminaba los ojos y hacía que cualquiera se enterneciera.

Me acuclillé frente a una de las cajas. Allí guardaba algunas cosas de mi infancia. Las había llevado conmigo a lo largo de los años. Había algunas fotografías de mis padres, un viejo sonajero de madera, una postal de Ibiza, una foto de mi vecina Molly, con la que solía a jugar a

los médicos de pequeños —ahora era una doctora increíble que me había operado de apendicitis hacía dos años—, las alianzas de boda de mis padres, un camión amarillo. Decenas de cosas que me hacían sonreír.

—¿Vas a irte?

Miré a mi abuelo y vi cierta preocupación encubierta en aquella pregunta.

—Sí, pero de vacaciones.

Eso sí que logró sorprenderlo.

—¿Cómo?

—Quiero irme unas semanas a Tailandia, a respirar aire nuevo. No por trabajo, solo para descansar.

—¿Unas semanas cuántas son?

—Un par de meses —contesté entre risas, porque él ya sabía que era una persona que necesitaba adaptarme a los nuevos lugares para sentirme realmente a gusto.

—No sé por qué no me sorprende que no puedas estar quieto en un sitio.

Me encogí de hombros, con una sonrisa que le recordaba que nunca había sabido hacer vida normal, como el resto de las personas, aunque sí que hubo un tiempo en el que pensé que acabaría consiguiéndolo con la persona adecuada. De hecho, el viaje a México había sido rápido, precipitado, porque quería volver por si la perdía. Y la había perdido.

—Abuelo, pero tú no te preocupes. He estado entrevistando a algunas personas para que vengan a hacerte la compra y a asegurarse de que estás bien.

—No necesito que nadie me ayude —contestó muy ofendido.

—Los dos fingiremos que no lo necesitas y dejaremos que el chico que he contratado venga a hacer su trabajo, ¿vale? —Puso los ojos en blanco y fue a sentarse en su sillón. Añadí—: Ah, y te he comprado una tele. Por lo menos para que escuches alguna voz por la casa.

—¿Que has hecho qué?

Si lo anterior le había parecido una broma de mal gusto, eso le molestó incluso más.

—Ya te he dicho que no quiero televisiones en esta casa, Tom. Y no hay más que hablar. Además, yo escucho la radio.

—Yo la voy a instalar. —Puse la mano sobre su hombro para que se serenase un poco—. Si la quieres encender, estupendo, y si no, allí está.

—Qué manera de desperdiciar el dinero, de verdad. Podrías haberme comprado una de esas cafeteras modernas con cápsulas que utilizan en la cafetería de enfrente. Ese café está delicioso. Pero no, tú me compras una tele.

—Eres un cascarrabias.

—Pues tú acabarás siendo uno también, eso está en los genes.

—Lo que tú digas, abuelo.

—¿No deberías estar por ahí teniendo citas con gente de Tinder en vez de quedarte en casa quitándome las ganas de vivir con tus ocurrencias tecnológicas?

Había ido a abrir las ventanas para que se aireara un poco lo casa. Estaba empezando a enfriarse el ambiente, y lo agradecí, siempre me gustó más el invierno. Tenía algo, quizás los grises, tal vez los atardeceres, no sé, sin embargo, me sentía mucho más en calma.

—¿Qué sabes tú de Tinder? —Me giré hacia él para escutarlo con la mirada.

—Sé que deberías hacerte una cuenta.

Me eché a reír ante tal ocurrencia.

—Mira la nieta de Bob, tiene un perfil de esos. Y dice que está encantada, que ahora ya tiene

con quien hablar e ir al cine.

—¿Ir al cine? —pregunté con una ceja arqueada y una sonrisa irónica.

—¿Qué? Es para tener citas, ¿no? —asentí porque no me apetecía entrar en detalles de cómo funcionaba o dejaba de funcionar a veces esa aplicación en concreto—. El caso es que le pedí a la nieta de Bob que me enseñara cómo funciona. Ya sabes que tengo ese móvil tan moderno que me regalaste.

La cara que se me quedó fue la viva imagen del pasmo. El abuelo acababa de dejarme en nocaout con su revelación.

—Abuelo, pero, ¿tú quieres salir con alguien?

—¡Anda ya, chaval! —Para hacerme saber que había perdido el oremus dio un manotazo en el aire. Después rebuscó en el bolsillo de sus pantalones y sacó el móvil—. No para mí, para ti. Yo me conformo con limpiarme el culo solo.

Él, hablando con tanta discreción como siempre.

—Espera —dije de pronto, al darme cuenta de lo que estaba insinuando—, ¿qué quieres decir con que es para mí?

—Pues que te he hecho un perfil. ¿Por qué se llama perfil? No entiendo nada. Mira, cogí una fotografía tuya, una que me enviaste cuando estuviste en Lisboa. Estabas muy guapo en esa.

—Abuelo, pero ¿qué has hecho?

Fui hacia él con cara de querer matarlo.

—Aquí he puesto, mira —cogió sus gafas y se las colocó para leer lo que había escrito—: « Me encanta la fotografía, el cine clásico y viajar». Está bien, ¿no? He estado mirando a las chicas. Hay de todo. Y nada, me han escrito algunas. A ti en realidad.

Cerré los ojos durante un segundo para no desmayarme allí mismo.

—Una me pidió una foto de tu pene. Y otra me preguntó si preferías encima o debajo.

Me dejé caer en el sofá. No sabía si echarme a reír o irme disimuladamente y fingir que nada de aquello había pasado.

—No sé, a la primera le dije que me lo pensaría, por si quieres enviársela. Es que ya no sé cómo funciona ahora esto del flirteo, en mi época era diferente.

—¿Por si quiero enviársela?

—Bueno, he leído que los jóvenes os enviáis muchas fotos de esas.

—Yo constantemente, no sé por qué dudas —contesté sarcástico, pero él estaba demasiado ocupado releendo conversaciones con chicas desconocidas como para hacerme caso.

—Además, como eres fotógrafo, seguro que sabes sacarte favorecido.

Pestañee una decena de veces para borrar de la retina de mis ojos esa imagen.

—Por supuesto, un “photoshop en vivo”. ¿Te has vuelto loco del todo o qué?

—No sé, hijo. Yo solo digo que aquí tienes varias fotografías de pechos, solo para que lo sepas. Mira. —Me puso la pantalla frente a la cara, ni siquiera pude enfocar bien para ver qué me enseñaba. Tampoco me importaba.

—Quita eso, abuelo. Venga. No puedo creer que me hayas hecho un perfil.

—Sí, pero tranquilo. Lu, la nieta de Bob, me recomendó que no pusiera tu nombre real, que fuera un *nickname*. Y he puesto «Tom30», porque los cumpleaños en nada. Y fue publicar el perfil y empezar a echar una ojeada porque ya había como quince chicas de la zona interesadas. Lu también está. ¿Qué te pasa?

Estaba frotándome los ojos y la cara porque no podía dar crédito a lo que me estaba contando. Con lo poco que sabía el abuelo sobre esas cosas, seguro que ni siquiera había caído en que ese

treinta junto a mi nombre podría ser interpretado de otra manera.

—¿Por qué has tenido que hacer esto?

—Pues para que te diviertas un rato, que ya está bien de que vayas por ahí lamentándote por todo. Yo preferiría que conocieras a una chica a la manera tradicional, no te voy a engañar, pero si ahora se estila este procedimiento, pues te sacas cuatro fotos y a ver qué pasa.

—No puedo creer que acabes de insinuar lo que creo que acabas de insinuar.

—En mi época invitábamos a las chicas a bailar, a tomar el té o a dar un paseo por el parque y, si eras lo bastante espabilado, podías acabar la noche dándole un beso. Tú eres muy como yo, de enamorarte, anda que no te conozco. ¿Te has acostado con alguna chica últimamente?

Era, por una parte, extraño que me lo preguntara; por la otra, era normal porque no le había contado al abuelo que había estado viéndome con Juliette.

—Tú no te preocupes por eso. Ahora vamos a borrar el perfil, que ya te vale.

—¿Seguro? —Pareció disgustado. Me di cuenta de que debía de haber resultado bastante entretenido para él—. Esta chica, Susi, es bastante simpática. Me dijo que es camarera y que le encantan los perros. Y me ha estado contando cosas sobre su familia. No me ha enviado fotos ni nada.

—Mejor —aseguré yo—. Dame eso, anda.

Me tendió el teléfono sin demasiado entusiasmo.

—Yo solo quería que salieras un poco, Tom. Y que hicieras lo propio de un hombre de treinta años. No sé.

Comencé a trastear el teléfono para ver cómo se podía hacer para quitar la cuenta. Aquellas chicas pensarían que era un desgraciado, un bromista, un gilipollas. Menos mal que sabía que las intenciones del abuelo habían sido buenas.

De repente, sin darme cuenta, me estaba riendo. Al principio un poco, después a carcajadas.

—Joder, abuelo. —Negué con la cabeza—. ¡Qué cosas se te ocurren!

No pude parar de reír en un buen rato. Él se acabó sumando a mi buen humor.

—Hacía tiempo que no te escuchaba reír.

—Creo que la ocasión lo merece, ¿no te parece?

—De verdad que solo quería que te distrajeras un poco. Lu me aseguró que era una buena idea y pensé que al final sería como una cita a ciegas —explicó. Parecía un poco arrepentido al darse cuenta de que, tal vez, suplantar mi identidad no había sido la mejor de las ideas.

—Da igual. Es que no lo esperaba.

Le di al botón de eliminar cuenta y cuando me confirmaron que ya había desaparecido del mapa, le devolví el móvil al abuelo y le di un abrazo.

—Solo a ti podría habésete ocurrido esto. ¿Así fue como conquistaste a la abuela?

—Le llevé un ramo de margaritas a la fábrica donde trabajaba y le pedí salir. Ahora parece más fácil, la verdad.

—Créeme, abuelo, ahora es más difícil que nunca. Sobre todo cuando hay sentimientos de por medio. Pero te repito: es extraño que intentes buscarme una cita y, más aún, que sugieras que me fotografíe desnudo. —Le guiñé un ojo porque había estado tan absorto repasando los chats que no había caído en cuenta de que muy normal no era.

Cruzó los brazos sobre el pecho y frunció el ceño.

—La verdad es que es algo genético, en la familia siempre hemos estado de buen ver. Tú te pareces más a tu padre, pero yo te veo atlético, no sé. Tampoco pasaría nada si te apeteciera.

—No me apetece, créeme. Dejémoslo, por favor.

—Vale, vale. —Levantó las manos en señal de darse por vencido—. ¿Puedes prepararme un té, por favor?

—Ahora mismo.

Salí del salón un poco más animado de lo que me había despertado aquella mañana. No me duró mucho porque pronto recordé que Jules ya no estaba ni tampoco la idea que yo tenía de los dos juntos en un futuro. Eso significaba que en algún momento tendría que volver a empezar de cero, animarme a conocer a otras personas. No me veía capaz de dejar que otros supieran cómo era, lo que me asustaba, cuál era mi historia. Ya no podía abrirme con nadie como lo había hecho con ella. Ya no habría verano, ni primavera; sin ella, siempre sería desesperadamente invierno, un invierno en París con olor a hogar.

Me quedé mirando por la ventana de la cocina, con las manos apoyadas en el borde del fregadero. Fue extraño sentir que ya no pertenecía a ninguna parte pero que tampoco me quedaban ya ganas de llorar, que ya no sabía siquiera cómo olvidar y escapar. No podía. Así que, por mucho que me doliese, tendría que aprender a vivir en ese invierno gélido.

Allí, al otro lado de una ventana, igual que en la otra línea de una llamada, acababa todo.

EMMA

Desaparecer, huir

Cuando empieza a llover sobre la ciudad todo se detiene durante un segundo. Hay una necesidad contagiosa de comprobar si está ocurriendo: algunos miran hacia el cielo, tienden la mano. Otros incluso se detienen. ¿Qué tendrá la lluvia que salimos corriendo? Quizá sea el miedo a que nos guste más de la cuenta, a que nos sintamos mucho mejor en la humedad que bajo el sol. Un beso lento sobre la piel, una amenaza que te cubre la boca, que te lame de arriba a abajo. Una sacudida en el pecho.

—Eh, Emma, ¿estás aquí?

Mina se había pasado por la oficina aquella mañana. Estaba despistada, pero sobre todo, alerta. No quería cruzarme con Sam. Habían pasado tres días desde que me había besado en mi apartamento. Tres días con sus noches, teniendo sueños extraños. Y esa inquietud que no se iba y que me recordaba a cada momento que había tenido el coraje, después de doce años, de decirle abiertamente, y sin ningún prejuicio, que estaba enamorada de él.

—Mina.

—Joder, ¿tan mal estamos?

Después de haberme venido abajo en el balneario y haberme echado a llorar como una niña pequeña —una que acababa de perder a su madre—, pensé que considerarían que era una aguafiestas. Sin embargo, habían estado allí, muy cerca, asomándose a una habitación que les había abierto porque ya no sabía cómo sostenerla en pie si no era con ayuda.

—¿Qué te pasa? —me preguntó en voz bajita.

Después se acercó a la puerta de mi despacho y la cerró. Lo agradecí, aunque no sabía si me atrevería a contarle lo que había sucedido: no me pareció adecuado traicionar de aquella manera un momento de intimidad como ese.

—No sé, hoy estoy un poco cansada.

Me masajeeé en silencio la nuca.

Mina tomó asiento sobre la mesa.

—Mira, Emma, trigésima quinta lección: a las cosas hay que llamarlas por su nombre.

Sonreí porque no tenía fuerzas para hallar el modo más adecuado de nombrar el desastre en el que se había convertido mi vida. Una rutina de pérdidas que me dolían demasiado: eso era llamar a las cosas por su nombre.

—¿Y cómo debería llamarlo?

—Amor.

Esa respuesta, viniendo de mi amiga, era la última que me esperaba.

—¿Amor?

—Eso mismo. ¿O te crees que una operación de miopía te deja los ojos como los tienes?

—No he llorado —desmentí rápidamente—. No puedo. El médico me ha dicho que no fuerce mucho la vista.

—Y por eso estás aquí trabajando.

—Solo me voy a quedar un par de horas —expliqué.

—Creía que ese par de horas habían pasado ya hace tres.

«Hay batallas que no puedes ganar, Emma. Con esta chica no puedes, va un paso por delante de ti. Siempre».

—Si no me lo quieres contar, no importa. Tampoco es que supiera qué decirte, probablemente alguna idiotez. No me he enamorado nunca y no tengo ningún interés.

Lo comentó como si yo estuviera intentando venderle un juego de ollas exprés y supiera a ciencia cierta que no las necesitaría nunca.

—Pues yo sí que me he enamorado, pero de la persona errónea.

—Nadie se enamora de lo correcto, Emma. Eso pensamos al principio, cuando todo está en el aire y no existe ninguna seguridad.

—Para no haberte enamorado nunca, serías una coach sentimental de primera —confesé.

Mina sonrió mostrando todos los dientes. Se le iluminaron un poco los ojos, quizá se debiera al tono oscuro de pintalabios que le sentaba tan bien a su piel. Parecía que la mayor parte del tiempo lo tuviera todo bajo control. Ojalá yo hubiera sabido hacerlo también.

—Yo sé de muchas cosas, a ver qué te has creído.

—¿Alguna vez has querido desaparecer y regresar un día en el que todo estuviera arreglado?

—Menuda estupidez, me perdería la parte más divertida.

Me apartó un mechón de pelo. Lo colocó cuidadosamente detrás de mi oreja izquierda. Sonrió con dulzura. Ese gesto me recordó muchísimo a mi madre y también a mi hermana pequeña, Mia.

—Hay solo dos ocasiones en las que una persona debería desaparecer.

—¿Es la trigésimo sexta lección?

—No, es la lección cero.

A lo largo de los días me había acostumbrado al carácter de Mina, pero aún había muchas cosas de ella que desconocía. Me trataba como si de verdad fuésemos amigas y no creo que fingiera; sin embargo, había muchas cosas de ella que escondía.

—¿Cuáles son esas ocasiones?

—La primera es cuando no queda café suficiente para sobrevivir al día.

No tenía remedio, me hizo reír con sus absurdecos.

—La segunda es cuando le hemos dado tanto poder a alguien sobre nosotros que para recordar quiénes somos debemos alejarnos.

Di varias vueltas en la silla, hinchando y deshinchando las mejillas a base de mantener la respiración y dejar salir el aire. Lo hice hasta que me mareé.

—Me voy a ir a Alemania, Mina.

—Anda ya, esa es la última estupidez que me faltaba por escuchar —dijo como si su respuesta no pudiera afectarme. Después siguió hablando sin dejarme la posibilidad de protestar—. ¿Y por qué? ¿Para que otros se sientan mejor? ¿A quién le pones las cosas fáciles si te vas?

—Oye, tú eres la abogada de esta empresa, sabes que yéndome las cosas irán bien.

—Protesto, señorita. —Dio tal manotazo sobre la mesa que me asustó—. Una cosa es desaparecer, Emma, y la otra huir.

—Joder, pues yo creía que eran la misma cosa.

—Pues no. No lo son.

—A ver, alumbrame con tu conocimiento —intenté sonar paciente, aunque estaba poniéndome de muy mal humor a medida que la conversación avanzaba.

—Uno desaparece cuando ya no sabe quién es —repetió como si yo no lo hubiera comprendido la primera vez—. Y huye cuando sabe exactamente lo que quiere, porque está tan asustado que no puede hacer frente a haber descubierto que se gusta más así, sin importar la nueva versión. Y eso es lo que te pasa a ti, Emma. Te jode mucho querer a alguien hasta tal punto que ya no te importe nada más. Aunque, ¿sabes que te molesta más? Quererte a ti misma tanto como para entender de una puta vez que, como cualquier otra persona, tienes el derecho, y qué coño, el deber, de decir lo que sientes. Pero hay por ahí alguna vocecita —dijo mientras me tocaba la frente con el dedo índice varias veces—, que te advierte del peligro y piensas que lo mejor es irte.

No había ninguna vocecita. En ese momento me di cuenta de que hacía ya un tiempo que la otra Emma no se hacía de notar con sus comentarios mordaces. Puede que se debiera a que, por fin, había tenido agallas de pronunciarlos en voz alta, sin reparos, sin temor. Me sentí bien, mucho. Sin embargo, no era suficiente.

Di varias palmadas, un aplauso sarcástico a todo su discurso. No iba a llorar. Tampoco podía. Igual que era incapaz de darle la razón, porque me sentía tal y como ella había descrito.

No se tomó a mal mi comportamiento. Aguardó con paciencia para que me comportara como la adulta que se suponía que era. No me vi capaz, supongo que por eso salió de mi boca la retahíla de estupideces que siguieron al monólogo de Mina.

—Yo lo único que sé, Mina, es que la vida no es una teoría. ¿O qué?, ahora resultará que podemos coger cualquier cosa que queramos sin pensar en cómo afecta a los demás. Hay cosas que simplemente no pueden ser.

Crucé los brazos sobre el pecho. Me gustaría decir que la miré de frente con seguridad. No lo hice. Agaché la cabeza, enfurruñada. Parecía que de pronto había alcanzado la edad de diez años. Solo me faltaba firmar la ley del silencio, la de las miradas furtivas que dicen más que cualquier palabra.

—¿Sabes qué es lo que no puede ser?

—¿Que no quede café en la máquina? —pregunté con ironía recordando la primera de sus reglas cero.

Me ignoró, no porque se estuviera cabreando —que por otro lado podría haber sido muy lícito—, sino porque se sentía frustrada por mi actitud inmadura. Podía verlo en la manera que me miraba. Era más adulta que yo pese a tener menos años.

—No, Emma. Lo que no puede ser es que estés aquí sentada y no vayas al despacho de Sam a decirle: esta boca es mía, pero estoy dispuesta a presentártela.

Me puse roja de pies a cabeza. Sentí el calor por todo el cuerpo. Ascendía en ráfagas y no fui capaz de controlarlo. Mina percibió el rubor intenso en mi cara, sobre todo en las mejillas, que era, junto con el pecho y el bajo vientre, donde más calor notaba. No tanto por sus palabras, sino porque Sam ya se había aventurado a besarme, a recorrerme los labios con la punta de su lengua como si me regalara por primera vez el placer de la humedad de otra boca. La suya.

—Estás loca.

—Puede. ¿Y? ¿Qué vas a hacer?

Me puse en pie con tanta rapidez que una parte de mí, la que estaba más dormida, pensó que tal vez iba a obedecer a la locura que acababa de proponer Mina.

—Me voy a casa a reposar.

—Mira, yo lo único que digo es que el médico te ha dicho que no fuerces la vista, pero podrías

mover la pelvis sin que repercutiera en tu salud. —Se rio. Se notaba que aquello la divertía de verdad.

—¿Tú te das cuenta de que estás hablando de un hombre casado?

Es verdad que también lo estaba cuando me había besado. Sin embargo, siempre pensé que ese había sido un paso en falso, algo que había hecho sin pensar, tal vez porque le había dado pena mi declaración o le había apenado que me fuese a ir. No lo sabía.

—¿Cuánto hace que conoces a Sam, Emma?

—Doce años.

—Y en esos doce años, ¿cuántas veces has fantaseado con la idea de quitarle ese traje tan ajustadito que lleva?

—Por lo menos, tantas veces como tú.

Nos reímos las dos. Era evidente que a Mina también le parecía atractivo, si se había fijado tanto en cómo le quedaba el traje. Mejor no pensar en él, podría haber logrado que me sonrojara incluso más.

—Lo que digo es que si te quieres ir a Alemania, aunque sé que no quieres, podrías darte un buen homenaje.

Esa chica solo escuchaba lo que le interesaba.

—Lo de que está casado no lo has entendido la primera vez, ¿verdad? —Ella no dijo nada, así que proseguí yo—. Además, Mina, aunque me volviera tan loca como para hacer algo así —bajé la voz por si las paredes tenían puestas las orejas—, yo solo me he acostado con un hombre en toda mi vida. ¿Tú crees que estoy para ir por ahí desnudándome?

—Pues que te desnude él.

—¡Mina!

—Eres una mojugata, Emma.

—Y tú una descarada, joder. Que quieres que me acueste con un hombre casado.

—¿Y si no estuviera casado? ¿Te lo follarías? Dicen las malas lenguas, que son las que más me gustan, que Sam sabe muy bien lo que se hace, que se toma tiempo en las cosas que realmente importan. Ya me entiendes. Él de lenguas sabe mucho también. Así que, ¿te lo tirarías o no?

—Pues claro que sí, tampoco soy subnormal. No sería la primera vez tampoco, ya he practicado en sueños —me escuché diciendo de pronto algo que nunca había dicho a viva voz. Quizá demasiado alto.

Escuchamos un carraspeo a la derecha, donde se encontraba la puerta, ahora entreabierta.

—Perdonad.

Nos giramos a la vez. Habíamos reconocido la voz de inmediato. No sé cómo se sintió Mina en aquel momento, sin embargo, yo tuve la sensación de que me encontraba en el baño del instituto, fumando marihuana y hablando de sexo mientras el profesor se enteraba de todo. Nunca había fumado marihuana ni hablado de sexo, así que fue doblemente horrible cuando vi que Sam nos miraba a las dos como si no supiera si llamarnos la atención o hacer como si nada. ¿Cuánto había escuchado?

Tuve que sentarme para no caerme allí mismo. Era, además, la primera vez que lo veía desde el beso. No habíamos coincidido, ni hablado, ni nos habíamos llamado.

—Te estaba buscando, Mina —informó cuando ya nos sentíamos lo suficientemente incómodas como para querer que nos tragara la tierra. Yo por lo menos.

Cuando tuve valor para mirar a mi amiga, ella parecía bastante risueña.

«Joder, Mina. Te voy a matar», le dije con los ojos.

—No interrumpo, ¿no?

—No, no, yo además me iba ya, a comer algo —dije tan pronto como pude.

—Han vuelto a abrir el Didi.

El Didi era el restaurante en el que nos habíamos visto la primera vez, cuando yo aún no sabía que sería mi jefe y yo su contable. Lo habían cerrado unos años después, cuando el dueño se marchó a Australia. Esa era una buena noticia.

—No me digas. Pues me... me voy a pasar.

Cogí mi bolso y unas carpetas que había sobre la mesa. Mina no hizo ningún movimiento, nos miraba a los dos. Sam no apartaba los ojos de mí, lo comprobaba cada seis segundos, al levantar la mirada de donde fuera que la hubiese puesto.

—Está igual que entonces.

—Qué cosas.

—Sí. Las mismas bombillas.

Sonreí. No quería recordar aquella primera vez. Había cambiado por completo mi vida, sobre todo porque no había tenido alternativa y había acabado enamorándome de él sin remedio.

—En ese caso será mejor que vaya a cenar después. Era más bonito con las luces encendidas.

—Todo es más bonito con las luces encendidas —dijo Mina sin morderse la lengua—. Se puede ver todo bien.

Iba con segundas, yo lo sabía, y si Sam estaba atento y si nos había escuchado hablar —por favor, fuerzas del universo, que no fuera así— también se había dado cuenta.

—Bien. —Carraspeó él de nuevo—. Vamos, Mina, quiero enseñarte unos documentos y que me des tu opinión. Te necesito con el modo abogada encendido, por favor.

—Por supuesto, Sam, ¿por quién me tomas? Soy una mujer muy profesional.

Miré a Sam, que dejó escapar una sonrisa torcida, creo que la misma que se me dibujaba a mí cuando Mina decía o hacía alguna de las suyas.

—No me cabe duda de ello. Por favor.

Le abrió la puerta y le hizo una señal con la mano para que pasara primero.

—Ya no quedan caballeros como los de antes —la escuché decir con tono jocoso.

Sam no le prestó atención porque estaba demasiado ocupado observándome.

—¿Cómo tienes los ojos?

—Mejor, gracias.

Antes era capaz de añadir un «jefe» detrás de las cosas que decía, para marcar las distancias o para que se destensaran algunas situaciones en las que no podíamos ser tan profesionales como disimulaba Mina.

—¿Y las ganas de que nos veamos y hablemos?... esas, ¿cómo van?

—En aumento.

«Oh, joder, ¿lo he dicho en voz alta? Lo he dicho en voz alta».

—Quiero decir, sí, claro, tenemos que hablar sobre lo de Alemania, cuándo se va a poner todo en marcha, qué cosas sería conveniente dejar arregladas, si tengo que pedir un visado, supongo que sí, o no, no lo sé.

Sam soltó el pomo de la puerta. Me pregunté si Mina estaba en el pasillo o si por el contrario se había ido a la sala de juntas. Él vino hacia mí, despacio, aunque se notaba por su expresión que no estaba del todo tranquilo.

—Más bien me refería a hablar de nosotros dos besándonos en tu piso. Alemania ya está más que discutido —dijo tan cerca de mí que me tembló cada extremidad del cuerpo.

Ignoré la primera parte, me centré en la segunda.

—¿Alemania ya está más que discutido?

—Sí, no quiero que te vayas.

—¿Y qué te hace pensar que eso me va a impedir hacerlo? Creía que la que tenía que querer era yo, ¿no? Así funcionan las decisiones —expuse muy enfadada.

—Si tú quisieras irte, lo respetaría y ni siquiera me tomaría la libertad de opinar. Pero sé que no quieres porque tú misma me lo dijiste, Em.

—A lo mejor he cambiado de idea.

—A lo mejor es más fácil cabrearte conmigo por decirte que prefiero que se vaya cualquier otra persona que aceptar que tú desees exactamente lo mismo. Tu sitio está aquí. Tu familia está aquí. No se te ha perdido nada en Alemania, joder.

Vale, sí, estaba cabreado. Los dos lo estábamos y eso amenazaba con hacerlo saltar todo por los aires si seguíamos en ese tira y afloja de reproches callados y algunos a voz en grito.

—Y aquí, ¿qué se me ha perdido? —me atreví a preguntar, ya que pensé que no tendría forma de escapar de esas siete palabras, que firmaríamos una tregua, que yo podría pasar por su lado e irme, huir. Sin embargo, Sam parecía dispuesto a hacer que desconfiara de cada una de las decisiones que había estado tomando.

—¿Sabes lo que se te ha perdido? La verdad. La puta verdad, Emma. Me la metiste en la cabeza desde el primer día que nos conocimos. Bien. ¿Dónde está esa verdad? Porque sí, es muy fácil decirme que estás enamorada de mí y luego echarme de tu casa sin dejar que me explique, sin importarte si yo también tengo algo que decir en esto.

—Me besaste —le recordé con un nudo en la garganta.

—Sí, y seguro que ahora piensas que soy un cabrón al que no le importa nada, pero no sabes la verdad, Emma. No quieres escucharla, ni siquiera me das la oportunidad de intentar averiguarla. ¿Crees que para mí fue fácil irme como si nada y estar días enteros intentando saber si lo que había hecho estaba bien o mal? Y no solo por mi matrimonio, no ya por Julie, sino por el daño que podría haberte hecho a ti, porque, joder, Em, por una vez en mi vida no tuve que pensar en nada, en nadie, solo hacer lo que sentía. Y, si eso no da miedo, yo...

No sé qué me pasó, pero le rodeé el cuello con los brazos y lo besé con necesidad mientras lo empujaba hacia la puerta para cerrarla y echar el pestillo. Calzada con los tacones ya no era tan bajita, llegaba mejor a su boca que no me rechazó. Se abrió para mí como lo hicieron sus manos por mi espalda mientras bajaban hasta las caderas. Lo tenía acorralado contra la puerta, pero era él quien me sujetaba.

Me aparté un segundo.

—Esta es la verdad.

Volvimos a besarnos. En esa ocasión se hizo con el control. Sin embargo, no tuve tiempo suficiente para perderme en sus dedos, que se habían colado por debajo de la blusa y me salpicaban la piel de huellas. Nos interrumpió el ruido en el pasillo y unos nudillos llamando a la puerta. Nos apartamos rápido, pero tardamos más en recomponernos, en parecer normales. No lo éramos. Ya no sabíamos qué éramos en realidad.

Antes de abrir la puerta nos miramos. Pude leerle los labios cuando dijo:

—Te veo esta noche, donde nos conocimos.

JULIETTE

El perdón

Tenía que hablar con él para solucionar las cosas, sabía que los dos lo necesitábamos. Mi padre me había llamado, preocupado por esa ausencia en las comidas familiares, por los silencios. Así que, cuando me planté en la casa del abuelo después del trabajo, lo hice sin el convencimiento de que fuera a poner de su parte en esa tregua.

Por casualidad, porque nunca antes había ocurrido, fue él quien abrió y no el ama de llaves. Me miró serio durante un par de segundos, después se limitó a echarse a un lado y dejarme pasar. Fui hacia el salón casi arrastrando los pies, como cuando era pequeña e iba a pasar el fin de semana con la abuela, ya que él rara vez tenía tiempo para pasarlo conmigo, ni con nadie. El trabajo. El dinero. De nuevo el trabajo. Los dos pilares de su vida se resumían en esas dos palabras, creo que por eso se llevaba tan bien con el padre de Sam.

—¿Te traigo algo?

—No, nada, gracias.

Tomé asiento en el sofá. Sentía que el cuerpo me pesaba más de lo normal. Esa mañana también me había despertado con malestar. Supuse que era propio del embarazo.

—Tú dirás.

No sé en qué momento había creído que aquella visita comenzaría con una disculpa por su parte. Era la primera vez que nos veíamos y hablábamos después de la bofetada que me había dado en los estudios de la cadena.

—Solo quería venir a solucionar las cosas, como dos adultos a ser posible. No lo hago por nosotros, no te confundas, lo hago por papá.

Fui tan sincera como pude, aunque me dejé una parte importante. Me dolía que no pudiéramos llevarnos bien. No aspiraba para nada a una relación idílica, sin embargo, sí quería un trato más cordial, menos roces.

Tom.

Había intentado no recordarle durante aquellos días. No lo había conseguido, pero seguía esforzándome.

—Muy bien.

—¿Eso es lo único que vas a decir?

—Me he enterado de que Emilia ha vuelto a la ciudad, ¿cómo está? —dijo.

Tampoco era lo que había esperado, sin embargo, logró conmoverme un poco ver cómo se le humedecían los ojos.

La tía Emilia estaba mal, por supuesto que no ayudaba nada la mala relación que tenía con Michael, aunque ese, en aquel momento, no era el principal motivo de su disgusto, sino no saber si era hija de otro hombre. No lográbamos encontrar la manera de descubrir la verdad.

—Deberías ir a verla. Creo que necesitáis hablar también.

—Sí, parece que tengo conversaciones pendientes con todo el mundo —contestó él abatido.

Me pareció más mayor que antes, más cansado, más irreconocible, porque no había ni rastro de la dureza que habitualmente lo caracterizaba.

—Aceptaré presentar el informativo —confesé al ver que no pronunciaba palabra alguna.

Se removió en la silla, también abrió mucho los ojos.

—¿Por qué?

No se lo había dicho a nadie aparte de a Tom, por eso sentí la terrible necesidad de decirlo en voz alta.

—Porque estoy embarazada. Sam no lo sabe aún, ni nadie, así que, por favor, te agradecería que siguiese siendo así hasta que yo considere que es el momento oportuno.

Le hablaba con una frialdad que me hacía muchísimo daño. Ya no sabía hacerlo de otra manera, nunca había sido un hombre cariñoso, por lo que mantener las distancias era la opción más prudente.

—¿Estás embarazada? —preguntó como si no lo hubiese entendido bien.

—Sí. He pensado que recuperar el puesto de reportera no sea prudente, al menos hasta que dé a luz. Quiero que sepas que es algo temporal.

—Juliette, enhorabuena, de verdad. —Por primera vez en años, el abuelo sonrió—. Estoy convencido de que serás una madre maravillosa y Sam se alegrará muchísimo. Ese bebé os cambiará la vida.

Ya nos la había cambiado, aunque él no sabía hasta qué punto.

—Lo siento muchísimo por lo que pasó. Lo lamento de verdad.

Y allí estaba, por fin. De verdad había creído que me haría sentir mejor cuando lo oyera de su boca. Quizás consideré que incluso le abrazaría y podríamos romper distancias, recuperar todos los instantes que no habíamos compartido cuando era niña y deseaba pasar más tiempo con él. No ocurrió nada de eso, solo asentí con la cabeza y él permaneció donde estaba. No nos esforzamos más por olvidar, a veces es inevitable aceptar que las personas no cambian, que hay que perdonar y dejar de lado el rencor y aprender a rescatar, al menos, los pocos y preciados instantes de complicidad.

—Cuando quieras, podrás recuperar tu puesto de reportera. Tu abuela lo habría querido así, que hicieras aquello que de verdad te gusta, aunque yo siga pensando que no es, ni de lejos, lo mejor para ti y tu carrera.

Era el momento. Quizá si la tía Emilia se enteraba, dejaría de dirigirme la palabra. No podía estar segura de ello. Me arriesgaría.

—Sé que la abuela se fue de casa durante unos meses, que os disteis un tiempo. ¿Por qué?

—¿Disculpa?

Se puso en pie, claramente nervioso.

—Quiero saber qué pasó.

—¿Te ha contado eso tu tía Emilia, Juliette? —Se tomó un momento para barajar las posibilidades de que lo hubiera hecho otra persona—. Claro que ha sido ella, ¿quién si no?

Volvió a tomar asiento. Se le escapó un profundo suspiro al hacerlo. No me miraba, parecía más entretenido en las baldosas del suelo.

—Mira, Julie, hay cosas que es mejor dejarlas donde están.

—¿Se fue con otro hombre? —seguí preguntando yo sin hacer caso a ninguna advertencia que pudieran lanzarme los ojos del abuelo.

—Era libre de irse donde quisiera, no puedes retener a tu lado a una persona por mucho que la quieras. Hay que dejar que se vaya.

Esa respuesta, viniendo de él, me pareció inusual.

—O sea, que lo sabes, solo que no quieres contármelo.

—Así es.

—¿Por qué?

—Porque no es necesario. Tu abuela estuvo siempre a tu lado, a diferencia de mí, por ejemplo. Que nosotros nos separáramos durante un tiempo, muchísimo antes de que tú nacieras, no es importante.

—Quizás no lo sea para ti. Lo dices como si la abuela hubiese hecho algo horrible y no quisieras que nadie lo averiguara —le reproché, cada vez más disgustada.

—Tu abuela no hizo nada horrible, no tengo nada malo que decir de ella. Fue la mejor esposa, madre, abuela y persona que he conocido. La quise desde el primer momento porque era lo opuesto a mí. Pensé que estando con ella aprendería a hacer las cosas mejor, pero es evidente que hay algo de innato, porque en vez de lograrlo, acabé siendo peor que cuando nos conocimos. Por eso se fue, porque descubrió quién era yo en realidad. Se fue con él.

Tragué saliva, porque aquella confesión era lo más cerca que había estado de mi abuelo a nivel personal.

—¿Con él?

—Dejémoslo estar, Julie. Me hace daño recordar aquella etapa. —Entrelazó los dedos de las manos sobre las piernas cruzadas—. Espero que lo entiendas.

—Hay muchas cosas que no entiendo.

Me puse en pie, en un primer momento con el propósito de marcharme. Después, reconsideré las posibilidades que tenía. Podía irme y dejarlo estar, intentar incluso convencer a mi tía de que ella también lo olvidara o podía seguir insistiendo hasta que el abuelo se enfadara tanto que no habría posibilidad de reconciliarnos ni en los próximos cien años.

Siempre he sido un poco masoquista.

—¿Por qué la abuela no me contó nunca que era de Estados Unidos?

—No le gustaba hablar del pasado, era una de las cosas que teníamos en común: se nos daba bien olvidar, pasar página, intentar no aferrarnos demasiado a las cosas que ya no teníamos.

Di una vuelta por el salón. Y otra. Tantas que perdí la cuenta.

—Pero su hermana vive allí.

—Sí, ¿y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Hay una carta, abuelo, una carta que ella le escribió a Aurora, diciéndole que tenía que volver a ver a ese hombre.

Le había hecho una fotografía, a buen recaudo en mi móvil. Eché mano de él y busqué la prueba de lo que estaba diciendo. Él no estaba nada alterado, había apoyado la barbilla en la mano y me observaba.

—Dice: «Sé que te lo prometí, Rori, pero, lo siento, lo lamento muchísimo, no he podido evitarlo. Lo he buscado. Tenía que verlo una vez más, saber si estaba bien, si era feliz. No quería estar toda la vida apretando con fuerza su fotografía sobre el bolsillo secreto de la falda».

El abuelo sonrió, como si en aquellas palabras escuchara una voz que le era muy familiar, cercana. Una voz que le hizo llorar, aunque se sacudió rápido las lágrimas. Le estorbaban.

—¿Qué esperas que te diga, Juliette? —indagó con toda la calma, sin alterarse lo más mínimo—. Dime qué quieres escuchar y te lo diré.

—Quiero saber por qué la abuela vino a Inglaterra, cuándo os conocisteis y quién es él. Sé que fue un aviador de la RAF, pero necesito saber más. Y no me engañes, no me creo que no supieras quién es él, que la abuela nunca te dijera nada al respecto. ¿Qué pasa con esa fotografía de la que habla? ¿Nunca la viste?

El abuelo echó mano de una manta que había sobre el respaldo de la silla y se la puso por encima de las piernas. Fuera estaba anocheciendo, así que encendí las luces. No me senté, me quedé de pie, apoyada en la pared que había junto a la chimenea.

—Nunca me hizo falta ver aquella fotografía. —Se miró las manos como si se extrañase de que fueran suyas—. Yo le conocía. Éramos amigos y Louisa era su novia.

—¿Cómo dices?

—No puedo hacer esto, Julie. Nos hicimos mucho daño y prefiero dejarlo estar.

—Pero ¿te das cuenta de lo que me estás diciendo? ¿Cómo que la abuela era su novia? Entonces, ¿cómo se supone que vosotros dos...? No entiendo nada —negué con la cabeza varias veces.

—No importa.

—Necesito que me lo cuentes, tú no lo entiendes.

No, no podía comprender lo preocupada que estaba ante la idea de que en algún momento descubriese cuáles eran mis raíces verdaderas o las de mi tía, si ese fuera el caso. Merecíamos la verdad. Pero no podía decirle que sospechábamos que uno de sus dos hijos podría llevar la sangre de aquel que había sido su amigo. Todo aquello me resultaba surrealista, como si se hubiera roto todo el orden de pronto.

—Lo único que necesitas saber es que eso forma parte de la vida privada de muchas personas, entre ellas tu abuela y yo. Lo siento.

—¿Lo sientes?

Estaba tan enfadada que podría haber roto cualquier cosa que hubiese encontrado en mi camino. No lo hice, intenté respirar, pensé que ya no estaba sola, y como era nueva en el mundo de la maternidad, me dio miedo que cualquier movimiento extraño pudiera hacerle daño.

—¿Sabes qué? Me he equivocado viniendo. Tú nunca pensarás en cómo se sienten los demás, siempre mirarás por ti, sin importar a quien te lleves por delante. Da igual lo que te pida.

Cogí el bolso del sofá y, cuando estaba a punto de salir del salón, me llamó.

—Dame aquel bloc de notas y un bolígrafo.

—¿Qué?

—Te he dicho que yo no quiero hablar de ello, pero no puedo obligarte a que dejes de preguntar. Tu abuela ya no está aquí. Él sí. Está en su derecho de relatarte su parte o versión de la historia.

Le acerqué lo que me había pedido. Garabateó algo rápido.

—Aquí está su dirección.

Me tendió la hoja que acababa de arrancar. La cogí con cierto escepticismo.

—Estás rarísimo —le aseguré.

En realidad era una pregunta encubierta, porque no me atreví a indagar sobre si estaba bien o mal, sobre cómo llevaba el hecho de vivir solo en aquella casa tan grande, sobre si hubiese escogido otro tipo de vida si hubiese podido.

—No, solo que una parte de mí sabía que algún día pasaría esto, pero esperaba no estar ya aquí para ver cómo se desmoronaba todo.

Apreté el papel con tanta fuerza que se arrugó.

—¿Por qué iba a hacerlo? A eso tampoco me vas a contestar, ¿verdad?

Él sonrió. Después extendió la mano hacia mí y la colocó con mucho cuidado sobre mi vientre. Reconozco que creí que me echaría a llorar en ese preciso momento. Una lágrima sí que se escapó antes de que pudiera controlarla.

—Si todo esto te lo contó Emilia es porque sabe más de lo que yo hubiera querido que supiera jamás. Pero cuando le conté aquello nunca pensé que se empeñara de esta manera en intentar saber más.

—¿Qué no querías que supiéramos?

Mantuvo la mano allí. Yo coloqué la mía sobre la suya. Fue el gesto más conciliador de la tarde, quizá el más sincero entre los dos.

—La verdad.

—¿Y cuál es, abuelo? Dímelo, por favor.

Dejó caer la mano con lentitud a su costado.

—Ni siquiera yo la sé, Juliette, aunque la sospeche. Pero prefiero no confirmarlo, ¿sabes por qué?

Me paralizó escuchar aquello de boca del abuelo.

—¿Por qué?

El hecho de que yo no hiciera otras preguntas le confirmó que yo también era sabedora de esa posibilidad.

—Porque quiero a mis dos hijos por encima de todo, pese a no haber sabido demostrárselo. Son mis hijos, los dos, y quiero que siga siendo así siempre. O, por lo menos, hasta que me muera.

Me arrodillé a su lado y le acaricié el antebrazo durante un segundo. Me apiadé de la tremenda pena que había en sus ojos y en sus palabras. Eran una súplica.

—Nunca te lo diré.

—¿Qué? —preguntó contrariado.

—Jamás, pase lo que pase, te diré la verdad.

Sin más, se echó a llorar como un niño. Mi abuelo, el hombre más frío y distante que había conocido, se vino abajo y no hubo manera de consolarlo en la siguiente media hora. Solo lo dejé llorar. Me quedé, eso sí, cerca de él, sopesando cuál sería el precio a pagar por descubrir una parte de su pasado, el de mi abuela y aquella dirección que él me había facilitado.

Simplemente nos quedamos allí, dejando correr el tiempo, él llorando y yo pensando en que estaba intentando escavar en las malas decisiones de otros cuando mi vida se sostenía a base de pequeñas y grandes mentiras.

Me acaricié la barriga. Tenía que contárselo a Sam. Necesitaba hacerlo.

SAM

Todo lo que vi aquella noche

Emma y yo juntos éramos una catástrofe que me hacía sonreír a cada momento. Después volvía a la realidad, donde no tenía cabida lo que estábamos haciendo y nos convertíamos en una catástrofe a secas. Como esa noche, cuando yo llegué primero porque no podía desprenderme del sabor de su boca ni de la forma que tenía de mirarme. Pero, sobre todo, no olvidaba sus palabras, ni tampoco la extraña manera en la que me sentía.

Doce años después, en una mesa distinta, eso sí, en el mismo lugar. No habíamos vuelto a ir juntos, me preguntaba si ella había repetido, si en algún momento miró ansiosa por si aparecía. Sonreí. Recordé las semanas siguientes a aquel encuentro, después de que la contratara en un arrebato que a mi padre no le pareció bien. Fui al restaurante varios días seguidos, deseando que, tal vez, se acordara de que le había dicho que era mi favorito. Nunca apareció. Yo seguí intentándolo, no obstante, aunque tampoco me atreví nunca a proponerle volver.

Por aquel entonces estaba soltero, por eso mismo me había sentado a su lado aquella noche de febrero, porque me pareció preciosa y triste bajo las luces de las diminutas bombillas, bajo esa palidez de led que la cubría. Nadie, por mucho que le gustara la comida de un local, se sentaría al lado de una extraña, interrumpiría su soledad y comenzaría a hacerle preguntas si no le causara el mínimo interés. Después de esa cena de bocadillos y coincidencias, nos convertimos en lo inevitable: jefe y empleada, sin más. Dejé de saber cosas de su vida privada porque nunca le pregunté y procuré no airear mucho la mía: un desfile de mujeres a las que quise. Soy de esa clase de hombres, supongo, de los que se atreven a querer, aunque después todo acabe estropeándose. Pero ¿qué más da?

Los ojos verdes de Julie me vinieron a la mente de pronto. Al igual que la cercanía de los últimos días. Me pregunté si las cosas se estaban estropeando o si lo hacía yo con esa decisión que había tomado. No estaba sordo y, pese a que no era lo correcto, había pegado la oreja a la puerta. Emma le había dicho a Mina varias veces que era un hombre casado. Un hombre casado. Un hombre casado. Pero también cansado. No de Julie. Quería a Julie, sin embargo, no comprendía cómo era posible quererla y, a la vez, verme devastado por lo que sentía por Emma. ¿Qué se suponía que sentía por ella? Lo único que tenía claro era que no se trataba solo de atracción. De haber sido así, me hubiese sentido mucho más tranquilo porque lo habría podido controlar. No. Aquello era otra cosa. No sabía que, eso sí, lo estaba jodiendo todo, comportándome como un chaval y no como un hombre de cuarenta años. Esperaba que no se tratase de una de esas crisis de las que todos mis amigos hablaban. De momento no me había teñido el pelo de rubio platino ni me había hecho la cera brasileña; no, yo solo había engañado a mi mujer.

Respiré hondo y me restregué la cara con las manos.

—¿Estás bien?

Levanté la mirada. Emma estaba allí, frente a mí, con sus grandes ojos negros perdidos en la noche.

—Sí —dije al principio—. Bueno, no.

—Claro que no. —Sonrió. Echó la silla a un lado y la ocupó—. Me hubiese extrañado que lo estuvieras, significaría que eres un demente.

Dejó su bolso sobre la mesa. Debajo había un libro. No pude ver el lomo, solo el fajo de hojas amarillentas, un poco desgastadas.

—A lo mejor lo soy —declaré con una sonrisa en los labios. Una muy pobre, incluso absurda.

—No, no lo eres —negó. Apoyó los codos en la mesa. A continuación, lentamente, apoyó la barbilla sobre los nudillos de las manos—. No me hubiese enamorado de un perturbado falto de empatía.

Emma ya no tenía nada que perder, me di cuenta en cuanto dijo aquellas palabras. Tras fallecer su madre lo difícil era seguir viviendo entre mentiras, así que me di cuenta enseguida de que, si había ido a reclamarle la verdad, ella estaba dispuesta a ofrecérmela sin hacerme más preguntas, porque no abundaban las respuestas.

Ahora bien, yo siempre había sido muy dado a cuestionármelo todo, y esa vez no sería diferente. Necesitaba entender lo que me pasaba.

—¿Y cómo sabes que estás enamorada de mí?

—Pues, a ver. —Puso cara de concentración, aunque también había pinceladas de ironía en la forma en la que sonreía—. Digamos que siento algo en el estómago.

La definición fue tan inesperada que acabé relajándome en la silla y riéndome mientras la camarera se acercaba a tomarnos nota. Miré a Emma, ella a mí. Pidió por los dos, exactamente lo que comimos la vez anterior, hacía una docena de años, que se dice pronto. Se encogió de hombros cuando la chica se fue.

—Así que sientes algo en el estómago... ¿y si es hambre?

—¿Y si eres gilipollas?

Apoyó las manos en la mesa e hizo un amago de levantarse para irse.

Coloqué mis manos sobre las suyas y le pedí perdón con la mirada.

—Mira, Sam, yo no tengo la culpa de lo que siento, y no, no es hambre, ni tengo un Alien viviendo dentro de mí. O puede que sí, no sé. Puedo tener comportamientos un poco extraños a veces, pero...

Asentí para que dejara de explicarse, era innecesario hacerla pasar por ese momento.

—Lo que quería decir es que cómo sabes que no es solo atracción. Siempre hemos tenido una relación profesional, excepto alguna cena de empresa donde el ambiente ha sido más distendido, hasta hacía poco ni siquiera sabía los años que llevabas con tu pareja. Y probablemente hay mil cosas que tú ignoras de mí. Entonces, ¿qué es lo que ha hecho que te enamores?

Era una pregunta difícil, quizás demasiado, pero Emma no se achantó.

—Las otras miles de cosas que sí conozco, supongo.

—¿Y cuáles son?

—Las inexplicables: las sensaciones.

Se me detuvo el corazón durante un microsegundo, igual que la calle, que el ruido.

—Esta mañana no estabas tan emocional —le recordé.

Se sonrojó al recordar lo que le había confesado a Mina. Sin embargo, no fue suficiente para derribar sus defensas, venía dispuesta a decírmelo todo y yo a escucharla.

—Que me haya enamorado de ti no significa que no me sienta atraída por ti.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto te atraigo?

Em frunció el ceño, apartó la mirada un instante. Cuando volvió a clavarse en mis ojos, despertó mis instintos más mundanos.

—¿Por qué intentas buscarle una parte racional a algo tan instintivo como el sexo?

Parecía que aquella noche tenía todas las de perder con ella. Ya me había puesto en mi sitio desde el primer encuentro, pero esa noche hablábamos sin tapujos. Ella lo hacía, al menos, era bastante más valiente que yo.

—No lo sé, se te dan bien los números.

—¿Y para qué quieres saberlo?

—Para averiguar cuál es el punto en el que ya no puedes controlar la atracción, cuál es el momento en el que dejas de pensar porque es más fuerte el deseo.

Emma se echó hacia atrás porque la camarera acababa de llegar con las bebidas. Las dejó frente a nosotros. Yo bebí del refresco en cuanto se fue. Emma no miró el suyo. Tenía una respuesta palpitándole en los labios. Me perdí un segundo en ellos, como en un oasis. Después tuve que centrarme en sus ojos. Mi imaginación iba demasiado rápido para lo lenta que prometía ser la velada.

—Siempre es más fuerte el deseo.

—No lo creo —aseguré—. He deseado a muchas mujeres, pero nunca he sido infiel a mis parejas, ni siquiera un beso. —Tenía que decírselo.

Supuse que pensaría que todos los hombres dirían eso estando en mi lugar, como si quisiera hacerla sentir especial porque había logrado hacerme sentir algo lo suficientemente fuerte como para romper esa regla. Me equivocaba.

—¿Qué? —pregunté al ver que se mordía el labio para callarse lo que, en apariencia, necesitaba gritar—. Di lo que piensas, Em. Quiero que lo hagas.

—¿Aunque no te guste?

—Sobre todo si no me gusta.

—Quizá te atrajeran, mucho. Pero si crees que el deseo se puede controlar y esta vez no lo has hecho, a lo mejor es que esto —dijo haciendo un gesto con la mano que abarcaba la distancia que había entre los dos— no es deseo, es otra cosa.

—¿Y qué es?

—Yo solo sé lo que es para mí, Sam.

—Pero ¿cómo te has podido enamorar tan rápido?

Enarcó las cejas y se echó a reír. Se reía de verdad, pero había una aflicción palpable.

—¿Tan rápido?

Me encogí de hombros.

—Hace poco que lo has dejado con Ethan. —Todavía me acordaba de su nombre, aunque no me apetecía en absoluto pronunciarlo.

—Ah, que crees que ha sido de repente. ¿Tú no has querido nunca a alguien que no te haya correspondido y has tenido que seguir con tu vida?

Crucé los brazos sobre el pecho. Sentí también la tirantez de la cara, porque estaba tenso, como si sintiera que Emma me estaba atacando, por mucho que supiera que no lo estaba haciendo.

—¿Estás queriendo decirme que llevas años enamorada de mí?

—Sí, unos doce para ser más precisos.

—¿Y en qué momento decidiste que yo no te correspondía?

—¿Decidí? —preguntó contrariada.

—A mí nunca me preguntaste, que yo recuerde, ¿no?

—Interpreté que era un no.

Mi enfado iba en aumento a medida que la conversación se ponía más seria. Era consciente de que Emma no tenía toda la culpa de que no nos hubiéramos conocido —en un sentido más profundo de la palabra— antes, yo tampoco había salido nunca de la zona de confort.

—¿Cuándo lo interpretaste?

—Cuando me di cuenta de que nunca podría ofrecerte lo que te ofrecían las demás.

Suspiré. Me ayudó a controlar el tono de voz y a no comportarme como un energúmeno.

—¿Y qué se supone que me ofrecían las demás?

Pensé en las chicas con las que había salido durante aquellos años. Me costó recordar sus caras, no porque se me hubiesen olvidado, sino porque estaba demasiado cerca de Emma, demasiado cerca de cruzar la línea, inclinarme sobre la mesa, derramar las bebidas y besarla. Besarla sin previo aviso, sin explicaciones, sin más interrogatorios absurdos, sin que me importara lo más mínimo quién nos pudiera ver, sin sentir que me moría por no hacerlo, porque no me atreví.

—No lo sé, eran perfectas.

—¿Perfectas? ¿Por qué? ¿Porque eran guapas? ¿Porque siempre sonreían aunque llevaran una vida que no las contentaba? ¿Porque tenían constantemente las palabras adecuadas para cada momento? ¿Porque mi padre pensaba que eran suficientemente educadas y calladas para ser mujeres florero como lo ha sido mi madre toda la vida? ¿Eran perfectas, Em? —Le dejé un segundo por si quería decir algo. Imaginé que no, así que proseguí—. No lo eran, lo aparentaban. Nunca intenté cambiarlas, las quise así porque era fácil, porque no tenía que preocuparme por luchar contra todo lo que me habían inculcado. Solo tenía que continuar con el plan que mi familia había trazado para mí.

Se quedó en silencio, no logró articular palabra. Continué con mi discurso.

—Pero yo no quería una mujer que me dijera siempre lo que me apetecía escuchar, quería a alguien que me alejara de quien era.

—Y conociste a Juliette.

No lo dijo con mala intención. Lo dijo porque me estaba ayudando a reconstruir las decisiones que había tomado. Estaba en ese punto en el que ya no tenía ninguna certeza de nada, solo me precipitaba a un abismo de contradicciones, hacia esa catástrofe que éramos los dos allí sentados.

—Sí, la verdad es que no se parecía a las otras.

No quería hablar de Julie con Emma, no cuando sabía que la estaba traicionando y que no llevaba unos pocos días haciéndolo, porque con el pensamiento también le había sido desleal.

—Pero eso no responde a mi pregunta, Em. ¿Por qué no te acercaste nunca?

—Porque era más sencillo estar lejos.

—Y con otro hombre.

—Sí, y con otro hombre —afirmó con una sonrisa a medias.

—¿Y lo fue? ¿Fácil, digo?

—¿Es fácil respirar bajo el agua? —me preguntó mientras le daba un trago a su refresco.

Los labios se le humedecieron como una invitación tímida a ser devorada a besos, dejando un reguero de mordiscos que los enrojeciera un poco más. Solo un poco más.

—No se puede respirar bajo el agua, Em.

Le rocé la nariz con el dedo. Ese gesto nos acercó un poco y la hizo sonreír de verdad en mucho rato. Me sentía como si tuviéramos dieciocho años y nos muriéramos de vergüenza el uno frente al otro. O nos muriéramos directamente por no estar más cerca.

—Pero se puede mantener la respiración durante un tiempo.

—¿Durante diez años?

—A intervalos sales a la superficie a coger una bocanada de aire.

—A intervalos te ahogas —le solté.

—Por lo menos sientes que alguien te quiere.

—¿Por qué no te acercaste nunca, Em? —repetí, no quería que se saliera por la tangente esta vez.

—Porque me asustaba la respuesta, supongo, como a todo el mundo. Porque no nos parecemos en nada. Porque pensé que...

—¿Qué? —presioné al ver que apartaba la mirada y se retorcía los dedos de las manos, muy nerviosa, muy dolida.

—Que no era suficiente.

Ese fue el instante que esperaba, el momento en el que derramé las bebidas. Me eché hacia delante, sin pensar en nada que no fuera rescatar a Emma, aunque suene estúpido. Pero yo sabía que esa noche podríamos rompernos para siempre o respirar para siempre y no sabía cuál de las dos cosas nos haría más daño. Solo era consciente de cuál sería la decisión que se llevaría a Julie y cuál a Emma.

Decir que la besé sería quedarse corto porque durante los segundos que duró el contacto de nuestros labios lo que hice fue venerarla, adorarla, amar la suavidad de su piel como si pudiera sangrar la mía propia. Era la tercera vez que nos besábamos y todas ellas habían sido diferentes, insólitas. La deseaba, sí, tanto o más que a otras mujeres que habían sido importantes en mi vida o que habían pasado como una ráfaga. Pero había mucho más.

Me devolvió el beso, no solo con la boca, sino también con las manos, que se perdieron por debajo de cuello de la camisa. Mi piel reaccionó al contacto de sus dedos y me estremecí ante la idea de que aquella mesa desapareciera, el único obstáculo que nos hacía actuar con un mínimo de cautela, si es que esa palabra seguía existiendo para cualquiera de los dos.

—Vámonos —me pidió cuando se echó a un lado, aunque no me liberó de la presión febril de su contacto.

—¿Adónde? —pregunté como si acabara de darme cuenta de que no podríamos irnos a ninguna parte porque a mí siempre algo, alguien, me perseguía.

—Donde podamos estar solos.

Recuperé mi lugar anterior y eso la obligó a retirar las manos. Fue como si me hubieran arrancado una sensación que ya era tan mía que no se podía ignorar.

—Si nos quedamos a solas, Em, no podré mantener a raya las ganas que tengo de desnudarte.

Se le sonrojaron las mejillas. Las salpicaduras de pecas parecían doradas bajo ese color tan propio de la timidez.

—Pues no lo hagas.

—Em...

—Solo hoy, una noche, nada más.

Me estaba pidiendo que por unas horas me olvidara de la relación que habíamos tenido durante doce años y de mi matrimonio. Podía pasar por alto lo primero, pero, ¿por qué no me esforzaba un

poco más en no destrozar lo segundo?

—No podría ser solo una noche. Trabajamos juntos, siempre estaríamos mirándonos raro.

—¿Y después de besarnos no lo haremos? Por eso estamos aquí, Sam, porque todo se estropeó cuando te dije lo que sentía.

—No se estropeó nada —me apresuré a decir para que no volviera a apagarse como antes. Volvería a besarla si se daba el caso. Era una reacción superior a mí.

—Esto no será una aventura.

Abrí los ojos como platos. Si no iba a ser una aventura, porque desde luego no estaba dispuesto a una, entonces, ¿qué se suponía que iba a ser? Así se lo planteé.

—Será hoy. Solo hoy. Sin ningún nombre. Y después todo volverá a ser fácil —confirmó tan convencida que me dio un vuelco el corazón.

—¿Qué quieres decir con que será fácil?

—Que yo me iré a Berlín y tú recuperarás la calma y, con suerte, no tendremos que cruzarnos en el trabajo y mirarnos raro. —Me sonrió. Sin embargo, estaba destrozada. Esa mirada otra vez no.

—Ya te he dicho que Berlín es un tema hablado y zanjado —le recordé, porque no estaba dispuesto a que se fuera. No podía.

—Y yo te he dicho que eso es algo que tengo que decidir yo y es una decisión meditada, Sam.

Tragué saliva. Tenía la boca seca y la mandíbula apretada, con mucha fuerza.

—Te vas porque eres incapaz de estar cerca de mí. —No era una pregunta, sino la afirmación más rotunda que había hecho en toda mi vida—. Y aun así, tensas la cuerda para que sea más complicado después de esta noche.

Inclinó el cuerpo sobre la mesa y en un susurro me dijo:

—Solo quiero estar contigo una vez. Sé que es egoísta pedírtelo y por eso después te lo pondré fácil: no tendremos que volver a tocar el tema nunca más.

—Cuando dices estar conmigo...

—Acostarme contigo, hacer el amor contigo, follar contigo. Como lo quieras llamar. No me importa.

Esta vez fui yo el que se puso nervioso, diría incluso que sentí un extraño calor en las mejillas. Intuí que me acababa de ruborizar, y no porque no hubiese hablado de sexo con mujeres, o por estúpidas convenciones sociales en las que parecía que era un tema tabú que la mujer fuese que la que dijera lo que quería, no, me sentí así ante aquellas palabras porque era Emma, porque para mí seguía siendo la mujer que se tropezaba al entrar en la sala de juntas, la que agachaba la mirada cuando pasaba por mi lado con prisa, la que se escondía detrás de unas gafas enormes pese a que ya no las necesitaba. Una Emma que seguía estando en ese restaurante, pero que ahora era menos niña porque se atrevía a decir en voz alta lo que pensaba.

—Tampoco te asustes. No te voy a atar a la cama.

Ante ese comentario tuve que reírme. Ella hizo lo mismo. Estábamos acumulando tanta tensión —y no toda buena— que más nos valía ponerle un poco de humor. Desprendernos de tanta culpa por encontrarnos tan lejos en el tiempo de la única y verdadera posibilidad que teníamos de haber hecho las cosas bien, de haber hecho el amor atados a la cama, a las sábanas, a la luz del amanecer y al crepúsculo sin ningún remordimiento y sin la promesa de una despedida.

—Tampoco me importaría —dije para que no pensara que me estaba dando un derrame cerebral por tanta presión.

—Estoy segura de que no.

—No sabía que te iba el *bondage*, lo que me faltaba ya por escuchar —expuse con un tono

exagerado, como si me ofendiera descubrir algo así, aunque no lo hacía en absoluto.

—Ni siquiera yo sé lo que me va, Sam.

Vale, eso era nuevo, y me intrigó. Esa vez no apartó los ojos, levantó los hombros con un gesto natural que venía a decir que era algo que no dependía de ella y luego hizo una mueca con los labios.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que solo he estado con Ethan y no se esforzó demasiado en experimentar, conmigo no, al menos.

Me dieron rabia dos cosas en aquel momento: la primera y más importante fue darme cuenta de lo infeliz que había sido Emma con Ethan, por muchos buenos momentos que hubiese podido haber; la segunda, fue darme cuenta de que no me gustaba imaginarlos juntos en la intimidad. Y no me había pasado con todo el mundo, reconozco que en algunos casos me producía interés e incluso algo de morbo. Pero no con Emma.

—Em.

—¿Qué?

—Vámonos.

EMMA

Este ahora tan vacío de futuro

Despacio, desnudada caricia a caricia, como una canción que se canta al piano, pero sintiendo las vibraciones de las guitarras eléctricas en la piel, en la carne, en las cavidades huecas del silencio, en la boca. Sobre todo en la boca, que se me abría a ratos con lentitud y a ratos con una necesidad agónica.

Desear a alguien no está sobrevalorado si ese alguien también te desea a ti porque entonces prende una hoguera sin precedentes. Igual que me encendí yo entre los brazos de Sam en cuanto cruzamos la puerta de mi apartamento. Hasta allí habíamos andado el uno junto al otro, mirándonos de reojo de vez en cuando, sin ninguna pregunta de por medio esa vez. Sabíamos a dónde nos dirigiáramos y a qué. Casi podría sonar frío, indiferente, un trámite en una noche calmada. Sin embargo, compartir un momento como ese con el hombre al que había querido tanto tiempo resultaba indescriptible.

La puerta nos separó de todo cuanto habíamos dejado fuera. No había cabida para nada más, solo para mirarnos durante dos largos minutos como si no nos conociéramos de nada. Yo contra una pared, él contra la que había frente a mí. No sabíamos cuál de los dos daría el paso esa vez. Él acababa de atreverse hacía media hora, en público, había ignorado la presencia de cualquiera que pudiera vernos. Todo parecía indicar que yo sería la que llevaría las riendas, a fin de cuentas, la propuesta era mía. Sin embargo, muy pocas veces había tomado la iniciativa, Ethan solía tener la última palabra en esos casos, el primero en atacar, quien parecía saber en todo momento cuándo era oportuno quitarse la ropa.

—Ven.

La voz ronca de Sam me distrajo de esos pensamientos que no me traían buenos recuerdos.

Arrastré los pies en su dirección, mucho más que nerviosa. Treintaicinco años y el cuerpo temblando como si tuviera quince y estuviera a punto de perder la virginidad. O, en mi caso, veinticuatro. Estaba descubriendo en aquellos meses que el tiempo no comprende de emociones. Crecemos, aprendemos, nos hacemos más fuertes, pero seguimos rompiéndonos igual cuando nos hacen daño, continuamos sonrojándonos al rozarnos por accidente con la persona que nos gusta. Eso no desaparece jamás.

Cuando estuve frente a él, no sé por qué pensé que era un buen momento para quitarme la blusa. Sam tenía otros planes, porque colocó sus manos sobre las mías y me detuvo.

—Ven—repitió.

Me cogió de la mano y me acercó a su pecho hasta que me tuvo bien envuelta entre sus brazos. Oía como siempre, solo que en esa ocasión pude sentirlo más que nunca, porque mi frente estaba pegada a su camisa, su cuello muy cerca de mis labios, las ganas entre los dos, montando guardia.

Eché la cabeza hacia atrás. Me miró. Estábamos alumbrados tan solo por la luz de la lámpara

del pasillo.

—Creí que íbamos a hacer el amor.

No sé si soné desesperada o idiota, lo que sí que estaba era contrariada.

Sam se rio ante mi ocurrencia y me abrazó un poco más fuerte, para que sintiera cada músculo de su abdomen y sus brazos, así como una presión que se clavaba en mi vientre.

—¿Tienes prisa?

No quise nombrarle a Ethan, pero él lo adivinó cuando me quedé en silencio.

—Algunos no somos tan egoístas, Em. Yo me tomo mi tiempo.

«¡Joder, qué mirada!».

—Vale —contesté—. ¿Quie-quieres un té?

No sabía en qué consistía exactamente tomarse su tiempo. Para Ethan hacerlo significaba beberse una cerveza mientras apagaba la luz y yo me tumbaba en la cama.

Sam apartó las manos de mi cintura y las llevó hasta mi cara, me acarició las mejillas. Dos de sus dedos pasaron por encima de mis labios, haciendo que el inferior le humedeciera las yemas.

—No quiero ningún té —contestó al tiempo que volvía a apoyar la espalda contra la pared, metía las manos en los bolsillos de su pantalón y me desnudaba con los ojos.

—¿Y qué quieres? —pregunté ya nerviosa. Me dolían las manos de tanto estrujármelas.

Sonrió como nunca antes le había visto hacer en público. Hasta ese momento no fui consciente de que estaba a punto de descubrir a otro Sam. Todos somos distintos en la intimidad; todos menos yo, que me seguía dando mucha vergüenza.

—Quiero desnudarte, para empezar.

«Oh. Vale. Bien. Entiendo».

—Oh. Vale. Bien. Entiendo.

Sam no pudo mantener por más tiempo la expresión provocadora de su cara, se echó a reír tan alto que pensé que despertaría a todo el edificio, aunque aún fuera pronto y nadie estuviera durmiendo.

Me besó en los labios con una dulzura inusitada, al menos lo era para mí. Después noté sus dedos tamborileando de un botón a otro de la blusa, hasta que llegó a la cintura de la falda. Sacó la tela de un tirón que me recorrió la espalda en forma de escalofrío. Acabó de desabotonarla. Sus manos ayudaron a que la tela resbalara por mis hombros, por mis brazos, hasta el suelo.

Mis manos se perdieron por debajo de la tela de su camisa y sus labios zigzaguearon por mi cuello hasta las clavículas. Volvió a ascender al comprobar que era mi punto débil. Sus dedos, sin prisa, se adueñaron de la cremallera trasera de la falda. Nunca se me olvidará el sonido de la cremallera bajando, quizá porque en ese instante susurró en mi oído:

—Si ahora se te eriza la piel, cuando me pierda entre tus piernas, ¿qué pasará?

Recuerdo que mientras la falda caía al suelo, su nariz estaba enterrada entre mi pelo. Me olía con calma, como él ya había aventurado minutos antes.

Se apoderó pronto del cierre del sujetador.

—Espera —dije de golpe.

Se detuvo de inmediato. Buscó mi mirada e intentó adivinar lo que me estaba pasando por la cabeza.

—Deberíamos ir a la habitación —sugerí.

—¿Por qué?

«Porque aquí hay demasiada luz y allí podré apagarla».

Enarcó las cejas, una clara insistencia a que le contestara.

—Estaremos más cómodos —expliqué.

—Estoy muy cómodo aquí —insistió.

—¿En el pasillo?

—Sí, en el pasillo —contestó entre susurros, como si estuviera confesándome un secreto—. ¿Qué pasa, Em? No me mientas. Nosotros no hacemos eso.

Fue extraño darme cuenta de que en ese momento ya no había más que verdad entre los dos, pese a que para ninguno de los dos sería fácil enfrentarnos a la mañana siguiente. Yo sabía que él no podría quedarse a dormir, él sabía que yo no reconsideraría mi idea de irme a Berlín. Aquello, aunque no le pusiéramos nombre, era una despedida. Una que rompía con todas las normas, que infringía todas y cada una de las leyes que alguien escribió un día sobre el amor, en todas sus vertientes.

—Es que no suelo... —tragué saliva, me producía pudor tener que confesarlo.

—¿Qué?

Me apartó un mechón de la cara, ni siquiera pude esconderme detrás de mi pelo.

—No, a ver. Es complicado. —Se me escapó una de esas risitas nerviosas que tanto detestaba en los demás—. Es que suelo apagar la luz, o no desnudarme del todo. No sé.

Sam no hizo ningún comentario. Creí que me miraría con delicadeza, nos iríamos al dormitorio y nos moveríamos en la oscuridad. Por enésima vez en las horas que llevábamos improvisando aquella cita, hizo lo contrario a lo que me esperaba.

Se quitó la americana y continuó desabrochándose la camisa sin dejar de mirarme a los ojos. Cuando estuvo desnudo de cintura para arriba, mi mirada se despistó, se alejó un segundo de la suya para fijarse en el vello clarito de su pecho y en las líneas de sus abdominales. Él no se sonrojó ante la forma tan descarada en que lo observé. Siguió con el cinturón y los pantalones. Se agachó. Primero los zapatos, después los calcetines. Fuera los pantalones. Sam en ropa interior era como el mejor de mis sueños, por eso tuve que pellizcarme el muslo, solo para comprobar si era de verdad o solo mi imaginación burlándose de mí.

Se pasó el pulgar por los labios y sonrió antes de quedarse desnudo del todo.

En ese momento sí que me di la vuelta. Cerré los ojos y giré de nuevo hasta colocarme una vez más frente a él.

—Perdón —me disculpé.

Él se moría de la risa.

—Nunca había provocado tal reacción de espanto. ¿Tan pequeña la tengo?

Fui levantando la vista del suelo, me pareció de mala educación no comprobarlo y dejarle la pregunta sin respuesta.

—No, para nada —dije con las mejillas ardiéndome.

—Em, mírame.

No sabía cómo volver a entablar el contacto con sus ojos. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no perder la compostura y dar otra vuelta como la imbécil que era.

—Hola —dije cuando logré hacerlo.

«Di que sí, Emma. Tú, di que sí. Hola. Me sorprende que le dure la erección. Eso, por favor, no te cortes, echa otra ojeada, anda».

—Hola —contestó él entre risas.

Me pregunté qué estaría pensando en aquel momento.

«¿Tú qué crees?».

—Vale —afirmé—. Vale.

Eché las manos a la espalda y me desabroché el sujetador. Carraspeé cuando me lo quité.

—Pues se nos ha quedado buena noche, ¿eh?

Le tiré el sujetador a la cara. No dejaba de sonreír. Supuse que no estaba acostumbrado a ese tipo de contratiempos durante el sexo. Estaba contribuyendo a romper toda la atmósfera erótica que había construido él hacía unos minutos.

Me quité también la parte de abajo. Ya no quedaba nada. Allí estábamos, desnudos, mirándonos, pero no de arriba a abajo, como había esperado por su parte. Se tomó un buen rato solo en seguir pendiente de mis ojos.

—¿Qué hacemos ahora?

—Bebernos el té de antes —bromeó.

Le di un empujón que lo pegó a la pared. Le rodeé el cuello con los brazos, como había hecho aquella mañana, solo que ahora notaba mis pezones rozándole el pecho, me puse de puntillas y busqué el contacto de sus labios como un sediento en el desierto. Su lengua me encontró antes. Sus manos bajaron por mis caderas hasta el culo. Sentí la presión de sus dedos en la carne y, cuando quise darme cuenta, me levantó y mi cuerpo, como una coreografía perfectamente ensayada, se pegó un poco más y las piernas le rodearon las caderas. Los dos gemimos.

Esta vez sí que fuimos al dormitorio, yo en sus brazos, donde me sentía pequeña, pero a salvo. Lo de pequeña era consecuencia de ser bastante más bajita que él. No me tumbó en la cama. Nos quedamos sentados, con las piernas entrelazadas. Tras besarnos lo suficiente para que nos temblaran ya hasta las entrañas por las ganas que nos teníamos, acabó tumbándose boca arriba y yo quedé a horcajadas sobre él. Estiró la mano hasta la mesilla de noche, donde encontró el interruptor de la lámpara, y la encendió.

Paseó la mano por mis pechos y descendió por el centro del vientre hasta que su muñeca dio un giro y sus dedos apuntaron hacia abajo, curvándose hasta perderse entre mis piernas.

Eché la cabeza hacia atrás cuando dos de sus dedos se introdujeron dentro mí, mientras con el pulgar me rozaba justo donde pedía el vaivén de mis caderas sobre él. Sin previo aviso, en el segundo en el que jadeé, me dio la vuelta en la cama.

—No quiero que te avergüences de nada. No conmigo.

Me tomé un momento para acariciar todas las facciones de su cara, mis piernas estaban demasiado ocupadas atrayéndolo instintivamente. Él se resistía, sin embargo, había algo que sí que me pertenecía. Sus ojos azules fueron solo para mí.

—Dilo.

—¿Qué? —pregunté porque me había despistado justo en el momento en el que comenzó a rozarme con movimientos acompasados. La espalda se me arqueó buscando más proximidad. Él me la negaba.

—Di que estás cómoda.

—Estoy cómoda —repetí sin entender a qué venía eso, en ese momento solo lo necesitaba más cerca.

Sonrió medio satisfecho, pero esa sonrisa anunciaba que su juego no había acabado.

Me mordió el lóbulo de la oreja, después el cuello. Hubo un nuevo intento por mi parte de atraerlo haciendo presión con las rodillas en los costados de su cintura. En vano. Continuó con los pechos, dejó un rastro de saliva desde los pezones hasta el ombligo.

—¿Sigues estando cómoda?

Se me escapó un sonido gutural.

—¿Cómo?

—Sí.

Sus manos fueron directas a mis muslos. Me obligaron a separar el nudo que habían formado mis pies cruzándose por los tobillos. Me besó desde la rodilla derecha hasta la cara interna del muslo, donde un mordisco me hizo perder el control. Me escuché respirando con dificultad cuando la punta de su lengua comenzó a hacerme enloquecer.

—¿Y ahora? ¿Te siguen molestando las luces?

—No pares.

—No es eso lo que te he preguntado.

Su aliento me hacía cosquillas.

—Por mí puedes encenderlas todas, pero no pares.

Y no paró hasta un buen rato después, cuando me temblaron hasta los dedos, pero él los enredó con los suyos y volví a respirar con el contacto.

Se tumbó a mi lado y yo me quedé mirándolo sin disimulo y sorprendida.

—¿Qué haces?

Se mordió los labios para no sonreír. Era un gesto que le había visto hacer más veces.

—Esperar.

—¿A qué?

—A que me ates a la cama, supongo.

Me apoyé sobre un codo y lo observé. Él me apartó el pelo salvaje de los ojos.

—Yo... esto... verás. Es complicado —comencé a decir. Se me escapó una sonrisa de circunstancias que a él le hizo negar con la cabeza, exasperado o divertido, o una mezcla de ambas cosas.

—Ya empezamos. ¿Qué pasa?

—Es que yo no suelo ponerme encima.

—Pues a mí me apetece ponerme debajo.

—¿Habitualmente o solo ahora para darme una lección de empoderamiento?

—Lo vas a disfrutar más encima, Em.

—Eso no contesta a mi pregunta —imité su tono de voz y sus mismas palabras.

Se encogió de hombros como si no fuera culpa suya que yo no entendiera la respuesta. Acabé renunciando a obtenerla, pasé una pierna por encima de él y acabé sentada a horcajadas. No hicimos nada durante los minutos más largos de mi vida, solo nos quedamos en silencio, mirándonos, rozándonos con los dedos, pero sobre todo con el «y si» que dejan las dudas y el pasado. La constante incertidumbre de no averiguar cuántos momentos podríamos haber compartido de no haber naufragado en nuestros propios medios.

Después de ese momento de proximidad, de serenidad incluso, fuimos perdiéndonos de nuevo en la boca del otro, en la carne, que parecía saber más que nosotros. La carne sabía rodar por las sábanas, enredarnos con las costuras de la saliva, de la impaciencia de nuestros cuerpos, que se movían incluso con rabia. No supe ponerle un nombre a la forma en la que sentí a Sam en cada parte de mí, por muy vertiginoso que fuera de pronto el modo de devorarnos, mordernos, olvidar que nunca antes me habían hecho sentir tanto.

Sentir tanto como si se rompieran todas las ventanas de golpe.

Esa fue la parte buena, junto con la calidez que nos empapó.

El ruido de las respiraciones se fue apagando.

Nos tumbamos uno al lado del otro. No fue incómodo, ni nos quedamos mirando el techo como si nos diera vergüenza lo que acabábamos de hacer. Nos abrazamos hasta que decidí ponérselo

fácil.

—Se hace tarde.

Enarcó las cejas ante mi comentario.

—¿Me estás echando?

—No puedes quedarte a dormir.

Hizo un intento de decir algo, pero yo seguí.

—Probablemente quieras, no estoy insinuando eso.

—Ya.

Se apartó con cuidado y se levantó de la cama. Fue primero al baño, sin decir nada más. Escuché el agua correr durante un minuto, después regresó. Me miró de reojo primero. A continuación, llamó su atención la estantería de libros que tenía en una esquina, junto a la ventana. Mientras se ponía los pantalones fue hacia allí. Cogió un libro al azar, una edición de tapa dura de *El viejo y el mar* de Hemingway. Me sonrió. Lo abrió. Vi que fruncía el ceño a los pocos segundos.

—¿Ratón?

Me llevé las manos a la cara.

—«Para Ratón: ojalá siempre podamos compartir las ilusiones. Te quiero» —leyó.

—Mi primo. Me llama así porque, según él, soy un ratón de biblioteca —le expliqué.

Dejó el ejemplar en su sitio.

—Es uno de mis libros favoritos —me contó mientras se ponía la camisa que había traído del pasillo como el resto de su ropa.

Intentaba hablar de cualquier cosa que no implicara decirnos adiós.

No fui capaz de decir nada cuando también se puso la americana.

—Nos vemos mañana, supongo —siseó él.

Dio un par de pasos hacia la cama. Me había quedado entre las sábanas y no sabía si era buena idea acompañarle hasta la puerta. Estaba aturdida.

Me besó en los labios primero, después en la frente.

—Hasta mañana —dije al final.

—Buenas noches.

Levanté la mano para hacerle un gesto. Se quedó de pie en el umbral de la puerta.

—¿Qué? —le pregunté.

Negó con la cabeza. Vi que apretaba los puños.

—Es que hoy me he sentido yo mismo por primera vez en muchísimos años. ¿Es raro que te lo diga?

—Yo he sentido lo mismo. Así quedamos empatados en rarezas.

El silencio fue inabarcable tras esas dos sonrisas llenas de añoranza.

—Voy a irme.

—Sí, vale.

—Em.

—Dime.

Escuché cómo le crujían los dedos de tanto hacer fuerza con los puños.

Suspiró en la penumbra.

—Nada. Te veo mañana.

—Nos vemos mañana.

Ese momento me recordó a otro que ya habíamos compartido. Creo que a él también, porque se

le relajaron un poco las facciones. Era evidente que nos estaba costando separarnos.

—¿Me acompañas a la puerta?

Me levanté de la cama, me envolví en la sábana y fui hacia él.

—Quiero pedirte que te quedes, lo sabes, ¿verdad?

—Sí que lo sé —susurró, como si al salir de la habitación hubiese algo o alguien que pudiera escucharnos, descubrirnos.

Sabíamos muchas cosas, pero la más importante de todas era que nunca conseguiríamos que yo le pidiera que se quedase y él aceptara. No lo haríamos porque estaba dispuesta a cumplir la promesa. Una vez. Una sola vez. Aunque, ahora que la había conseguido, no estaba muy segura de que pudiera sentirme como antes. Por eso tendría que cumplir la promesa de Berlín, por poco que me gustara la idea.

Sam y yo no nos volvimos a besar en la puerta, ni nos dijimos nada. Solo nos abrazamos antes de verle marchar escaleras abajo.

Dejó a su paso su olor y la quietud de mi corazón, que ya no latía desbocado. Estaba en paz por primera vez en mucho tiempo. Estaba tranquilo porque ya no tenía que mentir.

JULIETTE

El latido

Londres. Diciembre, 2019

Los días pasaron muy rápido después de que el abuelo me facilitara la dirección del aviator. Todavía no había hablado con Emilia porque no había tomado una decisión, no sabía si quería conocer esa verdad que tanto asustaba a Michael. Era consciente de que se la debía a mi tía y a mi padre, aunque este no supiera nada de lo que sí que habíamos descubierto nosotras. Estábamos reescribiendo una historia muy diferente a la que mi tía suponía, porque, de repente, con las nuevas confesiones, todo se torcía, parecía uno de esos laberintos de las ferias, donde todo da vueltas hasta que desconoces el punto exacto en el que habías empezado a recorrerlo.

Quizás no tuviera claro cuándo iban a detonarse aquellas minas que teníamos enterradas bajo nuestros pies, pero tenía que actuar con respecto a otra cuestión que me era más próxima, tanto que formaba parte de mi carne, de mi sangre, de cada parte de mi cuerpo. No podía dejar pasar ni un minuto más. Por eso aquella tarde, aprovechando que Sam había regresado pronto del trabajo, bajé al despacho que compartíamos. Llevaba conmigo una pequeña bolsa de papel. Se me había ocurrido una idea muy cursi para hacerle saber que sería padre. Pensé que se merecía que fuera especial.

Toqué con los nudillos, aunque no solíamos hacerlo porque era un espacio que los dos usábamos indistintamente. Sin embargo, como llevaba un tiempo taciturno, algo decaído, intentaba respetar más sus momentos de soledad. Supongo que lo hacía porque me hubiera gustado que otros me los ofrecieran a mí si me vieran tan triste como él parecía sentirse entonces. Imagino que nadie llega a comprender nunca cómo es posible querer tanto a alguien y querer también a otra persona al mismo tiempo. Yo tampoco lo entendía del todo, pero lo hubiera protegido de cualquier cosa que pudiera lastimarlo.

—Julie, pasa, ¿qué haces ahí?

Abrí la puerta del todo. Estaba sentado en uno de los sillones, leyendo. Había pensado que estaría con algún asunto del trabajo entre manos. No era así. Lo que lo entretenía era otra cosa: *El paciente inglés*. Le había visto leer aquella novela en infinidad de ocasiones. Era uno de los libros más desgastados que había en su estantería.

—¿Qué tiene este libro que te gusta tanto? —pregunté mientras me sentaba a su lado.

Él se quedó contemplando la portada, pensativo.

Deseé recuperarnos a los dos antes de la boda, justo como éramos antes de que Tom saltara al Sena. Era un deseo absurdo, casi sin fundamento. Pero no sabía cuánto.

—No lo sé.

Tres palabras bastaron para que me diera cuenta de que solo estaba intentando llenar las horas muertas con una historia que le hiciera olvidar aquello que le estaba enturbiando la mirada. Esos

preciosos ojos azules que llevaban años mirándome como si no hubiera nada más importante ahora estaban apagados y, aunque me observaban, los sentía muy lejos de allí. A cientos de años de distancia de la música que sonaba en la habitación, una canción que no reconocía.

—Tengo algo para ti.

Le enseñé la bolsa. Era un regalo inesperado, lo sabía, como sus flores, que ya no habían vuelto a llamar al timbre de casa. Me pregunté si eso pasaba en los mejores matrimonios, que con el tiempo los detalles se van difuminando hasta que se consumen en la rutina.

—¿Y eso?

Decir que a Sam no le entusiasmaba el regalo era quedarme corta.

—Ábrelo.

Se lo dejé en el regazo. Apartó el libro, que acabó sobre la mesita que se encontraba a su derecha y, pocos segundos después, con alguna sonrisa de cortesía y curiosidad de por medio, sacó de la bolsa un paquete envuelto en papel dorado. Lo desenvolvió sin demasiada ilusión, pero con la suficiente rapidez para hacerme creer que le importaba.

Vio el tejido de la camiseta al mismo tiempo que yo. La desplegó.

—«Tengo un gran súper poder» —leyó con una ceja enarcada a la que acompañaba una sonrisa divertida.

—Dale la vuelta.

Me hizo caso. Cuando leyó para sí mismo la segunda parte del mensaje, se le hundieron los hombros y dejó de sonreír.

—«Voy a ser papá» —dijo en voz alta, reproduciendo el mensaje. Me miró—. Voy a ser papá —repitió—. ¿Es en serio? ¿De verdad?

Asentí con la cabeza, emocionada porque se le habían iluminado los ojos de pronto, ese brillo que yo había echado en falta.

—¿Vamos a tener un bebé?

Repetí el movimiento afirmativo de cabeza. Pensé que si hablaba se me quebraría la voz en cualquier momento. Se llevó una mano a la boca y se echó a llorar, eso sí, con una sonrisa enorme en los labios. Después se me echó encima. Me abrazó tan fuerte que me dolieron un poco los huesos, aunque eso no fue lo único, porque lo que más me afligió fue darme cuenta de que entre sus brazos ya no percibía el olor del hogar, por mucho que quisiera a Sam.

Note cómo me ahogaba, me faltaba el aire. Empecé a respirar con mucha dificultad, tanto que él se dio cuenta. Se apartó de mí enseguida, pero no retiró las manos de mis hombros. Estaba sufriendo el peor de los ataques de ansiedad que había tenido en los últimos meses. Demasiados secretos, horribles mentiras que nos habían alejado y que ahora nos acercaban hasta el punto de que compartiríamos sangre e historia en un cuerpo pequeño que iría creciendo hasta llevar nuestros nombres, nuestro dolor detrás de él. Era injusto por mi parte romper esa atmósfera de felicidad.

—Julie, eh, mírame. Respira. ¿Qué pasa? Dime algo.

Pero yo no podía. Era incapaz de sentir que el aire me aliviaba lo más mínimo.

—Respira hondo, despacio.

Sam había presenciado alguno de mis ataques de ansiedad y sabía que a veces no había bastado con recuperar la calma, habíamos acabado en urgencias. En ese momento no podía. Ya no estaba yo sola. Tenía que esforzarme.

Cuando al fin fui capaz de inhalar profundamente, me eché a llorar, no un llanto silencioso, sino a lágrima viva, acongojada.

—Tranquila, Julie, cariño, para. Entiendo que estés asustada, sé que no querías... Debería callarme. No es momento para... no sé cómo...

Me pasó un brazo alrededor de la cintura y me atrajo hacia sí. Lloré sobre su pecho sin decir nada durante al menos diez minutos. Él tampoco intentó ya calmarme con palabras que no entendía, porque Sam pensaba que el temor reflejado por mis lágrimas y mi actitud era por el bebé, por aquel latido. Pero no. De una manera sobrehumana, había aceptado esa pequeña vida dentro de mí, como si existiéramos al mismo tiempo para poder sobrevivir.

—Sam, tengo que contarte algo. Algo que he hecho.

Ya no podía aguantarlo más. No había forma de sacar adelante a una familia cuando me estaba muriendo por dentro. La culpa, el miedo a perderlo todo, a no saber cómo criaría a nuestro hijo sin Sam cerca. Era egoísta por mi parte, sin embargo, le necesitaba en mi vida.

—He hecho algo horrible, de verdad.

Sam me envolvió la cara entre sus manos y me miró a los ojos.

—No importa —me dijo como si nada.

—No, es que no sabes lo que es. Te he engaña...

—No importa —me interrumpió—. No quiero saberlo, Julie.

Era como si ya lo supiera, o puede que no, e intentara alejarnos a los dos de aquello.

—Necesito decírtelo, por favor, escúchame. —Le tomé las manos entre las mías. No podía parar de llorar. A ratos me resultaba complejo hablar y respirar al mismo tiempo—. He estado viendo a alguien.

Sam no se apartó de mí ni un segundo, ni noté ningún reproche en su forma de mirarme y acariciarme con el pulgar.

—No sé cómo pasó. No voy a volver a verle, te lo prometo. Lo siento muchísimo. Y no quiero que dudes. Este bebé es hijo tuyo.

Esa fue la primera vez que vi llorar a Sam desde que nos conocíamos. Intentaba sonreír, sin embargo, no podía contener esa otra parte. Algo más profundo que yo ignoraba.

—No dudo —dijo—. No lo hago.

—Perdóname, Sam. No quiero hacer esto sin ti, no sé cómo.

Colocó una mano sobre mi vientre.

—Nunca vas a tener que hacer esto sin mí, Julie. —Agachó la mirada hasta donde había ido a colocarse su mano—. Pero yo también he hecho algo terrible.

—¿Qué?

Cogió aire como si lo necesitara para flotar en un océano muy profundo.

—Me he enamorado de otra persona.

Hasta aquella confesión no pensé que Sam y yo supiéramos tan poco el uno del otro, que nos hubiésemos distanciado hasta el punto de dejar pasar a otras personas en nuestras vidas, o puede que no fuera tan sencillo como eso, sino que ellos se hubieran colado en nosotros hasta construir una historia desde cero.

Nos quedamos en silencio. Sin preguntarnos nada. No quería saber quién era ella, él tampoco quería preguntarme por el hombre al que había estado viendo. ¿Qué estábamos haciendo?

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Le quieres? —me preguntó.

—Eso no importa.

Sam se llevó las manos a los ojos durante un segundo, como si quisiera refugiarse, desaparecer y no tener que hacerle frente a esas nuevas circunstancias.

—Pues claro que importa.

—No. Quiero que lo intentemos.

Se lo supliqué con la mirada, no sé muy bien por qué. No estábamos diciéndonoslo todo porque éramos dos infieles que no podían recriminarse nada al otro. Habíamos enterrado todos nuestros votos. Yo lo había hecho mucho antes de que los pronunciáramos.

—¿Aún me quieres? —le pregunté.

—Por supuesto que te quiero. Pero siento algo diferente por...

Le puse una mano en la boca, no estaba preparada para escuchar de nuevo que se había enamorado de otra persona. Conocía de sobra a Sam para saber que no se trataba de un capricho. Nunca había traicionado a ninguna de sus parejas. Había estado con aquellas mujeres pasando por los buenos momentos y por los malos.

—Lo sé. Solo que había pensado que nos merecíamos otra oportunidad, Sam.

—¿Aunque queramos a otras personas? Porque tú le quieres, ¿no?

—¡Te he dicho que no importa! —grité—. He apostado por nosotros. ¿Y si nos hemos equivocado y lo estropeamos todo ahora?

Sam no parecía convencido con lo que le estaba diciendo.

—Podríamos empezar desde cero. Intentaremos pasar más tiempo juntos. Seríamos felices, Sam.

Cuanto más hablaba, más me daba cuenta de lo desesperadamente patética que sonaba mi cantinela. Supongo que se debía sobre todo a que una voz rugía dentro de mí cada vez que él me preguntaba si quería a Tom. Sí. Sí. Joder, sí que lo quería. De la única manera que saben los humanos: a contracorriente.

—¿Hace cuánto que le conoces? —preguntó, recostado en el sofá, con la camiseta entre las manos.

—Creía que no importaba —le dije recordando sus palabras. Sam me sostuvo la mirada. Había que hablar de ello. Era insostenible esa casa por la que vagábamos como almas en pena—. Desde enero.

—Antes de la boda. —Era una afirmación, una reflexión en voz alta.

—Le conocí en París. Volví a verlo en septiembre.

—¿Cómo os reencontrasteis?

De pronto necesitaba todos los detalles de aquella historia. No quería dárselos, por no hacerle daño, por no revelar parte de la intimidad que había compartido con Tom, a quien le había roto el corazón.

—¿Te acuerdas del premio que tuve que entregar?

Emitió un sonido gutural afirmativo.

—Era para él, pero yo no lo sabía. —Me temblaron las manos al recordarlo. Sam parecía confundido. Supe por qué casi al segundo—. No sabía su nombre entero. No tenía nada de él.

—Entonces, ¿es periodista?

—Fotógrafo.

Estaba tan en calma haciéndome todas aquellas preguntas que quise salir corriendo. Necesitaba sacar de dentro todo lo que se me había enquistado, no por su culpa, sino por todo.

¿Y si nos dolían más las personas que perderíamos estando juntos que el daño que nos habíamos causado engañándonos?

—¿Y ella? —interrogué yo

—La conoces —contestó con voz áspera. Se tomó su tiempo para decirme quién era. Nos

estábamos castigando con todas aquellas confesiones. Yo seguía sorprendida de que Sam también hubiera llevado una doble vida y, encima, con alguien que afirmaba que yo conocía. Pero no podía ser hipócrita, no después de lo que yo había hecho—. Es Emma.

En efecto, la conocía. La contable de la empresa. Sabía que había pasado tiempo con ella desde que su madre había fallecido, pero siempre había creído que eran tan solo amigos.

—¿Desde cuándo?

—¿Cómo te contesto a esa pregunta?

—Trabaja para ti desde hace doce años —le recordé, porque por un momento dudé de aquella versión de la historia en la que Sam me había asegurado que nunca les había puesto los cuernos a sus novias.

—Sí, pero todo cambió hace relativamente poco. Un par de semanas. Físicamente, al menos.

Iba a preguntarle cómo sabía que se había enamorado de ella en tan poco tiempo, pero, ¿cómo hacerlo? Me había bastado una noche para quedarme en vela durante meses pensando en Tom.

—Se va a ir a Berlín.

—¿Qué?

—Se marcha a Berlín dentro de unas semanas.

Estaba destrozado. Y yo. No estaba celosa, no mucho al menos, y una parte de mí, la que lo quería, necesitaba decirle que era mejor separarnos.

Empezó a reírse, muy nervioso. Se levantó del sofá y recorrió el despacho de un extremo a otro. No hacía más que frotarse la cara y negar con la cabeza. Jamás lo había visto tan fuera de control como durante los minutos que siguieron a esa risa histérica.

—Se va porque está enamorada de mí desde hace doce años, y yo quería impedirselo. Hace veinte minutos estaba pensando en la manera de decirte que tú y yo no estábamos bien, que te sigo queriendo, pero que ya no somos los de antes. Julie, estaba a punto de pedirte un tiempo, porque yo no sé qué hacer con todo esto. No sé gestionar estos sentimientos.

Quise decir algo, cualquier cosa que nos hiciera sentir a salvo. No se me ocurrió nada. Sam estaba siendo sincero con todas las consecuencias. Estaba mostrándome su parte más vulnerable.

—Y sin embargo, ahora ya no existe esa posibilidad porque solo Dios, si es que hay uno, sabe lo mucho que he querido siempre ser padre. De pronto parece que todo lo demás no tiene ninguna importancia. Y tú me pides que lo intentemos, que salvemos esto, aunque quieras a otro hombre.

Me encogí sobre mí misma. Me rodeé las piernas con fuerza, como si intentara proteger al pequeño latido de las palabras que estábamos pronunciando. Que no supiera nunca aquello.

—¿Qué hacemos? ¿Tú sabes qué podemos hacer? Yo no tengo la menor idea.

—Ojalá pudiéramos dar marcha atrás.

—No lo entiendes. —Se arrodilló frente a mí, con los ojos llenos de lágrimas. Colocó las manos sobre mis rodillas. Le temblaban—. No lo entiendes, Julie. Yo no quiero volver atrás.

Aquellas palabras en mi cabeza resonaron como una bofetada. Una tras otra, muy rápido, sin que me diera tiempo a reaccionar, sin poder apartarme. Si no quería volver atrás, si no podíamos cambiar nuestro presente, en el que no éramos solo tres, sino cinco, ¿qué haríamos?

—Pero tampoco puedo echar nuestra vida juntos por la borda, como si no me importara. Ese bebé va a ser lo mejor que me ha pasado en la vida.

Comprendí que el único motivo por el que ambos estábamos renunciando a lo que nos hacía felices era el latido. Seguía escuchándolo tan vivo como en la consulta de la doctora. Si seguíamos juntos, solo y exclusivamente por el cariño que nos teníamos y porque íbamos a ser padres, llegaría el día en el que nos odiaríamos tanto que no podríamos mirarnos a los ojos nunca

más. Y entonces sí que sufriríamos.

—Tengo miedo —confesé por fin.

—Y yo. Mucho.

—¿Qué hacemos? —pregunté con la frente apoyada sobre sus manos.

Me besó el pelo y, después de mucho tiempo, me sentí a salvo, porque me di cuenta de que lo que había dicho Sam hacía unos minutos era verdad: nunca tendría que hacer eso sin él. Siempre, por el resto de nuestras vidas, estaríamos juntos. Teníamos un puente fortísimo que nos uniría. Éramos libres de escoger si en el futuro seguiríamos queriéndonos tanto como en ese momento — porque nadie que no se hubiera querido habría sido capaz de sincerarse de aquella manera y permanecer al lado del otro en el dolor— o, por el contrario, abogábamos por distanciarnos hasta romper el puente.

—¿Te acuerdas de la primera vez que me quedé a dormir en tu casa? —le pregunté de repente. No levanté la cabeza. Allí, en la oscuridad podía verlo todo más claro, pensar mejor—. Me dijiste: «Tú aún no lo sabes, pero donde esté yo siempre tendrás una almohada, una habitación, un abrazo que lleve tu nombre».

Noté que se me humedecía la frente. Sam tenía la mejilla pegada apoyada ahí y estaba llorando. Ninguno de los dos habíamos dejado de hacerlo. Me sentía agotada. Hubiese querido tumbarme en cualquier parte, incluso en el suelo, cerrar los ojos y dormir hasta que se me olvidaran todas las palabras, todos los secretos.

—Prométeme que eso sigue siendo verdad.

Levanté la mirada al fin. Sam tenía los ojos rojos de tanto frotárselos.

—Necesito que me perdones por lo que he hecho y que me digas que sigues pensando lo que me dijiste hace tres años, Sam.

—No puedo perdonarte por querer a otro hombre, Julie, porque no necesito que me pidas perdón. Jamás me hubieras hecho daño intencionadamente. —Me acarició el pelo hasta que me sentí adormecer por la repetición de los movimientos—. Ni tampoco puedo decirte que seguirás teniendo una almohada, una habitación o lo que sea que lleve tu nombre, no lo entiendes, ¿verdad?

Me besó en la frente y después en las mejillas.

—No lo entiendes —repitió, esta vez sin preguntas de por medio—. Tú, con independencia de las personas de las que nos enamoremos y nos quieran, siempre lo tendrás todo de mí. Nunca te dejaré sola y me alejaré de cualquiera que pretenda que lo haga. —Se puso de pie y se sentó a mi lado en el sofá. Me tumbé sobre él como solía hacer cuando estaba tan triste que sentía que el suelo se rompía bajo mis pies—. Julie, tú siempre serás mi familia.

—Pero no podemos estar juntos —susurré contra la hendidura de su cuello.

—No románticamente, por lo visto. Lo estuvimos antes, cuando éramos solo tú y yo y no sabíamos nada del futuro. Ahora es diferente.

—Lo sé.

Por supuesto que lo sabía, pero una parte de mí, una que estaba muy asustada, no quería aceptarlo. Me veía sola de pronto y necesitaba a alguien que me cuidara, a mí y al latido, por si se apagaba, por si lo perdía.

—Vamos a ser padres, ¿te das cuenta? —me preguntó como si nos hubiéramos olvidado de que había algo bueno entre nuestros dos cuerpos—. ¿Cómo estás?

—Aunque pueda sorprenderte, muy bien. Ha sido como si de pronto ya no importara nada más. Pensé que no podría renunciar a nada de lo que tenía antes para ser madre, pero he acabado renunciando a todo —le expliqué sin ningún resquemor por lo que acababa de decir—. Sam,

¿crees que podría quedarme un tiempo? Es que no estoy preparada para contarles nada a mis padres, ni para buscar un piso, ni para...

Me apretó contra su costado.

—Es que no quiero que te vayas a ninguna parte, ¿vale? Quiero que te quedes mientras ponemos en orden todo este caos.

—Gracias.

—Sabes que lo intentaría si pudiera, ¿verdad?

—Yo también lo haría, pero quizá, después de todo, esta sea la solución más sencilla si queremos hacer las cosas bien por primera vez en mucho tiempo.

—Quizá sí.

TOM

Una vieja fotografía

Bilbury. Diciembre, 2019

—Tom, tu prima ya está aquí, baja, anda —me llamó el abuelo.

Había estado adecentando la habitación de invitados para que Ratón pudiera ocuparla durante los días que iba a pasar con nosotros. No estaba pasando por un buen momento, desconocía los detalles, pero los dos nos encontrábamos muy lejos de cualquier posible solución. Eso sí, nos habíamos reconciliado. Una de cal y otra de arena.

Bajé las escaleras de dos en dos, porque hacía mucho que no nos veíamos.

Ella estaba en la puerta, abrazando al abuelo, con una encantadora sonrisa, bastante más cambiada de lo que la recordaba, sobre todo físicamente, aunque después me daría cuenta de que el verdadero cambio se había producido por dentro.

—Hola —saludé como un idiota, con un pie aún en el escalón.

Dejó su bolso en el suelo y vino a darme un abrazo como cuando se enteró de que habían muerto mis padres.

—Tom —susurró cuando me rodeó la espalda con los brazos, demasiado cortos para envolverme del todo.

—Bienvenida a casa, Emma —dije.

—Qué bien teneros aquí a los dos. Nos lo pasaremos bien —comentó el abuelo como si aún fuésemos dos críos de seis y once años a los que había que entretener de alguna manera para que no se echaran a llorar.

—Ya lo creo —contesté yo—. A lo mejor el abuelo te hace un perfil en Tinder.

Emma me miró sin comprender qué quería decir con eso.

—A mí me lo hizo. Y me sugirió que me hiciera algunas fotos en pelotas.

El abuelo se apoyó en su bastón, cada vez más cansado, y pasó por nuestro lado rumiando entre dientes.

—Si me pedían fotos de ti desnudo, ¿qué querías?

Se fue hacia la cocina. Emma y yo nos quedamos en medio del rellano, sonriendo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó.

—Lo que has oído, me temo. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien. Necesitaba el traqueteo del autobús. Me ha venido bien para ponerme algo de música y desconectar.

Le di un beso en la sien y fuimos hacia el comedor cogidos por la cintura.

Ella me había perdonado por lo que había dicho de Ethan hacía meses. No habíamos hablado del tema, pero como ya no estaban juntos, suponía que se había dado cuenta de que yo tenía más razón que un santo, y no necesitaba en absoluto que lo reconociera en voz alta, me bastaba con

saber que se encontraba bien. Solo que no parecía que lo estuviera.

—¿Cuándo pensabas decirme que vas a vender el piso de Londres?

—¿Ahora? —pregunté mientras iba a por dos tazas de té y la tetera.

—Claro, tú como siempre, arrancándote las palabras de la boca.

Regresé un minuto después. Ya lo había dejado todo preparado.

El abuelo estaba comiéndose un sándwich en la terraza de la parte trasera de la casa.

—Deberías venir conmigo a Tailandia —le ofrecí. Me pareció que necesitaba unas vacaciones mucho más de lo que pudieran hacerme falta a mí.

—Me voy a Berlín, Tom —dijo de pronto.

Me quedé anonadado. Para mi prima ya había supuesto suficiente esfuerzo empezar de cero en Londres, ¿cómo iba a irse a Berlín? ¿Por qué?

Pareció comprender lo que estaba pasando por mi cabeza en aquel momento. Habló despacio para hacerme comprender su decisión.

—Me marcho a otro país porque me he enamorado de alguien que, atento, no te lo pierdas, también me quiere. Me quiere, joder, pero no podemos estar juntos. Está casado.

Por lo visto, era cosa de familia enamorarse de imposibles con alianzas.

—¿Dónde lo conociste? —inquirí mientras le servía una humeante taza de té negro.

—En el trabajo. Es mi jefe.

Se me derramó parte de la bebida sobre la mesa.

—Joder, Emma, ¿tu jefe?

—No me juzgues Tom, tú no. No he venido hasta aquí para sentirme mal. Y sí, puede que tengas razón sobre todo lo que vayas a decirme, pero no quiero escucharlo. Ahora no. ¿Puedes darme algo de tiempo?

Le tendí la taza y ahugué un suspiro.

—No te voy a juzgar. No puedo. —Decidí en ese momento soltar también mi secreto. A bocajarro. A lo mejor así podríamos desconectar durante aquellos días, hacer algo divertido, dejar que el abuelo nos buscara alguna cita por Internet—. La mujer con la que quería compartir mi vida está casada. —Le hice una reverencia teatral—. Y embarazada.

Emma, que siempre tenía algún impropiedades que decir cuando la situación la sobrepasaba, se quedó en un profundo silencio.

—Tranquila, ya será menos. Acabará pasándoseme, espero.

—¿El amor tiene fecha de caducidad, Tom? —indagó como si yo poseyera las respuestas a algo tan complejo.

—Supongo que como todo.

—Ni que fuera un yogur —se quejó. No parecía compartir la misma opinión. Tampoco esperaba que lo hiciera.

—Entonces, ¿Por qué me preguntas si tiene fecha de caducidad?

—Porque esperaba que me contestases algo más bonito, alguna reflexión sobre el tiempo, las segundas oportunidades... o por lo menos que me dijeras que estoy más guapa que nunca. No sé, Tom. Una palabra de consuelo.

Fingía indignación. Por eso adopté un tono solemne, realicé una breve inclinación de cabeza y le dije:

—Estás más guapa que nunca.

—Y más buena.

—Y más buena. E iré al infierno por ser tu primo y decirte esto.

Aquel comentario le arrancó una carcajada. A mí también. Estábamos demasiado tensos, o tal vez teníamos muy claro que sufrir era necesario. Para nosotros costumbre. Igual que perder.

Había hablado poco con Emma sobre la muerte de su madre, sobre todo porque me asustaba preguntar. No era muy maduro ni considerado por mi parte, pero no estaba preparado para hacer frente a algo así.

—¿Se nos pasará alguna vez?

Parecía abstraída, como si ni siquiera supiese a quién estaba haciéndole esa pregunta.

—¿El qué?

—El sentimiento de no pertenecer a ninguna parte —murmuró.

Coloqué la mano sobre su hombro y se vio obligada a mirarme. Estaba triste. Sus ojos se habían apagado como una vela junto al mar, solo quedaba un atisbo de sus ojos claros y una pizca del sentido del humor que siempre la había caracterizado.

—Emma, tú perteneces a un sitio. Te perteneces a ti misma, que es el lugar más bonito donde puedes estar; por mucho dolor que haya en él y por muy contrariada que te sientas, ahí siempre podrás creer en algo mejor.

Me sonrió con un atisbo de alivio, no solo en las comisuras de los labios, sino en la forma de pestañear, que la hicieron recuperar la inocencia de los doce años.

—¿Ves? Sabía que eras capaz de hacerlo mejor que un yogur caducado.

—Técnicamente, eso lo has dicho tú.

Tomó aire por la nariz y después suspiró profundamente.

—¿Qué hacemos? ¿Nos tiramos ya por la ventana o nos ponemos Netflix y comemos hasta que nos revienten los botones de los pantalones? —dijo de pronto.

Me hizo reír con su ocurrencia. Tenía una forma peculiar de enfrentarse al dolor. Había heredado la entereza del abuelo. Yo no sabía a quién me parecía, pero todo me atormentaba de una manera insostenible.

—No me parece mala idea. Pero, Ratón, ¿qué vas a hacer tú en Berlín? Venga, no es que no tenga confianza en que sobrevivas, pero ahora necesitas estar aquí, cerca de tu familia. Después de perder a tu madre, no me parece que quedarte sola en otro país sea la mejor decisión.

Emma subió las piernas al sofá y las entrecruzó. Bebió un poco de té.

—Es que no puedo quedarme.

—¿Por qué? No me digas que por él. Si es por eso, puedes encontrar un buen trabajo en cualquier parte. Con tu experiencia, matarían por tenerte en sus empresas.

—Joder, solo quiero una señal, ¿sabes? No sé qué hacer. Una maldita señal, por favor. Y que, de repente, todo esté más claro. ¡Una señal!

Levantó las manos hacia el techo y la taza de té se le volcó encima.

—Ahí tienes tu señal.

—Joder, quema —se quejó dando saltos por el salón.

En ese segundo, entre que yo me reía y ella me mandaba a tomar viento fresco, tocaron al timbre.

—Ya voy yo —dijo ella, con la blusa empapada.

—Deja, que voy yo, que quien te vea...

—¿Qué quieres decir?

Discutíamos mientras nos dirigíamos ambos hacia la puerta de entrada.

—Pues que estás hecha un desastre, me vas a espantar a los vecinos.

—Llevas un chándal con una camiseta agujereada, no me jodas, Tom.

Seguíamos a la gresca cuando quité el pestillo y abrí la puerta. Si mi prima había querido una señal que le dijera qué debía hacer, ahí había una muy clara. Clarividente.

Me giré hacia ella un segundo. Ellos también nos miraban a nosotros.

—¿Tom? ¿Emma? —preguntó Jules.

El hombre rubio que había a su lado fue posando los ojos en todos nosotros.

—¿Sam? —Fue Emma quien habló esta vez—. ¿Juliette?

Cuatro pasmarotes frente a una puerta abierta.

¿Qué hacía Jules ahí? ¿Era ese su marido? ¿Por qué Emma los conocía?

—¿Qué está pasando aquí?

Jules agachó la mirada y comprobó algo en un trozo de papel.

—Buscamos a Archer Edwards —leyó.

Emma y yo nos miramos de soslayo.

—¿Llamo al abuelo? —me preguntó a mí.

—No sé —contesté confundido.

Por un segundo se nos olvidó a los dos que alguien más nos escuchaba.

—¿Sois hermanos? —preguntó Sam sin quitarle el ojo de encima a Emma, pero también mirando de reojo a su mujer. Yo no entendí entonces que en esa mirada se estaban diciendo mucho más.

—Primos —volvimos a decir al unísono.

—Tom —pronunció Emma—, Sam es mi jefe, el dueño de McEwan&Sons.

Joder. Mierda.

—Sam —se aventuró Jules con una mueca de circunstancias en los labios—, Tom es el chico de París. Es él.

Mi prima me miraba como si no entendiera —o no quisiera hacerlo— lo que acababa de insinuar Jules. Cuando todo encajó en su cabeza, su mirada fue directa al vientre de Jules. Después se posó en Sam y los ojos se le llenaron de lágrimas. Claro, ella no sabía que estaban esperando un bebé. Igual que yo no sabía que Jules le había contado lo nuestro, o al menos algo de nosotros, a su marido.

—¿Podríamos hablar dentro? —sugirió Jules.

Yo no sabía qué decir. Ojalá hubiese podido escapar.

—¿Por qué buscáis a Archer?

Los dos se miraron, muy serios. Juliette había palidecido al escuchar todas aquellas confesiones, parecía mareada y contrariada. Casi como los demás.

—Porque creemos que podría ser el padre de mi tía o mi abuelo.

Juro que perdí durante un segundo la visión, la respiración, el latido del pecho.

Sam rompió el silencio.

—Pero ¿Archer Edwards es familia vuestra? —nos preguntó Sam a Emma y a mí.

—Es el hermano de nuestro abuelo. Era en realidad. Falleció hace muchos años.

Los ojos de Jules se apagaron cuando miraron a Sam. No dejaba de observarlos. Entre ellos, incluso estando callados, había comunicación. Quizás porque sabían mucho más que Emma o yo, que estábamos plantados frente a la casa del abuelo como si quisiéramos espantar a las visitas. Y, que Dios me perdone —o, como diría mi prima, que Buda me perdone—, pero hubiese dado cualquier cosa en ese instante con tal de que se fueran. No podía respirar.

—No me encuentro bien, Sam —susurró Jules. Había palidecido casi tanto como yo, a lo que se sumaba que estaba embarazada y que, tal vez, sorpresas como aquella no eran buenas para el

bebé.

Pues apañados estábamos.

—Entrad —dijo Emma al final, la única que parecía mantener cierta calma y dar muestras de cordura en aquel entuerto. Seguro que todo tenía una explicación. Una jodida explicación a ese encuentro y a los lazos familiares que parecían unirnos.

—Gracias —susurró Sam.

Se miraron un microsegundo. Jules y yo hicimos lo propio.

Me estremecí de pies a cabeza cuando subió los escalones y su olor se volvió tan cercano que me perforó los recuerdos y las ganas de abrazarla hasta que las sonrisas dejaron de resistirse, hasta que no importase nada. Solo quería suplicarle que se marchara, que obviara cualquier cosa que creyese saber, que dejara atrás a Sam y desapareciéramos.

No lo hice. Quizás porque pensé que ya había hecho bastante. Cualquiera, viéndome desde fuera, habría afirmado que me había comportado como un obseso o un acosador, tantos meses intentando perseguir unas noches parisinas que se nos escapaban entre los dedos como el aire que se colaba por las ventanas de aquel hotel. Lo había intentado, simplemente estar con ella, quererla sin reproches, sin importarme aquel que ahora la acompañaba. Siempre esperando el día en el que se diera cuenta de que era mutuo; el día en que escucharía música mientras nos besábamos.

Nunca llegaría ese instante, y ya no habría canciones, ni amor. Se caducarían en el recuerdo, en viejas historias que algún día contaría a mis nietos, si los tenía. Historias sobre esa chica con nombre poético que se reía haciendo extraños ruiditos por la nariz. Esa chica con la que podría compartir sangre sin entender cómo ni por qué. Esa chica a la que amaba con todas las consecuencias, con toda la seguridad.

La chica que me rozó la mano cuando entró en casa de mi abuelo aquel día.

SAM

Nosotros

—Mi hermano falleció poco después de que acabara la guerra. —Fue lo primero que dijo el señor Edwards cuando estuvimos todos sentados y en silencio—. Archer enfermó. Una neumonía que no se pudo curar.

Estábamos los cinco sentados alrededor de una pequeña mesa que ocupaba el centro de la habitación. Observé en silencio, siendo testigo de una historia que no había creído mía, pero que ahora podría formar parte de la vida de mi hijo. Por eso había acompañado a Julie a buscar respuestas. Lo que nunca hubiera podido sospechar era que acabaría en la misma sala con Emma y con el que había sido más que el amante de mi mujer. Y si a eso le sumábamos que cabía la posibilidad de que fueran familiares de Julie...

No estaba preparado para encontrarme con ese panorama y sospechaba que ella tampoco.

Nunca creí en las casualidades, aunque, ¿cómo no hacerlo cuando la vida logra que te des de bruces con ellas? Ahí estaban, frente a mí, recordándome que las personas están unidas de una manera curiosa que no somos capaces de prever.

—Eres igual que ella. —Fue lo segundo que dijo Steve después de algunos minutos de silencio, como si estuviéramos en un sepelio.

Se refería a su abuela, lo dos lo supimos. Entendimos que él también la conoció.

Julie temblaba. Yo estaba sentado a su izquierda, Tom a su derecha. No sé por qué, pero deseé que él la tranquilizara con una caricia o una mirada. Supongo que no era fácil estando yo presente, así que hice lo que llevaba tres años haciendo: la cogí de la mano.

Emma estaba al lado de su abuelo. Observó el roce de nuestras manos. Parecía abstraída. Ellos no entendían nada, que estuviéramos allí y que parecíamos saberlo todo sobre lo que había ocurrido entre los cuatro.

—Encontramos esta fotografía.

Julie se la tendió. Steve se colocó las gafas y le echó un vistazo.

—Han pasado tantos años. Qué jóvenes estaban los dos. Sobre todo Archer, que siempre tuvo cara de niño. Era mi hermano mayor en realidad, ¿sabéis? —comentó. Sus nietos conocían esa información, para nosotros todo era nuevo—. Por cierto, ¿cómo está Michael? Hace años que no sé nada de él.

Julie se encogió sobre sí misma. Pensé que acabaría haciéndose un ovillo si seguía repitiendo ese movimiento una y otra vez.

—Está bien —susurró—. ¿Me perdonará si le pregunto qué relación tenían?

Steve se frotó la frente mostrando cierto cansancio en sus movimientos.

—Éramos muy buenos amigos, Julie. Pasamos buenos años juntos, pero la guerra, como todo, nos acabó separando. Cada uno destinado a un pelotón, sobreviviendo como buenamente

podíamos. Él, que siempre había querido ser periodista, estaba empeñado en contarlo todo. Yo solo quería trabajar en una biblioteca, que fue lo que acabé haciendo con los años.

Steve mostró la más agradable de sus sonrisas, bañada en una luz melancólica que nos dejó sin palabras a todos durante un buen rato. Quizá más de lo que era políticamente correcto.

—¿En una biblioteca? —pregunté yo para encaminar la historia hacia lo que de verdad nos interesaba.

—Sí, siempre me han gustado los libros, y ya veis, varios años me dediqué a sobrevolar ciudades, dejando morir a gente que era más inocente que yo. En eso nos convierte el poder, en estúpidos. —Fruunció el ceño mientras lo contaba—. Pero en todo ese caos de bombas, hambre, miedo, también ocurren cosas buenas. —Hizo una breve pausa y después de beber un sorbo de agua reanudó el relato—. Tanto mi hermano como yo fuimos aviadores de la RAF, solo que él tuvo mejor suerte. En medio de la desgracia conoció a alguien que le alivió todo ese dolor.

—A Louisa —siseó Julie.

Él asintió con parsimonia, un gesto eterno, lleno de complicidad con una persona que no estaba entre nosotros, alguien a quien solo habían conocido él y Julie, tal vez por eso se sonrieron de aquel modo que ni Emma, ni Tom ni yo, alcanzamos a comprender.

—Teníamos familia en Estados Unidos. Él viajó durante un permiso que nos dieron. Mis abuelos vivían allí, eran mayores y quería verlos una última vez. Conoció a Louisa dos días antes de volver a Inglaterra. Después todo fueron cartas. —Se tomó un segundo para recordar. Parecía desolado. Estaba contando una historia que no era la suya, pero recordar a su hermano lo hería. Emma le pasó el brazo por encima de los hombros y él le sonrió—. Hasta que un día Archer me anunció que la chica que había conocido vendría a verlo, que la guerra había acabado y que se merecían más bailes, más fotografías. —Observó la instantánea, que seguía entre sus manos.

—¿Y qué pasó? ¿Se enamoraron? ¿Qué...?

Steve le tendió una mano por encima de la mesa. Julie aceptó ese roce tan cariñoso y necesario.

—Sí, eres igual que ella. Tantas preguntas cuando en realidad solo quieres hacer una importante. Creo que en el fondo mi hermano también era un poco así, ¿sabes?

—¿Una sola pregunta? —formuló Emma, que, a juzgar por la expresión de su cara, no tenía muy claro si era conveniente participar de la conversación, un poco como yo.

Éramos el apoyo de Julie y de Tom. Bueno, yo a Tom lo miraba de reojo de vez en cuando. Era un chico atractivo, desde luego, especialmente serio y con una expresión impasible. Me pregunté si alguna vez sonreía, aunque supuse que sí, a Julie le gustaba demasiado reírse.

—Sí, bueno, la única pregunta importante es por qué no bastaron decenas de cartas y unos días disfrutando el uno del otro para que todo siguiera bien, para que pudieran estar juntos. Se querían. Se querían muchísimo, Juliette. Mi hermano volvió a ser un niño durante el tiempo que estuvo a su lado. Perdió el miedo, dejó de tener pesadillas en medio de la noche, dejaron de asustarlo los ruidos fuertes. Se le borró la guerra de los ojos.

—¿Sabía mi abuelo que había fallecido? Porque fue él quien me envió aquí.

—Lo sabía. Les escribí cuando sucedió.

—Entonces ¿por qué cree que me dio esta dirección y su nombre? Me hizo pensar que podría encontrarlo.

—Supongo que sabía que me encontrarías a mí y yo podría darte las respuestas que él no.

Julie cerró un segundo los ojos. Su abuelo, como siempre, estaba ocultándole partes de la verdad que merecía saber, tanto ella como su padre y su tía.

—¿Por qué su hermano y mi abuela rompieron su relación? —dijo ella.

Steve no se lo pensó mucho antes de contestar.

—Porque eran niños que no sabían nada del amor, salvo que podría salvarlos de todo lo que habían sufrido.

Me aplacó con aquel comentario, como si por un segundo pensase que yo también me había comportado como un crío, dejando escapar a Emma entre los dedos como ese olor de lluvia que le empapaba el pelo y los labios. Aunque, sobre todo, había sido un idiota que no había calculado el daño que podría hacerles. A ella, a Julie, al niño que venía en camino.

—Y después estaba él, tu abuelo —comentó Steve.

Vi que el pecho de Julie se henchía de aire. Supuse que era un alivio momentáneo. Se había referido a Michael como su abuelo, aunque eso no descartaba nada. Emilia estaba convencida de que si alguno de los dos hermanos era hijo de Archer, sin duda, se trataba del padre de Julie, pero, ¿por qué?

Ni siquiera nos habíamos atrevido a contarle que teníamos la dirección del señor Edwards o que íbamos a visitarlo. Era mejor esperar, saber primero, tomar decisiones después.

—Cuando Louisa llegó a Inglaterra se quedó en la pensión de unos amigos. Archer y yo por aquel entonces todavía teníamos misiones con la RAF y nuestros padres habían muerto. Michael regresó a casa. Archer y él también eran amigos. Pero una amistad distinta a la que yo tenía con él. Mi hermano le presentó a Louisa, pensó que a ella le sentaría bien salir de la pensión, tener un amigo. Se alegró mucho al ver que se entendían. Por muy frío que fuese tu abuelo, a ella le caía bien. Los tres tenían una relación estupenda.

—Me extraña que el abuelo fuese amable con alguien.

—¿Por qué? —indagó más que extrañado.

—Porque no lo es. Es el hombre más distante e indiferente que he conocido nunca.

Tom miró al fin a Julie. Lo hizo como si quisiera abrazarla.

—Lo disimula muy bien, pero sufre, créeme. Lo conozco. O lo conocía.

Julie no pareció convencida.

—En ningún momento me ha preguntado por mi abuela. —Reparó en el detalle a los pocos segundos.

—Sé que falleció hace años, lo lamento muchísimo. Creo que si Archer hubiese estado vivo no habría soportado perderla otra vez.

Se le quebró la voz al admitirlo en voz alta.

—¿Cómo sabe que murió?

—Tu abuelo me escribió para decírmelo. Estuve en el funeral. Lo vi de lejos, no me atreví a acercarme, era un momento familiar, íntimo, y yo solo era un viejo con unos pocos recuerdos y la memoria llena de todo el dolor que tuvieron que vivir.

—¿Habéis mantenido contacto a lo largo de los años, abuelo? —preguntó Tom.

Pese a que su expresión era seria, había algo en su voz que relajó el ambiente.

—Bueno, en ocasiones muy concretas. Dos o tres veces.

—¿Alguna de ellas se corresponde a cuando la abuela buscó a su hermano?

—Sí, aunque no sabía que supieras eso también. —Parecía muy pendiente de los movimientos de Julie. Intentaba averiguar algo, aunque no tenía claro qué—. ¿Qué necesitas saber, pequeña? —Soltó finalmente—. Hay muchas cosas que te causan curiosidad, supongo, y si es así es porque Michael prefirió no contártelas, ¿no?

Julie asintió. Después me di cuenta de que tenía los ojos llorosos.

—Creo que está en su derecho. Hay historias que nos pertenecen de una manera tan íntima que

es mejor dejar que sean siempre de sus dueños. Historias que nadie comprendería, por las que nos juzgarían sin saber que, en realidad, no fuimos culpables de nada. Que el amor es otra cosa.

Todos nos quedamos en silencio más de la cuenta. Logró confundirme con ese último comentario. Por mi cabeza pasó una ráfaga de ideas que podrían ser posibles. Pasó la certeza de que Archer, Louisa y Michael callaban algo muy importante. Algo que se nos escapaba porque ni siquiera se nos había ocurrido planteárnoslo.

—Pero ¿por qué dejaron de hablarse? ¿En qué momento Louisa y él decidieron estar juntos? ¿Por qué se casaron? ¿Y por qué después de casada fue a buscarle? —Julie tenía demasiadas preguntas como para prestar atención a las respuestas.

Steve rio. Emma y yo nos quedamos muy quietos, como si aguantásemos el aire, mientras que Tom dibujó una sonrisa bastante tierna. Iba dirigida a ella.

—¿Cuál es la pregunta?

—Mi tía Emilia está convencida de que Archer es el padre de mi padre.

—No parece una pregunta —contestó él—. ¿Qué más da a estas alturas, Julie? ¿Tiene alguna importancia?

Ella no lo diría, no estando yo delante, no se atrevería a expresar cuál era su mayor temor. No pretendía encontrar una familia nueva en Steve, pero sí que tenía que saberlo. Por él.

—Tiene mucha importancia. —Hablé después de un rato sin atreverme ni a respirar—. Verá, Steve, a veces las cosas se complican sin querer. Si tuviésemos la opción de elegir lo que sentimos y cuándo, es probable que todo fuera más fácil.

Quise creer que él lo entendería, más aún después de lo que insinuaba a medias.

Julie me miraba como si no creyese que estaba interviniendo para salvarla. Emma también parecía sorprendida, no entendía qué quería decir.

—Es importante porque Julie está enamorada de Tom y necesita saber cuántos impedimentos más habrá entre los dos. Usted es libre de no contar los detalles, de no recordar aquello que le causa dolor, pero no puede ser egoísta con algo así.

La expresión de Tom era un auténtico poema. Estaba dando la cara por ellos, sin ningún pudor, sin rencor alguno, sin entender en absoluto cómo había sido capaz de aceptar todo aquello como normal. Pero no se trataba de nada ideal, de ningún absurdo final feliz, solo de unas circunstancias extrañas en las que hay sentimientos que cambian, donde sigues queriendo mucho a la otra persona, donde te duele haberle podido infligir cualquier tipo de mal.

—Disculpa, joven, pero, ¿tú no eres su esposo?

Miró nuestras alianzas de boda, aún no nos las habíamos quitado, quedaban cosas por solucionar.

Emma parecía que acababa de ver a un muerto y, por cómo me miraba, el difunto era yo.

Asentí a la pregunta de Steve.

—No comprendo nada.

—Es complicado, me temo.

—¿Estamos hablando de poliamor?

Nos observó a los tres de hito en hito, claramente convencido de que debía de ser tal y como él acababa de exponerlo.

—Abuelo, por favor, desde que estás en Tinder...

Los tres restantes miramos a Tom con tal asombro que a mí, que siempre he sido un poco idiota en las situaciones más tensas, se me escapó una risita extraña. Julie me apretó la mano, no para que me callara, sino porque de pronto se sintió un poco mejor. Más liberada.

—Me temo que esto no es poliamor, Steve.

—¿Entonces?

—Digamos que esto es una historia demasiado íntima como para compartirla con los demás. Pero usted sí que puede hacer que sea más fácil. No queremos más que eso.

Steve miró a su nieto con una amabilidad incalculable. Creo que mi padre nunca me había regalado un gesto repleto de tanto cariño. Sopesó, imagino, los pros y los contras de decir la verdad y, al final, cuando Emma movió la cabeza en señal de asentimiento, dijo:

—Hay casualidades inmensas, Julie, como que tú, muchos años después de ellos dos, de Louisa y de Archer, te hayas encontrado con Tom. O que tu esposo esté aquí, explicándome por encima una relación que no comprendo. —Me pregunté qué pensaría si supiera que Emma también formaba parte de aquello—. Sin embargo, supongo que a veces la vida se cobra lo justo para mantenerte en vilo, para complicarte las cosas un poco, pero no para destrozarte.

—Abuelo, habla claro, haz el favor.

Steve suspiró. Estaba a punto de poner fin, o no, al conflicto que había tenido Julie durante todas aquellas semanas. En sus palabras se hallaba la liberación o la condena.

—Mi hermano no era ni es tu abuelo —contestó con total seguridad—. No niego que a él posiblemente le hubiese gustado. Sería feliz. Pero no hay posibilidad alguna. Tu padre nació después de que tu abuela y él se viesen de nuevo.

Me eché hacia atrás en el sofá. Por fin me relajé. Había estado en tensión, esperando. Había cruzado los dedos porque Julie estuviera bien. Era una mujer especial en mi vida, siempre lo sería, y no solo por ser la madre de mi hijo.

—¿Y Emilia? ¿Qué pasa con mi tía? ¿Es ella hija suya?

—Lo creí durante muchos años. De hecho le escribí a Louisa varias veces. Al final, cuando le diagnosticaron el cáncer, decidió comprobarlo.

Parecía que habíamos cantado victoria demasiado pronto. Aún quedaban secretos por desenterrar.

—Coincidió en el tiempo. Estuvieron juntos antes que tu abuelo y ella se separaran. Ella no estaba atravesando una buena racha en su matrimonio. Decírtelo no me parece que te revele nada nuevo. Vino a buscar a Archer y él la acogió con los brazos abiertos. Pese a todo lo que había pasado entre los dos, aún se querían. Habían tenido que tomar una decisión, ¿lo entiendes? Elegir. Y Louisa creía que se había equivocado, o puede que estuviera más triste de lo normal y quisiera volver a los brazos de alguien que sabía exactamente quién era. Alguien que la amaba, al que ella también amaba.

—¿Qué pasó? Cuando lo comprobó, ¿qué pasó? —ayudó Emma.

—Hizo una prueba de ADN y descubrió que era hija de Michael.

—Entonces, ¿no es hija de Archer?

—No, no lo es. Creo que, en el fondo, Louisa deseaba que lo fuera, así siempre tendría una parte de él con ella.

—Yo pensé que sí que podría serlo y que mi abuelo lo sabía —confesó Julie—. Ellos no se llevan muy bien, ¿sabe? Aunque bueno, bien mirado, la testarudez y el carácter de Michael tampoco ayudan.

—No sé si lo sabía, pero lo sospechaba. Louisa me lo dijo.

—¿Cree que por eso la ha rechazado todos estos años?

—Lo dudo mucho. Louisa decía que la quería por encima de todo, Juliette. Estamos hablando de que Emilia podría haber sido hija de otro hombre, pero no de un hombre cualquiera, ¿lo

entiendes?

—Sí, comprendo que ellos eran amigos y que podría ser más que dolora una traición de esa envergadura.

Interrumpí porque creí que era el único que, realmente, estaba comprendiendo la naturaleza de la relación que había entre esas tres personas.

—Julie, creo que tu abuelo habría querido igualmente a Emilia, aunque hubiese sido hija de Archer. Y lo creo porque me da la sensación de que quería a su hermano, mucho más de lo que pueda parecer, ¿me equivoco, señor Edwards?

Él sonrió, cómplice de lo que había más allá de mis propias palabras.

El resto nos observaba, esperando una respuesta por su parte.

—No te equivocas, joven.

—Ya lo ha dicho usted antes: el amor es otra cosa.

—Sí, otra cosa bien distinta, aunque nosotros no estemos preparados para comprenderla.

Nos sonreímos los dos. La idea de que Archer, Michael y Louisa tuvieran una relación fuera de la norma social de la época escondía todas las respuestas a múltiples preguntas que aún quedaban por hacer.

Julie me miró. Al principio frunció el ceño. Estaba pensando, juntando los cabos sueltos de la historia dentro de su cabeza. Al final, abrió mucho los ojos, miró a Steve y bastó un asentimiento de él para que todo cuadrara.

—Estaban juntos —susurró.

—Lo estaban.

—¿Juntos? —preguntó Emma.

Julie le contestó, con voz muy suave. Casi tuvimos que leerle los labios.

—Estaban juntos los tres.

Fue extraño ver las reacciones de cada uno de los presentes. Steve parecía haberlo asumido con el tiempo, incluso haberlo comprendido mucho antes de lo que pudieran hacerlo los que vivieron su época, incluso los que vivían la nuestra. Para Julie suponía toda una sorpresa: su abuela queriendo a dos hombres a la vez, que a su vez la querían y se querían.

Julie sonreía. Había alivio en su mirada y eso, a su vez, me calmó a mí.

Tras un breve momento de silencio, Steve habló.

—Y ahora que está claro, ¿me puedes explicar —se dirigió a Julie— por qué tu marido no aparta los ojos de mi nieta?

Tragué saliva.

Ella no tardó en ofrecerle una respuesta que nos descolocó incluso más.

—Supongo que porque se quieren —contestó como si nada, aunque no se atrevió a mirar a Emma, aún no estaba preparada, y lo respeté.

Julie y yo éramos distintos: yo estaba acostumbrado a dejar ir y ella a esperar que las cosas se fuesen poco a poco.

—¿Me estáis tomando el pelo?

—Creo que no —habló Tom.

—Se ve que esto es cosa de familia. Entonces, ¿qué hay entre vosotros?

—Un párrafo en blanco —contesté yo.

—¿Eso es algo sexual?

—¡Madre mía, abuelo! —lo regañó Emma.

Tom había puesto los ojos en blanco.

—Me parece que es mucho más difícil que eso —murmuró Julie.

Gracias a Dios no nos preguntaron nada más, así que, en cuanto pudimos, mientras nos disculpábamos, salimos de la casa escopetados.

Me pregunté en qué momento habíamos decidido que era buena idea intentar averiguar algo de lo que no se había hablado en décadas.

Antes de salir por la puerta, le prometí a Emma con la mirada que la llamaría, esperaba que lo comprendiera. Había pronunciado un débil «no te vayas aún» al pasar por su lado.

Tom y Julie no se dijeron nada.

EMMA

Una ciudad para los dos

La tercera vez que nos vimos en Didi fuimos a poner en orden todo nuestro caos.

Llegué mucho antes de lo que habíamos acordado porque necesitaba estar unos pocos minutos con los auriculares puestos, dejándome llevar por la música. Una de mis canciones favoritas: *Can't Falling in Love* de Elvis Presley. Hacía frío y todo apuntaba a que iba a llover. Caería un chaparrón sobre Londres. Sobre nuestro Londres.

Seguía pensando en la visita de Juliette y Sam. Continuaba preguntándome muchas cosas sobre las que el abuelo no había sido suficientemente claro, que no nos había querido contar ni a Tom ni a mí. Estaba en su derecho, aunque él no se abstenía de indagar en nuestras vidas privadas como quien mete el dedo en la llaga.

Cuatro personas. Eso éramos. Nos habíamos cruzado en la vida del resto y ahora formábamos parte de ellas más que de las nuestras propias. No había manera de volver atrás. Solo nos quedaba el presente, porque tampoco teníamos respuestas para el futuro.

Llevaba conmigo mi ejemplar de Bradbury. Siempre que estaba nerviosa necesitaba tenerlo cerca, era uno de esos amuletos que en realidad no te ayudaba en absoluto. Las palabras de *Crónicas marcianas*, sin embargo, eran mi salvoconducto. Podía escapar mediante ellas.

«Hagas lo que hagas, decide en tu propio beneficio. Y si te lo tienes que tirar otra vez, hazlo», me había dicho Mina la noche anterior, entre chupitos compartidos con Ana y Silvia. Era una de sus lecciones. Ya no me acuerdo del número.

Abrí el libro y miré la primera página. Había escrito algo, porque ese libro ya no era mío, o no solo mío. Tenía un recuerdo más poderoso palpitándole en las páginas, en el amarillo del tiempo y las huellas de los dedos en el lomo, en las esquinas dobladas.

Una mano grande me acarició la cabeza. Encontré los ojos más familiares que conocía justo a mi lado.

Nos observamos en silencio, sin el típico «hola» que rompe la tensión, porque me di cuenta de que no quedaba rastro de duda. Sam se inclinó hacia delante y me dio un beso en la frente. Un beso combinado con una caricia que resbaló sobre mi mejilla hasta llegar al cuello. Pasó sus dedos por detrás de la oreja y acabó en la coronilla, debajo de mi pelo. Por un momento pensé que me atraería hacia él y me besaría. No lo hizo. Se acuclilló frente a mí. Me moría por abrazarlo, aunque también tenía muchas cosas que decir.

—Dime que te quedas —dijo—. Por favor.

—Sam, siéntate, anda —le pedí, ya que la gente nos miraba como si estuviera a punto de pedirme matrimonio—. Somos el centro de atención.

—No me voy a sentar hasta que me digas que te quedas.

Puse los ojos en blanco ante su insistencia.

«Puede seguir así toda la noche, cede un poco».

—Lo estoy pensando.

—¿Qué escuchas?

Me quitó uno de los auriculares. La música estaba bajita. Se lo colocó en la oreja.

—Vuelves a traer el libro contigo —dijo sin quitarse el casco.

—Sí.

—Es una canción muy especial. —Señaló el teléfono, que se encontraba en mis manos.

—Sí.

—¿Has pedido algo ya?

—Sí.

—Me siento como hace doce años. Exactamente igual. —Sonreí, porque mi asentimiento había sido a propósito, para ver su reacción. Me devolvió el auricular. Colocó sus manos sobre las mías y, en un murmullo que me hizo latir el corazón sin cinturón de seguridad, dijo—: Me siento igual que entonces, Em. Igual de confundido.

—¿Confundido?

—Sí, porque no entiendo qué es esto que hay entre los dos. No lo comprendo, pero sí sé lo que es.

Le pasé una mano por el pelo, tan despeinado como siempre. Tenía los ojos acuosos, infinitos. Hubiese nadado en ellos una eternidad con tal de seguir sintiendo esa calidez que emanaba de ellos.

—¿Por qué no te sientas y me dices qué es?

Una de sus manos fue hasta mi rodilla y la otra permaneció entrelazada con mis dedos.

—Porque quiero estar cerca de ti todo el tiempo que me dejes. Quiero estar justo aquí, en ninguna otra parte. Cuando estoy contigo me siento lejos de todo lo que me asusta y cerca de todo lo que me importa.

¿Y qué podía decir ante eso? Iba a ser padre, su mujer estaba embarazada. Juliette había dicho que él me quería. Tom quería a Juliette. Ella quería a Tom.

Me había explotado la cabeza varias veces durante aquellos días.

—Estoy segura de que puedes ser más claro todavía.

—No, no puedo —contestó entre risas, lo que me devolvió un poco de mi humor habitual, así como las ganas de olvidar que éramos más de dos, que siempre seríamos más—. Quiero ir a todas las playas del mundo contigo.

—¿Playas? —pregunté sorprendida.

—Alguien me ha dicho que no has visto nunca el mar.

Mina. Iba a matarla. ¿Qué hacía hablando de mí con él?

—Y a todas partes. Donde sea. Y quiero preguntarte si me perdonas. Si me perdonas por si en algún momento te he hecho sentir que no eras especial.

Era curioso, porque pese a nuestros breves encuentros, en ningún momento me había sentido como la otra. No podía perdonarle porque no lo veía culpable. Todos lo éramos. Todos éramos errores que podían superarse.

—No te perdono. No quiero perdonarte porque es lo mejor que me ha pasado. Eres lo mejor que me ha pasado.

—Em, no sé cómo hacer esto.

—¿Qué?

—Hacer que sientas que formas parte de mi vida y que también quiero que formes parte de mi

familia.

Ahí estaba el tema principal y más difícil. La familia.

—Te he dicho que no entiendo lo que hay entre los dos, pero sé lo que es: me he enamorado de ti. Puede que me enamorara mucho años atrás, que lo olvidara, que pasar tiempo contigo de nuevo me haya recordado tus primeros meses en Londres, cuando te contraté. No lo sé. Puede que haya sido todo —añadió.

Tardé medio segundo en reaccionar. Reaccioné en sus labios rosados, fundiéndonos con un beso.

A veces bastaba eso. Además, él ya sabía que lo quería. Igual que yo sabía que era correspondida, de una manera extraña que va más allá de las palabras.

—¿Cómo llevarás tú que mi familia...?

No sabía cómo acabar la pregunta. Pensaba en Tom y en su relación con Juliette.

—Somos una familia peculiar —afirmó con la sonrisa más amable del mundo—, pero, ¿a quién le importa?

Esa pregunta debería quedarse en el aire, sin contestar. Sin embargo, tenía muchas dudas, no de lo que sentía por él, sino por todo lo que nos envolvía.

—¿Y qué pensarán tus padres cuando te separes?

—Pues tienen dos opciones: aceptarlo y conocer a sus nietos...

Lo interrumpí.

—¿Sus nietos? —Puse énfasis en el plural.

—Bueno. —Se encogió de hombros y nos señaló a los dos—. Yo pensaba que, tal vez, nosotros...

—¿Me estás pidiendo que tengamos hijos en nuestra tercera cita?

—Por lo menos dos o tres.

Nos reímos tanto que sentí que el estómago se me encogía.

Poco a poco nos calmamos, hasta que caí en algo más importante.

—¿Y Juliette?

Sabía que podía estar enfadada, y mucho, pero según me había contado Tom, ellos se conocieron mucho antes de que se produjeran los encuentros entre Sam y yo. Todo era extraño.

—Dale tiempo. Todos estamos confundidos. Deja que te conozca. Conócela. Es importante para mí, Em.

—Lo sé. Tom también lo es para mí. Es como mi hermano.

—Pues las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para él. Pero no es eso de lo que quiero hablar ahora, ahora solo quiero saber qué piensas tú. Solo necesito que me prometas que no te irás, porque esto no lo puedo hacer solo.

Prometo que ahí, aunque estábamos rodeados de ruido, de ojos que de vez en cuando nos miraban, me sentí como en casa, un hogar amueblado a medida, con sus sonrisas, pero con algo más: necesidad de no soltarnos las manos. Nunca en mi vida me había sentido tan especial, no por cómo me trataba, sino porque me sentía yo misma, sin disimulos, sin ninguna voz en mi cabeza que me hablara.

—Toma.

Cogí el libro de la mesa y se lo tendí. Era un regalo para él. Así se lo expliqué.

—Hay algo escrito —le dije cuando lo cogió de mis manos.

—No me lo puedes regalar.

—Claro que puedo, además, ya está dedicado.

Acabó poniéndose en pie. Acercó la otra silla, la colocó a mi lado y tomó asiento. Con una mano abrió el libro, la otra la dejó sobre mi muslo, como si no conociera un lugar mejor en el que apoyarse.

—«Este libro dejó de ser mío en el momento en el que lo tocaste». ¿Es una metáfora erótica? — me preguntó.

—No, simplemente es una manera de decirte que ya no necesito desear un Marte de ilusiones vanas, no me hace falta porque prefiero la realidad. Y la realidad sin ti es como vivir en una mentira. Créeme, lo he experimentado.

—Aunque no lo estás diciendo, me suena a despedida, como si fueses a irte.

Me encogí de hombros, alargando un poco más de lo necesario su sufrimiento.

—¿Y si me fuera a Berlín? —indagué.

Sabía que la respuesta no era fácil de encontrar, no cuando iba a ser padre y su hijo estaría en Londres. De hecho, no esperaba nada especial, solo quería tomarle el pelo y decirle que me quedaba, no solo por nosotros o por mi padre, sino porque, como me había dicho mi primo, tenía que permanecer donde me sentía bien. Donde era feliz.

—No podría obligarte a que te quedaras. De hecho, estás en todo tu derecho. He venido aquí para convencerte con artimañas y súplicas. —Me besó en la mejilla—. Pero creo que me haría cliente vip de la aerolínea que volara con más frecuencia de Londres a Berlín.

—Tendríamos unas citas increíbles en las cafeterías de los aeropuertos.

—Si esa fuera la única manera de pasar tiempo contigo, lo haría mil veces.

Pasé mi brazo alrededor de uno de los suyos, apoyé la cabeza sobre su hombro y susurré:

—Me quedo.

—¿Qué? —preguntó más que sorprendido.

—Me quedo —repetí un pelín más alto.

Me quedaba con todas las dudas que nos tenía deparadas el futuro, pero con la seguridad de que tendríamos una oportunidad para contarnos muchas más cosas de las que habíamos podido poner en la palestra en todos esos años.

—Es la declaración más bonita que me han hecho.

—Lo sé —contesté con una sonrisa, mientras me acercaba a su boca para besarle de nuevo. Antes de que lo hiciera, su aliento me cubrió los labios con estas palabras:

—Yo también me quedo.

JULIETTE

Pequeño jardín, muy nuestro

El jardín tenía sombras de infancia. Claroscuros que se dibujaban en las paredes por la noche y que desaparecían de día, cuando la abuela tendía las sábanas o leía en su hamaca. El columpio seguía colgado del mismo árbol, balanceado tan solo por la brisa que también hacía que ondeara el vestido de lana. Ahora estaba rodeado de maleza, de hierbajos que nadie había arrancado en tiempo, aquella era la casa de vacaciones. No la habíamos vuelto a pisar desde hacía muchos años. El césped por el que corría descalza había crecido tanto que me alcanzaba los tobillos.

Le había contado la verdad a la tía Emilia. Toda. Me sorprendió porque no le dolió tanto como yo había pensado, la aceptó, y poco a poco volvió a acercarse al abuelo. Intentaron salvar la distancia que los había separado. A ratos funcionaba, y esos eran los mejores. En otros, seguían enfrentándose, pero ella daba su brazo a torcer. Yo no había dado el mío.

Intentando hacer lo correcto, por fin había mirado por mí y había recuperado lo que tanto bien me hacía: mi trabajo de reportera. Dejé de escudarme en lo que me asustaba, sobre todo disgustar al abuelo, y aparté a un lado la excusa de que estaba embarazada para darle tiempo. Lo que de verdad me importaba, las noticias que me conmovían estaban en la calle, como una vez me había dicho Tom.

Su discurso tras recoger el premio me ayudó a tomar la decisión. Me sorprendió que el abuelo no opusiera resistencia, quizás él también lo estaba intentando después de todo.

Por fin había vuelto a respirar después de muchos meses.

Me senté en el columpio. Daba la espalda a la casa. Estaba esperando a alguien. Lo esperaba a él. Habíamos hablado por teléfono durante horas, durante días, pero no nos habíamos vuelto a ver en persona después del encuentro.

Llegó poco después. Sus manos me empujaron y me balanceé un poco más.

—Es muy bonito este sitio.

Arrastré los pies para frenar el impulso. Tom apoyó la espalda en el tronco del árbol que había enfrente.

—Ya no es como antes —le expliqué—. Todo acaba cambiando.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Me había llamado todos los días para preguntarme eso mismo.

—Bien, perfectamente. Solo estoy embarazada. No tienes que preocuparte tanto.

Estábamos a cierta distancia el uno del otro. Ya no sabíamos cómo tocarnos, no acabábamos de asimilar lo rápido que había cambiado todo, o puede que hubiese sido más lento de lo que sentía. Aquello venía de lejos.

—Es que he estado leyendo algunos libros y los primeros meses son los más difíciles. ¿Estás durmiendo bien?

Abrí mucho los ojos, tanto que sentí que se me salían de las órbitas.

—¿Cuántos libros has leído?

—Por lo menos seis —contestó sin avergonzarse de nada.

No los había leído ni yo, aunque Sam ya se había encargado de hablar con varios especialistas. Tenía un cuaderno de notas, era como si estuviera asistiendo a un máster. Yo, por el contrario, estaba muy tranquila, dejándome llevar por las sensaciones, por el momento. Intentaba asimilar que iba a ser mamá.

—¿Por qué lo has hecho?

—Porque quiero saber reaccionar cuando llegue el momento.

Me di impulso con los pies y volví a columpiarme.

—Creía que eran cosas aburridas, el matrimonio y los hijos, digo.

—Sabía que en algún momento me sacarías el tema —se quejó, aunque no vi ninguna intención de sonrisa en sus labios.

—Bueno, tampoco lo dijiste hace tanto tiempo, ¿no te parece?

—No —contestó él—, pero fue mucho antes de esto.

—¿De qué?

—Del bebé. De la posibilidad de ser familia. De esta locura.

—Espero que «locura» no sea la palabra con la que definas que estás enamorado de una mujer embarazada.

Cerró los ojos en un gesto que mostraba molestia ante mi comentario.

—Locura es esto, Juliette. Esto. Lo nuestro a escondidas durante meses. He creído que enloquecía, de verdad. Sin saber si estaba haciendo lo correcto. Sin entender por qué no tomabas una decisión, por muy egoísta que pueda sonar eso.

Habíamos tenido alguna conversación ya en el pasado sobre si esa persecución de un recuerdo, el nuestro en París, era sana. Creo que había algo de desesperación en la manera en la que nos necesitamos desde el primer momento. Sin embargo, lo que no podíamos ignorar era que también había algo más importante: un amor inexplicable que surgió tras un instante de adrenalina en el que ambos empezamos a respirar diferente.

—Tom, lo siento muchísimo. Te lo he dicho varias veces, pero no sé cómo disculparme ya por el daño que te he causado.

—No quiero que te disculpes más.

—¿Y qué quieres?

—Que me digas que no te arrepientes. Que ahora tampoco te arrepientes.

—Nunca me he arrepentido, ¿recuerdas?

—¿En ningún momento? ¿Ni siquiera cuando cabía la posibilidad de que fuésemos familia?

Temblé un poco, no por la pregunta, sino porque empezaba a refrescar. Últimamente era más sensible a los cambios de temperatura, como a los olores y a los sabores.

—Me asusté, pensé que todo sería más complicado.

Enarcó las cejas como si le hablase en otro idioma.

—¿Y si lo hubiéramos sido?

Me encogí de hombros.

—No pensaba rendirme tan fácilmente.

Me miró como si hubiese perdido del todo la cabeza. No me molestó, creo que era una reacción bastante habitual, de hecho.

—¿Y si lo hubiésemos sido y nunca nos hubiésemos enterado? —pregunté yo.

Él sonrió con un asentimiento gutural. Acababa de darse cuenta de que habría existido esa posibilidad. A lo mejor nunca lo hubiésemos sabido.

—Yo agradezco que no lo seamos, en cualquier caso —dijo él entre dientes.

Le di la razón.

Seguí columpiándome, pero él ya no respetó las distancias. Fue acercándose poco a poco hasta que tuve miedo de golpearlo, por lo que me vi obligada a parar, a ponerme en pie de un salto y a aterrizar en sus brazos.

—Quiero vivir en esta casa, Tom. Arreglar el jardín, volver a tender las sábanas limpias los domingos, poner música en la cocina y dejar todas las ventanas abiertas. Correr descalza. Cuidar de mi bebé y compartir ese tiempo con Sam. Quiero que nos vea juntos, que sepa que una vez nos enamoramos y que seguiremos queriéndonos siempre. Quiero que él sea feliz, que todos encontremos la manera de serlo. Me apetece muchísimo reunirme con mi familia, sin secretos, y que acepten quiénes somos. Y ante todo, y sobre todo, quiero que sientas que formas parte de este deseo, porque no tiene ningún sentido para mí si tú no corres conmigo, si no bailas en la cocina, si no apareces por esa puerta. —Señalé hacia la casa.

—Nunca he sentido ninguna casa como mía.

—¿Y no te apetece experimentar la sensación?

Ignoró mi pregunta, tal vez porque su propio comentario no era tan importante como quiso hacer ver. Él tenía una duda mayor.

—Jules, si hacemos esto, quiero formar parte de todo lo que dices, pero también quiero saber quién voy a ser yo para este niño.

—O niña.

—O niña.

—Eso lo puedes decidir tú, no quiero presionarte. Ya tiene un padre.

—Lo tiene, sin embargo, viviría conmigo desde su nacimiento, ¿no será extraño para él?

Cualquiera en mi situación habría creído que Tom intentaba esconderse tras excusas insignificantes para salir huyendo. Yo lo conocía mucho mejor, conocía su pasado, lo difícil que había resultado perder a sus padres, lo confuso que había sido criarse sin ellos, con su abuelo, quien había adoptado la figura paternal que necesitaba. Supe en aquel momento que no tenía nada que ver con las responsabilidades, sino con que, como él había dicho, quería formar parte de todo. No ser el otro. No ser solo mi pareja. Estar allí, para mí, para el bebé, para toda la locura de situación que estábamos a punto de empezar a vivir. Una situación que a mí, personalmente, cada vez me parecía más fácil. Tal vez porque contaba con el apoyo absoluto de Sam o porque él también tenía a alguien que formaría parte de la vida de mi hijo.

—No será extraño, Tom. Nadie te va a apartar. Aprenderemos juntos, yo tampoco tengo todas las respuestas.

—¿Sam está de acuerdo?

Tom me había hablado de lo mucho que le había sorprendido la actitud tan amable de mí todavía esposo, aunque ya no hiciéramos vida de pareja.

—Lo está, no solo por mí. Sé que Emma también quiere tenerte cerca. Y ella, a su vez, estará con mi hijo. —Me rocé el vientre—. Y créeme, eso me alivia. Quiero saber que si alguna vez me pasara algo...

—No digas eso.

Me rodeó con más fuerza. Seguía entre sus brazos. Esta vez columpiándome con el vaivén de su cuerpo.

—No, escucha. Quiero saber que, en ese caso, no estará desprotegido.

Me besó en los labios como no había hecho antes, con un instinto protector que iba más allá de cualquier pasión o enamoramiento. Las hojas de los árboles se sacudieron y una llovizna fina cayó sobre nosotros haciéndonos retroceder hasta la casa.

Cuando estuvimos a cubierto, Tom dijo no solo lo que necesitaba oír, sino lo que él sentía:

—Siempre voy a estar aquí. Para ti y para él. —Me acarició la incipiente barriga, casi no se notaba aún—. Aprenderemos, como tú has dicho, aunque eso no hace que esté menos asustado.

—Me preocuparía que estuvieras sereno.

—Tú lo estás —me recordó con una sonrisa enorme.

Me perdí en sus ojos oscuros. Me oculté en ellos más bien.

—Será porque tengo a mi alrededor demasiada gente que me quiere —expliqué.

—Yo no te quiero, Jules.

—¿Ah, no? —inquirí un tanto contrariada. Su seriedad me confundió.

—No. Querer es poco.

—Qué cursi que eres. —Le di un codazo después de decirlo.

—Pues anda que tú, que quieres que baile en la cocina, probablemente en delantal y desnudo... —siguió hablando mientras se adentraba en el salón.

Seguía escuchando su voz.

—Te fuiste con una llamada, te lo recuerdo. Te pregunté hasta el último segundo si me querías. No sé qué pensar, porque todavía no me has dicho nada. Quieres y quieres. Que corramos por el césped como Heidi por la pradera. Pero, Jules, ¿tú me quieres?

Estaba muy agitado de repente. A mí me hacía gracia.

—Salté al Sena por ti —susurré.

—Eso fue antes —me recordó él—, antes de que supieras nada de mí.

—Y aun así, salté. ¿Qué te hace pensar que no lo haría ahora?

—Déjate de saltos. ¿Me quieres o no?

¿Por qué me daba tanta vergüenza decirlo en voz alta si lo había pensado mil veces, si hasta Sam lo había dicho delante de él?

—Voy a dar una vuelta —gruñó al ver que no me atrevía a dar un paso adelante.

Se fue escopetado hacia la puerta de salida y yo me quedé parada durante un microsegundo.

Un microsegundo que me ayudó a recordar cómo había sido todo después de que nos despidiéramos por teléfono y yo renunciara a él, como una idiota.

Salí corriendo. Había empezado a llover más fuerte. Lo alcancé un poco más adelante, iba recorriendo el camino de grava a grandes zancadas.

Lo tomé del brazo.

Nos quedamos en silencio. Lluvia de fondo, la mejor música del mundo.

—Por supuesto que te quiero, imbécil.

—Lo de imbécil no sé cómo tomármelo.

—Como un acto de amor.

TOM

Bailar con las ventanas abiertas

Londres. Enero, 2020

Esperarla. Eso había hecho durante casi un año. La había esperado sentado en lo alto de un puente cualquiera.

Ahora ella estaba sentada en el césped, acariciándose el vientre mientras tarareaba aquella canción con la que un día decoró mi casa. Nuestra canción. Aunque no la única que teníamos. Había otra que nos habíamos empeñado en olvidar, la del viento moviendo las cortinas de nuestra habitación en París, la de la soledad. Mientras Jules cantaba y yo la observaba a través de la ventana abierta de la cocina, recordé nuestros días de enero.

Algo me llevó a volver sobre mis pasos aquella noche, incluso después de ver que tenía un anillo de compromiso en su dedo. Sentí el impulso de girar la esquina de nuevo y encontrarla frente a la entrada del hotel, con las manos en los bolsillos y la ropa aún mojada.

No me equivoqué.

Cada presentimiento que me latía en el cuerpo se hizo real cuando chocamos de nuevo y esa vez, sin previo aviso, me acerqué a ella, nos sostuvimos la mirada durante una milésima de segundo y nos besamos.

Me apartó poco después.

—No, espera.

—¿Qué?

—¿Qué haces?

—Besarte.

Parecía confundida, como si le hablara en un idioma que no conocía.

—¿Por qué?

—Porque no quería irme sin hacerlo. ¿Y si no nos vemos nunca más?

Frunció el ceño.

—¿Y? ¿Sabes con cuántas personas nos cruzamos a diario? ¿Y si tuviéramos que besarlas a todas?

Me reí tanto que me entraron ganas de toser después.

—Ah, es que tú quieres besarlas a todas, ¿eh? Qué ansiosa, deja algo para los demás.

Me dio un empujón.

—No me hace gracia.

—Pues a mí sí. Mira. —Señalé hacia el interior del hotel. En la recepción había un señor de unos setenta años.

—¿Qué?

—Que vayas hidratándote los labios, porque también te vas a cruzar con él.

—¿Te estás quedando conmigo o qué?

—Creía que era evidente que sí, Jules.

—No me llames Jules.

—No te tires al río, no me toques, no me beses, no me llames Jules —dije yo, imitando el tono de su voz.

—Pero ¿de qué vas?

—No dejas de dar órdenes.

—Tendré derecho a decir que no quiero que me toques ni me beses, ¿no?

—Todo el derecho del mundo.

Crucé las manos detrás de mi espalda. Sonreí y no aparté los ojos de ella. Aquella vez no tuve ningún pudor, como si que lo sentí tiempo después cuando nos reencontramos.

—¿Qué haces?

—Mirarte —contesté con la voz ronca—. A no ser que tampoco pueda.

Se retorció los dedos de las manos mientras apartaba la mirada.

—Tú no quieres mirarme.

Negó con la cabeza. Los ojos puestos en el suelo.

—Ni tocarme.

Siguió repitiendo el movimiento de cabeza.

—Ni besarme.

Se mordió el labio.

Di un paso hacia delante, con las manos aún entrelazadas, lejos de ella. No quería asustarla, necesitaba respetar su espacio, aunque ya no le perteneciera, porque me había colado en él y tenía intención de quedarme aquella noche.

Ella permaneció quieta.

Otro paso. Solo quedaba medio metro para aspirar su olor de nuevo.

—¿Me voy? —pregunté.

—Deberías.

—No te estoy preguntando eso, Juliette.

Se dignó a mirarme cuando pronuncié su nombre y no el diminutivo con el que la había llamado antes.

—¿Me voy?

Acabó con la distancia que había entre los dos. Se puso de puntillas. Me besó en una mejilla primero, después en la otra. Besos húmedos que reclamaban más.

—No te vayas —dijo cuando su nariz rozó la mía.

Me besó en una caricia de labios que no se apresuran en conocerse. Después se dio la vuelta y echó a andar hacia el interior del hotel. Juro que en ese momento ya no supe si seguirla o no, pero Jules me miró por encima de su hombro y necesité ir tras ella como si me hubiera perdido en el desierto y fuese la única que conociera la manera de salir de él.

Ella y su cuerpo pegado al mío.

Nunca había tenido tanta prisa en desnudar a alguien como lo tuve con ella entonces. Besar cada parte de su cuerpo, lamer cada vértice, intentar averiguar qué sabor tenía la adrenalina, pero también su cuello, sus manos, el sudor que le recorría la espalda cuando los jadeos fueron incontrolables.

La toqué.

La besé.

La miré.

Y la llamé de la única manera que sentía que podía llamarla: Jules.

—Voy a abrir las ventanas —recuerdo que dije cuando las sábanas se nos pegaron al cuerpo entre gemidos contenidos y miembros entrelazados.

—Hace frío —susurró ella.

No le hice caso. Yo sentía que me ahogaba. Quizá fuera debido a que no entendía por qué me sentía tan bien junto a ella si no la conocía de nada.

Llevaba mucho tiempo fuera, viendo los horrores del mundo. Encontrarme de pronto envuelto por la calidez de su piel hizo que me quemara.

Me asomé a la ventana y me quedé contemplando París bajo las luces del invierno. Intentaba esquivar esos pensamientos que buscaban demolerme, romperme.

—¿Bailamos? —le pregunté de pronto.

—¿Qué dices?

—Venga, sal de la cama.

Ella se había cubierto con el edredón. Se le habían encendido las mejillas, tenía los labios hinchados y, aunque estaba preciosa y todo en mi cuerpo reaccionó a esos estímulos, en ese momento ya no tenía ganas de sexo, solo quería que me abrazara y, como no podía pedirlo, opté por invitarla a bailar.

—No me gusta bailar.

Apagué una de las luces y dejé encendidas dos lámparas de luz tenue.

—No te dará vergüenza, ¿no? —pregunté.

—Pues claro que me da vergüenza.

—¿Por qué? Lo he visto todo de ti, y tú de mí.

Mostré una de mis encantadoras sonrisas, sin embargo, no fue efectiva con ella. Se incorporó en la cama y se quedó allí, sujetando el edredón a la altura de sus pechos.

—Hay cosas más íntimas que acostarse con alguien.

—¿Como bailar conmigo?

—Como bailar contigo, desnudos, sí.

—Vamos, regálame un poco de intimidad, Jules —le pedí. Lo que no sabía era que había cierto atisbo de súplica en mi necesidad de ella.

En ese momento hubiera aceptado cariño de cualquiera, pero no era consciente de que el que me daría Jules sería el único que amortiguaría el dolor.

Suspiró.

Cogió una de las sábanas y se la pasó por encima como una capa. Se acercó a mí y nos cubrió a los dos. Después colocó un brazo sobre mi hombro y la otra mano sobre mi pecho. La envolví por la cintura, con la mejilla apoyada sobre su cabeza, y pensé en por qué, de pronto, ya no tenía tanto miedo como aquella mañana, tras aterrizar en Francia, después de estar muchos meses respirando el olor de la pólvora.

—¿Estás bien? —me preguntó al cabo de unos minutos de columpiarnos de un lado a otro.

Hacía tiempo que nadie me preguntaba, tal vez porque a las personas que tenía cerca les asustaba la respuesta. Pero para Jules era un desconocido, puede que no le importara tanto.

—No mucho —susurré contra su pelo.

Su cuerpo se pegó todavía más al mío.

—¿Qué te pasa?

—Que me siento un poco solo. Siempre me siento un poco solo —confesé.

Había bajado los muros con ella. La estaba dejando pasar. Pensé que no importaba, que tenía derecho a hacerlo durante unas horas. ¿Qué podría pasar?

—Yo también me siento un poco sola.

No pensé que alguien como ella pudiera sentirse así, y menos después de haber visto que estaba a punto de casarse. Había alguien en algún lugar que la quería y que había decidido pasar el resto de su vida a su lado. ¿Cómo podía sentirse sola?

Pareció comprender mi silencio, ya que poco después siguió hablando.

—La soledad también es intimidad. A veces la podemos compartir con alguien y otras no.

—¿Tú no tienes con quién compartirla?

—¿Y tú?

—Yo no.

—Yo no quiero compartirla con nadie.

—¿Por qué? Sería liberador.

—Porque a veces tengo la sensación de que es lo único que es verdaderamente mío. Así que no voy a compartirla contigo, Tom —me dijo.

—¿Por qué te sientes sola? —pregunté.

—¿Es que no escuchas cuando te hablo?

Dejó de bailar y me observó muy seria, con los ojos acuosos y algo que me decía que no dejara de preguntar. Que no lo hiciera nunca.

—Te escucho. Te escucho, Jules. Eso es lo único que hago. Así que, ¿por qué te sientes sola?

Se encogió de hombros, como si todo su cuerpo se tensara y estuviera en alerta. Quería volver a abrazarla, pero ella se apartó. Se fue desnuda, dejando caer la sábana. Buscó su teléfono móvil en el bolsillo del bolso y la vi teclear algo.

Poco después comenzó a sonar una canción.

Una canción que hablaba precisamente de la soledad.

—Si vamos a bailar, por lo menos pongamos música.

Volvió junto a mí tras hacerlo. Esta vez los dos brazos me rodearon el cuello. Yo la abracé hasta que mis manos recorrieron cada parte de su espalda.

Sentí que las lágrimas me empapaban el hombro. Me di cuenta de que también había sufrimiento lejos de la guerra, que las personas éramos frágiles y que nos asustábamos la mayor parte del tiempo, pero fingíamos que no.

—No elegí sentirme así —me confesó.

—Creo que ninguno lo elige.

—Nunca se lo he dicho a nadie.

—Entonces olvidaré que me lo has contado si te sientes más segura.

—No, por favor —susurró—. Por favor, no lo olvides.

Tragué saliva, aunque tenía la boca seca.

Jules se quebraba en ese baile, en esa canción, en esa melodía que nos hacía sentir menos desnudos. Se fragmentaba y yo no podía sostenerla porque no la conocía de nada.

—No lo olvides —repitió mientras seguía llorando contra mi cuello.

—Te lo prometo.

—¿En qué piensas?

Jules me abrazó por la cintura. No sé en qué momento había entrado en la cocina, porque había estado demasiado entretenido recordando la tibieza de sus miedos.

—En cosas de las que no tengo que olvidarme nunca.

—Tú siempre lleno de secretos.

—Pero no hay ninguno que no quiera contarte.

Me abrazó del mismo modo que lo había hecho tiempo atrás.

—Jules.

—¿Qué?

—Ya no me siento solo.

Eché la cabeza hacia atrás y nuestros ojos se encontraron. Mi hogar, la familiaridad del bosque en el que me había quedado a vivir.

—¿Y tú? ¿Sigues sintiéndote sola?

Negó con la cabeza.

—Contigo cerca no puedo sentirme sola. No lo olvides.

La besé en la frente.

—Te lo prometo.

Agradecimientos

Esta novela ha sido un querer y no poder constante: querer seguir, no poder hacerlo. No sé si por lo difíciles que me han resultado algunos momentos o porque llegó como un vendaval que arrasó con todas las reglas que estaba acostumbrada a respetar. Sobre todo es una novela de errores, en la que los personajes se equivocan, como hacemos las personas, y se dejan llevar por el amor, que surge sin previo aviso. Por eso quiero agradecer la paciencia que han tenido las personas que han estado cerca de mí durante el proceso de escritura.

Quiero darle las gracias en especial a Alejandra Beneyto, que se ha leído el proyecto con mucho entusiasmo y me ha ayudado a ver dónde estaban las cosas realmente importantes de la historia. Por los ratos de té y donuts, por compartir esta experiencia y hacerme creer que el trabajo que se esconde detrás de sus páginas merece la pena.

A Elsa García por todo el cariño. Simple y llanamente. Por ser ella.

A Alhana, Eva, Gemma, Mónica y Edelmira, que me han ayudado con sus anotaciones y consejos, que se han ofrecido de voluntarias como tributo para leer el primer borrador de la novela. Gracias, chicas.

A Elisa, mi editora, por el intercambio de correos que han hecho que esta novela sea mejor, que yo sea mejor. Con ella es fácil aprender.

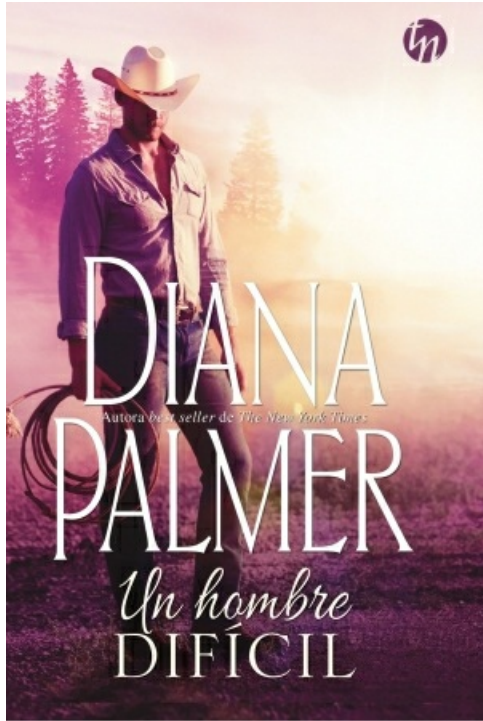
A mi familia y amigos, que están hartos ya de mí, de mis horas de encierro, de que siempre esté hablando de novelas y de personajes como si existieran de verdad. Para mí existen. Son todo mi mundo durante unos meses. Emma, Tom, Juliette y Sam han sido mi verano, han sido el punto y final a una etapa y el comienzo de otra.

A ti, lector, que has abierto este libro y te has sumergido en un universo lleno de sensaciones.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo.

Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella.

Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?

"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".

The Romance Reader

"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".

Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos.

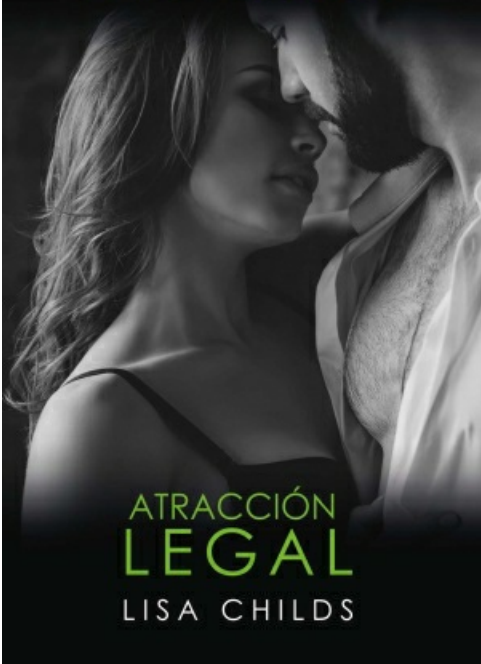
Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo.

¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

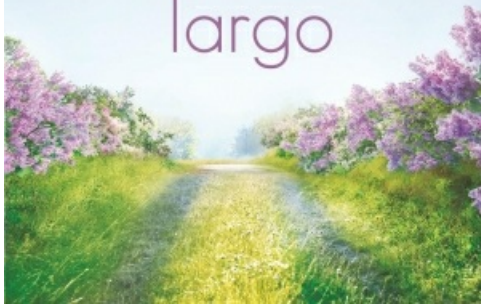
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



El viaje más largo

Woods, Sherryl

9788413075235

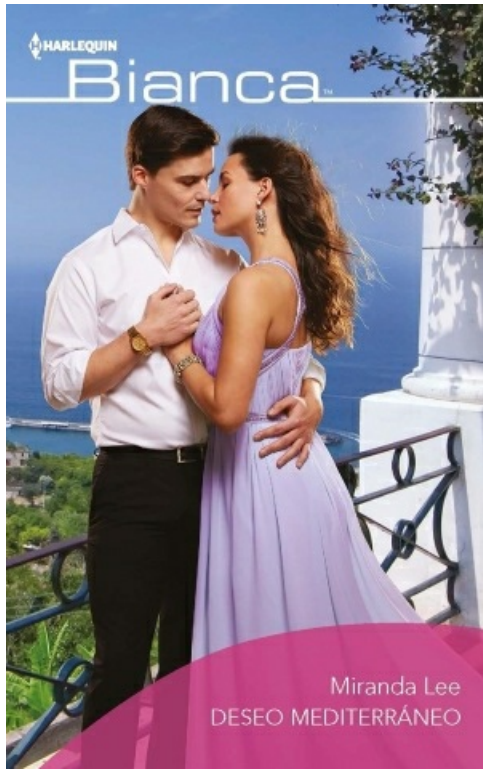
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar.

Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Verónica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Verónica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)